

Presentación

Jorge Délano es uno de esos individuos privilegiados, de intelecto múltiple. Conocidas son sus actividades, tanto en nuestra patria como más allá de sus fronteras.



Jorge Délano (Coke)

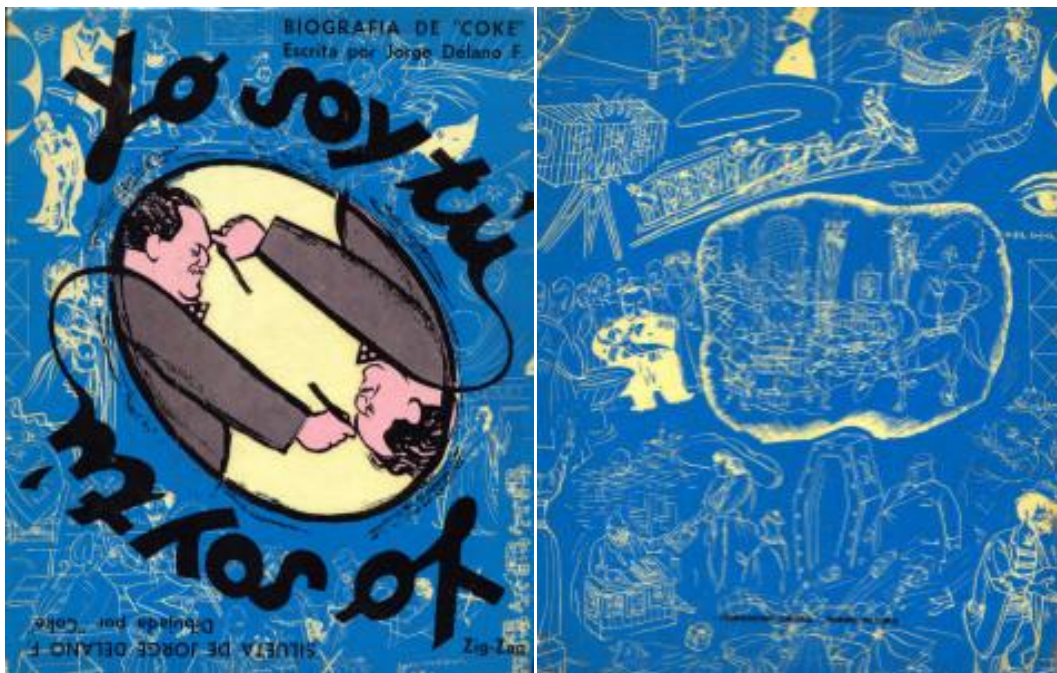
Se ha destacado como caricaturista genial (Premio Cabot, de la Universidad de Columbia, Estados Unidos), cineasta de extraordinaria visión, pintor insigne, viajero, memorialista de nota y hombre de prensa de reconocido prestigio.

En esta Autobiografía, titulada genialmente YO SOY TU, se nos manifiesta ese curioso desdoblamiento psíquico de su personalidad, tan extraño, tan notable y, al mismo tiempo, tan característico del autor. Jorge Délano, el hombre, y Coke, su

seudónimo, se encuentran íntimamente entrelazados, habiéndose convertido este último casi en la parte más real y sentida de él mismo.

Este fenómeno nos permite apreciar todo el fino humorismo del Jorge Délano que habla y el Coke que dibuja, y que nos describen, el uno con jocosa pluma y el otro con artística pincelada, más de medio siglo de vida nacional.

Los méritos de este autor son de todos conocidos; sin embargo, es aquí, en esta su Autobiografía, donde más se condensa su humorismo, que parece estallar ante los ojos ávidos del lector, logrando con magnífico acierto su más esencial calidad: el obtener la risa franca y espontánea. Como dice su prologuista, Antonio R. Romera: "Las Memorias de Coke son las memorias de un humorista".



Una vez más se unen Jorge Délano y Coke para dar la nota de amenidad al ambiente. En esta obra no se encontrarán el chiste laborado ni la situación trabajada.

Es la vida misma la que se desliza por sus páginas, haciendo pensar, recordar, sentir y, por sobre todo... reír.

Prólogo

Jorge Délano, más conocido por su mineralógico seudónimo de Coke, es hombre de actividades diversas: caricaturista, cineasta, pintor, remedo un día de Onotrofi, viajero, memorialista... Nada parece ajeno a su inquietud, a su afán de penetrar en la razón de las cosas. Coke quiere llegar a lo recóndito, y tal vez conviene ver ahí la razón de sus postreras excursiones al vagoroso mundo de la metempsíquica, nueva actividad agregada a sus tareas.

Curiosidad, sirena del Mundo, podría decir Coke remedando la expresión consagrada.

La imagen que permanece de modo indeleble en nuestro recuerdo cuando evocamos alguna charla con el caricaturista es una mirada interrogadora, penetrante. Sí, Coke es hombre curioso de saberes, y su rostro lo dice. Tiene las cejas en ascensión progresiva desde el ceño. Y esos arcos pilosos de expresión inquisitiva, suspensa, cubren unos ojos acerados y vivos que suman la atenta curiosidad a la curva interrogante y ciliar.



Vemos algo aquilino en la expresión. Cuando Coke contempla a la "víctima", la mirada rapaz se recoge en intensa concentración. Las cejas forman un apeñuscamiento en el vértice, levantan sus extremos y de los ojos mana súbito hacia el modelo una especie de doble rayo. Después quedará sobre el papel en un limpio trazo el secreto, el hondo, el eutrapélico perfil caricaturesco debelado por el doble rayo de la mirada.

No basta aún. Debemos completar la imagen interrogante. Quedan la nariz y el perfil avanzado —como una proa— del V mentón. Se incurva la nariz de pico de loro. Y todo ello fúndese en una expresión de voluntad energética tendida a captar el lado grotesco de las cosas.

*A ti, caro lector,
te dedicamos el No 1
de la edición de este libro, en
la esperanza de no ser
tus autores más caros.*
Jorge Délano
Coke

Si aceptamos la tesis de la correspondencia entre nuestras actividades y el carácter impreso por éstas a los ademanes, al rostro, al dibujo de nuestro ser interior y al de nuestra apariencia tangible, hemos de convenir que Jorge Délano posee eso que se ha llamado *le physique du role*. ¿Predestinación? ¿Conformación paulatina de los rasgos fisonómicos a las tareas habituales?

Coke, en todo caso, no parece haber violentado sus impulsos vocacionales. Y tal vez sea ese "rostro profesional" suyo la señal exterior ineludible, imperiosa, de su azar vital. Cuando veáis a gentes que representan físicamente su "ante-yo" profesional, pensad que han embotado su vocación y renunciado a su auténtico ser. Cabe recordar a este respecto la complacencia con que Stephan Zweig recalca la contradicción dada entre el quehacer de ciertos hombres y la línea inexorable de su predestinación, viendo en ello un manar fecundo de situaciones dramáticas.

Se dirá que Coke ha deseado en algún momento quebrar aquella armonía. Y ha caminado por vías diversas que en muchos casos pueden parecer contradictorias. ¿Cómo afirmar, pues, la coherencia entre el rostro y el papel a que parecían destinarlo las peculiaridades de ese rostro?

Anticipémonos a negar la existencia de tal disparidad. Todas las desviaciones hacia otros campos vienen a ser aspectos diversos de un mismo paisaje espiritual. La suma o el conjunto de la inquieta actividad de Coke acude finalmente a un punto definitivo, a una meta suprema en donde todo se une.

El caricaturista, el pintor, el cineasta, el escritor, el humorista, son modos diversos de ir al mismo resultado: a la comprensión del hombre.

No se tomen a exceso nuestras palabras. ¿Entender al hombre a través de una caricatura?

Unamuno nos da la respuesta -referida a Bagaría, pero pertinente sin duda al caso que venimos escrutando: "Yo sé decir que las caricaturas que de mí ha hecho Bagaría me han servido, más que otras cosas, para verme desde fuera de mí y como los otros me ven, y así su arte me ha purificado con el más hondo "conócete a ti mismo" que es: "conócete con el conocimiento ajeno".

Coke ha ido al cine llevado por esa penetración suya, sutil y honda, a que lo fuerza el hábito de ver el mundo a través de la mirada inquisitiva y sustantivadora del caricaturista. Y en sus retratos, en sus retratos de pintor, ¿podríamos desconocer la

leve deformación de las líneas, el juego casi abstracto de los grandes planos, el subrayado de éste o de aquel rasgo que tanto valor de intimidad y de buceo psicológico agregan a la obra? No quisiera olvidar algo que me complazco en repetir: "Todo buen retrato tiene siempre algo de caricatura".

Esta biografía —autorretrato escrito del humorista— viene de pronto a proyectar sobre la pantalla del presente la vida pretérita en líneas intensificadas también por la ironía y por el humor.

¿Es este Coke de nuestro conocimiento aquel Jorge niño, atado aún a la inquietud del porvenir impreciso, fresco de sensaciones, nuevo a la emoción de la vida? Jorge Délano sabe que no. En uno de los capítulos más notables de sus Memorias, que tiene mucho de heraclitiano, lleno de intuiciones, nos habla del achicamiento del tiempo y del espacio y nos lleva a la idea de que, como en la imagen del río de Heráclito, aquel niño de antes no es este hombre de hoy. Que nada es inmutable y que los fenómenos parecen dirigidos por una fluencia constante. Todo ha cambiado. La visión está impregnada, en primer lugar, de la mutación que el paso del tiempo realiza en las cosas al poner en ellas el pespunte de la historia; en segundo lugar, de la ironía de quien las evoca. Intervienen, así, por un lado, la sensibilidad y, por otro, la fría razón.

De todas aquellas personas que reconstruyen el pasado con la constelación de los acaecimientos íntimos, son los caricaturistas quienes se salvan de la caída en la inexorable sensiblería. Habitados a trastocar los hechos, a volverlos del revés, a desarmarlos y a componerlos de nuevo, nos dan de ellos algo así como la última y definitiva raíz.

Trátase de una realidad ajena muchas veces a la realidad estimada como verdadera, condicionada a una determinada obligatoriedad impuesta por los datos psicológicos aprehendidos por el humorista.

No nos enfrentamos aquí a la rememoración usual del pretérito. Dice Ortega y Gasset —si no recordamos mal— que hay en las Memorias algo así como un síntoma de complacencia en la nostalgia de una vida que fue feliz para quien la evoca. Repasarla es traer al presente el pasado venturoso. Hace el memorialista un gesto caricioso.

Sin negar esto en el libro de Jorge Délano, tengo para mí que su designio es otro.

Sus gafas ideales vienen a ser las gafas del humorista, una a manera de las antañonas antiparras de Quevedo, cuyos espejuelos, brillantes de ironía, dejan pasar sólo la eutrapelia del vivir, el aire festoneado de alegría, el garabato esperpéntico y, por momentos, el cuadro solanesco, como esa estampa de Amélie, "Naná" provinciana, y la estruendosa juerga funeral en la MAISON DE TOLERANCE de "la María Luisa".

En la autobiografía de Coke hay como un desdoblamiento. Se ven los hechos —según hemos dicho— a través de una persona actual que va escrutando a su doble, a ese doble que ha ido recorriendo el camino del tiempo. El título es sintomático: "Yo Soy Tú"

Hay un ver las cosas desde un lugar marginal, con cierta insolidaridad o apartamiento del personaje que "vive" los acaecimientos, con el que los "revive". La ventaja es indudable, pues no existe sentimentalismo que cambie la verdad ni la modifique al engolfarse el autor en las complacencias de la vanidad. El humor, el humorista —viene a decir Lipps— siente la idea como lo que vale, como lo no exterior —es decir, sin careta cubridora de lo ridículo, lo estúpido y las inversiones morales que se disfrazan de grandes cualidades—, pero interiormente fuerte, como aquello contra lo cual la vanidad se yergue inútilmente y se infla.

La clave es, pues, el humorismo. Los humoristas sufren —cuando admiten tal calificación— un desdoblamiento psíquico. Son la suma asepsia sentimental porque contemplan la vida con los ojos libres de prejuicios sin perdonar sus propios defectos. Asentimentales, pero llenos de ternura y comprensivos de todo yerro. No olvidemos a Pirandello, que los ve, como una especie fabulosa, el Hermes bifronte, una de cuyas caras, sonriente, saborea el amargor de las lágrimas vertidas por la otra.

Las Memorias de Coke son las Memorias de un humorista.

No es la primera vez que uno de esos hombres dedicados a la eutrapelia y a distorsionar festivamente el orden lógico de la vida lo hace. Ahí está la propia historia de Gulbransson evocada donosamente por el gran caricaturista del *Simplicissimus*.

Coke hace gala de una visión más analítica que la de su colega europeo. Su humor es también distinto. Bastaría cotejar "Es war einmal" de éste con "Yo Soy Tú" del

chileno. En Gulbransson, —nórdico al fin, — predominan las borias pesimistas de la sátira. COKE es —si se me permite la expresión— más cascabelero y alegre.

El europeo se sitúa en el centro de su relato reminiscente y todo viene a proyectarse en él. Jorge Delano lanza los hilillos de sus recuerdos a la vida tumultuosa que se agita en torno. Más que a un hombre, vemos a un pueblo con sus peculiares modos de vida. El fundador de "Topaze" hace en sus Memorias eso que los franceses designan con justo nombre *la petite histoire*. Desfila, en efecto, por estas páginas, un trozo de vida nacional. Coke ha hecho política a su modo y nada de los entresijos del parlamentarismo y de los usos del poder se le escapa.

Pero es —huelga repetirlo— una visión desprovista de interés directo. Su arma no es la elocuencia, ni los votos del sufragio i universal, m la filiación partidista. Usa el lápiz y con sus líneas va quedando para la historia la actitud de los hombres.

A veces vemos en este libro cómo el memorialista se margina de los hechos aparentemente trascendentales y dirige sus miradas a los fenómenos de naturaleza minúscula. Jorge Délano parece decirnos que de las pequeñas causas salen los grandes efectos.

Un ser estrambótico, un ente absurdo y astracanesco, "El Incandescente", por ejemplo, alcanza como norma definidora de un momento mayor significación que un político que pasó por la vida y se fue en medio de la indiferencia.

Asistimos así a una rememoración deliciosa de la vida y, a la vez, no se olvide, a lo que perdurará. Lo transitorio es lo durable, ha dicho Unamuno.

Pero está la imagen física que completa el relato. Coke historia los hechos y a la vez en su relato va poniendo la glosa ilustrativa de las caricaturas. Hay en ello una doble repristinación del acontecer. Lo sucedido entra por la razón y por los ojos y deviene así una más enteriza, realidad.

Tenemos frente a nosotros, mientras escribimos estas líneas, algunas caricaturas de nuestro autor. Hojeamos un álbum trazado en Hollywood. La mirada implacable del dibujante ha dejado sobre el papel el rostro físico y la honda realidad interior de unos personajes. Recordamos en ellos la feliz definición del filósofo: "la caricatura es la cifra del caricaturizado".

No hay retrato compuesto y halagador capaz de superar la verdad psicológica de estas visiones. El lápiz juega con los volúmenes, fija la intención de una mirada o el

rictus desdeñoso de una boca o la expresión altanera de un caletre vacío.

Pertenece Coke a la gran corriente humorística occidental que tomó el elemento expresivo del Japón. Como Heine, como Bagaría, como Gulbransson —cualesquiera que sean las diferencias estilísticas—| el dibujante de “Topaze” ha hecho de la línea y del arabesco ampuloso y decorativo la norma de su arte.

Su dibujo es preciso, riguroso. Introduce a veces un leve sombreado, pero predomina el trazo, y sus deformaciones, lejos de buscar el lado grotesco, como hacían los seguidores de Léandre, tienen siempre una razón eminentemente plástica.

El parecido no está tanto en la sumisión de la línea a la realidad representada como en ese factor de naturaleza indeterminada y sutil llamado “el punto característico”. Ese rasgo indefinible viene a ser la suma de la realidad exterior y del contenido anímico. Se puede afirmar que cuando ambos elementos se funden, el parecido surge potente y a la vez naturalísimo, espontáneo.

Se ha dicho con frecuencia que el arte del caricaturista es virtud innata. Sin negar que tal virtud exista, es evidente también la presencia de un afinamiento y trabajo sucesivo de la vocación. Deriva su cabal dominio de un conocimiento profundo de la naturaleza humana y de sus peculiaridades psicológicas.

Al leer las páginas del libro de Jorge Délano podemos comprobar de qué modo el artista proyecta su capacidad de escrutación sobre los hechos que va historiando. Y no sería justo apuntar que el caricaturista doblado en autor de unas Memorias deforma la realidad. No es así como nosotros los vemos. Su vía de penetración en ese trasfondo de los hechos es más bien la ironía que, a la postre y por misterios de la ternura yacente en el humorista, deviene comprensión y, sonrisa.

Vida mansa, sin duda. Vida que quienes pasaron la línea ecuatorial del existir añoran con indecible nostalgia. En el libro que tenemos a la vista se agolpa ese pasado gris y —tal vez por ello— feliz y venturoso. “El alma liberal de aquellos decenios, en España y en todo el mundo —escribe Marañón en una biografía sobre los Machado—, no era, como torpemente creen algunos, pura ideología de partido, sujeta, por lo tanto, al azar de sus aciertos o fracasos, sino aire de la época...”

Aire de la época, un modo de ser y de sentir el afán vital. Sin prisa y sin atosigamiento de tiempo. Piénsese, por ejemplo, como clave de un estilo de vida,

en ese armatoste dibujado donosamente por Coke y que participa a la vez de la condición de baño y de bomba contra incendios. Sin pretender el chiste fácil, podría decirse que es éste una especie de baño Pompier. Lo Pompier es también una norma epocal.

Los años seguirán apeñuscándose en la costra del tiempo. Cuando se quiera construir la historia de esos años tan fáciles y a la vez tan preñados de acontecimientos, habrá de acudir a esta remembranza íntima de unos hechos vividos por el dibujante. Coke se conoce bien, y por saberse a sí mismo, penetra en los arcanos de su tiempo. El título de sus Memorias recuerda la expresión quijotesca "Yo soy quien soy", modo de decirnos que se posee la conciencia de la personalidad íntima. Se ha dicho que nadie llega a ver el semblante de su alma sino en el espejo de las almas de los demás.

No se nos presenta, pues, el relato oficial de los acaecimientos, sino el impulso interior con sus caprichos y antojos inexplicables en la apariencia para quien no quiere verlos. La vida íntima de los pueblos es la intrahistoria. Es decir, una historia más verdadera que la escrita por los eruditos y acumuladores de fechas y nombres. "Yo Soy Tú" es la intrahistoria de medio siglo de vida chilena y el retrato cabal de quien la ha evocado y dibujado para nosotros.

Antonio R. Romera.

Sección 1

1. Yo no soy yo

- ¿Vas a ir a los funerales de Coke?

- Claro; fuimos tan amigos. ¡Pobre Coke! Dicen que pidió que le pusieran un lápiz y un bloc de dibujo en el cajón.

- Hazme el favor de depositar mi tarjeta en el cementerio. Se me vence una letra y no podré acompañarlo...

- Con ésta son siete las tarjetas que me han encargado.

Yo escuchaba con bastante claridad este diálogo de mis dos amigos, pero estaba seguro de que era víctima de una pesadilla. Después, como si hubiera sido tomado por la corriente de un río, me sentí arrastrado magnéticamente al Cementerio General. La carroza con las iniciales J.D.F. se detuvo frente a la "ancha puerta que

invita al mudo pasajero a avanzar". Mis deudos, sinceramente atribulados, hicieron rodar hacia afuera mi cajón, y lo colocaron en uno de esos carricoches semejantes a los que hay en las estaciones para acarrear el equipaje.

El cortejo tomó la senda de la derecha, y al pasar por el lado de la estatua de Adán, leí una vez más la inscripción acusatoria: "Por mi culpa reina aquí la muerte". . . ¡Qué idea tan errada tienen los vivos de la muerte!. . . Yo me he convertido en muerto con la misma facilidad con que al salir de Chile me había convertido en extranjero; y, sin embargo, continuaba siendo tan chileno como el día anterior de mi partida; ¡y ahora estoy tan vivo como el día antes de morir!

¿Mueren las nubes cuando el frío las condensa y caen a la tierra en forma de lluvia?

Como no dispongo de un mausoleo, me depositaron frente a un nicho recién desalojado. El recinto a que me han traído es como un edificio de departamentos, de esos en que los vivos creen vivir, pero con la ventaja, éste, de que nadie tiene



radio. ¡No más "Lacón" ni "Cryogénine Lumière"! Esto me dio la esperanza de descansar en paz. Allí se nos despoja de la "ropa", pues sus materiales deben ser devueltos inmediatamente al laboratorio, que redistribuye sus componentes, con el objeto de vestir a los que están haciendo cola para vivir. Muchos hay que sienten tal apego por sus ochenta o más kilos de calcio, fósforo, etc., que se hacen embalsamar para no devolver al Creador los ingredientes que les prestó mientras anduvieran vestidos de carne.

Antes de que me introdujesen definitivamente en mi habitación, Oscar Fuenzalida, el brillante director de la revista "Zig-Zag", fue el primero en abrirse paso entre mis acompañantes. Sinceramente conmovido - y esto me consta porque donde yo estoy las emociones no pueden engañar, pronunció este enternecedor discurso, que vino a confirmarme el dicho que asegura que "no hay muerto malo":

"El periodismo nacional está de duelo: ha dejado de convivir junto a los hombres que practicamos la ingrata tarea de cultivarnos para la colectividad el más devoto, el más sabio y el más alegre de nuestros compañeros.

Su vida fue un ejemplo de constante laboriosidad y supo hacer la jornada desparramando, como un nabab de leyenda, los preciados tesoros de su humorismo sano y bien intencionado en sus maravillosas caricaturas, en que tomaba el pulso de la política chilena, la orientaba y, valiéndose de la crítica colocaba a los hombres que se preocupan del arte de gobernar en los sitios precisos a que tenían derecho por sus méritos, sin olvidar sus defectos.

Coke deja un ejemplo edificante en el periodismo de Chile. Su obra se prolongará a través del tiempo y más allá del olvido, porque supo poner siempre en sus dibujos satíricos el alma de un hombre de bien, que sólo ejercía la crítica con fines levantados, con patriotismo, con honestidad.



Siendo un muchacho, cuando cursaba humanidades en el Instituto Nacional, llegó a la Empresa Zig-Zag, y sus primeras colaboraciones se publicaron en la revista "Corre Vuela".

Después el embrujo del periodismo lo envolvió en sus redes.

Y desde entonces su vida tuvo el horizonte azul de los visionarios, de los idealistas, de quienes en las salas de redacción olvidan las penurias de la propia existencia para vivir pendientes de encauzar, por medio del artículo, la información o la caricatura, el progreso de la República y el bienestar de sus habitantes.

La revista "Zig-Zag" tuvo el honor de contar entre sus colaboradores más eficientes a Jorge Délano (Coke). Fueron muchos años de estrecha camaradería los que este dibujante convivió con nosotros en el semanario más antiguo del habla castellana, y fueron muchas también las campañas políticas en que una caricatura de Coke rubricó el éxito de las buenas causas sin dejar resquemores ni heridas profundas.

Es que en la nobleza de su alma no había refugio para pasiones ni inconsecuencias. Luchó siempre con armas limpias y con la visera levantada. Y así como supo luchar con tenacidad y triunfar con gloria, supo también olvidar pequeñeces y ataques arteros.

Coke vivió diáfananamente, regocijadamente. Supo de las satisfacciones del triunfo e ignoró, intencionadamente, las penurias que nunca faltan en el existir de los hombres de selección.

No limitó a la palabra escrita ni al dibujo intencionado su actividad creadora. Cuando un arte nuevo e intrigante surgió, supo también combinar sombras en el celuloide y establecer los pilares del cine chileno. Sin grandes recursos materiales, hizo grandes películas a base de ingenio y talento.

Su calidad humana y periodística fue reconocida. El Premio Moors Cabot, que distingue a los hombres de prensa más destacados de nuestro continente, le fue otorgado como homenaje a la genialidad de su pluma de caricaturista. Para nosotros, para los periodistas, para sus compañeros de la revista "Zig-Zag", su ejemplo es de proyecciones cristalinas. En todas sus actividades dejó el sello inconfundible de los hombres íntegros.

Ante sus restos asociamos su nombre a una muda oración al Altísimo y agradecemos sinceramente a la vida el que nos haya deparado la dicha inefable de haberlo tratado, de haber sido sus amigos y haber podido aquilatar su talento y bondad.

Coke ha hecho su última caricatura: a la Muerte. Y la ha dibujado como hizo todas las demás: con dignidad, con señorío, con inteligencia y con amor.

En nombre de los que fuimos y seguimos siendo sus compañeros del periodismo; en nombre de la revista "Zig-Zag" y de la Empresa que la edita, despedimos hoy al amigo dilecto, mientras en el alma, dulcemente, se reclina el recuerdo." (Discurso escrito efectivamente por el Director de "Zig-Zag", don Oscar Fuenzalida.)

¡El Premio Cabot! Grande había sido mi felicidad cuando recibí el cablegrama firmado por el Decano de la Universidad de Columbia, Mr. Carl Ackerman, participándome tan honrosa distinción. Solemne fue la inolvidable ceremonia efectuada en la Rotonda de la prestigiosa Universidad. Por primera vez la medalla era colgada al pecho de dos caricaturistas: en el de Arias Bernal, de México, y en el mío.

Los caricaturistas de Nueva York tenían preparada una fiesta en nuestro honor, y como se me había advertido que debería pronunciar un discurso, lo escribí en castellano y lo hice traducir al inglés. Lo más granado del gremio de "pintamonos", allá se llaman cartoonists, se había dado cita en un magnífico club de Nueva York.

Pero como los caricaturistas del mundo constituimos una sola familia, respetable familia que nada toma en serio, empezaron luego las bromas y los brindis. A la altura de mi séptimo whisky me colocaron frente a un micrófono. El maestro de ceremonias anunció que uno de los hombres más festivos de Chile iba a hacer uso de la palabra. Comprendiendo que el discurso que llevaba preparado no estaba a tono con el bullanguero ambiente, me puse a improvisar en inglés. No tengo la menor idea de lo que dije, pero mi mujer, que no sé si también estaría "intoxicada", fue una de las personas que más me aplaudieron.



Mr. Grayson L. Kirk, rector de la Universidad de Columbia, en el momento de entregarme el diploma.

He aquí el discurso que no leí y que puede ser de interés para los aficionados al arte de la caricatura, que, a pesar de su antigüedad, bien pocos son los que se han preocupado de estudiar su historia.

"Breve Historia de la Caricatura"

Es creencia general que el arte de la caricatura es de tan reciente data como el invento de la imprenta, que cuenta apenas con cinco siglos de existencia. Grande será, pues, la sorpresa de los que así piensan al saber que en Egipto, durante las dinastías XX y XXII, hubo caricaturistas cuyas producciones, primorosamente pintadas en papiro, nos muestran escenas en que se satiriza la vida social y política de los antecesores de Faruk.



Los antecesores del Gato Félix y Mickey Mouse fueron dibujados en papiro tres mil años antes de que Walt Disney les diera vida en celuloide.

Parece que nuestros, colegas egipcios fueron los primeros en concebir la idea de humanizar a los animales. En todo caso, nos legaron innumerables escenas cómicas en que cocodrilos, monos, gatos y ratones aparecen comportándose como seres humanos, lo que nos permite suponer que en aquella época los hombres ya solían conducirse como seres irracionales. Uno de los papiros más notables de este género es aquel que se conserva en el Museo de El Cairo. Con exquisito humor, el caricaturista nos muestra a la Reina de los Ratones reverentemente servida por el Rey de los Gatos y su corte. Resulta curioso pensar que estos dibujos fueron hechos tres mil años antes de que Walt Disney diera a luz su Mickey Mouse y que el Gato Félix debutara en Hollywood.



Posón, famoso caricaturista griego, es increpado por Sócrates y Aristóteles.

Si damos otro brinco en el tiempo y nos posamos en el siglo III antes de Cristo, no dejará de sorprendernos el saber que en Grecia, el gran Aristóteles, demostrando un precario sentido filosófico, increpó duramente a Posón, el más popular de los caricaturistas griegos, "por representar a los hombres peores de lo que son".

Y Aristófanes, olvidando ser el padre de la comedia satírica, evidenció carecer de *sense of humour* al arremeter también contra el mismo caricaturista, poniendo en boca de los coros de su obra "*Los Acarnienses*" la siguiente frase: "No volverás a ser juguete del infame Posón". ¡Pobre Posón, demasiado agudas debieron ser sus caricaturas si los mas brillantes cerebros contemporáneos desataron sobre él sus iras!

Pero los eternamente indiscretos caricaturistas no se limitaron a satirizar a los hombres, y hubo algunos que osaron fisgonear por el ojo de la cerradura del Olimpo. Todavía se conserva una vasija de barro decorada con una caricatura en que reconocemos nada menos que a Júpiter haciéndole el amor a Alcmena. ¡Ni la vida privada de los dioses, se les escapaba a los precursores de Low y Peter Arno!

Entre los primitivos cristianos no faltaron los caricaturistas, cuyas obras perduran en las catacumbas romanas. En estos dibujos, de trazos vacilantes, se satiriza a los paganos y a sus dioses, con el fin de exterminar las creencias politeístas.

Si continuamos nuestro viaje retrospectivo y darnos un vistazo a la lóbrega Edad Media, podremos apreciar la gravedad de su neurosis a través de las caricaturescas representaciones del demonio, de la muerte y de los pecados capitales, cincelados en piedra y grabados en madera.

Un psicoanalista de la historia que se propusiera buscar en el alma de las gárgolas, esas tan grotescas como sugerentes figuras que decoran la Iglesia de Nuestra Señora de París, podría desentrañar el subconsciente de esa época torturada por el complejo de la muerte. El terror a los tormentos del infierno incitaba a los hombres a congraciarse con el jefe supremo y los jefes de aquel ardiente campo de concentración, en cuya puerta se ha colocado, con encomiable franqueza, un letrero que advierte al que allí entra la necesidad de abandonar toda esperanza de salir. Por si alguno, en exceso perspicaz y malicioso, pensara que estoy aludiendo a un imperio totalitario y a su jefe, debo aclarar que, mi intención ha sido referirme exclusivamente al infierno y a su regente, Satanás. Cualquiera semejanza con nombres o personas es mera coincidencia.

Pero, volviendo a las gárgolas, ¿cómo descifrar el secreto de estas maravillosas caricaturas, centinelas mudas de la Iglesia de Nuestra Señora? ¿Qué piensan de ese mundo que ellas observan hace siglos desde la cornisa de un templo de Dios? ¿Son



acaso verdaderos demonios que han quedado petrificados ante el espectáculo de una nueva Sodoma?

Intentemos averiguarlo; puede ser que alguna de ellas no sea tan discreta como su vieja colega de Egipto y se avenga a revelarnos el secreto que hoy nos preocupa: ¿Cómo nació la caricatura? ¿Quién fue el primer caricaturista?...

Invitemos entonces a uno de nuestros monstruos de piedra a tenderse en su diván como si fuera una moderna dama menopáusica y proceda el discípulo del doctor Freud a invitarlo a divagar y a abrir las compuertas del inconsciente. .. El moderno Edipo no podía fallar; la Esfinge gala ha comenzado a hablar... Tomemos nota de sus palabras, por disparatadas que nos parezcan:

"En el momento en que Jehová decidió crear al hombre a su imagen y semejanza, fue creada también la caricatura. Ya sabemos con qué rapidez y entusiasmo estos microscópicos seres que se creen dioses, se multiplicaron y poblaron el mundo. ¿Cómo hacerlos comprender que para

Júpiter y Alcmena espiados por el ojo de la llave de la puerta del Olimpo, al ser dioses ¿deben empezar por renunciar a ser hombres? Desde nuestro observatorio los vemos caminar atolondradamente, como hormigas locas, sin saber ni tratar de comprender de dónde vienen y a dónde van. .."



Una gárgola de Nuestra Señora de París es psicoanalizada.

Y la gárgola terminó su extravagante disertación asegurando al médico que desde el principio hasta el fin de los tiempos habría caricaturistas en el mundo, "porque la vida es un asunto demasiado serio para ser tomada en serio".

2. Además del invierno neoyorquino, se me coló en los pulmones una "pata de catre"

Pocos días después de haber recibido la medalla "María Moors Cabot", el invierno, que sin previo aviso resolvió adelantar su itinerario, entró en Nueva York como es tradicional que lo hagan los personajes ilustres: en medio de una densa y silenciosa "chaya" de papel blanco.



La gran ciudad quedó repentinamente cubierta de nieve; el decorado para el gran show de Santa Claus estaba recién pintado. Dos grados bajo cero se infiltraron traidoramente en mis pulmones. Durante la noche, la temperatura de mi sangre era de 39 grados sobre cero. En mi delirio, "soñé que la nieve ardía", como en el "Ay, Ay, Ay", del gran Pérez Freire; pero mi mujer no se atrevió a llamar un médico, por temor a gastar los escasos dólares de que disponíamos. Me vi obligado a permanecer en cama e interrumpir el programa de festejos que mis buenos amigos Félix Nieto del Río y Carlos Reyes Corona me habían preparado en Washington.

Frente a semejante contratiempo, decidí adelantar nuestro regreso a Chile, y una tarde, después de volar 24 horas, divisé, en las faldas de nuestros Andes, los almácigos de rascacielos que despuntan en Santiago, con el orgullo propio de los niños que se ponen pantalones largos.

No me sentía bien, y lo primero que hice fue visitar a mi médico. Este, después de traspasar mi tórax con sus rayos X, frunció el ceño y me ordenó guardar cama. Muy mal debió encontrarme, porque mi casa empezó a llenarse de parientes y amigos que al aproximarse a mi lecho me daban las mismas miradas compungidas que

deben soportar los finados a través del cristal de esa ventana que les permite mirar por última vez el cielo raso. Se me obligaba a permanecer muy abrigado; pero cada vez que era sacado de mi casa para tomarme radiografías, me desnudaban sin ninguna consideración, y así debía permanecer mientras médicos y radiólogos discutían la presencia de una sospechosa mancha negra que, según decían, tenía la forma de un pescado.

Un día, el médico de cabecera, Héctor Orrego Puelma ("Titín", como le llamábamos en el Instituto), me dijo que sentía tener que someterme a una broncoscopía.

- Debo advertirte que es un examen bien desagradable, Cokecito; pero es indispensable hacerlo cuanto antes - me dijo el reputado tisiólogo. Temprano, al día siguiente, me puse en manos del doctor Rodríguez Dutra, quien después de insuflarme en la tráquea una tremenda dosis de *pichicata*¹, ¡y de la buena!, me acostó en una mesa de operaciones y me introdujo un cañón tan descomunal (oí que el practicante lo llamaba "la pata de catre"), que es capaz de contener en su interior un juego de ampolletas eléctricas, prismas y hasta una máquina fotográfica; vale decir, que es un caprichoso periscopio, construido para otear desde el exterior lo que ocurre dentro del submarino que es nuestro cuerpo.

Yo sentía que "la pata de catre" iba penetrando por mi tráquea con la misma facilidad que los sables se deslizan por el esófago de los "traga sables" que trabajan en los circos y en la política...

La cocaína me evitó el dolor; pero, en cambio, me produjo la sensación de tener en el gástrico un grueso tubo de alcantarillado, por el cual se descolgaban el médico y sus ayudantes.

Creo que si esta tortura no ha sido empleada todavía por ciertas policías para arrancar confesiones, se debe a que el paciente queda imposibilitado para articular palabra. Una sensación de asfixia y de prolongado atoramiento me hacía pensar que así era la agonía. Cuando "la pata de catre" ocupó íntegramente la tráquea, escuché por última vez la voz de uno de los médicos:

- Vamos llegando al espolón², colega.

¹ Expresiones usadas por los adoradores de la diosa blanca: la cocaína.

² Bifurcación de la tráquea.

Abrí los ojos, y sólo vi la negra densidad de la nada. Después - no sé cuánto tiempo pudo haber transcurrido- un disco rojo como un vórtice de fuego se precipitó sobre mí, succionándome como si hubiera sido un tornado. Una sensación de paz invadió entonces mi ser. Por asociación de ideas recordé algo extraordinario que le había ocurrido a mi madre durante el último mes que me llevó en su seno. Alfa y omega se habían unido en estrecho abrazo, y como si fuera una película neorrealista, vi proyectarse mi vida desde el momento en que fui concebido hasta ser recapturado por el disco de fuego.

Esta aparente proyección cinematográfica, no solamente en "glorioso tecnicolor" y tercera dimensión, me sorprendió por la novedad de mostrar, sin necesidad de colocarse anteojos polarizados, una cuarta dimensión. Tal particularidad es la que me permitió observar mi ego por dentro y fuera, simultáneamente; ser actor y espectador de mi propia vida. Como espectador empecé a sufrir nuevamente los episodios vividos por el actor. También descubrí que no estaba solo. Unido a mí estaba "Coke". Eramos hermanos siameses mal avenidos; pero ya no podíamos salirnos del libreto y estábamos condenados, pues, a repetir la escena, grata o repelente, sin saltarnos ni una palabra. Entonces comprendí que nos encontrábamos en el umbral del purgatorio.

Siempre tuve curiosidad por informarme de los hechos acontecidos a mi alrededor durante mi vida prenatal. Presentía que alguna relación debe de existir entre ese "pasado" misterioso, en el cual todavía uno no se ha diferenciado de la madre, y el "presente", que empieza en el momento en que la matrona procede a cortar el cordón umbilical. ¿Sería, entonces, el "futuro" aquel tiempo que viene después de la muerte?

Yo había averiguado que mi madre estaba profundamente deprimida por la pérdida de Isabel, su hermana más querida, y los médicos, temiendo que se agravara, aconsejaron a mi papá llevársela por largas temporadas a vivir en ese saludable y pintoresco rincón que es Quilpué.

Al hacer este análisis retrospectivo de los estados de tristeza y abatimiento que debí soportar durante los nueve meses obligatorios - en los cuales se vive en calidad de parásito de la madre y su sangre y sus humores se mezclan con nuestro ser, he

comprendido por qué fui un niño triste y taciturno. Lo suficiente como para llegar a ser un humorista.

3. ¿Era el disco de fuego un platillo volador

La joven pareja, progenitora ya de siete niños, paseaba una tarde por el jardín de su quinta, en Quilpué. Ella esperaba su octavo hijo.

Inesperadamente dio un grito y se quedó con los ojos clavados en el cielo. El esposo, alarmado, le preguntó si había sentido algún dolor agudo, pues el embarazo corría el crítico nono mes.

-¿No viste el fenómeno celeste que acaba de producirse? - le interrogó a su vez ella, con voz trémula por la impresión y con la mirada aún clavada en el cenit.

- Nada he visto - contestó él, solícito y temeroso al mismo tiempo de que su esposa, debido al estado de avanzada gravidez, hubiera sido víctima de una alucinación causada por exceso de albúmina en la sangre.

- El cielo se abrió, como si se hubiera transformado en un inmenso telón de teatro, y dejó ver un disco de fuego que osciló sobre nuestras cabezas - explicó ella -. Fue tan grande mi miedo - continuó, con el pánico reflejado todavía en sus hermosos ojos verdes, que no atiné a llamarte la atención. Me pareció como si el disco de fuego amenazara caer sobre nosotros y me sentí desfallecer.

- My dear! - le dijo él, amorosamente, tomándola por el talle. (Como era hijo de un capitán norteamericano y ella de un británico, acostumbraban intercalar expresiones inglesas). ¡Es efecto de tu estado! Mañana mismo iremos a ver al doctor Fonk.



Y pasando por debajo de la torre de madera de un molino de viento, de esos de aspa caracoleada que todavía se ven en Quilpué, subieron lentamente la escalera de ladrillos que unía el jardín con la amplia galería de vidrios.

"El Arratia" - vespertino tren de pasajeros que todo porteño de la época conoció - acababa de anunciarse con lejano pitazo que vino a interrumpir unas notas del *Largo*, de Haendel, que Nieves, la mayor de las hijas, interpretaba en su violín con arrobado sentimiento, en el balcón de su alcoba. En la casa vecina, un niño de grandes ojos claros la escuchaba embelesado.

Era Joaquín Edwards Bello, que medio siglo más tarde evocaría esta escena en uno de sus artículos de "La Nación".

4. Un parto y una coincidencia cinematográfica

Aunque era esperado para la madrugada del próximo día, nací en Santiago, cerca del cañonazo de las doce del 4 de diciembre del año 36 A. T.³ (4 de diciembre de 1895). No encuentro que el adelanto o el atraso de unas cuantas horas, en un viaje cuyo punto de partida es la eternidad, sea digno de un reclamo formal, máxime si se considera que hoy día, a pesar de los avances de la técnica de la locomoción, casi no vale la pena tomar en cuenta los itinerarios.

Mi padre había ido esa mañana acompañando a don Pedro Montt a la Casa de Orates, institución de la que ambos eran benefactores. Al regresar a casa, conoció a su tercer hijo varón, vale decir, el padre de mis hijos. Años después supe que en la casa en que nací se instaló más tarde uno de los primeros "biógrafos" de Santiago.

¿Venía yo predestinado a vincularme al séptimo arte?

Dicen que "todo" está escrito. Yo lo dudo. ¡Me consta que "Topaze" hay que escribirlo todas las semanas!

Al tercer día de dar el vagido con que las criaturas protestan por haber sido traídas a este valle de lágrimas, fui víctima de una neumonía que casi me lleva al limbo. Quedé con los bronquios afectados, obligándome a llevar, en los inviernos venideros, un diario encajado entre camiseta y espalda. ¿Estaba también predestinado a encajarme en el periodismo?

Otro misterio.

³ Antes de "Topaze".

5. Bautizo en La Moneda.

Erupción de gases, agua y lava

Mis padres decidieron ponerme el nombre del que sería mi padrino, el almirante don Jorge Montt - que regía, en esa época, los destinos de Chile, cuya esposa era hermana de mi madre.

En el tercer piso del vetusto Palacio de Toesca estaba la Capilla. Los parientes y algunos amigos, entre los que se contaban varios hombres públicos, esperaban la llegada de una criatura a la que habría sido inútil darle consejos de buen comportamiento. El tiempo pasaba y los invitados empezaban a manifestar inquietud. ¿Qué habría ocurrido? Un accidente de autos no era posible. Todavía no se habían inventado.



Por fin apareció la encantadora guagua en brazos de su madrina, su tía Leonor Frederick de Montt, esposa del Presidente de la República. Para justificar el atraso explicó que la gorra de la guagua había desaparecido. Venían de trajarinar la casa entera. La que el niño traía puesta era la de la muñeca de su prima Lila. Todos se vieron obligados a celebrar la ocurrencia y el capellán de palacio, señor José Venegas, inició la ceremonia del bautismo.

En el momento más solemne, un ruido intestinal producido por el futuro fundador de "Topaze" fue como el anuncio de la catástrofe que nadie pudo prever. Una verdadera erupción de líquido y lava corrió por los dorados galones del ilustre y presidencial padrino.

Desde ese día, Jorgecito se creyó autorizado para seguir haciendo su gracia con todos los Presidentes de Chile.

6. Primeros recuerdos: Una gallina que ponía huevos de lata.

Un caserón de tres patios

Del período que va desde el "gateo" hasta los primeros pasos, sólo conservo recuerdos muy vagos. Uno de ellos es el de una enorme gallina automática que había en la "Casa Prá", ubicada frente a la nuestra. Mi mamá Aurelia me alzaba para alcanzar la ranura y depositar una moneda de cinco centavos, con los que la gallina ponía un precioso huevo de lata lleno con pastillas de chocolate.

Al terminar el siglo XIX, mi padre adquirió una casa en la calle Catedral esquina de Esperanza. Los acontecimientos ocurridos en ella se mantienen, todavía, nítidos en mi mente y puedo evocarlos como si fueran fotografías de uno de esos viejos álbumes familiares. El caserón contaba con tres grandes patios. El primero, un jardín rodeado por una gran galería de vidrios. El segundo recibía la luz de una amplia claraboya, y en el tercero, pavimentado



con piedra de huevillo, había dos parrones y cuartos para la servidumbre. Allí se cocía en grandes pailas de cobre el dulce de membrillo y cuajaban los helados de canela. Mi vida se deslizaba entre el segundo y el tercer patio y algunas escapadas por la puerta falsa.

Eran los tiempos patriarcales en que el buen Dios no se sentía generoso al no enviarle de diez a doce hijos a cada matrimonio. En su infinita sabiduría, El sabe ahora que a lo sumo puede mandarle dos o tres, ya que en los departamentos en que se escurre la vida moderna apenas caben las fotografías de los parientes más cercanos. ¡Cuánta diferencia con nuestras antiguas mansiones, en que había salas, salitas, salones, salas de billares, comedores para diario, comedores para fiestas, piezas de costura, cocinas, reposteros, conservatorios para flores, jardín, dormitorios para alojados, bodegas, gallineros, pieza para guardar carbón, despensas, cocheras y caballerizas! Y no solamente los magnates podían ocupar aquellos caserones, sino que cualquiera familia de clase media disponía de uno

semejante. Sin embargo, hay que reconocer que no se le daba la debida importancia a la pieza de baño. Para veinte dormitorios se contaba con una sola, a media cuadra de las habitaciones.

Los "Verdejos" de ese entonces vivían en conventillos. Estos, a pesar de las protestas de los políticos extremistas de hoy día, eran palacios en comparación con las "poblaciones callampas" contemporáneas.

Como en esa época no había clínicas, las guaguas eran "puestas a domicilio".

Fue así cómo llegaron mis dos hermanos menores, hasta completar la decena, que era la cuota mínima exigida por los arquitectos y constructores de esos tiempos.

Estos nacimientos me sumieron en profundas cavilaciones. ¿De dónde habían llegado y cómo los trajeron? Ante la insistencia de mis interrogatorios, papá me explicó que los niños eran traídos por una cigüeña, en un cajoncito. Sin embargo, yo, dotado con alma de periodista, exigía más detalles y proseguía en mis indagaciones: ¿Dónde estaban las cigüeñas? Porque en el gallinero veía solamente las gallinas, el gallo y el pavo que trajo la Cantalicia.

- La cigüeña se voló porque tiene que llevar guagüitas a otras casas, hijito, me respondía mamá, con mal disimulada impaciencia.

Pero yo volvía a la carga: -¿Y los cajoncitos?

A la mama Aurelia no se le ocurrió otra cosa que traerme un cajón vacío de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar.

Ahí empezaron mis dudas.

La mayor de mis hermanas, que ya se había casado⁴, venía a menudo a visitarnos. Para el ojo del futuro caricaturista no podía pasar inadvertida la curva, cada vez más pronunciada, del vientre de su hermana.

El fenómeno se hacía más notorio cuando, a instancias de mi papá, ella tocaba el violín. La revelación final me fue hecha por Lisímaco, el hijo de la lavandera. Un año después descubría que tampoco era real el Viejito de Pascua. Estos dos engaños me



⁴ Con Eduardo Carrasco Bascuñán, interesante personaje a quien dedicaré el próximo capítulo.

hicieron perder la confianza en todo el mundo y un negro escepticismo fue echando raíces en mi espíritu.

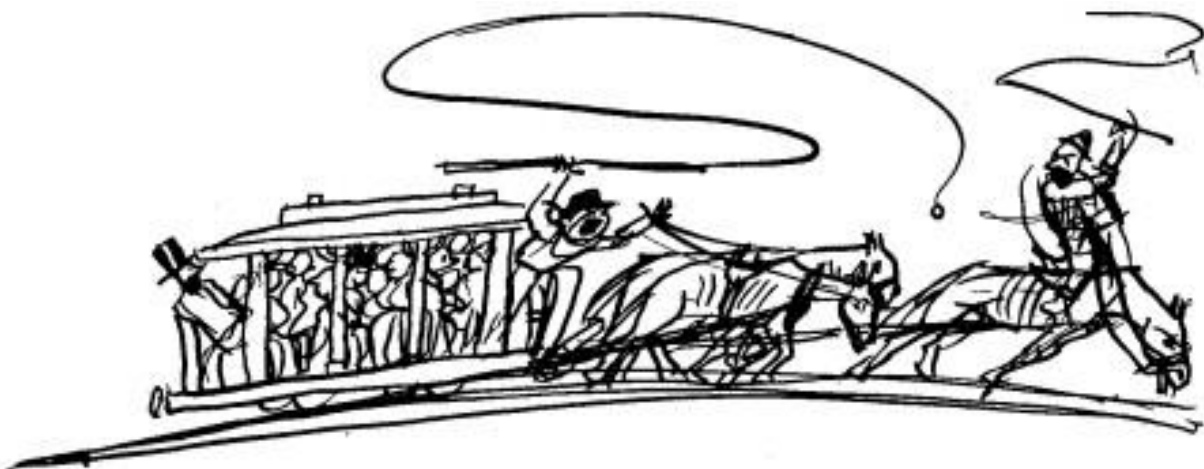
Un día, papá nos estaba dando una lección objetiva sobre la forma esférica de la Tierra. Se valía de una pelota de fútbol. ¿Sería posible creer que media humanidad anduviera con la cabeza para abajo y que las aguas de los océanos se pegaran a la tierra como si no fueran líquidas?

No. Esto era demasiado, y me salí de la pieza, porque para paparruchas ya tenía suficiente con las de la cigüeña y Santa Claus.



7. De la tracción a sangre a la tracción eléctrica

Uno de los cambios fisonómicos más notables experimentados por la ciudad de Santiago al iniciarse este siglo se produjo cuando los "carritos con caballos" fueron substituidos por los carros eléctricos.



En la calle Catedral había una línea de tracción a sangre. Los carros, debían subir y bajar por la misma vía. Para este efecto, cada dos cuadras existían unos desvíos, y el carrito que llegaba primero debía esperar allí, cediendo el paso al que venía en dirección contraria.

Al llegar a las esquinas, los "carrilanos" hacían sonar un estridente pito. Como algunas veces los débiles "pingos" no tenían fuerza para arrastrar el carro, se pedía el auxilio de postillones. Estas maniobras eran animadas por un verdadero "chivateo" aderezado con expresiones obscenas que hacían ruborizarse a las pacatas pasajeras. De ahí es que a los que empleaban un lenguaje procaz se les tildara de "hablar como carrilanos".

Durante la guerra del 79 los cobradores fueron reemplazados por mujeres. Estas servidoras públicas llamaban la atención a los visitantes extranjeros. Sobre el enorme y enmarañado copete de pelo, una chupalla de hule se sujetaba como por un milagro, en posición tan coqueta, que el ala casi les tapaba los ojos. Parte de su uniforme lo constituían un delantal y un maletín de cuero colgando en bandolera, donde guardaban las "fichas"; porque en aquella olvidada época existía una moneda de hueso, especial para viajar en carro. Había fichas rojas y negras, para primera y segunda clase. De ahí los populares versos que decían:



*Una ficha negra
y otra colorá,
una conductora
que no vale na.*

Del estado sanitario de las cobradoras es mejor no recordarse. La mugre de sus manos fue tradicional.

Pero llegó el día en que un hombre de esos que tienen la pupila apuntando hacia el futuro, comprendió que era tiempo de cambiar el sistema de locomoción. Ese hombre, de noble figura, barba negra y rasgos que denotaban gran fuerza de

carácter, era mi cuñado Eduardo Carrasco Bascuñán. Al verlo, parecía que un modelo del Greco, tal vez uno de los caballeros que acompañaron al Conde de Orgaz en su enterramiento, hubiera cambiado la armadura por un chaqué cortado por Monsieur Pinaud.

Se colocaron las líneas, se levantaron los postes para sujetar los cables de alta tensión, y llegó el día en que, con gran solemnidad, corrió el primer tranvía eléctrico.

A pesar de ser entonces muy niño, recuerdo que esa gondolita azul con barrotes amarillos y cortinas de lona con franjas rojas y blancas me causó una impresión perdurable. No lograba comprender cómo ese carro podía moverse solo.

En su interior iban sentados varios caballeros. Eran los representantes de la muy Ilustre Municipalidad de Santiago. Entre ellos se destacaba el segundo alcalde de la ciudad, don Eduardo Carrasco Bascuñán.

Son pocos, tal vez, los que recuerdan la campaña heroica que Carrasco hubo de librar para implantar ese gran adelanto que significó el reemplazo de los "carritos con caballos" por los tranvías eléctricos.

Los intereses creados por los estrepitosos y desvencijados carros de tracción animal pusieron el grito en el cielo. ¿Qué iba a ser de los abastecedores de pasto? ¿Se arruinarían los agricultores que poseían fundos cerca de Santiago? ¿Qué suerte iría a correr el gremio de postillones?

La artillería de la prensa arremetió en violentos artículos, y no faltaron las insinuaciones de algún malvado que acusaban al joven benefactor de haber recibido una suculenta "prima" (así se llamaba a las coimas en esa época) de parte de la empresa alemana que se interesaba por la concesión.

Llegó, por fin, el día en que la Municipalidad debería resolver en forma definitiva el problema de los tranvías, y tocó la fatalidad de que el animador de la idea estaba gravemente enfermo, afectado de una violenta bronquitis infecciosa.

Fue entonces cuando Carrasco, en un esfuerzo heroico, se hizo llevar en camilla, acompañado de su médico y de algunas enfermeras, a la solemne sesión municipal, en que su voto sería decisivo. A no ser por él, habrían transcurrido muchos años más antes de tener Santiago el servicio de locomoción eléctrica. No está de más

recordar que, en esa época, la fuente principal de entradas de Carrasco Bascuñán, la constituía el fundo pastero que trabajaba a las puertas de Santiago...

Fue uno de los últimos quijotes que pasó por Santiago como un caballero andante; pero fue él un hidalgo sin escudero. Jamás la grotesca realidad de Sancho logró alcanzar, al trote de su mula, el raudo galopar del Rocinante que cabalgaba este gran señor.



8. ¿El tiempo es líquido?

Muchos años después tuve la curiosidad de visitar aquella casa que cobijó mi niñez. Al entrar sufrí la extraña impresión de que se había "encogido". Las que yo creía interminables galerías me padecieron, ahora, estrechos pasadizos, y las enormes habitaciones habíanse reducido, por sortilegio del tiempo, a la mitad de su tamaño. Me pareció, asimismo, que el tiempo había sido más extenso cuando vivía en esa casona. Los meses escolares eran largos como los años de ahora, que a su vez resultan cortos como los meses de entonces.

El dinero también había sufrido una transformación semejante. Los pesos de aquella época duraban más tiempo en el bolsillo. Los de hoy se van con más velocidad que las "fichas" de antaño⁵. ¿Será que la inflación empezó a manifestarse en ese abstracto campo que llamamos "tiempo"? ¿O es que los relojes, esos inexorables taxímetros de Cronos, se han puesto simultáneamente de acuerdo para caminar en forma más acelerada?

Sería interesante investigar si los niños de hoy sienten el tiempo más denso que nosotros los niños de antes de ayer. Porque si el tiempo tiene densidad, resultaría ser materia: una materia líquida en que flota la vida.

Supongamos que nuestra vida es una tina de baño llena de agua. Al nacer abrimos la llave del desaguadero. El nivel empieza a, bajar lentamente, en forma apenas

⁵ Monedas de cobre equivalentes a 2½ centavos de aquella época.

perceptible. A pesar de que el volumen de líquido expelido es constante, cuando queda poca cantidad en la bañera, vemos que el nivel baja más rápidamente.

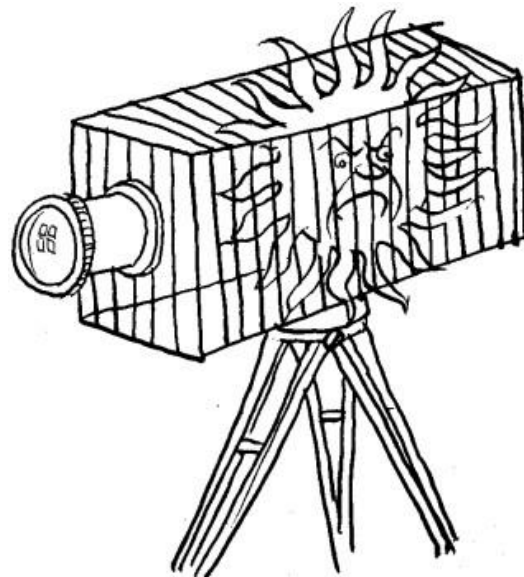
De igual manera, a medida que se nos va vaciando el tiempo que ha llenado nuestra tina, notamos con qué desesperante aceleración baja el nivel del "agua-tiempo", hasta dejarnos completamente secos. Es en ese instante cuando se nos coloca en una tina de madera, porque para nosotros ya no hay más líquido.



9. ¿Puede atraparse el tiempo en un papel de moscas?

Josué fue, sin duda, el primer hombre que al detener el sol detuvo también el tiempo. En tentativas posteriores, lo que más se ha logrado ha sido conservar, por medio de la fotografía, momentos fugaces de la vida. Primitivamente, sólo enjaulando la luz del sol; después, el fogonazo de magnesio, y hoy, el destello de la ampolleta electrónica.

Al hojear una vieja colección de "Zig-Zag", vi atrapadas en sus páginas, de excelente papel satinado, parejas de novios, radiantes de felicidad; grupos de alegres asistentes a *un Dinner Blanc*; un ramillete de señoritas vendiendo flores en una *Kermesse* de caridad; el Presidente de la



República rodeado de su nuevo Ministerio; un eminente personaje norteamericano recibido por las autoridades al desembarcar en Valparaíso; la apertura de las Cámaras en que aparece el Salón de Honor repleto de personajes luciendo entorchados y condecoraciones- los regimientos desfilando impecablemente alineados durante la Parada Militar en el Parque Cousiño; los funerales de algún personaje, en sus diferentes fases.



"Dejad que los muertos entierren a sus muertos"

Después de contemplar estas viejas fotos y comprobar que de los novios felices, las señoritas vendedoras de boquetes, los políticos, los militares, el Presidente y sus ministros, el eminente personaje norteamericano, los acompañantes del ilustre difunto, los oradores, los cocheros de la funeraria y los caballos, sólo queda un montón de tierra, no pude menos que pensar que el tiempo había sido atrapado en esas páginas, como moscas en papel *tanglefoot*. No he dejado de pensar, también, que los novios de hoy, las lindas señoritas, los engreídos políticos y disciplinados militares no sospechan que, en un lapso más o menos breve, tan sólo quedarán de ellos unos montoncitos de tierra.

Nadie conoce el nombre del inventor de las trampas para cazar ratones; mas el de Daguerre se hizo inmortal por haber inventado la trampa para cazar el tiempo.

Sección 2

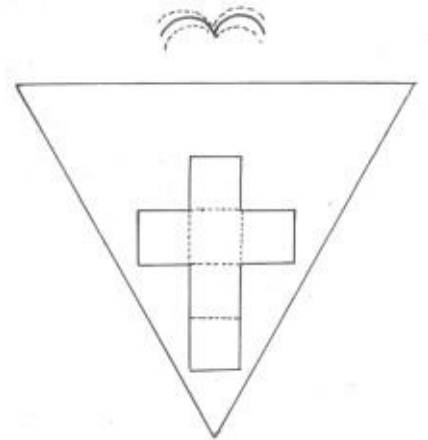
10. Pero el tiempo no anda solo

(Si al lector no le interesan estas divagaciones abstractas, le recomiendo que, con toda confianza, se salte este capítulo.)

Al esquematizar el cuadro de Durero "Adoración de La Trinidad", despojándolo de sus elementos decorativos, es posible observar que el Padre Eterno aparece representado por un triángulo, tal vez porque "el tiempo", dentro del concepto de los vivos, se manifiesta en tres aspectos: presente, pasado y futuro. Sobre el triángulo vemos una cruz, que, como se sabe, es el desarrollo del cubo, representación de la "masa", y arriba, la paloma volando evoca el "movimiento".

De acuerdo con esta interpretación, la trinidad cósmica - débil reflejo de la Santísima Trinidad - estaría compuesta por los tres principios fundamentales: "tiempo", "movimiento" y "masa". Ninguno de ellos puede concebirse sin la existencia de los otros; pero juntos constituyen el todo, que rige nuestro mundo fenomenal.

Resumiendo: Imaginemos el eje de la tierra infinitamente delgado; amarrémosle a este eje un hilo, también infinitamente fino y de un largo que corresponda al radio máximo de la tierra. Si atamos en su extremo una bola de plomo, el hilo girará con la misma velocidad que la tierra. Empecemos a acortar este hilo en forma constantemente acelerada, de acuerdo con la ley de la caída de los cuerpos, probablemente veríamos que la bola de plomo iría aumentando su velocidad de rotación en razón directa del acortamiento del hilo, al punto que cuando éste llegara a quedar del largo que tiene el radio de un átomo, la velocidad de sus revoluciones sería exactamente igual a la del átomo, porque debe haber sólo una velocidad que rige todo el universo y que es la de la luz. Las modificaciones de



esta velocidad están íntimamente vinculadas al tiempo y la masa. La rapidez con que giran los átomos es tan increíblemente vertiginosa, que nos da la ilusión de solidez (como ocurriría con una rueda cuyos rayos giraran muy ligero; nos sería imposible pasar un objeto a través de ellos). Esta solidez aparente resulta ser la masa que, como se sabe, no es de materia, pues sus últimos componentes son descargas eléctricas positivas y negativas; un fluido equivalente al alma. Desde acá veo estas cosas con mucha claridad y me parece increíble que si la materia no está hecha de materia, anden tantos materialistas por el mundo.

¿Puede compararse el mundo con el suntuoso hotel de Peleco?



"Vejez", óleo de J. Délano.

Los materialistas creen que este mundo maravilloso en que vivimos es obra de la casualidad. Pero yo les pregunto: ¿Cuántos billones de casualidades elevadas a infinitas potencias se han requerido para construir este prodigioso universo que en nuestro breve tránsito apenas alcanzamos a vislumbrar? ¿Estas infinitas casualidades se han concertado para que vivamos algunos años, muramos, nos pudramos y desaparezcamos para siempre jamás?

Esta manera de pensar me parece un despropósito tan monstruoso como en el que caería un hotelero loco al construir en Peleco, pueblecito insignificante en que el tren se detiene apenas cinco minutos, un hotel-palacio, con todos los adelantos de la arquitectura moderna:

calefacción electrónica, aire acondicionado, etc. Y de tal categoría que sus cocinas fueran manejadas por los chefs más refinados del mundo y los huéspedes atendidos por maîtres políglotas... ¡Y todas estas maravillas, que nada son al compararlas con

las que el universo nos brinda, servirían para uno que otra pasajero que se bajara del tren, reloj en mano, y se sirviera, precipitadamente, un "*sanguche*" y una malta! Hay que ser demasiado materialista para creer que el mundo está a la altura del Hotel Palace de Peleco...

Existe una "Bolsa Negra" para adquirir juventud.

Los más afortunados llegan a una vejez cómoda y aburguesada, pero sintiendo que el hielo se les cuele por los pies. El pasado se les desvanece como nubes en el horizonte lejano. Otros no se resuelven a pasar el umbral de la ancianidad y se repelan, de no haberle sacado mejor partido a su juventud.

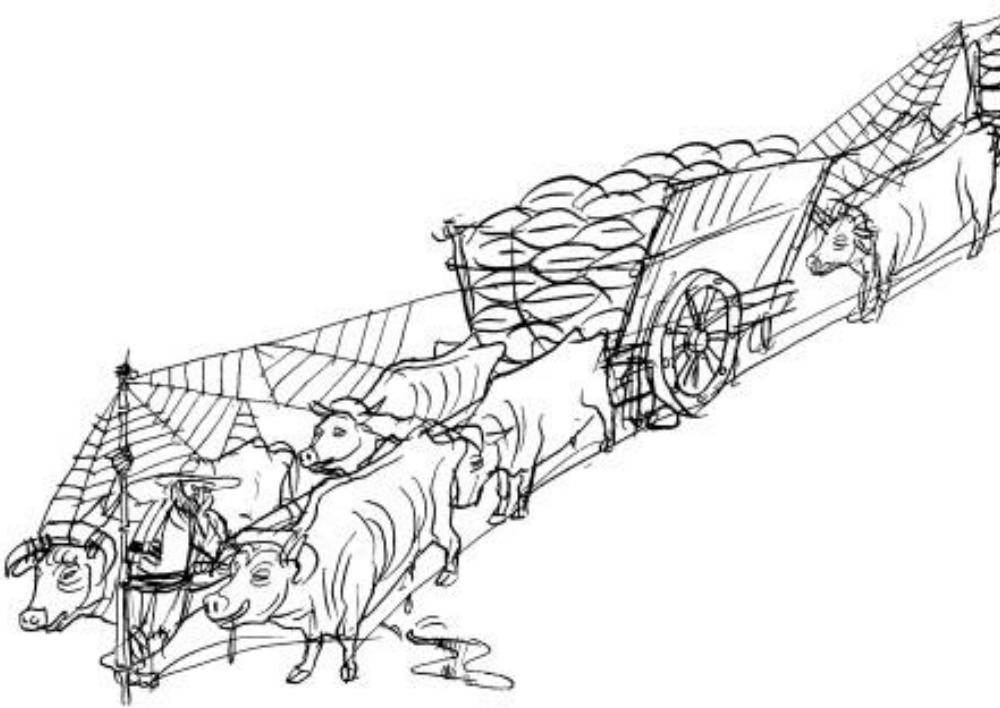
-¡Ah, si yo volviera a ser joven, pero con la experiencia de mis setenta años! - exclaman con amargura. Pero como no pueden, como Fausto, entrar en tratos con Satanás, se las arreglan con el boticario, que les vende inyecciones de juventud.

¡Pero la juventud con experiencia resulta no ser juventud!

11. "Metrónomos" en cuatro patas atrasaron el ritmo del progreso.

Electrificación y receta maravillosa para hacer pan

Retardataria fue la influencia del buey en la agricultura chilena. El ritmo lento de sus pasos influyó poderosamente en nuestros agricultores, quienes, sincronizados por tales "metrónomos", seguían aplicando las normas de producción de la época colonial.



Las carretas cargadas con la cosecha avanzaban a razón de seis metros por minuto, mientras sus ruedas gemían dolorosa y estridentemente, al tener que sortear caminos intransitables. La caravana, en su marcha a la estación de los ferrocarriles, se detenía por largo rato. ¿Qué pasaba? Al "Mariposa" se le había ocurrido vaciar parsimoniosamente su dilatada vejiga. Al poco rato, otro buey se sentía apremiado por la misma necesidad y, al satisfacerla, causaba nueva paradilla del convoy de la producción agropecuaria. Como era imposible poner de acuerdo a los bueyes para que todos mearan al mismo tiempo, las interrupciones, en la marcha, se repetían varias veces en cada hora.

Si la Economía Dirigida se hubiera apoderado del gobierno de aquella época, pienso que el Ministro de Agricultura habría dictado un Decreto con Fuerza de Ley que obligara a todos los bueyes a mear simultáneamente, aplicando, a la vez, con severidad, el picanazo de la Ley del Delito Económico a los infractores.

Este tranco del buey, con sus continuas interrupciones, tuvo una influencia perniciosa en la mente de los peones, inquilinos y patrones de fundo. Todos perdieron el concepto realista del tiempo y fue apoderándose de ellos un fatalismo musulmán.

Deseando zafarse de la esclavitud de este ritmo bovino, mi padre, como hombre progresista, viajado y descendiente de pioneros norteamericanos, decidió mecanizar su hacienda "San Luis de Pelequén". Se importaron camiones y se habilitaron caídas de agua con el propósito de producir energía eléctrica para mover los motores, que se encargó de instalar el ingeniero Monsieur Bellet. Así, las trillas se hicieron eléctricamente.

Pero su mayor orgullo era la panadería. Ahí todo estaba mecanizado y nadie tocaba con sus manos - sucias o limpias - la harina, ni el pan o las galletas destinadas a los peones. Estas últimas llegaron a ser famosas por su exquisito sabor. Unos atribuían estos privilegios al panadero, don José Santos Madrid, técnico español y poseedor de algún secreto antiquísimo que lograba darle al pan un sabor tan peculiar, un aroma tan excitante, que llegó a hacerlo célebre.

No tardó su prestigio en conquistar Santiago. Amigos y vecinos, esperaban todas las semanas la llegada del maná pelequenino en forma de galletas. Mi papá atribuía el éxito a la higiene empleada en su fabricación. Sin embargo, grande, espantosa fue su decepción, y la de toda la familia, cuando se obtuvo la revelación del secreto que empleaba don José Santos Madrid en la preparación de la masa: todos los días el muy cochino sacaba la "gamonita"⁶ y hacía "pichí" en la batea.



12. Pieza de baño último modelo.

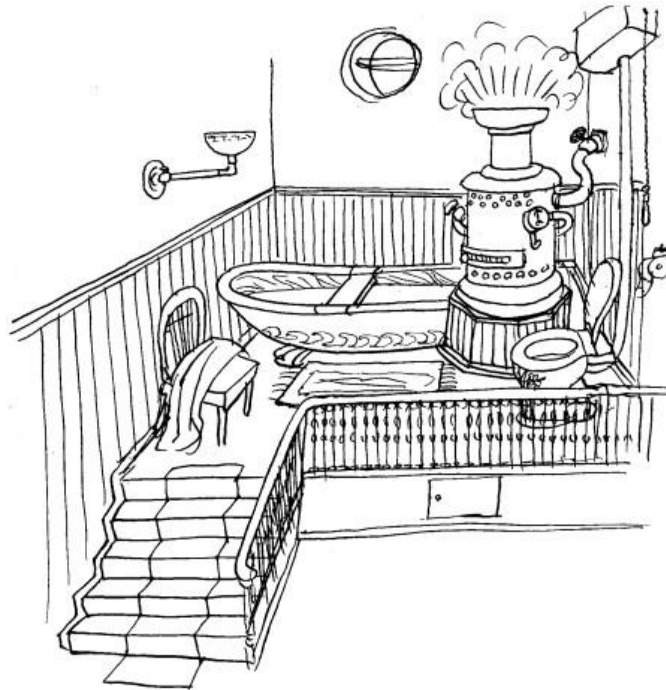
Fonógrafo, cámaras fotográficas y otras novedades.

El arquetipo de Juan Verdejo Larraín

De regreso de un viaje a Europa trajo mi papá varias novedades que lograron despertar la admiración general. La más notable consistía en una pieza de baño

⁶ Esta arcaica expresión denuncia la discutible costumbre que los panaderos españoles tenían de aliviar la vejiga en las bateas de amasijo. Me asegura Antonio Romera, el inteligente dibujante y crítico, que entre los reglamentos de las antiguas panaderías españolas había una disposición que prohibía la bragueta en los calzoncillos de los tahoneros (panaderos). Era una precaución para evitar que éstos metieran la "gamonita" en la batea. Desgraciadamente, don José Santos Madrid no fué obligado a usar calzoncillos sin marrueco, como los de sus colegas de la Madre Patria.

completa, con todos los artefactos actualmente en uso y desconocidos en esa época, en que el retrete consistía en un cajón calado en su parte superior en forma más o menos funcional. El conjunto tenía la apariencia del puente de un barco.



A la mitad del área de la habitación se le levantó el nivel del piso en más o menos un metro; algo así como un proscenio rodeado por una baranda metálica. Para subir al excusado, en ese tiempo llamado "lugar" y denominado el "lu" por la gente fina, era necesario hacer uso de una escala. Junto al baño se instaló un enorme calefón a gas, que ofrecía el aspecto de las bombas de incendio a vapor, de esas arrastradas por percherones. Como el armatoste era complicado en su manejo, varias veces conmovió la casa con estruendosas explosiones. La taza del excusado estaba primorosamente decorada con flores en relieve, y el baño daba la perfecta impresión de haber sido construido de mármol vetado. Mucha gente solicitaba permiso para visitar esta maravilla de principios de siglo.

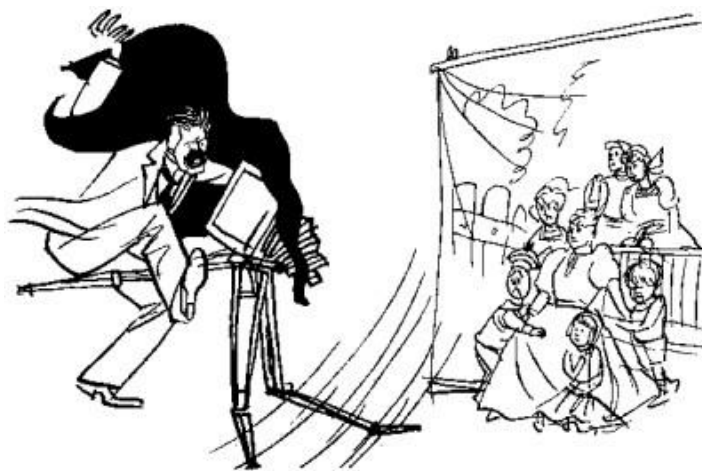
Entre otras novedades sorprendentes traídas de Europa, debo enumerar un fonógrafo, una máquina fotográfica, un juego de instrumentos musicales para ser tocados por niños (Kindersymphonie), y una linterna mágica. El fonógrafo era un aparato inverosímil, y nadie que hoy lo viera podría adivinar que se trataba de una máquina parlante. No hay necesidad de entrar en descripciones técnicas del tal

fonógrafo; pero lo ocurrido con uno de los cilindros integrantes del repertorio vale la pena de ser relatado. En una reunión entre cuyos asistentes se encontraba un distinguido sacerdote, uno de los cilindros fue censurado y luego relegado a un desván. Muchos años después lo encontré en el fondo de un cajón y lo hice sonar. Se trataba de un canto que empezaba así:

*La camisa de la Lola
el cura se la llevó,
el cura se la llevó...*

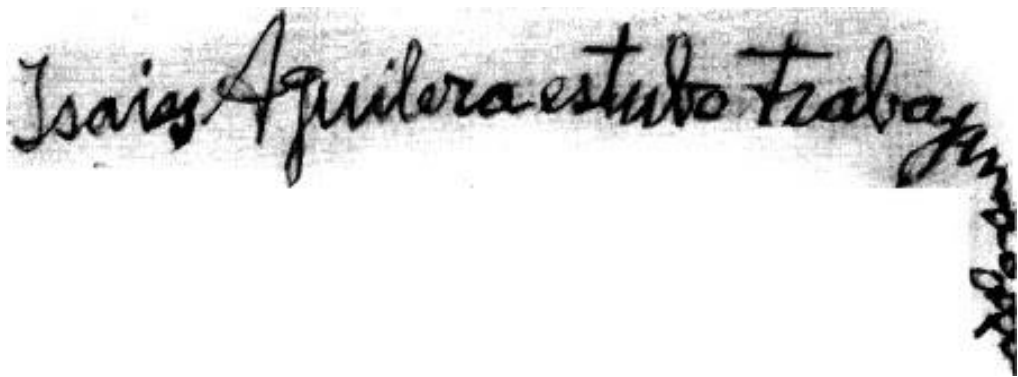
La picaresca canción iba subiendo de tono, por lo que es fácil comprender el mal rato pasado entonces por los austeros dueños de casa delante del director espiritual de la familia.

La máquina fotográfica se diferencia poco de las actuales, y todavía la conservo. Como en la época en que se construyó no existían los obturadores automáticos, a la lente se le adaptaba una cajita de cuero forrada en terciopelo, la cual era retirada durante el tiempo requerido para la exposición. Papá, como un *referee* ante un boxeador caído, contaba en inglés los interminables segundos que duraba la pose. Debido a la escasa sensibilidad de las placas, los modelos al final de la cuenta eran acometidos por un incontrolable movimiento de oscilación.



Jamás olvidaré la tragedia que constituía la decisión del buen caballero de tomar grupos de toda la familia. El genio se le empezaba a descomponer con los arreglos preliminares. Cuando el gran telón de fondo, que imitaba un típico paisaje de Inglaterra, estaba instalado en el sitio elegido, la fatalidad decretaba que se nos cayera encima debido al inoportuno tropezón de alguno con los soportes del *background*. Después venía la complicación del endiablado trípode, con sus resbalones, cada vez que el nervioso fotógrafo metía la cabeza debajo del terciopelo negro para enfocar. Tristes son los recuerdos de estas sesiones de fotografía, y culpo a la maldita máquina de haber convertido a mi padre en un cascarrabias. Para colmo, después de cada "toma" olvidaba dar vuelta el chasis, y la mayor parte de las veces la foto salía en doble impresión con la anterior. Las que llegaban a salir bien nos mostraban a todos con caras de abatimiento. Casi siempre yo salía haciendo conmovedores pucheros.

Como mi progenitor era un hombre de esos que no aceptan que las cosas se hagan a medias, ordenó demoler una parte del edificio, en el tercer patio, con el objeto de construir su propio taller fotográfico. Reconociendo el mal resultado de sus fotografías, contrató a un profesional para que lo iniciara en los secretos del oficio. Muy luego llegó una cuadrilla de trabajadores que, bajo las órdenes del "maestro Lillo", hombre de confianza de papá, empezaron a levantar una galería de dos pisos. En dos meses el pabellón de fotografía que debía ser instalado en el primer piso estuvo terminado. El nombre de uno de los obreros que intervinieron en la construcción debía perdurar en mi memoria, porque en todas partes dejó escrito, con su tosco lápiz de carpintería, la siguiente frase recordatoria:



Isaías Aquilera estuvo trabajando

Es probable que yo sea la única persona que lo recuerde después de casi medio siglo.

Pero este nuevo Isaías no fue capaz de profetizar que su figura iba a servir de arquetipo para la representación más genuina y permanente del pueblo chileno: "*Juan Verdejo Larraín*"⁷. Las características del simpático y dicharachero Aguilera quedaron grabadas en mi mente. Su firme dentadura, en que faltaba un diente, su expresión cargada de malicia y su sombrero de paño picado en el borde, son los del ya inmortal Juan Verdejo. ¿Cómo iba a imaginarse el modesto obrero que aquel niño, a quien le construía toscos carretoncitos, iba a inmortalizar su desaliñada figura?

Algún tiempo más tarde me refugié en un rincón del segundo piso, donde mi padre había construido su laboratorio. Necesitaba aislamiento para soñar. Entre maletas viejas y muebles fuera de uso instalé mi Torre de Marfil.

Poco después de iniciar mis encerronas llegó a mi vida la señorita Judith, una encantadora vecina, quien se había hecho cargo de enseñarme las primeras letras y prepararme para ingresar al colegio. Mi mayor ambición la constituía haber podido ir a su casa portando un bolsón repleto de libros y cuadernos, como los verdaderos escolares; pero yo no contaba más que con un silabario primorosamente ilustrado con láminas en colores, y era sólo ese escuálido libro el que me acompañaba en mis idas a su casa.

⁷ Es un error creer que Juan Verdejo Larraín encarna sólo a la clase baja chilena. Mi intención fue simbolizar, a través de su desaliñada indumentaria y ladina expresión, la idiosincrasia chilena, mezcla de bohemia y señorío. Así como Inglaterra es representada por John Bull y los Estados Unidos por el Tío Sam, yo busqué en Juan Verdejo Larraín la representación de Chile, y me parece haberlo logrado. Su genealogía encierra también un simbolismo profundo: el apellido paterno, Verdejo, delata su izquierdismo demagógico. A la madre, Larraín, apellido de extracción aristocrática, le debe Juan todas las leyes sociales que lo elevaron a la categoría de país con avanzada legislación social. Y creo no desbarrar en mi aserto; en Chile se produce la más desconcertante de las paradojas: la Derecha es la Izquierda y la Izquierda es la Derecha. Y es esta "Derecho" remolona la que dilapida las economías atesoradas por esa "Izquierda" previsoras y cautas.



Juan Verdejo (óleo, propiedad de la familia Ibáñez Ojeda).

Alarmados mis padres al comprobar que no progresaba en mis lecciones de lectura, empezaron a considerarme como un triste caso de retardado mental. La señorita Judith, más indulgente, atribuyó mi fracaso al silabario. que fue substituido por el "Silabario Matte". Los efectos no se hicieron esperar. Pasé rápidamente de "El Ojo" a "La Mano", y de ahí a "La Lora", hasta llegar al cuento de "El Ratón Agudo".

Las tareas las hacía en mi rincón favorito; pero un día vi con terror que éste empezaba a ser invadido por tremendos pericotes. Los repelentes roedores se quedaban mirándome en franca actitud de desafío. "Si guerra es lo que queréis - me dije -, guerra tendréis"; y siguiendo las instrucciones de "El Ratón Agudo", "con tres palitos y un ladrillo armé una trampa para cazar ratones".



Primera caricatura de Juan Verdejo Larraín, publicada en "Topaze"

Sin embargo, mis fieros pericotes resultaron más agudos que el ratón del cuento, porque se comían el queso y ninguno caía atrapado por el ladrillo. Decidí, por fin, poner una trampa que había en la despensa. Todos los días se cazaban dos o tres, que yo ahogaba en un tarro con agua.

Sus ojos negros y brillantes me pedían misericordia, pero yo permanecía inclemente ante mis derrotados enemigos; y una vez extraídos de su cárcel de alambre, los dejaba podrir para sacarles los esqueletos.

Regimientos de hormigas, atraídas por la fetidez, acudían en mi ayuda, y muy luego pude armar un esqueleto de ratón, gracias al cual obtuve mis primeros conocimientos de anatomía.

* * *

Esta es la primera palabra que nos enseña a leer el "Silabario Matte". -¡Qué acertado estuvo don Claudio al elegirla! Breve, ya que está formada por sólo dos letras ojo es la palabra que fotografía su propia significación: las "oo" son dos ojos separados por la —jota", que hace de nariz.



o-jo, o-j-o, j-o, jo, o-j, oj, o-jo.

Es, pues, la onomatopeya llevada a la caligrafía. Gran parte de los chilenos de mi generación hemos leído cientos de libros, miles tal vez; mas de ellos hay uno que jamás podremos olvidar: este que se inicia con la palabra representativa del órgano indispensable para leer todos los demás libros; la palabra que el mismo Dios debe haber creado junto con ordenar su Fiat lux, porque sin luz, la luz no habría sido percibida.

El "Silabario Matte", a pesar de su antigüedad, continúa ostentando el título de "Nuevo Método", porque siempre habrá nuevos ojos, ávidos de leer nuevos libros.

* * *

Mi profesora, la señorita Judith, vivía en un caserón tan grande como el nuestro, y me hacía las clases en el comedor. Jamás olvidaré la pavorosa impresión sufrida un día que estaba recitándole una poesía cuyos versos decían:

Al ocultarse el sol tras la montaña,
me dirigí ayer tarde al triste sitio
donde al fin concluyen las locas
vanidades.

Junto con pronunciar las últimas palabras, sentí un fuerte y tibio hálito en la nuca. Cuál no sería mi espanto cuando, al volver la cabeza, me encuentro de manos a boca con la cabeza de un enorme toro que me miraba con inquietante fijeza. Con la velocidad del rayo me arrojé debajo de la mesa. Bastante le costó a la señorita Judith convencerme de que abandonara mi improvisado "burladero", orden acatada sólo después de comprobar la ausencia de la fiera y saber cuán inofensiva era, ya

que, desde su nacimiento, había sido criada en la casa. Al final del curso me había acostumbrado en tal forma a la presencia del animal, que mi temeridad me impulsó, más de una vez, a montarlo. El precursor de "Ferdinando" me llevaba por el jardín mansamente en su lomo.



13. El "Gallo Blanco" y la "Galla Negra".

No soy ni seré antropófago

Lo primero que hacía al regresar de las clases de la señorita Judith, era meterme en el gallinero para conversar con mi "Galla negra" y mi "Gallo blanco". Había criado estas aves desde que eran polluelos y me obedecían al llamarlas por sus nombres. Interesantes y largos coloquios sostenía con ellos en su propio idioma, pues llegué a entender el significado de sus diferentes cacareos. Gallo y galla me esperaban todas las tardes. Ya sabían que los llevaría a mi escondrijo, en donde les aguardaban un plato con leche y trozos de pan.

Nuestras amistosas relaciones eran sólo interrumpidas cuando el gallo pisaba a la galla. Yo creía que al efectuar este acto, el gallo estaba castigando a la gallina, y como lo encontraba demasiado severo y asiduo en sus arremetidas, cogía un palo y

lo obligaba a dejarla en paz. El gallo, con su enorme e inflamada cresta, tomaba el bizarro aspecto de un mosquetero, y ladeando la cabeza me miraba indignado como para reprochar mi intromisión en sus asuntos privados.



Una tarde me extrañó no encontrar a la "Galla negra" en el gallinero. El "Gallo blanco" se mostró poco comunicativo y desde un oscuro rincón me saludó con imperceptible cacareo. Ante mi alarma, Eloísa, la cocinera, me explicó que la gallina se había muerto de vieja y que la habían echado a la basura.

Al día siguiente, en el almuerzo, sirvieron cazuela de ave y yo tuve la corazonada de que el "tutro" que había en mi plato era nada menos que una pata de mi querida "Galla negra". Abandoné el comedor y estuve todo el día encerrado, en compañía del gallo viudo. Por ningún motivo habría podido comerme la presa de mi galla. Si lo hubiera hecho, me habría considerado un antropófago.

14. La malla de luz que nos separa de un mundo desconocido

Hay un período en que los niños atisban a través de la oscuridad un mundo desconocido; un mundo que, tal vez, hace poco dejaron y que se desvanece al contacto con la luz, como las imágenes del cine desaparecen cuando la sala se ilumina. ¿Y por qué los niños se aterrorizan al entrar en una habitación oscura? Tal vez sea porque ellos saben que esa condición es propicia para ver "cosas" que a plena luz son invisibles.



Minutos después que mamá cerraba el mechero de la lámpara de gas de mi cuarto, yo veía colarse por el tragaluz, que daba a la calle Esperanza, unos rayos fosforescentes, abriéndose camino por la oscuridad, Me entretenía observar cómo se entrelazaban, formando una fantasmagórica malla que no tardaba en cubrir la habitación, De esta red de luz empezaban a emerger personas que no demostraban el menor interés por mí, como si fuera yo un ser irreal y ellos los personajes vivos de carne y huesos. Estas visiones llegaron a serme tan familiares, que, lejos de atemorizarme, las esperaba con la impaciencia con que se aguarda la aparición de los actores en el teatro. Solamente una noche sentí terror al mirar hacia el cielo raso. Un angustiado grito de horror escapó de mi garganta al ver dos figuras enormes y con caras monstruosas que montaban guardia a la cabecera de mi cama. Jamás olvidaré la horrible expresión con que estos gigantes me miraban.

Tengo la seguridad de haber estado despierto, pues oí la conversación de las personas que estaban en la pieza contigua.

-¿Oyeron el grito de Jorgecito? - dijo alguien.

- Debe estar con pesadillas - aseguró mi madre, y se acercó a besarme. Casi todos los niños tienen estas visiones nocturnas, pero un misterioso pudor les prohíbe hablar de ellas, porque, antes de entrar en "uso de la razón", están todavía en el

umbral de un mundo que la luz de la razón les impediría contemplar. Los psicólogos modernos, provistos de las escafandras freudianas, han buceado la región de los sueños y se han perdido en el torbellino de los complejos, sin llegar a comprender que la dimensión que los rige es inaccesible para nuestro entendimiento.

Hay sueños que se repiten y en los cuales periódicamente nos topamos con personas y lugares que jamás hemos visto en estado de vigilia. Yo veía a menudo, en esa época, una niña de riguroso luto, sentada en un banco semejante a los que hay en las salas de espera de las pequeñas estaciones ferroviarias. La niña de mis sueños era mucho mayor que yo. Representaba unos dieciocho años de edad. Entonces yo no tendría más de siete.

La repetición de este sueño hizo que la figura de la niña de luto se me fuera haciendo familiar. Parecía que ella también se alegraba de volver a encontrarme, pues me sonreía con encantadora simpatía. Creí algunas veces que iba a hablarme; pero en ese momento algo inesperado se interponía, obligándome a despertar. Este sueño, a medida que el tiempo alimentaba mi cuerpo, fue produciéndose con menor frecuencia, hasta cesar por completo; pero no olvidé nunca la encantadora representación onírica que alegraba mis noches de impúber. "¿Qué será de la niña enlutada? ¿Por qué no ha vuelto más?", me preguntaba desazonado al despertar.

Muchos años después tuve la sorpresa de encontrar a la joven de luto; pero ahora perfectamente materializada. A pesar del largo tiempo transcurrido desde la última vez que la vi en sueños, no había envejecido, y ambos teníamos dieciocho años. Cuando me fue presentada, sonrió como lo hacía cuando yo era niño y se extrañó al ver la expresión de asombro reflejada en mi rostro. Por supuesto que no me atrevía a referirle "cómo y dónde" la había conocido, por temor a que me tomara por loco.

Dos años después nos casamos. Ella, que había vivido en El Salto, a media hora de Valparaíso, deseó un día visitar la quinta que había pertenecido a su familia y me pidió que la acompañara. Grande fue mi sorpresa cuando, al entrar en la estación ferroviaria, reconocí en la sala de espera el escenario que tantos años atrás había visto en sueños. Ahí estaba el banco en que ella me aguardaba sonriente.



15. El laboratorio fotográfico y mi "complejo de Caín".

Un conejo huye con mi primera fortuna

En el primer piso del laboratorio fotográfico había sido instalada la cámara de revelado de negativos, provista de una ventana con vidrio rojo. La pieza contigua estaba destinada a servir de trampa de luz y permitía al operador entrar o salir sin peligro de que se velaran las planchas sometidas al desarrollo. Las misteriosas operaciones que efectuaba papá en su laboratorio me intrigaban; pero nunca me permitió verlas. Solamente mi hermano Guayo, el regalón, gozaba del privilegio de acompañarlo durante el oculto proceso del revelado.

Confieso haber sentido una negra envidia hacia el hermano que acaparaba el cariño de papá. Para él eran los más lindos juguetes y los mejores trajes; a él le enseñaban versos para que se luciera delante de las visitas:

*Al mar sus perlas,
el cielo sus luces
les dio el Señor...*

Con esta estrofa, que nunca podré olvidar, porque fue la clave de mi afán de superación, empezaban los recitales de mi fraterno rival. Al final, los aplausos llegaban a mis oídos con el estruendo de un alud que intentara sepultarme en el fondo del anonimato.

Esta sorda e infantil tragedia se prolongaba hasta en las respectivas niñeras. Mi mamá Aurelia se sentía humillada ante la mamá Nemecia, quien no disimulaba su orgullo por los azules ojos y los rizos blondos de su Guayito.

En cambio, yo no lucía la menor gracia. Mi cara redonda remedaba una tortilla y mi pelo tieso era la desesperación de Aurelia. ¡Pobre! Con su mejor intención me hacía por las noches unos "cachirulos" que ataba con "papel del lugar", los cuales, a la

mañana siguiente, al ser desanudados, volvían a tomar el primitivo aspecto de los indomables pelos de un escobillón.

Con el transcurso de los años llegué a encontrar atenuantes al crimen de Caín. ¿Nuestros primeros padres no mimarían demasiado a Abel? No sé si Freud y sus discípulos hayan incluido en su catálogo de complejos este que yo, por experiencia propia, he denominado "complejo de Caín".

* * *

Mi ilustre padrino era la única persona generosa para conmigo. En cada viaje que hacía a Santiago me obsequiaba pesos fuertes que yo metía en una alcancía de loza con la forma de un conejo. ¡Qué orgulloso me sentía de ser ahijado de un hombre tan importante! Cuando el almirante descendía del coche de posta que lo traía de la Estación Central (la de Mapocho aún no se había construido), se amontonaban los curiosos para ver de cerca al galoneado ex mandatario, triunfador de la revolución del 91.

- Tú serás marino, como lo es tu padrino y como lo fueron tu abuelo y bisabuelo - me decía, tomándome cariñosamente la cabeza.

Yo asentía y daba a Guayo una mirada despectiva. Mi mama Aurelia pasaba también a primer plano al agregar con arrogancia:

-¡Y también será Presidente de Chile! ¿No es cierto, mi hijito?

Pero estos diálogos eran intempestivamente interrumpidos por un viaje que mi padrino iniciaba en el primer patio a través de la galería. Había un tácito acuerdo de no interrumpir sus menudos y cada vez más apresurados pasos, encaminados a llegar cuanto antes al recinto que tenía la



Guayo y yo

apariencia de un barco y al que su persona debe de haber prestado el aspecto de "buque insignia".

También tuve un tío cariñoso a quien llamábamos "El Nino" y que, junto con



depositar alguna moneda en mi alcancía, me endilgaba impresionantes sermones con el fin de inculcarme los sanos conceptos del ahorro.

- Muy pronto estará lleno tu conejo - me decía; entonces con el dinero acumulado en su "guatita", te abriré una cuenta en la Caja Nacional de Ahorros.

Poco tiempo después mi conejo estaba a tal punto atiborrado de pesos fuertes, que creí llegado el momento de dar la gran sorpresa al tío, y, saliendo a la calle por la puerta falsa, llamé al primer individuo que pasaba y se lo entregué con la siguiente recomendación: - Lléveselo al tío "Nino" y dígame que ya puede

abrirme la cuenta en la Caja de Ahorros...

Cuando la familia se impuso del triste fin de mi alcancía, fui víctima de las más crueles burlas. Hasta el buen "Nino" tuvo palabras duras por mi infantil proceder. Desde entonces les tomé verdadero horror a los conejos, porque en la aparente ingenuidad de sus sonrisas vislumbro un gesto de sarcasmo.

Mi vergonzoso y torturante "complejo de Caín" llegó a su máxima intensidad con motivo del retrato al óleo que a Guayo hizo Walton, el Sangroniz de ese tiempo, quien fue encargado de pintarlo de tamaño natural. Se me obligó a servir de "doble" para evitarle fatigas a Guayito en los momentos en que el artista pintaba los zapatos y daba los últimos toques a los pliegues de la ropa.

Siempre he pensado que en la mente de los niños las más bajas pasiones florecen con ímpetu salvaje y que cada uno de ellos es un criminal en potencia. Si hay criminales adultos, se debe a que no liberaron sus malvados impulsos durante la niñez. Yo, por ejemplo, decidí vengar en mi papá y en Guayo el estado de humillación de que me suponía víctima.

Había tenido ocasión de observar las precauciones tomadas por papá con respecto a la ventana con vidrio colorado del laboratorio fotográfico, al punto de haberla mandado revestir con una pequeña marquesina para que a ninguna hora pudiera recibir directamente los rayos del sol. Ya mi demonio estaba planeando los detalles de la venganza. La ocasión de llevarla a cabo no admitía dilación: Papá decidió tomar una fotografía a su regalón para enviarla a un concurso de bellezas infantiles. Después de muchos estudios y rebusca de poses con diferentes trajes, la fotografía fue tomada. Muy ufanos penetraron en el laboratorio fotógrafo y modelo.

Cuando me percaté de que ya todas las puertas estaban cerradas y la cubeta de desarrollo, con acompasados golpes, me anunció que estaba recibiendo la racionada luz roja de la susodicha ventana, me encaramé en un cajón y, premunido de un espejo, lancé por refracción la luz del sol sobre el vidrio rojo de la ventana. Un aullido se escuchó dentro del laboratorio. ¡Había velado la mejor plancha del mejor retrato que se le había tomado a Guayo!

Mucho tiempo después, cuando sus ochenta años habían convertido a mi papá en un "viejito encantador", le confesé mi pecado.

-¡De manera que fuiste tú el badulaque! - exclamó, y celebró con estrepitosas carcajadas mi ocurrencia.

16. La muerte de don Nilo inspiró mi primer dibujo

Los Gallo eran nuestros vecinos, y don Nilo, jefe de esa familia, era un caballero muy amable y distinguido. Siempre que pasaba a su lado tenía un gesto cordial para mí y hasta solía obsequiarme alguna golosina.



Yo sentía una especial simpatía por él y lo llamaba el "caballero bueno". Pero, repentinamente, la popular figura de don Nilo dejó de verse. Había caído gravemente enfermo, según me informé por mis hermanas mayores, amigas de las Galio. Una tarde, la puerta principal de su casa fue entornada y mis hermanas dejaron de tocar el piano. Al día siguiente un coche de extraña apariencia, adornado con plumeros negros, se detuvo frente a la casa del "caballero bueno".

Varios coches "americanos" llegaron a formar una larga fila detrás del carruaje de los plumeros, que parecía haberse transformado en locomotora. El alto sombrero de copa del cochero semejaba la chimenea. Muchos caballeros de levita y "colero" entraban en la casa de los Gallo.

En aquellos tiempos, los caballeros en las ceremonias sociales acostumbraban usar chaqué o levita y sombrero de copa. Estos adminículos han ido a parar a las guardarropias de la "Casa Útil". Allí están en arriendo junto con otros disfraces.

Por primera vez en mi vida observaba *la mise en scéne* de la muerte, y pregunté a mi mama Aurelia qué significaba ese coche tan raro.

- Esa es la carroza en que se van a llevar a don Nilo.

-¿A dónde se lo van a llevar?

- Al cementerio. ¿No sabe que se murió?

-¿Qué es el cementerio?

- Es un jardín muy grande donde entierran a los muertos.

-¿A los muertos los siembran entonces en la tierra de ese jardín para que den flores?

En ese momento se abrió la puerta de par en par y unos hombres con gorras negras empezaron a sacar coronas.

-¿Los muertos dan flores antes de que los siembren?

- Ya no lo vamos a ver más - dijo con voz entrecortada la mama Aurelia. ¡Y tan bueno que era el caballero!

-¿No lo podremos ir a ver al jardín grande?

- No, porque ya lo metieron en el cajón.

-¿Y por qué no se lo llevan en un saco?

- Papá, ataviado también de levita y "colero", se sumó a los otros acompañantes enlutados.

-¿Mi papá también se va a morir?

- Todos nos vamos a morir, Jorgecito.

-¿Yo también?

- También, mi hijito, pero Dios me lo guarde por muchos años.

-¿Y también me van a llevar en un cajón?

Varios compungidos señores salieron de la casa



mortuoria cargando un largo cajón, muy bien barnizado, que introdujeron en el "fogón de la locomotora". Después, todos al mismo tiempo, se sacaron el "colero", se lo volvieron a poner y subieron a los coches. El "tren" se puso lentamente en movimiento. Ya no vería más al "caballero bueno".

La idea de la muerte me causó una profunda impresión. Durante semanas mi tema favorito de conversación giró sobre el entierro de don Nilo. Desde entonces, y por largo tiempo, me dio por dibujar en las márgenes de "El Mercurio" la carroza con sus plumeros y coronas, seguida de una interminable fila de "americanos".

El "caballero bueno" me había dado su postrer regalo: una útil lección. Gracias a él supe que yo también "tenía" que morir.

Otra impresión que años después conmovió mi espíritu, sumiéndolo en intensa perplejidad, fue la que sufrí al enterarme de que había mujeres que alquilaban su cuerpo, de acuerdo con un tarifado sujeto a la implacable ley de la oferta y la demanda.

Después comprendí que la prostitución es "la bolsa negra" del amor.

17. La linterna mágica y el cariñoso empresario italiano que nos reveló el secreto del movimiento

Como dije en un capítulo anterior, entre las novedades que mi padre trajo de Europa había una linterna mágica. En nuestros cumpleaños, el festejado tenía el privilegio de invitar a sus amigos a una velada de linterna. El programa era muy

interesante: vistas de las principales ciudades del mundo; historia sagrada, con reproducciones de cuadros famosos; historia natural, etc.

En días de función se esparcía por la casa un suave olor a parafina, pues en los primeros años las lámparas de los proyectores eran alimentadas con este combustible. Después, con protesta de nuestro olfato, las mechas fueron reemplazadas por quemadores de gas acetileno.

En la tarde empezaban los preparativos. De un cajón negro se extraían unas cañas que se unían para formar el soporte del telón. Como la proyección se hacía por atrás de la pantalla, a diferencia del cine, mi mamá humedecía el telón con la esponja grande del baño para hacerlo más transparente. A la hora de la función papá y mamá se turnaban en el manejo de los proyectores. Mientras uno manipulaba en las linternas, el otro explicaba la vista que en ese momento aparecía en el telón. Las veladas eran muy instructivas y, sin advertirlo, los imberbes espectadores íbamos aprendiendo historia sagrada, geografía y nociones generales de historia natural.

Pero como el mundo siempre está de viaje hacia el progreso, llegó el día en que se estrenó en Santiago el primer "biógrafo". Papá, como hombre progresista que era, nos llevó a todos a conocer el sensacional invento de los hermanos Lumière.

* * *

En esa época, las vistas eran cortos de uno o dos rollos. Durante el primer año el programa no sufrió alteraciones, y cada domingo veíamos con renovada emoción "El Perro del Contrabandista", "La Manía del Emboque", "Viaje a una Estrella" y "Maniobras de la Caballería Italiana". La proyección era amenizada con música de piano. Yo quedé poco menos que trastornado después de asistir a la primera función. La inmovilidad de las vistas de nuestra linterna mágica me pareció un anacronismo inaceptable. Cuando proyectaba, por ejemplo, la huida de la sagrada familia y mamá nos explicaba con patetismo que el sanguinario Herodes buscaba al Niño Dios para degollarlo, yo me revolvía en mi asiento con desesperación al ver que el asno cabalgado por la Mamita Virgen no se movía.

No. El espectáculo de linterna resultaba anticuado, y decidí posesionarme del secreto que daba vida a las proyecciones cinematográficas. No recuerdo cómo me las ingenié para conocer al señor N., el empresario italiano que manejaba el negocio. Por suerte, este caballero era sumamente obsequioso y se mostró encantado de apoyar mis propósitos. Me dio las señas de su casa (en la calle Bandera, casi frente a donde hoy está el Banco Edwards). Al día siguiente me esperaba a las 5 de la tarde para regalarme un trozo de película.

Larga como nunca se me hizo la jornada de colegio en espera de la anhelada hora de tener en mis manos la misteriosa película; mas, ese día, a la hora del almuerzo, las cosas cambiaron bruscamente de rumbo. Papá me prohibió terminantemente visitar al empresario italiano. Ante mis desesperadas protestas, se me explicó que aquél era un individuo "de malas costumbres". Pero, ¿qué importancia podían tener sus costumbres ante la posibilidad de poseer la clave del movimiento? Pensé que los usos de Italia podían ser mal considerados en Chile, y viceversa. ¿No nos había dicho papá que los chinos distinguidos tenían el hábito de comer huevos podridos?

...

Después de discutir el caso con mi condiscípulo Víctor Salas y con otros compañeros, resolvimos asistir en pandilla a casa del italiano. Como había muchos interesados por conocer los secretos del "biógrafo", me trasladé con casi todo el curso en dirección a la calle Bandera. Con gran algazara subimos la escalera que conducía a la mansarda habitada por el empresario. Este nos recibió en bata celeste y no sin manifestar sorpresa ante la insólita invasión. La entrevista fue bastante prolongada debido a la minuciosa conferencia que nos dio sobre el nuevo sistema de proyección. Estuvo sumamente cariñoso con todos; pero en especial con "Pototo" Prado, que era el mayor de la clase. (El sobrenombre de "Pototo" obedecía al pronunciado desarrollo de su "tambembe".) Le prometió obsequiarle, al día siguiente, un buen trozo de película.

Todos salimos muy felices de la reunión; pero al llegar a la calle, "Pototo" nos espetó:

-¡Buena cosa que son inocentes! ¿No se dieron cuenta de que el italiano es maricón?



Yo creía que esta palabra era sinónimo de cobarde, pues cuando alguno, en clase de gimnasia, no se atrevía a saltar en el caballo, los demás le decían que era un maricón. Así, pues, no le di mayor importancia al asunto. Cobarde o valiente, yo era poseedor del maravilloso secreto de la descomposición del movimiento por sucesión de imágenes.

Al día siguiente sustraje a papá varios pliegos del papel transparente que se empleaba para envolver la mantequilla de Pelequén, y lo corté en tiras que uní con engrudo. En seguida dividí la larga faja en cuadros, y en ellos prolijamente dibujé con tinta las diversas fases de un hombre caminando. Con éste, mi primer dibujo animado, había tomado a Walt Disney una ventaja de treinta años.

El problema que seguía no dejaba de tener sus bemoles: transformar la linterna mágica en "biógrafo". Había que principiar por calarle la base metálica para que pasara la rústica película ante la lente condensadora. Horas después, la flamante linterna de metal empavonado con revestimiento de bronce estaba totalmente inutilizada. Mi audaz experimento había fracasado, y me llevé la primera y más justa paliza de mi vida.

18. La intensidad de mi primer amor me obligó a tomar aceite de bacalao

Un día llegó de visita una chiquilla portadora de dos enormes y adormilados ojos pardos. Entonces fue cuando el mofletudo hijo de Venus, abusando de su buena puntería y de mi falta de experiencia, me hizo blanco de una de sus flechas.

Jamás el hombre podrá saber el nombre de la última mujer de su vida; pero yo nunca olvidaré el de la primera, que- en el instante en que nuestras miradas se cruzaron, me convirtió en su esclavo. Se llamaba Marta y era una nueva amiga de mi hermana Teresa. Los hondos y continuos suspiros que me acometieron desde nuestro primer encuentro no lograron dar alivio a mi torturado corazón. ¡Ella iba a casa solamente los domingos! ¡Una semana sin verla! ¡Qué intolerable suplicio!

Mi juego favorito, cuando Martita iba a visitarnos, era el "corre el anillo", pues me daba la oportunidad de rozarla al depositar el anillo en sus adoradas manos. Los demás chiquillos ya habían observado mi predilección por ella, y jamás dejaban de acertar en manos de quién ocultaba yo la sortija. Esto me conducía, fatalmente, a dejar prenda, la que tenía que rescatar ejecutando la penitencia que me fuera asignada. Generalmente se me obligaba a dar la vuelta alrededor de la mesa saltando en un pie, o en cuatro patas, ladrando.

En cierta ocasión, alguien tuvo la feliz idea de darme por penitencia besar a Martita. ¡Bendita penitencia! Desde ese día empecé a esforzarme en no acertar una en los juegos de prendas, con la esperanza de que aquello volviera a repetirse; pero ¡nada! No se les ocurría otra cosa que hacerme cantar como gallo o rebuznar. Hasta un huevo me obligaron a poner, imitando a una gallina, lo que realicé a la perfección debido a mis experiencias adquiridas mientras vivía mi "Galla negra".

Una tarde que jugábamos al diábolo, Martita perdió una roseta de cinta celeste con que acostumbraba sujetar su peinado. Grande fue mi dicha cuando al día siguiente la encontré en el macetero de un helecho. Todo el día la tuve entre mis manos y en la noche la coloqué debajo de mi almohada. La llevé al colegio oculta en "El Lector Americano", y en clases, varias veces el profesor me sorprendió en el más completo estado de ausencia mental. Llevado al pizarrón, no atiné con la solución de ninguno de los problemas que se me plantearon, dividiendo cuando debía restar y



multiplicando cuando había que sumar. "El Pije Villegas" me puso un cero, y al mandarme a mi asiento vociferó iracundo:

-¡Es increíble que usted sea hermano de Alfredo, el mejor alumno que tuve en muchos años!

Al otro día decidí devolver la cinta a Marta. ¿Qué pretexto mejor para verla? Después de clases me acicalé y me dirigí a su casa. A medida que la distancia se acortaba, mi corazón daba brincos tan desesperados que temí carecer de fuerzas para tocar el timbre de su puerta. Mas una decepción me esperaba: Martita había salido, lo que me obligó a dejar mi trofeo en manos de la sirvienta. (En esos tiempos no se les decía empleadas a las sirvientas, y los mozos no exigían que se les llamara garzones; en cambio, a los Larraín se les llamaba Larréin. Para referirse al grado de pobreza a que una mujer había llegado, se decía: "Anda con los dedos fuera de los zapatos"; hoy, toda dama que se respete anda mostrando los dedos gordos de sus pies.)

Mi pasión, lejos de atenuarse, crecía en razón directa de mi falta de apetito y sueño. Mi palidez y notoria pérdida de peso pusieron en alarma a mamá, que decidió hacerme examinar por el doctor Gronhert, prestigioso facultativo alemán. (En la época del Káiser los alemanes predominaban en Chile. Solamente el dentista de fama era de otra nacionalidad: Mister Saxton, norteamericano.) Este me sometió al más humillante de los exámenes, terminando por advertirme, con inusitada severidad, que sólo me permitía tocarme "la monona" cuando fuera a hacer pipí.

El doctor diagnosticó anemia incipiente y me obligó a tomar grandes cantidades de aceite de hígado de bacalao. ¡Pero qué podía el repugnante tónico en contra de mi verdadero mal! Mi amor era más fuerte que el bacalao, y yo seguía enflaqueciendo. La fuerza incontenible de mi pasión me indujo a pensar en un remedio más eficaz que la Emulsión de Scott: hablaría seriamente con Marta y le propondría un formal compromiso.

Una tarde, en el paseo de la Plaza Yungay, le hice entrega de un fino estuche de joyería que había contenido un anillo de una de mis hermanas. Para los demás el estuche estaba vacío; pero para mi exaltada imaginación encerraba un precioso anillo de compromiso.

- En la próxima vuelta deseo conocer su respuesta - le dije al pasárselo, con voz quebrada por la emoción.

La incomprensiva Marta, en el siguiente encuentro, me lanzó el estuche por la cabeza, diciéndome con tono airado:

-¡Vaya a hacerle a otra sus bromas estúpidas!

Mi orgullo se sobrepuso a la pasión y jamás volví a dirigirle la palabra. Ella tenía ocho años y yo diez.



19. Dos ovejas negras y bromas surtidas

Era natural que en una familia tan numerosa hubiera por lo menos dos ovejas negras: Raquel y yo. A pesar de la diferencia de edad, que en la niñez parece más acentuada, éramos los eternos bromistas y explotadores de la ingenuidad de nuestros mayores. Mientras las otras hermanas se dedicaban exclusivamente a perfeccionar su educación bajo la estricta tutela de Mrs. Gibson, Raquel "pololeaba" con un joven vecino de quien sólo recuerdo que usaba "tongo" café.

La estrictez de la época victoriana, prevaleciente en nuestra casa, impedía a Raquel concertar citas con su apasionado admirador, contentándose el pobre con "aplanar" la acera que circundaba el bien guardado castillo habitado por su "prenda". (Es interesante observar las transformaciones que ha sufrido esta romántica expresión desde esos remotos días hasta hoy. Hace veinte años los enamorados hablaban de su "chiquilla". Hoy la llaman "cabra". Ellas hablaban del "pololo". Hoy, al referirse al

pretendiente de turno, dicen: "Estoy saliendo con fulano". Los galanes de antaño, al recordar los encantos físicos de sus "adorados tormentos", exclamaban: "¡Qué gancho - tiene la fulanita!" Los de hoy dicen: "¡Puchas que es buenona la fulanita!" Las palabras y los giros van, como se anota en este caso, acomodándose a las costumbres y a la moral de cada época.) Pero el amor, que es y ha sido siempre audaz, indujo a Raquel a escribir a su galán, advirtiéndole que esa tarde, mientras papás y hermanas mayores se pasearan en la Plaza de Armas, ella y yo, disfrazados con sus vestidos, iríamos a la democrática Plaza Yungay. El plan se llevó a cabo sin inconvenientes. Salimos con los disfraces convenidos a la hora en que el "encendedor de faroles" corría con su caña, Catedral abajo, en cumplimiento de su luminoso deber. Pero un vecino con alma de soplón, al vernos salir en fachas tan sospechosas, espío nuestros pasos, y al día siguiente los detalles del complot le fueron transmitidos a mi madre. El escándalo tomó proporciones mayúsculas. Raquel fue severamente castigada y se la amenazó con mandarla interna a las monjas. El joven del gongo" café tuvo que abstenerse de volver a pasear frente a la casa, porque mi papá había prometido "cascarle" donde lo encontrara. Yo fui el mejor librado, pues aparecí como víctima inocente, y sólo se me hizo prometer que no volvería a vestirme de mujer.

La fértil imaginación de Raquel ideó una ingeniosa treta para vengarse del vecino delator. A los pocos días escribió un anónimo que deslizó por debajo de nuestra propia mampara y en que le decía a mamá que ya era tiempo de que dejara de usar esa "churrasca" que se ponía en la cabeza, en lugar de sombrero, cuando sacaba a sus "chiquillas" a "pescar" novios.

El anónimo causó el efecto de una bomba; pero lo que provocó mayor indignación fue lo de la "churrasca". Cuando la tensión hubo llegado a su grado máximo y ya se empezaba a culpar a todos los vecinos del infame anónimo, Raquel dio con la pista, achacándosele al viejo solterón que nos había delatado.

--Yo no había querido decir que desde hace tiempo ese vejestorio me hace la corte - contó, y todo lo ha hecho por despecho.

Papá, que era uno de los discípulos más aventajados de Monsieur Jaquier, famoso boxeador francés, le buscó camorra al supuesto autor del anónimo y le "cascó" en plena calle.

El baúl con juguetes que llegaba de Hamburgo.

Todos los años nos llegaba de Alemania un baúl con regalos de Pascua enviado por la tía Ana María, hermana de papá y casada con un caballero de apellido Neubaur. Ese año debía traerme una nueva decepción. Entre los regalos venía una linda caja de acuarelas destinada a Guayito, quien nunca tuvo la menor afición a la pintura; en cambio, a mí me llegó una rueda, que al ser empujada hacía sonar una campanilla: tin-tín, tin-fin. ¡Y yo que soñaba con tener una caja de pinturas!

La tal rueda me pareció una gratuita ofensa y se la obsequié al hijo de Pedro Valdivia, el zapatero vecino.

Mi sueño de poseer una caja de pinturas se realizó más tarde, cuando me tocó ir a pagar la cuenta mensual del almacén de Veruggio. Cada mes, uno de los hermanos gozaba del derecho de pagar dicha cuenta y de recibir la "Tapa", a elección, concedida por el italiano al portador del succulento cheque. Por fin me llegó el turno de ir a cancelar la "libreta", y don Giuseppe Veruggio me hizo entrega de la codiciada caja de acuarelas, a la que yo, tanto tiempo, le tenía echado el ojo.



* * *

A fines del año siguiente llegó el consabido baúl de Alemania con su carga de regalos. De acuerdo con mi plan, Raquel escribió una tarjeta en que, con caligrafía imitada de una carta de la tía Ana María, decía:

Querida Emmita:

En el fondo del baúl va un sobre que contiene \$ 10.000, para que usted le dé, a nuestro nombre, \$1.000 a cada uno de los niños.

Apenas el baúl fue abierto yo deslicé, con disimulo, la apócrifa tarjeta. Mamá la leyó



en voz alta y una verdadera locura se apoderó de todos. (Hay que tomar en cuenta que \$ 1.000 de aquellos tiempos, en que no se conocía la "Economía Dirigida", eran equivalentes a unos \$ 200.000, o más, de los de hoy.) Nadie se interesó por los regalos y sólo desearon vaciar cuanto antes el baúl para encontrar los billetes anunciados. Mientras la codicia mantenía engeguedada a la familia, Raquel y yo nos adjudicamos los regalos que preferíamos, cambiando las

tarjetitas con los nombres a quienes venían dirigidos.

Como es de suponer, el apetitoso sobre con billetes, no apareció, y con horror oí decir a papá que iba a despachar un cable a Hamburgo, haciendo saber a su hermana el extravío del dinero. A esa altura de los acontecimientos me vi obligado a capitular y declararme autor de la broma, lo que me costó otra feroz paliza y el encierro en el terrorífico "cuarto del vino".

Zancudos a prueba de fuego.

Otra broma, aunque no tan pesada, le jugué a mi santa madre, pintándole zancudos en la muralla de su dormitorio. Había yo observado que todas las noches, trepada en una silla, ella procedía a exterminar, armada de una vela, los zancudos que esperaban la oscuridad para lanzarse "en picada" sobre sus víctimas. No dejó mamá de manifestar su extrañeza al comprobar que éstos eran inmunes al fuego al permanecer inmóviles ante la llama de la vela. Cuando descubrió que eran pintados, exclamó, sin saber si reír o enojarse:

-¡Esta tiene que ser broma del "borrico" de Jorge!

Para tranquilidad de mis posaderas, la broma fue celebrada por todos, y papá, trepándose a una silla, dijo:

- No se puede negar que el muy badulaque los ha pintado a la perfección.

Una señorita con largo y sedoso bozo.

Las primeras víctimas de mi lápiz fueron, por supuesto, "mis parientes más cercanos. Después continué con las visitas. Nuestra casa era frecuentada por una señorita destinada ya para vestir santos y cuyo labio superior lucía un bozo capaz de despertar la envidia de más de algún jovenzuelo en edad de merecer.

Un día en que la bigotuda señorita llegó a visitarnos, tuve la mala ocurrencia de hacerle una caricatura luciendo unos mostachos tan insolentes como los de don Malaquías Concha. Orgulloso de mi obra, se la hice ver, creyendo que iba a ser muy celebrada. El mono cayó peor que la edición 285 de "Topaze" a don Arturo Alessandri. También fue incinerado y yo condenado a no volver a entrar en el salón cuando hubiera visitas.

Las zapatillas rojas.

"La Nina" era la esposa de "El Nino", el mismo a quien envié la alcancía en forma de conejo y a la sazón Ministro de Instrucción Pública. No hallando dónde meter unas ridículas zapatillas de terciopelo rojo obsequiadas a su marido por la directora de un liceo de niñas, resolvió tirarlas a la basura. Al observar yo que las absurdas zapatillas lucían un monograma bordado con mostacillas multicolores con iniciales que coincidían con las de Guayo, pedí a "La Nina" que me las regalara para dárselas a mi hermano en el día de su cumpleaños.

Guayo estaba perdidamente enamorado de María, una preciosa chiquilla que había conocido en San Bernardo y unánimemente considerada como la chica más bonita de su tiempo, al punto de que vendían tarjetas postales con su retrato.



Sin pensar en las consecuencias que podría reportarme, decidí hacer llegar a Guayo el par de zapatillas como si fuera un regalo de María.

En connivencia con Pedro Castro, el mozo de la casa, y mientras almorzábamos, sonó el timbre de la puerta de calle. Pedro entró poco después portando un primoroso paquete hecho con papel de seda y atado con cintas rosadas.

- Este paquete trajeron para don Guayito - dijo Pedro.

Guayo lo tomó nerviosamente, y al leer la tarjeta que pendía de la cinta, su faz se tornó granate, haciendo aparecer sus ojos todavía más azules. -¿De quién es? - le preguntó mamá,

- De un amigo - respondió secamente Guayo.

Pero la curiosidad de las hermanas obligó al reservado galán a abrir el paquete. ¡Ahí estaban las zapatillas rojas en todo el esplendor de su cursilería! La tarjeta fue leída en voz alta por Raquel:

*Junto con sus mejores deseos,
en el día de tu cumpleaños, te
envía este recuerdo hecho por
sus propias manos, tu
MARIA.*

-¡Y ya lo trata de tú! - exclamó Nieves, la mayor de mis hermanas.

- Vas demasiado ligero, hijo - le dijo paternalmente papá. Eres todavía un niño. E invirtiéndolo, agregó uno de sus dichos en inglés: *Keep your powder wet!* (Guarda tu pólvora húmeda).

Ester, la tercera, al criticar el mal gusto con que habían sido confeccionadas las zapatillas, exclamó:

-¡Qué siútica debe ser! Emma, la segunda, dijo:

- La intención es lo que vale,

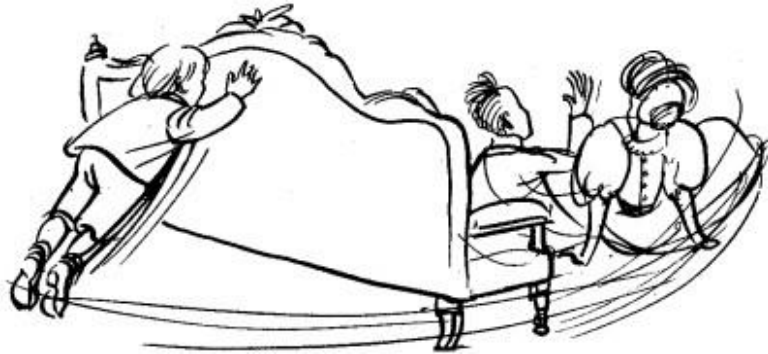


Y Berta, la quinta, hizo notar el prolijo bordado del monograma. Alfredo, el mayor de los hombres, las encontró poco prácticas.

Yo fui el único que las alabé con hipócrita entusiasmo y con la mayor seriedad

- ¡Están preciosas, y debes ir ahora mismo a darle las gracias a María! Guayo cambió alternativamente del rojo al blanco, como el metal que está a punto de fundirse. Después de almuerzo se encerró en su cuarto para contemplar con

tranquilidad el regalo que con tanto amor le había confeccionado su bella María. Yo lo imaginaba leyendo una y cien veces la tarjeta y besando las zapatillas. En la tarde salió



muy emperifollado, decidido a darle las gracias a la remitente del regalo.

Nunca se supo, y jamás se sabría lo que ésta le dijo en la entrevista; pero fácil fue imaginarlo por el mal talante que el amargado galán demostró a su regreso. Pedro Castro, no deseando malquistarse con el regalón de la familia, le declaró el origen del paquete.

Apenas Guayo supo la verdad, con terrible expresión, fijándome sus ojos azules, esta tez acerados como puñales, me dijo

- Cara te va a costar esta broma, porque te voy a matar.

Por precaución me atrincheré en mi "estudio", atrancando la entrada con maletas y muebles viejos. Muy pronto mi enfurecido hermano empezó a dar golpes en la puerta con intención de derribarla. A mis gritos de auxilio acudieron varios miembros de la familia y servidumbre, los que lograron, no sin violencia, reprimirlo y alejarlo de mi escondrijo. Durante el pugilato se le cayó al suelo un revólver. Lo había sacado del ropero de papá y estaba cargado con cinco balas.

Para los que conocen a Guayo, este episodio debe parecerles increíble. Sus ojos claros reflejan ahora, nítidamente, la inmensa bondad de su alma, y nadie podría creer que en un momento de ofuscación estuvo a punto de trocarse de Abel en Caín.

Besos con aprobación paternal y eclesiástica.

Todas las noches, como a las 8, mamá Aurelia me buscaba para acostarme; pero cierta vez, y sin intención aviesa de mi parte, tuve la desgraciada ocurrencia de esconderme tras el sofá del "costurero", saloncito al que no sé por qué se le daba ese nombre, equivalente al living de nuestros días:

De pronto mi hermana Raquel y su novio, Arturo, entraron en el aposento y, después de encender la lámpara a gas, se sentaron en el sofá, tras el que yo me había ocultado; y al poco rato, él empezó a besarla con tal entusiasmo, que no me veía cuando yo asomaba la cabeza por detrás del mueble.

El acto me pareció muy grave, porque, al preguntarle un día a mamá qué quería decir fornicar, me explicó que ése era un pecado mortal del cual mejor era no hablar. Ante mi insistencia por conocer más detalles sobre el sexto mandamiento, y después de muchos titubeos, me dijo que cuando un hombre y una mujer se besaban, estaban fornicando.

Convencido de que mi hermana se iba a condenar, empujé con fuerza el sofá en los momentos en que con más entusiasmo se besaban, haciendo rodar a los enamorados por el suelo.

¡Aquí estoy yo! - atiné a gritar.

Es de imaginarse la expresión de estupor con que los novios me miraron. Arturo me dio un tremendo "coscacho" junto con decirme:

-¡Toma, chiquillo de mierda!...

Y Raquel me amenazó con acusarme.

-¡Soy yo quien los va a acusar de que estaban fornicando! - les grité, furioso.

Posteriormente supe que tenían permiso de papá y mamá y del señor Fresno, director espiritual de la familia, para besarse. Pocos días después se casaron, y, como los príncipes y las princesas de los cuentos, tuvieron muchos hijos y fueron muy felices.

Sección 3

20. Conjunción de Júpiter con la Luna y el trompetazo del Juicio Final

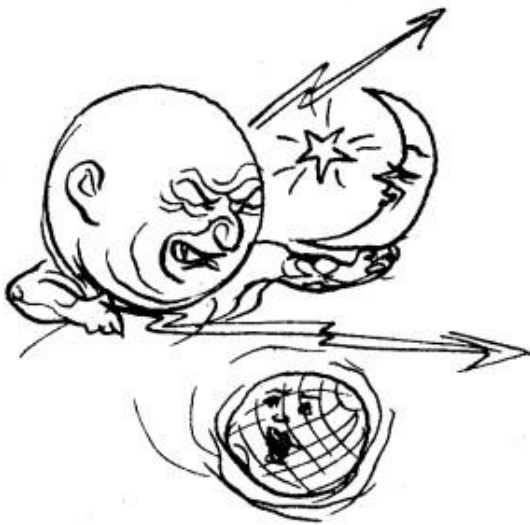
Estaba mi papá en su fundo de Pelequén cuando, el 15 de agosto de 1946, leyó en "El Mercurio" un suelto publicado por el capitán de la Armada señor Middleton, informando que al día siguiente habría conjunción de Júpiter con la Luna, que estaba en máxima declinación Norte, y que probablemente se producirían fenómenos "sísmicos" alrededor de las 8 de la noche.

Sin pérdida de tiempo, papá llamó a su administrador, don Francisco Vivanco, y le ordenó avisar a peones e inquilinos que el día 16 todo el mundo debía salir de sus casas a las 7 1/2 de la tarde, pues a las 8 se produciría un terremoto.

Don Francisco, que era viejo muy macuco, sonrió escépticamente; pero papá le mostró el suelto de "El Mercurio", diario que, según él, no podía equivocarse. A la hora indicada, toda la población de Pelequén estaba fuera de sus casas, en espera del sismo.

Minutos antes de las 8 empezó el terremoto con tal violencia, que nuestra vieja casa, a pesar de sus murallones gruesos, se desplomó instantáneamente.

¡Y así hay sabios que todavía insisten en negar la influencia de los astros sobre la corteza terrestre! En ese caso, el coqueteo de Júpiter con la Luna tuvo los más



desastrosos efectos, especialmente en Valparaíso, en donde no hubo quién le diera crédito al pronóstico de Middleton, confirmando así el dicho de que "nadie es profeta en su tierra". Aseguraba papá que si no hubiera leído el acertado vaticinio, no habría tenido tiempo de abandonar la casa. Junto con él se salvaron todos los habitantes de esa comarca, que fue el epicentro de la catástrofe.

Dos días demoró papá en llegar a Santiago.

Cómo los ferrocarriles se paralizaron, hizo el viaje de a caballo.

A mí, el remezón me pilló en cama, víctima de una bronquitis, la misma con que llegué al mundo, debida, según me aseguró muchos años después en Nueva York un famoso astrólogo norteamericano, a la nefasta influencia ejercida por Saturno sobre mis pulmones. Como se ve, la acción de los astros sobre la tierra y sus

infelices pensionistas no puede ponerse en duda. El pueblo elector debería conocer las constelaciones que presidieron el nacimiento de los aspirantes a legisladores. Si esta sabia medida se hubiera tomado oportunamente, nos habríamos librado de la desatinada gestión de más de algún lunático o cretino:

Decía que el terremoto me pilló enfermo en cama. La familia estaba a esa hora en plena comida. Al primer remezón salieron todos corriendo. Solamente mi hermana Raquel se acordó de mí, A pesar de la alta fiebre que me consumía, me sacó en sus brazos a la calle Catedral y ahí nos sorprendió el segundo remezón. Todos vimos cómo el adoquinado formaba largas ondas que iban desplazándose hacia la Quinta Normal. La fuerte lluvia que acompañó al sismo me caló hasta los huesos, y aunque en aquella época estas dolencias no eran conocidas por el nombre genérico de "alergias", no morí de pulmonía fulminante.

La mayor parte de los vecinos que vivían en casas de altos acudieron con sus camas y petacas a la nuestra en busca de refugio. La galería del primer patio tomó el lúgubre aspecto de un hospital de sangre. Esa noche no cesó de temblar y una señora muy obesa y muy beata, a cada nuevo remezón, imploraba al cielo gritando:

-¡Misericordia, misericordia, aplaca, Señor, tu ira! ¡Tu justicia y tu rigor!

Mi mama Aurelia empezó también a hacerle coro con el mismo diapasón:

- ¡Misericordia, misericordia, aplaca, Señor, tus "tiras"!...

Al amanecer se produjo un remezón que por su violencia, hizo huir despavoridos a los refugiados de la galería.

La señora obesa, en su terror, hizo un esfuerzo tan violento para levantarse, que perdió por completo el control del sistema gastrointestinal, y a pesar del tumulto; se escuchó claramente un trompetazo que me hizo temer fuera el llamado al Juicio Final. Felizmente debió ser el anunciador del fin de la catástrofe, porque desde ese momento cesó de temblar y Santiago recuperó su calma.

21. Alumno mediocre.

Profesores alemanes de dibujo me amargaron con sus "huevos".

Un gallo me "aceitó" y lo que las pastillas de conversación no dijeron

Mientras mis hermanos mayores rendían brillantes exámenes, especialmente Alfredo, que en todos los ramos era promovido con tres coloradas, yo "pasaba" apenas, arrastrando un pesado lastre de bolas negras.

En dibujo tampoco obtenía el menor éxito. Los profesores de este ramo, que por rara casualidad siempre fueron alemanes, me provocaban, con sus pintorescas figuras, a caricaturarlos. Y tanto don Federico Thum como don Gaspar Moll, muchas veces me sorprendieron las caricaturas que yo les hacía en el bloc destinado a acuarelas hojas de acanto y desabridas láminas que carecían de interés para mi exaltado temperamento en ciernes. Estos dibujos, que no figuraban en los programas pedagógicos, eran acreedores a hermosos "huevos", como llamábamos a los "ceros".

Para vengarme de las malas notas que me ponía don Gaspar Moll, ya publicaba en "El Peneca" unos cuentos alemanes ilustrados, en los cuales "Don Fedeguico" era nada menos que el propio Herr Moll.

Como los recreos, con su ensordecedor bullicio de pajarera, se me hacían insoportables, prefería quedarme durante ellos en la sala de clases. Jamás tuve interés por el juego del trompo, las bolitas, y ni siquiera jugué nunca al pillarse. A veces temo parecerme a ese estúpido personaje de la tira cómica "Don Fulgencio, el hombre que no tuvo infancia".

Menos mal que jamás me faltó un compañero que compartiese mi aversión a los juegos. Uno de ellos fue el malogrado poeta Domingo Gómez Rojas. Juntos empezamos a garrapatear nuestras primeras lucubraciones durante el lapso de los recreos; y en tanto nuestros bulliciosos compañeros jugaban a la "barra" o se disputaban una "Troya" con bolitas de piedra, Gómez Rojas tomaba sus primeros contactos con las musas y yo dibujaba monos que eran reproducidos en "El Peneca", ad honorem.





"Lo que nos preocupa es la manera cómo el Gobierno va a saldar el déficit"... ¡Han transcurrido cuarenta y cuatro años y estamos en las mismas!

"pastillas de conversación". Tenían estas curiosas pastillas la apariencia de pequeñas placas de varios colores y en uno de sus costados cada una llevaba escrita una o dos palabras. Sus más entusiastas consumidores eran los enamorados.

Él le regalaba a ella un paquete, conservando otro para sí. Una vez sentados en el escaño de algún paseo, se entretenían combinando y canjeándose las pastillas que les permitieran expresar, por intermedio de las "dulces" palabras que llevaban

Desde un principio adopté el seudónimo de "Coke", aunque escrito "Coque", sugerido por mis hermanitos menores, que en su media lengua me llamaban así.

Don César Rossetti, que conserva todavía su "Almacén Santa Carolina" en Catedral esquina de García Reyes, al conocer mi afición por el dibujo me pidió que le pintara un enorme gallo sobre un tablero para anunciar las excelencias del aceite marca "Gallo", del que era importador.

El gallo fue colocado en la puerta del almacén, y yo pasaba cuantas veces podía frente a él para contemplar mi monumental obra de arte. En pago, el buen don César me obsequió una lata con medio litro del exquisito producto.

Cerca del mostrador jugaba un muchachito de expresión inteligente, y también él quiso demostrarme su admiración regalándome un puñado de

escritas, los sentimientos del corazón que sus labios eran incapaces de pronunciar. ¡Benditos tiempos que no conocían el celestinaje del cine y de los paseos en auto! Si aquellas pastillas, en lugar de decir palabras cursis, hubieran predicho el futuro, aquel niño de inteligente mirar hubiera leído en ellas: "Algún día serás Ministro de Estado y Embajador en París, pero tu mentalidad de comerciante minorista pondrá en peligro el negocio cuprífero de Chile"...⁸

Un tarro de aceite y ese puñado de caramelos parlantes fueron el primer pago que recibí por mi trabajo de artista.

El segundo fue un flamante billete de a diez pesos que me pagó don Ricardo Salas Edwards, editor de "La Semana Política", por una caricatura en que el país aparecía representado por un roto "a pata pelada y con leva". ¡Cuánto papel de dibujo y cuánta tinta china compré con esos diez pesos que hasta ahora me duran! Ese dibujo fue el primer eslabón de la cadena perpetua de "monos" a que el destino me condenó.

22. Dios geometriza

Después de clases, me iba con Gómez Rojas a visitar exposiciones de pintura y a charlar sobre arte. ¿Qué será de los otros condiscípulos de ese curso? Muy pocos son los nombres que recuerdo, y me parece que la mayor parte de ellos ha pasado la vida en un interminable y aturdidor recreo.

Aunque fui un alumno mediocre, había dos ramos en que llegué a sobresalir: ciencias naturales y geometría. En el último conseguí destacarme con inusitado brillo. Los triángulos, circunferencias y cuadrados me sumían en profundas meditaciones, como si las figuras geométricas fuesen el alfabeto de Dios. El día que el profesor de matemáticas, don Manuel Elgueta, a quien apodábamos "El Negro", nos explicó el teorema de Pitágoras, fue para mí el día de la revelación. Al enunciar "El Negro" dicho teorema, sentí una sensación rayana en el éxtasis.

- Mira, Délano - me decía el profesor, al verme desbarrar en los más elementales problemas con números quebrados, no comprendo cómo puedes ser tan bruto para la aritmética y tan bueno para la geometría.

⁸ Otro comerciante minorista, don Rafael Tarud, que saltó desde el mostrador de su paquetería de Talca al Ministerio de Economía, también puso en inminente peligro el negocio del acero chileno.



Mi apasionado interés por Pitágoras llegó a tal grado de exaltación, que un día sorprendí al señor Elgueta al presentarle teoremas propios; y uno de ellos me llevó, nada menos, a descubrir cómo el filósofo de Samos había concebido su famoso teorema.

Mi audaz exposición empezaba así:

El cuadrado puede dividirse exactamente en nueve cuadrados iguales entre sí, lo que involucra la idea de que "el todo contiene justamente nueve expresiones correspondientes a su imagen y semejanza" (figura 1).

Si en lugar del cuadrado, se toma otra figura perfecta, como es el círculo, y también se inscriben círculos iguales y tan gentes entre sí, se verá, como en la figura 2, que solamente se pueden construir siete círculos inscritos.

Este resultado me sorprendió, porque, de acuerdo con mi teoría, debieron resultar nueve, como en el caso del cuadrado.

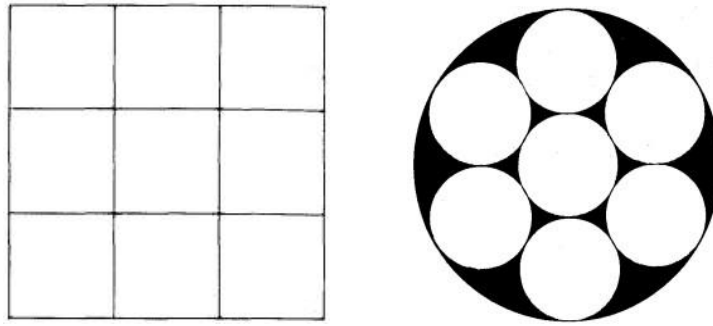


Figura 1 y 2

¿Dónde están entonces los dos que faltan? La respuesta es sencilla y los que recuerden la aplicación de la fórmula pi (π) podrán comprobar que el resultado de la suma de los espacios inter circulares da un total equivalente a la superficie de dos de los círculos inscritos.

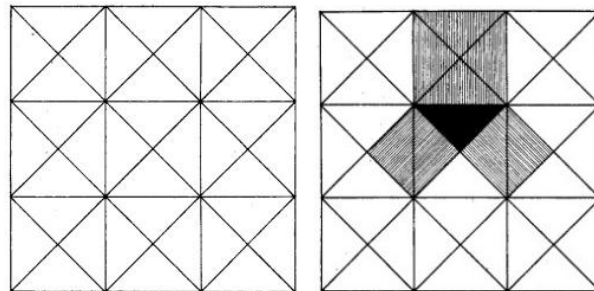


Figura 3 y Figura 4

Si saliéndonos del sistema euclidiano se lleva el problema a una nueva dimensión y se toma un cubo en lugar de un cuadrado, es evidente que este cuerpo contiene exactamente 27 cubitos iguales entre sí. El dígito de 27 es 9, porque $2 + 7 = 9$.

Ahora, si en lugar de experimentar con un círculo, se toma una esfera, se puede comprobar que contiene 13 esferas iguales y tangentes entre sí y que los huecos inter esferales suman el volumen de 14 de estas esferas.

El dígito de 13 es 4, y el de 14 es 5, y como $4 + 5 = 9$, queda comprobado que el misterioso número nueve permanece en todos los casos.

Si al cuadrado pitagórico se le trazan diagonales, como en la figura 3, es posible descubrir, en la maraña de líneas cruzadas, nada menos que el teorema de Pitágoras demostrado, pues tomando cualquiera de los triángulos formados por las

diagonales, horizontales y verticales, que en la figura 4 aparecen teñidos de negro, se verá, sin necesidad de demostrarlo, que el cuadrado construido sobre la hipotenusa, que contiene 4 triángulos, es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos, cada uno de los cuales contiene 2 triángulos iguales entre sí.

¡Y que Pitágoras me perdone si sostengo que así concibió el teorema que tantos dolores de cabeza ha provocado, en veintiséis siglos, a los estudiantes de geometría!

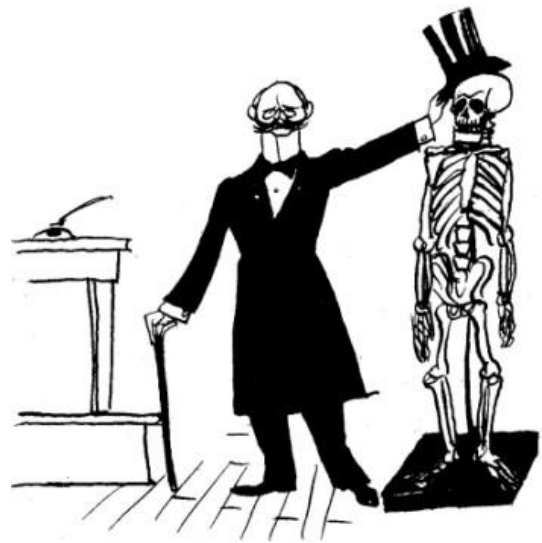
23. Un esqueleto con sombrero de pelo y de cómo Jenaro Prieto ganó una apuesta

Mi profesor de ciencias naturales, que también fue un caballero alemán, era un sabio que el Gobierno de Chile contrató para que ejerciera las cátedras de zoología, botánica, física y química en los más importantes centros docentes de Santiago. Don Román Bonn llegaba a hacernos sus clases en tenida de etiqueta: levita irreprochablemente cortada, sombrero de pelo y bastón con empuñadura de oro.

Al entrar en la sala, colocaba su "colero" de siete reflejos sobre la calavera del esqueleto humano que servía para la clase de anatomía. Las primeras veces, esta ocurrencia de nuestro profesor era muy celebrada; pero después de repetirla durante varios años a nadie le llamaba la atención, y si algún día hubiera dejado de practicarla, temo que hasta el esqueleto se habría sentido defraudado.

Uno de los hijos del señor Bonn, a quien creo que su padre llamaba "Buby", fue causante de un incidente que jamás podré olvidar.

Ocurrió en circunstancias que el profesor de francés - un gabacho genuino - estaba enseñándonos el empleo del *où est?*, o sea, ¿dónde está? Con el objeto de hacernos practicar, construía sentencias como éstas: ¿Dónde está Rodríguez?, ¿Dónde está Carrasco?, etc., las que los alumnos traducíamos *Où est Rodríguez? Où est*



Carrasco? No faltó un chusco ingenioso que, mirando al "Buby", preguntara al profesor cómo se decía: ¿Dónde está Bonn? Este, con toda ingenuidad, le respondió:

-¡Todavía no lo entiendes! Oú est Bonn?

Al escuchar los alumnos la resultante fonética de la chilénísima e intraducible palabra (que yo más tarde tuve que sustituir por "huemul" en "Topaze"), hizo explosión una estruendosa carcajada. El francés, perplejo, castigó a todo el curso, pues no hubo quién se atreviera a explicarle el motivo de tan súbita y general risotada.

Muchos años después le conté esta anécdota a mi inolvidable y talentoso amigo Jenaro Prieto, quien la supo aprovechar con mucho ingenio y oportunidad en la época en que era Ministro de Hacienda don Daniel Martner, que había perfeccionado sus conocimientos en la Universidad de Bonn.

Prieto apostó a un amigo que en, su próximo artículo trataría de h ... al Ministro de Hacienda, cuya gestión era combatida con acritud por "El Diario Ilustrado", del cual Jenaro era redactor. Al día siguiente, "P" (seudónimo de Prieto) intercaló en su artículo la siguiente frase: Oú est Bonn, Martner? Así el autor de "El Socio" ganó la comida que había apostado. Las clases de don Román Bonn eran muy amenas, especialmente la de zoología, en que se nos exigía coleccionar insectos, que clavábamos con alfileres sobre corchos.

La vida de los insectos me fascinaba; pero un día tuve una agria discusión con el sabio alemán: yo le sostenía que entre las moscas y las abejas, prefería a las primeras.

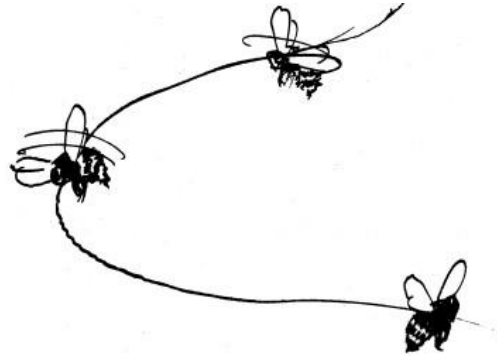
- Las moscas - argüía yo - las encuentro, por individualistas e independientes, semejantes a los chilenos. Las abejas, en cambio, por lo metódicas y disciplinadas, son más parecidas a los alemanes.

En esos felices tiempos en que los "totalitarismos" no habían prosperado en el mundo, mi audaz opinión fue mal interpretada por el sabio profesor, el que ordenó aproximarme a su pupitre para decirme con tono bastante golpeado:

- Muy mal hace usted en comparar a la inmunda mosca con sus compatriotas. ¿No se ha fijado usted que estos dípteros de la familia de los múscidos se deleitan posándose sobre los excrementos, que para ellos resulta el más opíparo banquete? En cambio, las abejas sólo se alimentan del néctar de las flores.

- Sobre gustos - le respondí- nada hay escrito, señor, y si las moscas gustan de nuestros excrementos, nosotros gustamos de los vómitos de las abejas, pues usted mismo nos ha enseñado que su miel no es más que eso.

El señor Bonn, con gran dignidad, me indicó que saliera a cerrar la puerta por fuera (forma que empleaba para expulsar de la clase a algún alumno que hubiera cometido una falta grave). Muchos años después, esta discusión me sirvió para escribir el siguiente ensayo inspirado en las abejas:



Una abeja me dijo...

Cuando un caricaturista tiene frente a sus ojos un pliego de papel blanco y ninguna idea en la cabeza, siente envidia por la suerte del escultor que, ante el trozo de mármol, con sólo afirmar atinadamente el cincel y golpearlo con el martillo, va haciendo surgir la escultura hasta

dejarla completamente en descubierto. También envidia al músico que aguarda que la amplia sonrisa del piano le pida las notas que un Steinway o un Blüthner le construyeron afinadas y listas para ser tocadas. ¡Qué diferente al caso del caricaturista ante la hoja de papel inmaculado, la



representación de la nada misma, que espera el asalto del lápiz para que brote, en dos horas más, una "graficación" de la crepitante situación internacional, una

síntesis de la lucha a muerte entre el mundo libre y el otro, que es la caricatura exigida por el Director! .

Recurro a un cigarrillo y me aferro con desesperación a una voluta de humo que remeda un salvavidas. ¿Ha hecho usted la prueba de flotar en el tiempo? Estoy en una piscina que es como la antesala del sueño. Hasta el ruido de la calle empieza a fundirse en un acorde continuo, como el trepidar de un avión. . . Pero no; el zumbido de hélices se ha transformado en un batir de alas. Es una abeja. ¿Por qué se le habrá ocurrido entrar en mi estudio, donde no hay flores? Bueno, el hecho es que la intrusa se ha posado en mi lápiz; lo tomo y la observo de cerca. Sus alas vibran produciendo un extraño ruido. Aproximo el lápiz a uno de mis oídos y empiezo a percibir sonidos diferentes, articulados; pienso que es la radio de algún vecino, mas con justa sorpresa empiezo a distinguir palabras, frases. ¿No es esto prodigioso? Concentro mi atención y escucho:

- Soy prófuga de mi enjambre y vengo a pedirte asilo. Vivo en un Estado totalitario, donde millones de esclavas trabajamos, sin ningún aliciente, para rendir servil homenaje a una reina inmisericorde y para alimentar a millares de zánganos que sólo piensan en atiborrarse de nuestra más perfumada miel. Cada uno de estos burócratas de nuestro Estado aspira a ser algún día el amante de la despiadada reina, con el oculto propósito de apropiarse del poder; pero los infelices no sospechan que después del "vuelo nupcial", hasta el más afortunado caerá de gran altura, muerto en forma inexplicable. Periódicamente se les elimina por millares, mas ellos desconocen el motivo de estas "purgas" en que los caídos en desgracia se confiesan reos de abominables delitos en contra de los intereses de la colmena⁹.

⁹ El filósofo ruso Pedro Ouspensky, en su obra "Un Nuevo Modelo del Universo", dice: La "inteligencia" no sólo es inútil en un panal o en un hormiguero; sería aún peligrosa y dañina. La inteligencia no podría transmitir todas las leyes, reglas y métodos de trabajo con la misma exactitud de generación. La inteligencia podría olvidar, podría deformar, podría aumentar algo nuevo. La inteligencia podría conducir nuevamente al "misticismo", a la idea de una inteligencia superior, a la idea del esoterismo. Fue por consiguiente necesario desterrar a la inteligencia de un panal u hormiguero socialista ideal, como un elemento dañino para la comunidad, como en realidad lo es.

Y, por último, Mauricio Maeterlinck, en su libro "La Vida de los Termitas", corrobora ampliamente la idea de la semejanza que existe entre el régimen comunista y el implantado por las hormigas, que, como las abejas, también viven en colonias socializadas:

En el termitero (o nido de las hormigas blancas) los dioses del comunismo se convierten en insaciables Molochs. Mientras más se les da, más piden; y persisten en sus demandas hasta que el individuo es aniquilado y su miseria es completa. Esta espantosa tiranía no tiene paralelo en la humanidad, ya que mientras entre nosotros al menos se benefician unos cuantos, en el termitero nadie se beneficia.

La disciplina es más feroz que la de los Carmelitas o los Trapenses, y la sumisión voluntaria a leyes o reglamentos que proceden quién sabe de dónde es tal que no tiene par en ninguna sociedad humana. Una nueva forma de fatalidad, quizá la más cruel de todas, la fatalidad social a la que nosotros mismos nos encaminamos, ha sido adicionada a las que ya conocíamos y que nos han preocupado ya suficientemente.

"Algunos - continúa diciendo la abeja - se refugian en celdillas desocupadas, pero son sacados violentamente por la policía; porque has de saber que en la colmena hay gran cantidad de policías con poderes ilimitados. Otros, que logran huir a lejanos campos, son muertos a lancetazos. Sin embargo, nosotras las esclavas, por cruel ironía llamadas "obreras", envidiamos el trágico fin de los zánganos. Ellos gozaron de la vida durante un tiempo: en cambio, nosotras apenas tenemos derecho a probar el néctar que se nos obliga a acumular, después del ímprobo trabajo que realizamos desde que el sol sale hasta que se oculta. Nuestra única diversión consiste en contemplar la orgía de los zánganos y en hacer reverencias a nuestra despótica reina; ¡y pobre de la que proteste o no cumpla con la cuota de miel que se le tiene asignada!

"Sabemos que muchos hombres nos admiran y son partidarios hasta de imitar nuestra organización. ¿Cómo hacerles comprender que nuestra alabada perfección no nos sirve de nada, que nunca hemos progresado y que después de milenios dedicados a la misma tarea todavía no abrigamos ni la más remota esperanza de llegar a gozar de mejor vida?

"Se asombran los observadores que consiguieron traspasar la "cortina de cera" ante ciertos aspectos de nuestra labor. No pueden explicarse, por ejemplo, aquel prodigioso instinto que, según ellos, nos mueve a construir nuestras complicadas ciudades, resolviendo intrincados cálculos matemáticos o elaborando la prodigiosa "papilla real", insuperable combinación de vitaminas que ni el más experimentado de los dietistas humanos podría obtener en sus modernos laboratorios... Es necesario que ustedes sepan que no hay tal instinto. Ese es una palabra que sirve para ocultar nuestro gran misterio y que ahora me he propuesto revelarte. Nosotros, los llamados irracionales, a la inversa de los humanos que fueron dotados

No hay descenso excepto en el último de los sueños; la enfermedad no se tolera, y la debilidad lleva consigo su propia sentencia de muerte. El comunismo es llevado a los límites del canibalismo y la coprofagia.

... exigiendo el sacrificio y la miseria de los muchos para el beneficio y la felicidad de nadie, y todo con el objeto de que una especie de desesperación universal pueda ser continuada, renovada y multiplicada en tanto que viva el mundo. Estas ciudades de insectos, que aparecieron antes que nosotros, podrían servir casi como una caricatura de nosotros mismos, como una parodia del paraíso terrenal al cual tiende la mayor parte de los pueblos civilizados.

Maeterlinck muestra con qué sacrificio se paga este régimen ideal:

Solían tener alas, no las tienen más. Tienen ojos, han renunciado a ellos. Tenían un sexo, lo han sacrificado.

Se supone que Maeterlinck, por ser belga falleció de muerte natural.

por el Creador de un alma individual, somos infinidad de cuerpos al servicio de una sola alma. Esta alma o "conciencia colectiva" es lo suficientemente sabia para indicarnos la manera de resolver nuestros problemas domésticos. El enorme progreso que ustedes han alcanzado se debe a la competencia individual del alma de cada hombre, la cual es un motor que impulsa al conjunto, vale decir a tu humanidad, a superar una nueva etapa de su desarrollo. En cambio, nuestra "alma" o "conciencia colectiva", como quieras denominarla, al carecer de incentivo para el progreso, ha decidido, por despecho ante su propia inercia, entablar una lucha a muerte con las almas individuales de ustedes. Advierte a tus congéneres que se apresten al combate que empezó en el cielo y cuyos efectos son palpables en la tierra. La punta de lanza de su aguijón ya se ha clavado en países y continentes, y millones de hombres han perdido su individualidad. ¡Da la voz de alarma antes de que sea demasiado tarde y el alma colectiva devore a las almas libres!

"¡Pero escucha cómo se acercan mis perseguidores! La "conciencia colectiva" es implacable, se defiende con tenacidad porque sabe que es una lucha mortal. Ella cuenta con servidores incondicionales en todas partes, tiene espías hasta en las flores, a quienes gratifica con cínico celestinaje, obligándonos a ser portadoras de sus mensajes de amor: el polen fecundante que clandestinamente vamos repartiendo de corola en corola... ¡Escucha!

El zumbido de miles de élitros denunciaba la presencia del enemigo. Me precipité a cerrar la ventana; pero en lugar del enjambre de abejas, pasó por el



cielo una escuadrilla de bombarderos en perfecta formación. El estridente zumbido de las abejas mecánicas me trajo nuevamente al plano de la conciencia.

Parecía que, mi sueño había sido muy largo; sin embargo, todavía danzaban en el aire algunas volutas del humo de mi cigarrillo.

La caricatura que el Director había pedido estaba concebida. El lápiz empezó a deslizarse ágilmente sobre el papel. Una enorme abeja atacando furiosamente al mundo comenzó a delinearse sobre la immaculada hoja de papel blanco.

* * *

Después de gozar la satisfacción de que este artículo fuera traducido a varios idiomas por la revista "América", que se edita en Washington, he comprobado una vez más el aforismo optimista que dice: "No hay mal que por bien no venga". La abeja del señor Bonn había depositado su polen en mi cerebro. Y aunque la modesta flor de mi producción había tardado más de cuarenta años en abrir sus pétalos, su origen estuvo en aquella imprudente interrupción y su correspondiente castigo.

24. Como Schubert, también yo fui autor de una "Sinfonía Inconclusa"

Nuestra casa de la calle Catedral había tomado el aspecto de un Conservatorio de Música. Cinco hermanas eran sobresalientes discípulas del estricto maestro y profesor don Bindo Paoli. Nieves, la mayor, tocaba el violín a la perfección desde los días de Quilpué. También recibían lecciones de canto del recordado maestro Luigi Steffano Giarda, y Alfredo estudiaba violonchelo con el señor Hügel.

¿Tengo o no razón al decir que nuestra casa se había convertido en un Conservatorio? Nos desayunábamos con ejercicios, escalas y arpeggios, trinos y solfeos, y nos dormíamos con Bach y Beethoven.

Mis hermanas se lucían en conciertos de beneficio en el Municipal, y la familia Délano Frederick era considerada como una de las más talentosas de Santiago. Había pianos parados en varios de los saloncitos, y en el Salón Grande estaban los de cola y un armonio.

Mientras el resto de la familia cultivaba la música clásica, yo me había hecho amigo del pianista del Teatro Zig-Zag, de la Plaza Yungay. La sala era una especie de bodegón impregnado del desagradable aroma que exhala el "pichí" de gato y donde las pulgas asaltaban a los asistentes con avidez de políticos en busca de votos. Panchito, el pianista, una vez obscurecida la sala para empezar la proyección de las

vistas, me cedía su asiento ante el desafinado piano, y yo seguía con la interpretación musical de las películas. En seguida Panchito abandonaba discretamente el teatro, y encaminaba sus pasos a alguna filarmónica, en donde se ganaba sus "cortes" extras.

Debo advertir que yo no sabía una nota de piano y me batía a puro oído, tratando de seguir el estilo del maestro Navarrete, pianista español del Teatro Royal, de moda en aquella época. Como no podía ejercitar mis atroces melodías en casa, por temor de escandalizar a mis hermanas, ensayaba en el propio teatro después de salir del colegio.

Había en mi repertorio románticas melodías para las escenas de amor de la Bertini, alborotadas tocatas con que animaba las continuas caídas de "Sánchez", y marchas marciales para el noticiario en que Guillermo II revistaba sus tropas. Todo esto lo hacía para entrar en el teatro sin pagar, porque ya mi afición al séptimo arte era incontenible.

El público no exigía calidad en los acompañamientos musicales de las vistas; pero era implacable en cuanto a persistencia y sonoridad. Cuando el "maestro", ya fuera por rascarse o tomar aliento, dejaba un instante de tocar, era acosado por una estrepitosa rechifla. Más de una vez, al dejar el teclado para leer los interminables letreros intercalados entre las escenas, sentí la ruda protesta desencadenada a mis espaldas. Aterrorizado, entonces, arremetía con renovado ardor machacando las desvencijadas teclas del piano de Panchito, amarillentas como la dentadura de un fumador consuetudinario. Dijérase que el piano reemplazaba a los diálogos del cine sonoro de nuestros días, porque las protestas de hoy, cuando el sonido de la proyectora se descompone, son iguales a las de entonces, cuando el pianista dejaba de tocar. Por supuesto que mi musical familia no sospechaba que yo era el único músico profesional que había entre sus miembros.

Una noche, a la hora de los postres, sonó la campanilla de la puerta de calle. La sirvienta, después de abrir, llegó al comedor con el siguiente recado:

- Un caballero que viene en coche, pregunta si está el "maestro" del piano.

- Dígale al señor - ordenó mamá - que debe estar equivocado, porque aquí no vive ningún "maestro" de piano.

Me levanté bastante azorado y expliqué a mi familia que era a mí a quien buscaban. Abandoné tan precipitadamente el comedor, que no tuve tiempo de observar la estupefacción de mis parientes. El administrador del teatro, en persona, había venido a buscarme para que lo sacara de un tremendo apuro. Panchito no aparecía y el público estaba armando la más estruendosa algazara porque la función, sin música, no podía empezar. Accedí ante las súplicas del desesperado empresario y trepamos a la victoria, que nos condujo a todo galope.



Dudo que algún "pianista" haya sido recibido con una ovación más entusiasta al entrar en el palco escénico. Interminable me pareció mi viaje por el pasillo central hasta el piano. Una vez sentado en el piso, aguardé con ansiedad que la sala se obscureciera para empezar mis incalificables interpretaciones. Pero, ¡horror de horrores! ¡El programa anunciaba la infaltable "sinfonía por la orquesta"!

El violín y el clarinete me saludaron con el respeto que se debe al maestro, y uno de ellos, pasándome un álbum de música, me preguntó qué pieza deseaba tocar. Mientras tanto, el público permanecía en recogido silencio, aprestándose para escuchar la esperada sinfonía.

- Yo no toco por música - les expliqué a los integrantes del trío, así es que síganme como mejor puedan.

La modulación de mi voz debe haber tenido la entonación con que el héroe les gritó a sus soldados: "¡Los que sean valientes, que me sigan!"

Mis torpes dedos "chapurrearón" un vals de moda. El violín y el clarinete hicieron esfuerzos desesperados para acompañarme. Yo traté de abreviar en lo posible esta sinfonía que posiblemente hoy habría sido considerada como una obra maestra de música moderna, dejándola más inconclusa de lo que Schubert dejó la suya.

25. Uno que ha sido marino, pero poco

1909 fue un año infausto para mí. Había llegado a la edad en que para continuar la tradición de la familia debía iniciar mi vida de marino. Fui matriculado en la Escuela Naval, establecimiento que me dejó triste recuerdo, pues era costumbre tratar con



El que debió llevar los galones de almirante no pasó de ser el cadete N° 169.

la mayor crueldad a los "motes", como se les llama a los cadetes nuevos.

El primer día, un grandote me empujó sorpresivamente y con tal violencia, que me hizo rebotar la cabeza en la solera que rodeaba el patio. Cuando recuperé el conocimiento, me encontré en la enfermería con un brazo entablillado. En la cama vecina yacía un cadete de apellido Costabal, que había perdido la razón debido a la impresión recibida la noche anterior, al ser asaltado y dejado en la línea del tren después de haber sido despojado de su dinero y reloj. El maquinista había alcanzado a detener la locomotora cuando casi estaba encima de la víctima.

Para describir mi primera noche en la enfermería de la Escuela Naval, necesitaría de la pluma de un Edgar Poe. Varias veces, mi infortunado vecino, con los ojos desorbitados, arremetió en contra mía, tomándome en su de lirio por uno de sus asaltantes. Debido a que

yo estaba entablillado, no podía defenderme, y a no mediar la intervención del enfermero, el loco habría terminado por estrangularme. Esta inconfortable situación terminó dos días después, cuando el enfermo fue trasladado a Santiago.

Una vez que me dieron de alta, empezaron para mí otras simpáticas experiencias.

- ¡Conque eres sobrino del "Chato Montt"!¹⁰ - exclamaba uno, y dándome un feroz "coscacho", me ordenaba que le pidiera "la espoleta" al cadete García.

¹⁰ Los almirantes eran llamados "chatos". En realidad todos lucían una estatura muy baja: Montt, Artigas, Goñi, López, Pérez Gacitúa, etc. no pasaban el metro cincuenta sobre el nivel del mar.

- El cadete Aceituno me manda a pedirle "la espoleta" - le decía, perfectamente cuadrado, al cadete García.

-¡Media vuelta! - me ordenaba éste. Y en ese momento me lanzaba un violento puntapié en el traste. Entre "coscachos" y "espoletas", me dejaron la primera semana con la cabeza y el trasero como membrillo "corcho". Fue para mí un handicap muy pesado el ser sobrino del Director General de la Armada, pues debido a su excesiva estrictez era odiado por cadetes y oficiales.

Como nunca fui aficionado a los ejercicios, marchas y desfiles, logré hacerme incorporar a la banda en calidad de "pito", para así "capearles" a tan pesadas disciplinas. La banda tenía que tocar mientras los otros se mataban desfilando. Pero era en la calle donde venían mis peores padecimientos. Por ser el más pequeño de los músicos, el público callejero me tiraba cuchufletas al ver que, por llevar el paso de los grandes, no acertaba a soplar el agujero del pito.

Para colmo de desdichas, cuando vestí uniforme, mi padrino se puso más estricto que nunca. Era yo ahora uno de sus subordinados, y si no sacaba notas excelentes y no llegaba con la codiciada insignia de "lista de mérito", me reprendía severamente. Esta situación me obligó, por primera vez, a estudiar.

Pero no faltó un malvado que, al ver que todos los meses salía agraciado con la "lista de mérito", se dedicaba a desordenar cada mañana mis útiles de lavatorio. Un día la toalla aparecía botada en el piso, otro la escobilla de dientes dentro del lavabo.

Los castigos iban en aumento, acusado de reincidencia. Al tercer día el brigadier me puso nota pésima en orden y aseo, y tuve que soportar el duro plantón con rifle al hombro mientras, los otros dormían.

Cuando los castigos llegaron a ser insoportables, ya que hasta del alimento me empezaron a privar, resolví hablar con el oficial de guardia, el teniente Bari. Al comprender que no era posible que yo mismo, intencionalmente, botara todos los días mis útiles de lavatorio, ordenó formar a toda mi compañía y dar un paso al frente al autor del desaguisado.

Nadie se presentó como culpable y mi compañía quedó castigada hasta nueva orden. En la noche casi me mataron, llegando a meterme en la boca unos calcetines con tres días de marchas a Playa Ancha.

Decidí entonces suicidarme, lanzándome de la cofa del "No te Muevas", un velero de tamaño natural que servía para entrenarnos en la faena de velas y que estaba empotrado en el último patio. Después pensé que sería mejor quedar solamente medio muerto, y cambié el lanzamiento de la cofa por un estrellón contra una barra de hierro. Fue tan violento el golpe, que me quebré la nariz, lo cual me dejó desfigurado para toda la vida. Cuando papá fue a buscarme, no me reconoció. Pero yo triunfé, pues me sacaron de la Escuela, y después de varias y dolorosas operaciones, que me retuvieron durante las festividades del Centenario en cama, fui matriculado en el Instituto Nacional.

26. Recuerdos del Instituto. La importancia de los sobrenombres.

Un "carnero" me abrió las puertas de Zig-Zag

En la época en que ingresé al Instituto Nacional, el año 1911, era rector el bondadoso y atildado don Juan Nepomuceno Espejo, conocido como "El Chonchón Espejo"; inspector general era don Enrique Rivera, temido por su estrictez y habilidad para sorprender a los fumadores precoces y capeadores de clases. La voz de alarma, ante su aparición; era: ¡Achi¹¹ con "El Pingo"!

No se atribuya a falta de respeto el hecho de recordar los apodos con que bautizábamos a nuestros maestros. Los lectores de mi generación encontrarán en ellos evocativas resonancias de nuestra vida estudiantil. El apodo es como una dactiloscópica psíquica de los individuos y nos dice mucho más que el nombre verdadero. Esto lo pude comprobar en "Topaze" con los sobrenombres que les colgábamos a los políticos. El Presidente don Juan Esteban Montero fue llamado "Don One Step"; don Miguel Cruchaga se identificó como "Don Palomo", hasta el punto de que don Arturo Alessandri lo llamaba así en los Consejos de Gabinete; don Julio Bustamante, el intendente de Santiago, hasta el fin de sus días era llamado "Bustoamenta", y a don Pedro Aguirre Cerda, "Don Tinto".

Algunos de mis maestros alcanzaron más tarde una destacada actuación política: don Pedro Aguirre Cerda, don Domingo Amunátegui, don Ulises Vergara ("El Cacique"), Carlos Vicuña Fuentes ("El Narigueta") y Carlos Valdovinos ("La Yegua Valdovinos") son los nombres que primero han acudido a mi memoria.

¹¹ "Achi", abreviatura de "wachi", expresión nortina, corrupción de la palabra inglesa watch (alerta).

La cátedra de física y química la desempeñaba "El Tubín Torres", caballero parecido a Napoleón III, que me expulsó de la clase por haberle sostenido que la inercia y la fuerza centrífuga eran una misma cosa. "El Piojo Mendoza", nuestro profesor de castellano, me hizo un positivo servicio al tronchar "mi carrera literaria" poniéndome un cero en una composición intitulada "La Operación del Doctor Matas".

- Está demasiado buena para ser original - me dijo por única explicación.

Al correr de los años, me topé con él en la calle y después de recordarle el incidente, le agradecí con sinceridad la injusta nota. Gracias a ella me dediqué al dibujo, carrera que me ha procurado algunas nobles satisfacciones y me ha permitido llegar a la madurez gozando de una relativa tranquilidad económica.

Entre mis condiscípulos del 4º año había alumnos sobresalientes, como: Fernando Alessandri R., candidato a la presidencia de la República y actual presidente del Senado; Héctor Orrego P. ("Titín") y Ramón Vicuña H., eminentes médicos; Hernán Figueroa, senador; Julio Pistelli, director de Impuestos Internos; Manuel Bianchi G., embajador en Londres; Fernando Aldunate E., presidente del Partido Conservador y senador; Julio Arriagada H., redactor de "El Mercurio"; Sergio Prieto N., alcalde de Viña del Mar; Desiderio García A., gerente de la CORFO; Guillermo Moore M., gerente general de ENDESA, etc., por no enumerar a todos los que más tarde se destacaron en la gran sala de clases de la vida. Mi amigo predilecto fue Hugo Donoso, cuyo trágico fin puso término a uno de los más preclaros valores intelectuales de mi generación.

Alumnos del curso inmediatamente superior decidieron fundar la revista que llevó el nombre de "Alma Joven". Su director fue Eduardo Moore Montero, más tarde destacado político liberal y elocuente orador. A instancias suyas entré a colaborar como caricaturista. La juvenil revista era editada por la Empresa Zig-Zag. No tardé en recibir, con la sorpresa consiguiente, un llamado de Mr. Phillips, director de esa empresa. Sin perder el tiempo, como todo buen americano, tomó un ejemplar de "Alma Joven" y me preguntó:

-¿Usted siendo autor de estos "caricatuross"? - y se detuvo ante la de un compañero a quien llamábamos "El Carnero Vial" y que yo había dibujado en forma de un caprino en actitud de embestir.

- Sí, señor - le respondí, un poco aturcido.

- ¿Gustaría trabajar para nuestra empresa?

Ese fue el paso decisivo en mi ya larga carrera de caricaturista.

A la semana siguiente estaba yo haciendo monos para "Corre Vuela", semanario que era dirigido por el simpático y chispeante "Guatón Popelaire". Muy pronto, éste me empezó a encargarme páginas enteras, ilustraciones y hasta portadas en colores. Los estipendios no bajaban de \$ 150 semanales, suma que en esos tiempos, y para un colegial, resultaba fabulosa.

No tardé en formar parte del alegre grupo de redactores y dibujantes de la empresa. Muchos de ellos eran parroquianos de un restaurante que había en Teatinos, a una cuadra de nuestras oficinas, pero que yo dejé de frecuentar cuando advertí su vecindad con la Morgue. Mientras en las vitrinas del restaurante se exhibían cabezas de chanco, pernils y arrollados, las del edificio vecino mostraban su macabra mercadería. Hay que reconocer que en materia de sanidad hemos progresado desde entonces.

Deseando compartir mi buena suerte con el más querido de mis compañeros, Hugo Donoso, que ya demostraba excepcionales condiciones de escritor, lo llevé a "Corre Vuela".

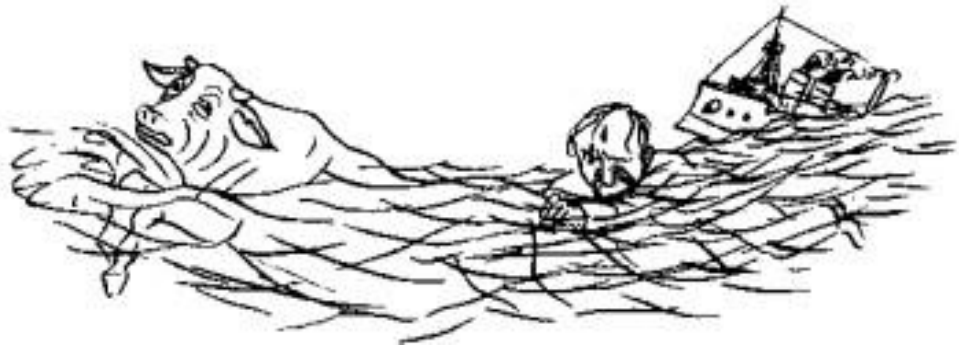
Nuestra carrera fue vertiginosa. Casi todas las tardes, después del colegio, nos dirigíamos a "nuestras oficinas" de Teatinos a preparar la edición próxima de la popular revista. Cuando la inquieta actualidad nos obligaba a trabajar antes de la terminación de las clases, aprovechábamos la hora de castellano, que nos hacía don Miguel Luis Amunátegui. Como el ilustre pedagogo era muy corto de vista, no veía que nuestros pupitres hacían las veces de mesas de redacción y dibujo del satírico semanario "Corre Vuela".

27. De la cola de una ternera a la banda de O'Higgins y la "Guaripola" del ejército

Era entonces Presidente de Chile un caballero muy tranquilo y de avanzada edad, a quien los caricaturistas casi siempre dibujábamos durmiendo un sueño apacible, ya que era partidario de que las cosas se arreglaran solas; porque él decía: "Cuando los problemas tienen solución, se solucionan solos; cuando no la tienen, lo mejor es dejarlos dormir".

¡Qué teoría tan diferente a la de sus sucesores, que crean problemas y madrugan para

complicarlos! Si
hubieran
continuado
aplicando la
fórmula de su
predecesor,



estoy seguro de que no seríamos ahora víctimas de la inflación, resultante de infinidad de problemas prefabricados.

Aunque poco le gustaba a S. E. que le recordaran su providencial escapada durante el hundimiento del "Blanco", más de una vez lo dibujé sumergido en el proceloso mar de la política, tratando de salvarse aferrado al rabo de una ternera. Generalmente el naufragio del Gabinete lo producía don Juan Luis Sanfuentes, quien, por sortilegio de su insuperable macuquería política, transformábase en el momento crítico en la ternera salvadora.

Por respeto a tan eminentes personajes, no me atreví a mostrar en mi dibujo en qué parte de la ternera metía el náufrago una de sus manos, como dicen que procedió durante el trágico episodio del "Blanco"... Sabido es que los vacunos se ahogan por atrás.

Recuerdo su figura con cariño, tal vez por haber sido la primera víctima presidencial de mi lápiz; y en una ocasión difícil, muchos años después, como verá el lector más adelante, fui a su sepultura en busca de inspiración.

Su nombre ha sido perpetuado en las "fuentes de soda", donde los hambrientos parroquianos solicitan "un Barros Luco", el apetitoso y succulento sándwich de queso con ternera...

* * *

La personalidad del Primer Mandatario ha ejercido, como los bueyes en la agricultura, una influencia misteriosa en el resto de sus conciudadanos. De su temperamento depende la idiosincrasia del país durante el lapso de su mandato.

De aquí que sea más importante de lo que se cree la elección del "tambor mayor" que con la guaripola del "Poder Ejecutivo" vendrá a marcar el ritmo del regimiento formado por seis millones de chilenos. Es él quien, a través de su "banda", nos conducirá, ya al ritmo de una marcha triunfal, ya con el frívolo de un boogie woogie, o tal vez con la solemne cadencia de una marcha fúnebre.

7) *Riqueza es la diferencia que existe entre la ambición de un hombre y su capacidad para satisfacerla. Yo he procurado que en este balance mis ambiciones no cobren pasen a los medios económicos de que dispongo. Esto hace que me sienta rico.*



Coke en su taller, año 1912

28. El "colero" de "El Incandescente" y la pata de palo de "El Cojo Zamorano"

El tiempo ha barrido con los "tipos populares", y yo me vi obligado, al fundar "Topaze", a crear a "Juan Verdejo Larraín", personaje simbólico; como Gustavo Campaña, después, a "Don Gervasio" y Anita González a "La Desideria".

En la añorada época en que dibujaba para "Corre Vuela" existían tipos populares de carne y huesos tan corpóreos como "El Incandescente" y "El Cojo Zamorano", "Don Pedro Pablo Álvarez", "Don Benito el Barquillero". "El Huaso Lillo", etc. "El Incandescente" y "El Cojo Zamorano", los más populares de todos ellos, eran personajes estáticos. El primero permanecía durante todo el día parado en la esquina de Estado con Huérfanos, enfundado en una vieja levita y luciendo un no menos viejo sombrero de copa.

Como en aquella época la luz más potente era la producida por las lámparas incandescentes, su rubicunda faz, su levita lustrosa y el brillante "colero" que parecía estar incrustado en su cabeza, le prestaban a su figura un halo rutilante que dio origen al sobrenombre de "El Incandescente".

No había revista teatral en que no apareciera caracterizado por algún actor, y los caricaturistas lo usábamos para colgarle toda clase de cuentos y comentarios de la actualidad política y social. Su locura parecía inofensiva, pero un miércoles, día en que salía el "Corre Vuela", se enteró de que yo era el autor de un "mono" que no le agradó, y perdiendo su habitual inmovilidad me persiguió en pleno centro, enarbolando el bastón con que completaba su elegancia fin de siglo.



En otra ocasión sorprendió a todo Santiago, nada menos que con un aeroplano de su invención. Había hecho construir una rampa en la elipse del Parque Cousiño, desde donde, en presencia de miles de espectadores, se deslizó, enfundado en su famosa levita y con su no menos famoso "colero", en un automóvil al que había adosado un par de alas de tocuyo. De más está decir que tan estrafalaria "máquina voladora" no se elevó ni un centímetro del suelo, y que al llegar al plano horizontal se aparragó, quedando "echada" cual vulgar gallina clueca.

Algunos años más tarde, con motivo de su muerte, "Sucesos" me encargó la información de sus funerales. Como jamás se le había visto sin el "colero" y la Parca había quitado el lustre de su brillante faz, me fue difícil reconocerlo. Su "incandescencia" desapareció junto con la aparición de la luz eléctrica. Alguien colocó sobre el féretro su clásico sombrero de copa, como a los bomberos y militares fallecidos se les ponía el casco o el quepís. Lo que estábamos enterrando era el símbolo de una época...

"El Cojo Zamorano", cuya inmovilidad y "mote" se justificaban por haber perdido la pierna izquierda, reemplazada por una descomunal pata de palo había perdido también el brazo derecho, era el decano de los suplementeros de Santiago. Durante más de cincuenta años administró su puesto de diarios y revistas, ubicado en la calle Estado a la salida del Portal Fernández Concha.

Los "futres" (palabra que hoy ha sido substituida por "pitucos") acudían a él cuando



necesitaban un préstamo en dinero. Los más "empingorotados" personajes eran sus clientes, que gustaban oír de sus labios las "bolas" del momento (hoy "copuchas").

Todas las noches llegaba un "fiacre" a recogerlo, conduciéndolo a su domicilio junto con el sobrante de los periódicos. A su muerte, dejó una envidiable fortuna; pero su "puesto" no tuvo

sucesor.

Al ser retirado el cajón que le servía de mostrador, pude comprobar la existencia de un profundo agujero en la acera. Era el efecto del roce de su pata de palo durante más de medio siglo.

29. Mis primeras impresiones tras las bambalinas de la política.

Las "caldúas" de don Malaca y la presidencia del Senado

El régimen parlamentario de entonces ponía en manos del presidente del Senado

todos los hilos de la Administración Pública, y sin su voluntad no se movía un dedo en las gestiones administrativas. Don Fernando Lazcano era una especie de presidente vitalicio de la Alta Cámara; pero su mantenimiento en tan importante puesto, para un próximo período, estaba amagado de un serio peligro:



no contaba con los votos de los demócratas que encabezaba don Malaquías Concha, don Malaca, como cariñosamente le llamaban sus correligionarios.

Don Fernando, que pertenecía a una familia de viejos abolengos, había sido candidato a la presidencia de la República, y, como viejo político, sabía

desempeñarse, cuando las circunstancias lo requerían, como un hombre sencillo y jovial.

Mientras los senadores se dirigían a la mesa de once en el Senado, oyó don Fernando que don Malaquías Concha invitaba a un redactor político a una comilona el próximo sábado en el Restaurante La Lora, situado en el barrio Quinta Normal, y le pidió que a la salida de la once preguntara a don Malaca: "¿Dónde nos juntamos el sábado?" Así ocurrió; don Fernando, que ya tenía preparada su "maquinita", se colocó estratégicamente detrás de ellos y, aparentando la más completa inocencia, les preguntó:

-¿Qué invitaciones son ésas?

Don Maraca le informó de esas once populares, y algo quejoso, don Fernando agregó:

-¿Y no se acuerda de sus amigos?

- No son dignas de usted - le respondió don Malaca.

-¿Por qué? ¿Acaso no me agrada la amistad de la gente modesta? Don Malaca le invitó, y sorpresa grande tuvieron esas gentes sencillas al alternar con el presidente del Senado en la confianza de una fiesta campera entre el "chacolo", las empanadas "caldúas" y el chancho arrollado. Don Fernando se expandió con ellos contándoles chistes y cuentos colorados. (En esos años existía un abismo entre la clase alta y la media.)

Al servirse las empanadas, exclamó:

-¡Pero qué cosas comen ustedes! ¡Si estas empanadas son deliciosas! ¿De dónde las sacan?

El dueño del restaurante le dijo con orgullo:

- Las hace mi señora.

Don Fernando se dirigió al patio que hacía de cocina y encarándose con la hacendosa maritornes, le dio un abrazo de felicitación por esas manos maravillosas que Dios le había dado.

Al obscurecerse, regresaba don Fernando en su coche en franca camaradería con sus nuevos amigos.

Llegó el día de la elección de presidente del Senado, y el voto de mayoría se lo dio don Malaca, su adversario político, declarando que, como ellos no podían elegir presidente, debían votar por quien les daba mayores garantías de independencia.

Don Fernando no se había comprado a don Malaca, como aseguraban los políticos chasqueados; era algo más digno y más hondo: se lo había ganado. ¡Y don Fernando no gozaba de la fama de ladino que tenía don Malaca!

Sección 4

30. De cómo un senador apareció pronunciando un discurso que jamás dijo

La prensa bonaerense se había ocupado del Presidente de Chile en términos despectivos e irrespetuosos, y el senador don Darío Sánchez Massenlli, ofendido en su patriotismo, pronunció en el Senado un violento discurso en contra del Primer Mandatario argentino.

Era presidente del Senado don Elías Balmaceda y su reelección dependía del voto de don Darío. Suspendida la sesión, todos los senadores abordaron a don Elías, reprochándole que no lo hubiera llamado al orden y lamentando el incidente que originaría una reclamación diplomática.

Don Elías se limitó a llamar a Antonio Orrego Barros, jefe de redacción del Senado y redactor de sesiones, y le dijo:

- De todo esto, nada a la prensa ni al Boletín de Sesiones.

Era para Orrego un serio compromiso: ¿Qué poner en boca de don Darío? Se le ocurrió inventarle un discurso sobre la situación económica, y manos a la obra. Como las ideas económicas de don Darío eran muy originales, todas resumidas movían a risa.



Mientras Orrego lo confeccionaba fue abordado por el encargado de negocios de la



República Argentina, señor Parravicini, quien le pidió el discurso de don Darío. Orrego le dijo que estaba redactándolo y le ofreció enviarle una copia, sin especificar el tema.

Luego recibió un llamado telefónico del Ministro de Relaciones, don Agustín Edwards, quien le pidió nerviosamente el discutido discurso.

Al llevárselo, le fue negada a Orrego la entrada en la sala del ministro; pero, desoyendo la orden, entró. Estaba con don Agustín el diplomático

argentino. Puede suponerse la cara del canciller al oír a éste decirle:

- Aquí traen el discurso.

Antonio Orrego se limitó a llamar la atención del ministro sobre el título: "La Cuestión Económica". Una mirada de inteligencia entre ambos, una rápida ojeada y:

-¿Esto es todo?

Fue el epílogo de ese incidente.

El ministro le pasó el discurso al señor Parravicini con una expresión de enorme complacencia, y ante la desorientación del Encargado de Negocios, se limitó a decirle:

- Gracias a Dios que sólo ha sido una mala información; tal vez fue una conversación en los pasillos del Congreso.

Al día siguiente se publicó en la prensa e incluyó en el Boletín de Sesiones el discurso que Orrego Barros le colgó a don Darío sobre la cuestión económica. El señor Sánchez Massenlli, indignado, preguntaba a los senadores:

-¿Esto fue lo que yo dije ayer?

Sus colegas se excusaban, y él exclamaba:

-¡O todos están locos, o yo estoy loco!

¡Es de imaginar la que se habría armado si en nuestros días le hubiera "trasmutado" al senador Isauro Torres el discurso en que atacaba al Presidente Perón y su régimen "justicialista"!

31. Por culpa de Onofroff, la clase de francés tornóse en Torre de Babel

La llegada a Santiago de Onofroff, el hipnotizador de fama mundial, era el tema obligado de conversación en el colegio. Varios compañeros que habían subido al escenario del fascinador, cayeron bajo la acción de su poderosa voluntad, ejecutando toda clase de pantomimas que causaban la hilaridad del público. Una noche asistí a la función, y al día siguiente me propuse probar mi poder de sugestión sobre algunos de mis condiscípulos.

Grande fue mi sorpresa al ver que mis "sujetos" caían rápidamente en el sueño hipnótico. Al comprobar que era poseedor de tan extraordinario poder, Nicanor Molinare ("Copucha") me facilitó un libro de Richet sobre hipnotismo. Gracias a este tratado me fue posible perfeccionar mis conocimientos, y un día, en clase de francés, llegué a hipnotizar a todo el curso, dejando a mis compañeros tartamudos. Mi audaz experiencia de sugestión colectiva me hizo saber que el tartamudeo en francés resultaba especialmente divertido; y como el profesor Monsieur Reyé creyó que sus alumnos se habían puesto de acuerdo para hacerle esta broma, empezó a vociferar presa de indignación:

- Que...que... signifie cette pagaille? Je vous préviens que... que... si ça... ça continue cette stupide plaisanterie, je vais vous... vous... vous... mettre a tous un zéro!

¡También él había terminado por contagiarse! Una histeria colectiva, en que se mezclaban risas delirantes con expresiones en francés e interjecciones en chileno, obligó al profesor a suspender la clase.

Una de mis víctimas me denunció:

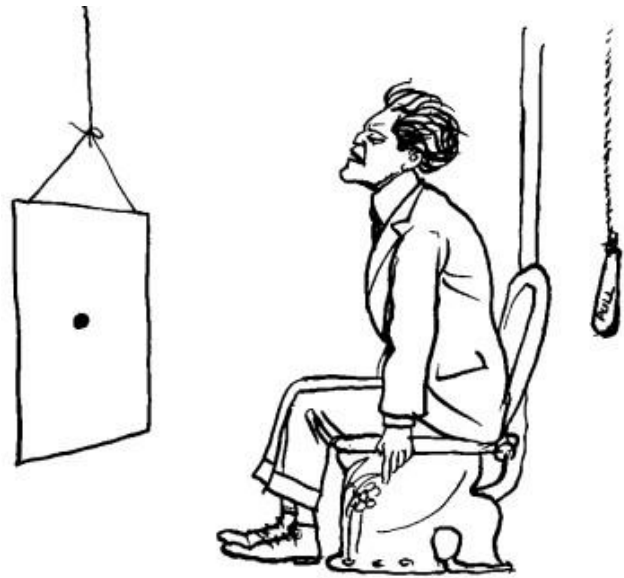
-¡Del... Del...Del...ano - gritaba - es...es...es el cul... cul... pable! El meó... meó... me obligó a tarta... a tarta... tartamudear.

Cuando quedó establecido quién era el causante de esta Babel, se me ordenó deshipnotizar a mis víctimas. Más tarde fui llevado donde el rector quien a medida que me reconvenía, empezó también a tartamudear en tal forma que se vio obligado a beber un vaso de agua.

No sé si Mariano Latorre, que en ese tiempo era inspector del Instituto, recordará este pintoresco episodio.

Seguí perfeccionando mi poder mediante sacrificadas disciplinas. Dos veces al día tenía que fijar los ojos en un punto de la muralla y permanecer largo tiempo sin pestañear. Estos ejercicios los realizaba generalmente en la pieza del baño, bajo llave, con el objeto de no ser interrumpido.

Me sentaba en el excusado y colgaba frente a mí un cartón con un pequeño círculo negro. Cierta día, a fuerza de fijar la vista en el círculo, caí en profundo sueño, al punto de no percibir los golpazos que daban en la puerta mis alarmados hermanos. Cuando uno logró penetrar por el tragaluz, no pudo



descubrir qué ocurría al verme sentado en el excusado en tan hierática actitud y los ojos fijos en el cartón. Trabajo le costó despertarme, lo que por fin consiguió vaciándome un jarro de agua en la cabeza. Mi fama de hipnotizador creció al extremo de obligármeme a ejecutar pruebas en reuniones y aun en paseos públicos. Mi querido amigo y brillante periodista Manuel Vega aún recuerda que una noche lo hipnoticé en el salón del Hotel Francia, de Cartagena; y el elegante hijo del ministro plenipotenciario de un país vecino, pasó varios años sin saludarme por haberlo dormido durante una reunión en casa de la familia Varas Montt. Su indignación provenía que al ordenarle que se descalzara, sus calcetines, algo deteriorados, dejaron ver los dedos gordos de sus pies. Fue inútil explicarle que yo no había tenido la intención de poner en exhibición sus extremidades inferiores, y que mi propósito fue hacerlo despertar con los zapatos en la mano.

Pero no se crea que estos experimentos siempre resultaban divertidos. Cierta vez que en compañía de varios amigos andábamos en excursión por la cordillera, cerca de Laguna Negra, a uno de ellos, si mal no recuerdo, "El Bombilla Escobar", se le ocurrió pedirme que durmiera a Roberto Campaña, hijo del rector del Internado Barros Arana, apodado "El Chancleta".

A los pocos minutos, Campaña cayó en estado cataléptico.

Como yo había leído en el texto de Richet que en ese estado es posible desdoblar la personalidad del sujeto, le ordené a Campaña que se trasladara a Santiago. No tardó en hacerme saber que ya se encontraba en la capital y que veía a mi mamá en un jardín rodeada de parientes, que iba yo identificando por su descripción. Hasta ahí todo marchaba muy bien y la teoría de Richet quedaba plenamente comprobada.

El momento crítico se presentó cuando traté de hacer recuperar la conciencia al desdoblado. Doce interminables horas transcurrieron sin que diera señales de vida. El pulso era imperceptible y su cuerpo permanecía rígido como un cadáver.

Yo sabía que en un caso como éste, si el operador pierde la serenidad, puede ocasionar la muerte del sujeto; así es que mi voluntad hacía supremos esfuerzos por sobreponerse al terror, obligando al durmiente a despertar. Sólo al día siguiente Campaña empezó a dar señales de vida, terminando por incorporarse en la cama en que lo habíamos acostado.

Despertó sonriente, en la creencia de que acababa de dormirse. Doce horas habían pasado desde su caída en trance, lapso hasta hoy inexistente para su conciencia. ¡Soy deudor, pues, del tiempo que le robé hace cuarenta años a mi viejo amigo Roberto!

32. Con embaladores de cadáveres y locos de remate me estrené en "Sucesos"

Llego un día en que se produjo la desintegración económica de papá, la minería fue su perdición, y en lugar de llegar a casa portando canastos con mantequilla, fruta y huevos, como era su costumbre, nuestro buen padre empezó a traer cargamentos de verdosas piedras de minas. Eran las muestras que debían ser analizadas en la Sociedad Nacional de Minería.

La Hacienda "San Luis de Pelequén" había sido vendida, y ya no se oía hablar de siembras y cosechas, sino de piques y socavones. La casa de Catedral esquina de Esperanza se remató al mejor postor y debimos mudarnos a una que arrendamos en la misma calle, esquina de Sotomayor.

Mis hermanas ya se habían casado y los hombres nos arreglamos como mejor pudimos. Junto con pasar al 6° año de humanidades, resolví dedicarme exclusivamente al dibujo. Mi madre sufrió un gran desencanto cuando se impuso de mi decisión, pero yo no veía el objeto de continuar mis estudios en procura de un lejano título profesional, en circunstancias que mi lápiz producía lo suficiente para independizarme.

Don Atilano Sotomayor, director del semanario "Sucesos", me contrató para reemplazar al notable dibujante alemán Carlos Wiedner, que había resuelto trasladarse a Buenos Aires. En "Sucesos" alternaba el lápiz con la pluma, dando comienzo a una serie de crónicas que yo mismo ilustraba. Muy luego Sotomayor me ascendió a director artístico de su revista, título que me libraba del apodo de "*pintamonos*", con que despectivamente se me designaba.

Una de mis primeras crónicas la intitulé "Embaladores de Cadáveres", y en ella describía el proceso de fabricación de los ataúdes y los entretelones de una Empresa de Pompas Fúnebres.

En la sección carpintería cepillaban y cortaban las tablas, pareciendo una inofensiva fábrica de muebles; pero en las otras secciones los cajones tomaban, poco a poco, ese aspecto tétrico que presentan en los velorios y funerales. Tuve la impresión de que los industriales y obreros que allí trabajaban eran fabricantes de muertos. Como la materia prima de esta industria es la madera, saqué por consecuencia que el destino de cada uno de nosotros está ligado a un árbol. ¡Ojalá, querido lector, que tu árbol todavía no haya sido plantado!



Al visitar la bodega en que se iban depositando los macabros muebles que ahora llaman "pijamas de madera", hice notar a mi cicerone un departamento en que había cajones muy grandes y otros desproporcionadamente altos.

- Estos son los que nosotros llamamos "bombos" - me explicó con siniestra sonrisa. Tenemos que estar prevenidos... hay difuntos muy grandes o muy gordos.

Desde ese día, cada vez que me topo en la calle con algún transeúnte muy alto o muy obeso, pienso: "Tu "bombo" está listo, puedes morir tranquilo".

También escribí varias crónicas en que relataba mis entrevistas con locos famosos, pensionistas, por supuesto, de ese establecimiento que en la puerta ostenta un letrero que advierte al visitante: "No están todos los que son, ni son todos los que están". Muy pronto me di cuenta de que todos los que ahí están creen pertenecer al grupo de los que "no son".

Uno de los casos que más me impresionaron fue el del pianista español Julio Pons, que había sido director de la orquesta del Casino del Teatro Politeama. Una noche, al regresar a su hogar, el infortunado músico fue acometido por un acceso de locura y degolló a toda su familia. Varios años habían transcurrido desde la horrible sinfonía de sangre compuesta por mi entrevistado.

- Yo estoy sano, señor; yo debería recuperar mi libertad, porque soy un hombre completamente inofensivo. ¿No podría usted hacerme la caridad de interceder para que sea dado de alta?

Su tono persuasivo y suplicante no dejó de conmoverme, y le prometí hacer gestiones ante alguna persona influyente para obtener su libertad.

-¿Le gustaría tocar el piano? - le pregunté, con la intención de llevarlo a otro tema.

-¡Sería para mí una gran felicidad, señor! ...

Conseguí del médico jefe la autorización para llevarlo al teatro del establecimiento. Allí había un buen piano de cola. Pons se acercó al instrumento y con la voluptuosidad del enamorado que desviste a su amada, abrió lenta mente la tapa superior del instrumento, y después la otra, dejando desnudo el teclado. Se acomodó en seguida en el piso junto a su amada de ébano, contemplándola amorosamente.

Por fin se decidió, como preámbulo de la batalla de amor, a recorrer las teclas con sus dedos juguetones, arrancándoles escalas cromáticas que sonaban a suspiros de hembra enamorada. Retiró de pronto las manos y me miró con sus grandes ojos relampagueantes de deseo, permaneciendo un momento inmóvil. De improviso arremetió con desesperado brío el "Rondó Caprichoso", de Mendelsohn...

Pocas veces he tenido ocasión de escuchar un concierto ejecutado con fuego tan arrebatador. Estaba solo con él y su piano. El enfermero, que debido tal vez a su

dura tarea, había perdido toda sensibilidad, se alejó sin gozar de la primicia de tan extraordinario concierto, en que las sombras de Beethoven, Liszt y Bach deben haber sido atraídas al son de sus sonatas y fugas interpretadas por tan exaltado ejecutante. Por lo menos dos horas duró este inolvidable recital. Cuando el enfermero entró a llevárselo, el pianista retiró con dolor las manos del teclado y yo me enjuagué algunas lágrimas que inadvertidamente habían rebasado de mis ojos. Al despedirme del médico jefe le dije que creía que Pons estaba sano.

Poco tiempo después me informé de que una influyente y caritativa dama española había obtenido su libertad y que aprovechando su viaje a España había decidido llevárselo con ella. Al entrar en el camarote, Pons se abalanzó sobre su protectora, intentando estrangularla. ¡El infortunado músico, a pesar de los años transcurridos, estaba tan loco como la noche que cometió su horrendo crimen!

Otro caso inolvidable, y que no publiqué por haber sido el enfermo un sacerdote, se me presentó en forma espontánea al atravesar un corredor. El sacerdote, que aún conservaba su hábito, me detuvo tomándome sorpresivamente por el brazo.

- Si tú crees, hijo, que los que aquí vivimos estamos locos, te equivocas - me dijo. Y bajando el tono de su voz me hizo esta terrible revelación: Dios se ha vuelto loco, así es que no te extrañes de los horrores que van a trastornar al mundo.

- Es terrible, padre, lo que usted me está diciendo - le respondí, zafándome de la garra de su mano.

- Lo terrible, hijo - continuó mi interlocutor, es que, como hemos sido creados por Él a su imagen y semejanza, la humanidad entera ha perdido la razón.

Poco después estalló la primera guerra mundial, y no sé por qué, al leer las escalofriantes noticias del cable, vino a mi mente la terrible frase pronunciada por el loco. Al empezar la segunda guerra, más terrible aún que la primera, porque fue desatada por un esquizofrénico, y años después, cuando el mundo ha sido metido en el refrigerador de la "guerra fría" por otros locos más peligrosos que el anterior y parece marchar hacia un cataclismo sin precedente, he vuelto a recordar la sacrílega frase del insano.

Pero, al correr, de los años, mi espíritu se apaciguó al comprender que el pobre loco ignoraba que era el Anticristo el que se había posesionado del mundo, como lo profetizan las Sagradas Escrituras, y que el perverso, disfrazándose la primera vez

con insolentes mostachos, después con bigotes chaplinescos y por último con los caídos bigotazos georgianos, estaba llevando al mundo por el camino de la desesperación en que actualmente se encuentra.

Fue entonces cuando dibujé un esqueleto disparándose un tiro en las sienes. La caricatura llevaba la leyenda siguiente: "Aburrida de la vida, la Muerte se suicida".

33. Los salones de la María Luisa y un funeral que debió pintar Gutiérrez Solana

La "remolienda" era un aspecto típico de la vida nocturna en la época cuando me incorporé al grupo de colaboradores de la Empresa Zig-Zag. Había "casas" de diferente rango, porque tan importante institución nacional no podía escapar a la perpetua lucha de clases en que se debate el género humano.

Las de primera categoría se denominaban "casas de diversión"; las de segunda, "casas de tolerancia", y las más inferiores, "lenocinios".

La María Luisa había conseguido hacer de la suya una especie de "salón literario", que congregaba a las personalidades más destacadas del arte y la literatura en sus salas recargadas de felpa roja y espejos de arrimo con marcos dorados a la purpurina. Entre "poncheras" y "cantoras", los poetas recitaban sus últimos sonetos y los novelistas comentaban sus libros en preparación. Pasada la medianoche, la popular María Luisa hacía su espectacular entrada en el salón, donde presidía la fiesta con graciosa dignidad hasta la hora lechosa de la amanecida. Pero antes, y en su honor, era costumbre que se bailara una cueca animada con estrepitoso "tamboreo y huifas".

A través del espeso estuco de solimán y colorete con que ocultaba sus sesenta años intensamente vividos, era posible adivinar que había sido hermosa. Su extraordinaria cultura había contribuido a que el espíritu de Minerva



predominara allí sobre el de Eros, ahuyentando a la crápula viciosa hacia las casas vecinas. Su color favorito era el lila. Lilas eran los lazos con que anudaba su azafranado cabello, lila su bata, lilas sus medias y lilas sus zapatillas.

Una noche en que la plana mayor de "Zig-Zag" festejaba el "santo" de uno de sus redactores, se acordó a la hora de los postres continuar la fiesta en la *non sancta* casa de la María Luisa. El inolvidable sacerdote, crítico y animador de las "Preguntas y Respuestas", don Emilio Vaise ("*Omer Emeth*"), se escabullía entonces discretamente, y el resto de los contertulios se trepaba en los desvencijados "*fiacres*", los taxis de aquellos tiempos en que no había tan desatinada prisa. Yo, que era el benjamín de la comparsa, me sentí, no sin inquietud, obligado a sumarme a la alegre caravana. Aquélla fue mi noche de estreno... Apenas la María Luisa ocupó su sitial, le fui presentado en mi calidad de artista precoz.

Poco después la anfitriona me condujo a su dormitorio, privilegio que sólo concedía a los visitantes de cierta notoriedad. Entre múltiples brindis ofrecidos, uno de ellos por el éxito de mi carrera, me pidió que le dedicara un dibujo en su álbum. Yo quedé maravillado al contemplar sus páginas ilustradas por los pintores y dibujantes más famosos. Recuerdo, entre ellas, un hermoso boceto de Valenzuela Puelma. También había sonetos originales de Pedro Antonio González, Pezoa Véliz y Antonio Orrego Barros¹².

Armado de mi lápiz de dibujante novato, no se me ocurrió otra cosa que trazar el croquis de una bailarina que entonces hacía furor en el Teatro Municipal. De regreso en el salón conocí a una de las "niñas". Se hacía llamar "Amélie", seguramente con la intención de contrarrestar la competencia que "las gabachas", recién instaladas en la calle García Reyes, hacían a las geishas criollas de Eleuterio Ramírez, el Yoshiwara santiaguino.

¹² Autor de una canción que tuvo su origen en estos "salones" y que evoca la época en que las mujeres usaban descomunales sombreros y boas confeccionados con plumas de avestruz:

*Es inútil soñar, es inútil soñar,
lo que brilla entre nubes lejanas
no se puede jamás alcanzar...*

Cuántas más así nacieron al acorde de una guitarra, al lado de una criollita linda y en un ambiente de arte, amor y alegría que saludaba el alba con las notas de una nueva canción. También pertenece a Orrego Barros esta otra que ahora parece el epitafio de la juventud de hace medio siglo:

Horas felices que ya pasaron...

Al despuntar el día, era costumbre trasladarse a la "Casa de Cena de Jacquin" y servirse un caldo de cabeza para componer el cuerpo.

"Amélie", que era una atrayente morena de grandes y húmedos ojos negros, me amó con la pasión que las mercenarias de Venus saben poner cuando, en desquite de su triste sino, regalan sus caricias por auténtico amor. Algunas tardes iba a buscarme a mi taller de "Corre Vuela" para llevarme a dar un paseo al Parque Forestal. Se colgaba románticamente de mi brazo, y me hacía confidente de sus penas y sus sueños. ¡Pobre "Amélie"! ¡Cuán asqueada estaba de su vida!

- Sé que nunca podré formar un hogar - me decía con su voz pastosa. ¿Qué hombre se atrevería a casarse con una p...?



LA REMOLIENDA Y LA CARICATURA POLÍTICA. Los personajes que aparecen en plena remolienda son los señores: 1.- Jorge Montt (bailando la cueca). 2.- Vergara. 3.- Muñoz Hurtado. 4.- Gómez Carreño. 5.- Miguel Aguirre. 6.- Luis Artigas. 7.- García Huidobro. 8.- Luis Altamirano. 9.- Joaquín Larraín Alcalde. 10.- José M. Bari. 11.- Alberto Adriasola. 12.- Guillermo Dublé. 13.- Jorge Barceló Lira.

Me dolía no poder contradecirla, y sólo atinaba a consolarla, diciéndole que el destino suele cambiar el curso de nuestra existencia cuando menos lo pensamos.

La noticia del fallecimiento de la María Luisa se corrió rápidamente y su casa se vio atestada por los *habitués* que deseaban acompañarla por última vez. Cortinajes colgados por los tramoyistas de la "funeraria" cubrieron de luto las murallas y los espejos. La vacilante luz de seis velones había reemplazado la de las lámparas "incandescentes".



El retrato al óleo de don Arturo que fue pintado tres meses antes de su fallecimiento. (Propiedad del Senado.) En este cuadro se inspiró el escultor italiano Bellini para realizar el monumento de Alessandri.

Como la noche se hiciera larga, alguien propuso la idea de abrir la bodega. Cuando el sol estaba por salir, enormes cantidades de botellas vacías formaban filas en los rincones de patios y salones. A la hora "lechosa de la amanecida", en que ella acostumbraba retirarse a su dormitorio, uno de los concurrentes del extraño velorio propuso que se bailara "la cueca del adiós". La idea fue acogida con el entusiasmo de siempre, como si la inercia crapulosa fuera más potente que la muerte, a pesar de sus tétricos atavíos.

Se formaron las parejas y la cueca trágica fue "tamboreada" en el cajón en que yacía la María Luisa con su bata y sus cintas color lila.

Los funerales se efectuaron a mediodía y los transeúntes vieron con estupor un cortejo faranduloso, formado por larga fila de "fiacres" llenos de pijes borrachos y prostitutas pintarrajeadas. ¡Digno tema para los pinceles de un Gutiérrez Solana!
¿En manos de quién habrá quedado el valioso álbum de la intelectualizada reina de la noche?

Caricatura publicada a fines del siglo pasado por el periódico satírico "Don Quijote". Se trata de una antigua reproducción fotográfica en que desafortunadamente no aparece la lectura explicativa del grabado, lo que imposibilita conocer el motivo que inspiró al caricaturista "Demócrito", que la firma.

Me parece reconocer, en la vieja con vestido cuadriculado, al Presidente de Argentina, don Julio Roca; pero, ¿quién es el director de orquesta y quiénes las "niñas cariñosas"?

Cuarenta años después recibí una carta expedida desde un pueblo Perú. Estaba firmada "Amélie", y era para felicitarme por el retrato que pinté de don Arturo Alessandri y que me decía haber visto reproducido en portada de "Zig-Zag".



Con cuánta emoción leí esa carta. ¿El caprichoso destino había cambiado la suerte de la "niña", proporcionándole el hogar soñado? La imaginé convertida en una venerable abuela, diciéndoles a sus nietos, junto con mostrarles mi obra: "Hace muchos años, cuando era joven y vivía Santiago, yo conocí mucho al autor de este retrato"...

34. La enigmática sonrisa de don Juan Luis.

Las cazuelas de vaca "Chez Cárdenas"

Mi hermano Alfredo era uno de los ingenieros de la Fábrica de Gas, y me llevó a vivir con él a la casa que le proporcionó la compañía, bajo la peligrosa sombra de dos gasómetros. Eran tantas las confusiones que se producían cuando los clientes de la fábrica pedían "Coke" para sus cocinas y mi director llamaba a "Coke" desde "Sucesos", que decidí mudarme a una pieza que mi patrón me arrendó en el fondo del edificio que ocupaba la revista en la Galería Alessandri.

Nadie podría imaginar hoy que en pleno centro de Santiago, en Bandera casi esquina de Agustinas, pudiera haber existido una quinta, rodeada de tosca reja de madera, en cuyo fondo y detrás de un hirsuto jardín sombreado de añosos nogales se levantaba una típica casa de campo chilena. Era "Chez Cárdenas", el criollísimo restaurante que yo frecuentaba durante mi permanencia en "Sucesos".

El precio del almuerzo o la comida, cuyo menú se componía de cuatro succulentos platos, entre ellos la entrada de salpicón de ave y la infaltable cazuela de vaca, todo regado con una jarra de vino tinto, era de \$ 2,60. Para el poseedor de una tarjeta de abono, el costo bajaba a \$ 2,20. ¡Benditos tiempos aquéllos en que la "oligarquía" gobernaba en Chile! La mayor parte de los parroquianos eran individuos que sobrepasaban los 110 kilos de peso. Solamente el periodista y profesor de mandolina Peña Castro y yo éramos la excepción. Su propietario, el bonachón señor Cárdenas, se sentaba en una silla construida especialmente para contener y soportar su voluminosa humanidad.

Allí se alimentaba también la plana mayor de la Sección de Seguridad, comandada por el famoso Eugenio Castro. A veces yo ponía oído a la conversación que sostenían los sabuesos, que, sin valerse de medios técnicos, descubrían los más intrincados crímenes y estafas. Y si las pesquisas no lograban dar con el hechor, ellos lo fabricaban.

Gracias a mis contactos con estos "comisionados" pude introducirme en el vagón en que trajeron detenido a "El Boca de Señorita", después de haber cometido sensacionales estafas disfrazado de cura. "Sucesos" dio un golpe cuando sus lectores leyeron la entrevista exclusiva ilustrada con apuntes del natural, que tuve la fortuna de hacerle al falso cura y descubridor de "entierros". Era la época en que

don Juan Luis Sanfuentes manejaba, esta vez bajo su exclusiva responsabilidad, el timón de la barca del Estado.

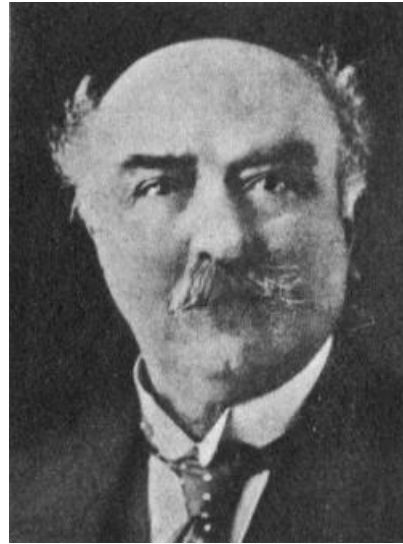
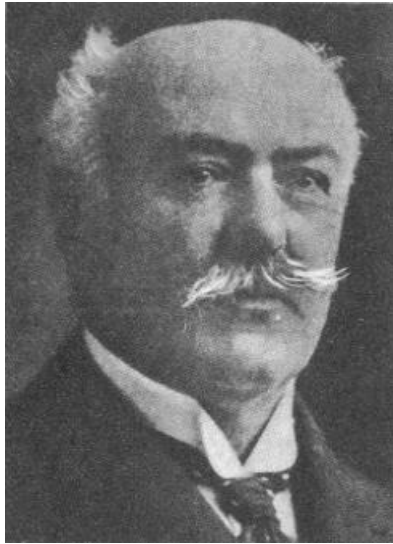
Este caballero, que hizo célebre al dueño de una papelería, don César Frigerio, por ser su sosías, era de porte distinguido y su rubicundo rostro se prolongaba en forma de una reluciente calva. La eterna sonrisa, que le daba una expresión de optimismo, se debía a que tenía algo recogido el labio superior izquierdo. En realidad, pues, la famosa sonrisa de don Juan Luis no pasaba de ser una mueca que le servía de máscara. Ni cuando el León de Tarapacá empezó a lanzar sus primeros rugidos y a levantarle presión en el Ejército, dejó don Juan Luis de sonreír,

Con él terminaron los gobiernos de Derecha. En su último período presidencial don Arturo Alessandri quiso reiniciarlos; pero lo consiguió sólo a medias. Era tarde para cerrar los diques de la demagogia que él había abierto, y el torrente incontenible de su "querida chusma" terminó por arrastrarlo a él mismo en su tumultuosa vorágine. "La canalla dorada" fue impotente para hacer triunfar al candidato oficial a la presidencia, don Gustavo Ross Santa María.



La misteriosa sonrisa de don Juan Luis. (Portada de "Sucesos")

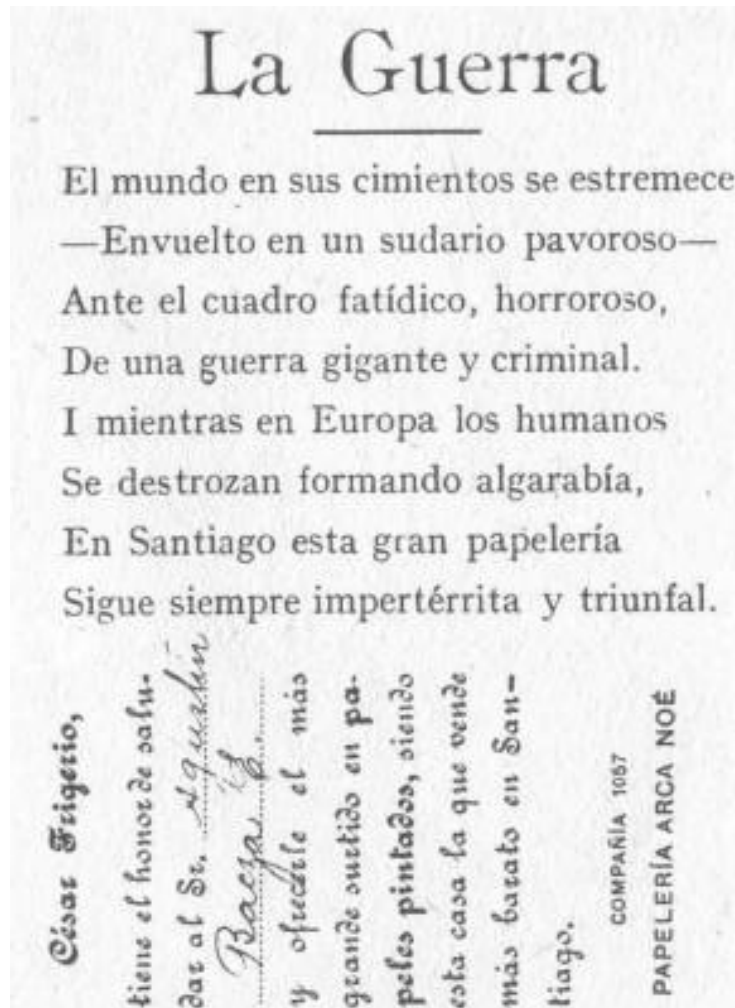
Al comparar estas fotografías, el lector podrá apreciar el extraordinario parecido, que existía entre el Presidente de Chile y el caballero italiano don César Frigerio. Lo más curioso de este caso es que ambos nacieron el mismo día del mismo año.



Excmo. señor don Juan Luis Sanfuentes, Presidente de la República. 1915-1920. Y Don César Frigerio, propietario de la Papelería "El Arca de Noé".

Entre muchas de las anécdotas provocadas por la semejanza de estos personajes, es digna de recordarse la que ocurrió en el viejo Teatro Santiago una noche en que debía celebrarse un festival presidido por el Excmo. señor Sanfuentes. Como el tiempo transcurría y don Juan Luis no llegaba, el público empezó a manifestar su impaciencia golpeando el piso con los pies. Mas el bullicio cesó cuando el Orfeón de la Policía rompió con los electrizantes acordes del Himno Nacional. El público se puso de pie..., pero el personaje que había entrado en el teatro era don César Frigerio, quien supo desempeñar su "papel" con toda dignidad.

El señor Frigerio explotó habilidosamente su parecido con el Primer Mandatario. Obsérvese cómo al hacerse tomar la fotografía tuvo la precaución de ponerse una corbata igual a la que llevaba el señor Sanfuentes.



Reverso de la tarjeta.

Don César hizo imprimir la suya en forma de tarjetas postales, las que fueron profusamente distribuidas entre su clientela.

Si un hecho semejante hubiera ocurrido en nuestros días, seguramente el sosías del Presidente de la República, con la agravante de ser extranjero, habría sido juzgado por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia y puesto de patitas al otro lado de la frontera. Los "dobles" tienen éxito solamente en las películas y en las dictaduras: a Hitler y a Stalin les fueron indispensables.

Don Juan Luis Sanfuentes fue el último Presidente de la vapuleada oligarquía chilena y, también, el gobernante menos "papelero", pese a su papelero "doble", en los últimos cuarenta años.

Dejó el dólar a \$ 2,50; hoy se cotiza a \$ 360.-¹³

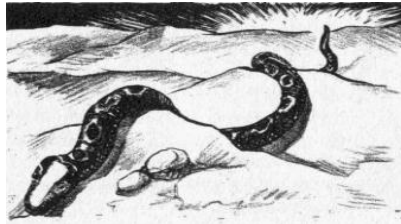
LA DEMAGOGIA Y LA SERPIENTE



Atraído por el calor de una fogata, el cuerpo se arrastró en esa dirección. Fue inútil que la cabeza le advirtiera el peligro y la serpiente se achicharró.



El cuerpo: ¡No comprendo, oh cabeza, por qué siendo tanto más pequeña que yo deba someterme a tu directiva! Desde hoy seré yo quien imprima rumbos; tú pasarás a ser la punta de mi cola



Moraleja:

"Los que sabían todo no pueden hacer nada y los que no entienden nada lo deciden todo".- Jorge Santayana.

35. "Sic Transit Gloria Mundi

Fue en esos días cuando me enamoré de una atrayente y aristocrática chiquilla cuyo domicilio era una suntuosa mansión de la Alameda. Yo la cortejaba de acuerdo con la usanza de la época, paseándome todas las tardes frente a su balcón. Muy pocas veces tuve ocasión de conversar con ella.

Una tarde, durante uno de estos platónicos paseos, fui abordado por un grupo de sus parientes y sometido al más insólito interrogatorio:

-¿Qué pretende usted al rondar nuestra casa?

-¿Cree que haciendo monitos pueda mantener el rango propio de la fulanita?

-¡No podemos aceptar que continúe con sus absurdas pretensiones! Aunque estaba enamorado de la chiquilla, pudo más mi amor propio, y sin responder di media vuelta y fui a encerrarme en mi cuartito de la Galería Alessandri. No volví a poner mis ojos en el balcón de mi Julieta sino treinta y ocho años después.

¹³ Actualmente el dólar ha llegado a cotizarse en cerca de \$ 600.

Cierto día me llamó la atención un ordinario lienzo que colgaba a la entrada de la que fuera su orgullosa mansión y que ostentaba el siguiente letrero en rojo:

EXHIBICIÓN DE FENÓMENOS.

ENTRADA \$ 10.

Menores \$ 5.-

La lectura del letrero me incitó a cruzar, previo pago de los \$ 10.-, la puerta de calle que años antes me había dado en las narices.

En la severa biblioteca del senador que otrora fuera su dueño había varias jabas en que se exhibían gallos y gallinas con cuatro patas. También había terneros y chanchos embalsamados, con dos cabezas; entre otras monstruosidades pendía de una muralla la fotografía del hijo de una mula, único caso, según peroraba el empresario ante la abigarrada concurrencia, en que un híbrido se había reproducido. ¿Qué había ocurrido en el lapso comprendido entre mi "flirteo" y la exhibición de fenómenos? Después de la muerte del padre, la familia vino a menos, viéndose al final obligada a vender la casa a una repartición pública.

Doloroso habría sido para alguno de los antiguos dueños de la casa entrar entonces en la que fue su mansión, y si alguno de ellos hubiera soñado en su época de grandezas que los salones de su palacio estaban predestinados a convertirse en locales de feria, habría exclamado al despertar: "¡Cómo se pueden concebir cosas tan disparatadas!" Pero la realidad suele ser más cruel que la más absurda de las pesadillas...

No había de ser éste mi único amor contrariado. Durante un veraneo en Cartagena, la orgullosa santiaguina de negros ojos fue substituida en mi corazón por una porteña de ojos verdes. Cuando creía que todo iba sobre rieles, ya que la chiquilla daba muestras de corresponderme, una tarde, en lugar de acudir ella a la cita, se presentó su hermana mayor, la que me espetó con aire compungido la siguiente conminación:

- Lamento comunicarle que mi mamá le ha prohibido a la *zutanita* volver a verse con usted, porque le han informado de la vida de libertino que lleva en Santiago.

Nuestro amigo Danielito le ha dicho también que frecuenta los camarines de las artistas y que no hay noche que no se le vea de juerga con una tal Julieta.

Bien injustos me parecieron los cargos, pues si era cierto que algunas veces visitaba los camarines de los teatros, era porque el director del periódico me encomendaba que fuera a tomarles apuntes a los artistas para ilustrar las crónicas teatrales de Díaz Meza. La referencia a mi afición a empinar el codo era aún más injusta; sólo muchos años después me emborraché por primera vez y en forma controlada y experimental, con el sano objetivo de expresar con propiedad la sensación de la borrachera en una película en que aparecía un "curadito".

¡Y todas estas peripecias debían ocurrirme porque ninguna de aquellas niñas era la que yo había visto en sueños, y que me esperaba sentada en un rústico banco de la Estación "El Salto"!

36. Somerscales: Hay sombras frías y sombras calientes

El salón de mi hermana Nieves se había convertido en el estudio del pintor Thomas Somerscales.

¿Cómo no recordarlo? Fue en sus días uno de los más notables marinistas del mundo, y nos hizo el honor de dejar en sus telas la historia naval de Chile, desde la Independencia hasta la guerra del 79. Sentado en un rincón, yo contemplaba al maestro en plena labor.

Un barco de madera en miniatura, prolijamente construido por sus propias manos y colocado sobre una mesa, le servía de modelo. Las pequeñas gavias aparecían infladas por imaginarios vientos alisios. El artista obtenía este efecto empapándolas en agua de cola y cargándolas después, en posición horizontal, con municiones. Una vez secas adquirían la exacta concavidad de las velas al recibir el impacto del viento. Un álbum-archivo le servía para pintar el mar. Sus páginas encerraban todo el misterio de los océanos. En rápidos croquis había hecho la disección del mar. Era



como un manual de su anatomía; ahí estaba registrado su sistema nervioso, la densidad de su movable epidermis y sus diferentes matices, modificados por la hora y la meteorología.

- El mar - me decía, como todos los organismos vivos, tiene sus reacciones propias; las olas son sus pulsaciones. Hay veces en que parece dormir y los marinos navegan en interminables y aburridoras jornadas. Otras, el agua parece hacerse más densa y el barco es mecido, por la "mar boba", como si fuera la cuna de un bebé. Pero cuando se desata el temporal en desordenada furia, jugando con el barco como un tigre hambriento con un cervatillo, el mar hace entrever el infinito poder de Dios y la arrogancia también infinita del hombre.

Somerscales era un hombre más bien de baja estatura. Su rostro, surcado por el oleaje de setenta navegados años, semejaba un mapa oceanográfico; olas largas cruzaban de este a oeste el piélago de su frente, y un complicado encaje de olitas cortas orlaba las pequeñas pero irisadas islas de sus ojos. Su ceja izquierda, siempre levantada, daba la impresión de que se aprestaba para hacer uso del catalejo. El amplio delantal de tosca tela que usaba en el taller, y que le ocultaba hasta la punta de los zapatos, recordaba una vela "atrincada" a liviano pero recio mastelero.

El relato de sus viajes, como oficial de la Marina británica, era cautivador. La primera vez que su buque recaló en Valparaíso, los escombros de la Iglesia de la Compañía todavía humeaban en Santiago, y de su sensible corazón, cual libro de bitácora, registró la congoja de un pueblo estremecido por uno de los más pavorosos siniestros de la historia.

Algunos años después le tocó desembarcar en un puerto de México, junto con otros tripulantes, en circunstancias en que ese país estaba convulsionado por una de sus cruentas revoluciones. Los marinos ingleses, al ser tomados por franceses (por esa época enemigos de México), fueron hechos prisioneros. Cuando estaban a punto de ser fusilados, ya que por causa de ignorar el castellano no podían explicar su nacionalidad a la excitada soldadesca, Somerscales, valiéndose de sus aptitudes de dibujante, hizo comprender al jefe del pelotón de fusileros, por medio de *sketches*, que ellos eran inofensivos súbditos de la reina Victoria.

Tan oportuna ocurrencia le permitió, cinco años más tarde, efectuar otro viaje a Chile. Vino esta vez en el "Clic", velero que estuvo a punto de zozobrar en Tahití, debido a un ciclón que lo tumbó peligrosamente a babor.

Este episodio le sirvió para completar un tríptico compuesto por tres de sus cuadros más famosos y que fueron denominados: "Antes de la Tempestad", "Durante la Tempestad" y "Después de la Tempestad".

Tuve la suerte de ser poseedor del primero ("A Rising Gale"). Como curiosidad reproduzco un autógrafo alusivo firmado por el famoso pintor, y que todavía conservo:

Valparaíso, mayo 3 de 1904.

Recibí del señor Aninat la suma de tres mil dólares (US\$ 3.000), en pago de dos cuadros pintados al óleo de las siguientes dimensiones: 46 pulgadas x 30 pulgadas y 47 pulgadas por 30 pulgadas.

Los cuadros representan el H. M. S. "Clio", corbeta con 22 cañones, en la cual yo serví durante su travesía en el Pacífico desde 1864 a 1868.

El primer cuadro, intitulado "Parting Company", muestra a la distancia el H. M. S. "Bombay".

El segundo cuadro se intitula "A Rising Gale".

Valparaíso May 3rd 1904
Received from Mr Aninat the sum of
three thousand dollars \$3,000 being payment
for two oil paintings of the following
dimensions, viz. 46 inches x 30 inches &
47 inches x 30 inches.
The Pictures represent H. M. S. "Clio"
a main deck Corvette of 22 guns on
board of which I served during her
stay on the Pacific Station from 1864
to 1868
The first Picture which is entitled
"Parting Company" has in the distance
H. M. S. "Bombay"
The second Picture is entitled
"A rising Gale"
Thomas Somerscales

THOMAS SOMERSCALES.

Este valioso cuadro se lo regalé a mi hija Adriana en su cumpleaños; pero ella, conociendo la afición que siento por él, siempre encuentra un pretexto para dejarlo un tiempcito más en mi poder.

Al año siguiente, un nuevo percance tuvo a Somerscales al borde de la tumba. En Panamá había contraído la fiebre amarilla, y llegó a Chile en tan deplorables condiciones de salud, que se vio obligado a renunciar a la marina y establecerse en Valparaíso. Ahí conoció a Mr. Mackay, fundador del prestigioso colegio que todavía ostenta su nombre, el cual lo contrató como profesor de inglés, dibujo y caligrafía. Uno de sus alumnos fue mi padre, con quien mantuvo hasta el final estrechísima amistad. Yo los escuchaba embelesado, evocando sus paseos por el Cerro de la Concepción, desde donde Somerscales pintó su primer cuadro de la bahía de Valparaíso.

- Tu abuelo Pablo - díjome un día - me encomendó el primer trabajo pagado, al pedirme que le hiciera una copia de un cuadro que representaba el asalto de la "Esmeralda" en el Callao, dirigido por el almirante Cochrane.

Era muy comprensible el interés de mi abuelo por ese cuadro rememorador. Le tocó vivir el dramático episodio siendo el atacante más joven de la "Esmeralda".



El cuadro "A Rising Gale" ("Antes de la Tempestad"), una de las obras maestras de Somerscales.

Tenía apenas quince años y la noche del asalto le salvó la vida a Cochrane, sirviéndole de guardaespaldas con sus pistolas de chispa. El valiente cadete había

venido acompañando a su padre, el capitán Paul Délano, que condujo desde Estados Unidos la primera escuadrilla chilena.

El último viaje que Somerscales hizo a nuestro país tuvo por objeto traer el gran cuadro que adorna la Cámara de Diputados: "La Primera Escuadra de Chile".

Al cumplir yo dieciocho años, mi madre deseó regalarme una caja de pinturas al óleo y le pidió a nuestro viejo amigo Somerscales su adquisición. Juntos fuimos a la Librería Inglesa de Mrs. James, en la calle Estado, de donde salimos con la caja provista con los colores de su magistral paleta.

Desgraciadamente, tan apreciado regalo me fue robado hace algunos años en una mudanza; pero la fórmula, que oralmente me transmitiera el insigne maestro y que encierra el secreto fundamental de la pintura, la conservo y la conservaré hasta mi última hora. Es sencilla como todo lo que es grande; simple como un axioma: "Hay sombras frías y sombras calientes". Este es el secreto que infunde a sus telas un soplo de vida. Sólo se necesita tener su talento para emplearla con éxito.

37. De cómo Frégoli me "transformó de circunspecto joven en vicioso tarambana. Se descubre, ¡por fin!, la identidad de la Julieta, de quien se me suponía el Romeo

Aunque los rumores sobre mi vida crapulosa habían llegado a los oídos de Raquel Ramírez, mi novia, ella los desechó filosóficamente, pensando que los santos llegan a todos los altares menos al del matrimonio. La mayoría de sus hermanos estaban de mi parte. Sólo Enrique (quien todavía es llamado cariñosamente "El Negro Ramírez") se resistía a ser mi cuñado.



El Balneario de "El Recreo"

(Instantánea publicada en "Sucesos" el año 1917. La romántica pareja que aparece en las playas de Recreo somos Raquel y yo)

Nuestro compromiso había herido su orgullo de psicólogo, porque cuando su hermana venía de Viña del Mar a visitarlos a su casa de Santiago, me había elegido a mí, entre sus amigos, y por considerarme el más inofensivo, para confiar la atención de Raquel durante su estada en la capital. Reconozco que Enrique tenía motivos suficientes para deplorar que su hermana regalona hubiera desdeñado magníficos partidos para decidirse por un oscuro "pintamonos" que gozaba fama de ser un bohemio incorregible. En cambio, Pablo, que a pesar de su juventud era ya un político brillante, y Carlos, médico de corazón demasiado generoso para sobrepasar la edad de Cristo (había contraído una afección renal mientras atendía a los heridos del terremoto de 1906), le hacían ver a su hermana que eran mis actividades periodísticas, cinematográficas y pictóricas las que habían contribuido a darme aquella fama que tanto me desprestigiaba; y me garantizaban un porvenir bastante incierto. ¿Qué expectativas tenía en Chile un caricaturista? Lo gracioso era que Pablo, que siempre tuvo fama de loco, decía al referirse a mí: "Su defecto es ser demasiado loco".

Las sospechas sobre mi dudosa conducta empezaron a despejarse al probar yo que la discutida fotografía que mis detractores habían malévolamente comentado, y en que yo aparecía abrazando a una vedette en paños menores, era una instantánea que Aspee, el fotógrafo de "Sucesos", había tomado en el camarín de Frégoli, el famoso transformista italiano, que en ese momento ensayaba una escena caracterizando a una muchacha en paños menores. El jovial artista, al vernos entrar en son de entrevistadores, tuvo la ocurrencia de sentarme en sus faldas. Por seguir la broma, me aferré a su cintura y junté mi cara a la suya. Aspée nos tomó la fotografía, la que después me dedicó Frégoli con un ingenioso calembour:

*Al eximio artista del carbón,
Coke, un recuerdo del amor de su
JULIETA*

¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Por si ustedes se preguntaran por qué lo firmó "Julieta", he aquí la respuesta:

Frégoli, que fue, sin duda, el primer artista que daba comienzo a su espectáculo con lo que hoy llaman "característica musical", se presentaba, a "telón corto", disfrazado de vedette, cantando "en falsete" la que fue mundialmente popular "Marcha de Frégoli", y cuya letra empezaba así:

*Yo soy Julieta,
la gran divetta,
muy aplaudida
y bella actriz...*

¡Y él, con sus senos artificiales y sus musculosas piernas, era la Julieta que tanto dio que hablar a los mal pensados!

Como las generaciones posteriores a la mía nada saben de su original espectáculo, único en los anales del teatro, me permito abrir un paréntesis para dárselo a conocer.

Se trataba de un artista múltiple que desempeñaba simultáneamente varios papeles. Hacía, por ejemplo, una entrada personificando a un viejo tenorio al que en su indumentaria no faltaban el habano encendido, una camelia en la solapa del frac, los guantes y el bastón. El artista animaba a sus personajes con la voz y los ademanes adecuados al carácter y género de sus tipos.



Retrato al óleo de Raquel, pintado por mí treinta y seis años después.

Así, el viejo calavera entraba con paso vacilante tarareando con acento cascado una canción napolitana e iba a sentarse en un sofá, cuyo alto respaldo, al quedar hacia el público, le servía de biombo para disimular la salida por una escotilla abierta en el proscenio, lo que le permitía entrar segundos más tarde caracterizando, también con lujo de detalles, a una mujer mundana, provocativamente escotada. Para dar la ilusión de que el primer personaje permanecía en el sofá, el ingenioso actor dejaba la chistera sobre una repisa colocada ad hoc, de manera que los espectadores continuaran viendo la parte superior del sombrero sobre el respaldo del sofá.

La coqueta damisela se dirigía hacia el inexistente personaje y después de grandes aspavientos se sentaba a su lado. El público escuchaba el diálogo picaresco en que Frégoli sostenía los dos papeles, hasta que "ella", dejando también el emplumado sombrero sobre otra repisa, se deslizaba nuevamente por la trampa abierta en el escenario. En un abrir y cerrar de ojos, y ante los atónitos ojos del público, Frégoli, transformado esta vez en un iracundo oficial de caballería, calzando altas botas y luciendo un recargado uniforme, se dirigía, junto con desenvainar el sable, a la carga de los personajes que se suponía estaban en el sofá. Y en esta forma continuaba la comedia, en que docenas de personajes caracterizados por un solo actor entraban y salían, a veces en veloz carrera y con tan diversos aspectos y disfraces, que el público llegaba a creerse víctima de un engaño. Muchos suponían que eran varios los artistas que estaban actuando.



Frépoli, el inventor del "transformismo".

¿Cómo podía ser posible que la grotesca jamona que hacía mutis por el foro fuera el mismo actor que segundos después aparecía por otro practicable caracterizado de chiquillo, de pantalón corto y blusa de marinero?

Cuando el ánimo de la concurrencia estaba en el apogeo de la excitación, Frégoli anunciaba que al día siguiente ejecutaría sus trucos a la vista de sus habitués. El viejo Teatro Santiago se hacía entonces estrecho para contener a los curiosos que deseaban conocer los secretos de ese *arte sui generis*.

Los tramoyistas montaban el decorado al revés, de manera que el público se sentía entre bastidores, y para completar la ilusión, el telón de fondo imitaba la platea de una sala, atiborrada de gente.

Una legión de ayudantes iba cambiando con pasmosa destreza, unos las pelucas, otros los sombreros, etc., del excéntrico artista. Los trajes eran accionados por dispositivos y resortes hábilmente disimulados, que al ser puestos en el cuerpo del actor casi desnudo, se ajustaban con increíble precisión. El frac, por ejemplo, confeccionado de una pieza con la pechera, el chaleco, cuello y corbata, se abría por la espalda. Y mientras otro ayudante le ponía los pantalones, que también eran de abrir y cerrar, un tercer auxiliar le colocaba la peluca, la nariz postiza y los anteojos, mientras el último completaba la caracterización, pasándole el bastón y los guantes. El entusiasmo del público se manifestaba en continuas ovaciones 'y la temporada se hacía, de principio a fin, a "tablero vuelto".

Interrogado Frégoli sobre la iniciación de su arte, me la explicó de la siguiente manera

- Siendo yo un niño y deseando cierta cantidad de dinero para comprar un juguete que anhelaba poseer, me presenté a mi padre disfrazado de vago. Estuve tan elocuente, que sin sospechar que el atorrante pediguño era su propio hijo, él abrió la bolsa y me largó el dinero. Ese fue mi primer paso en el "transformismo", género creado por mí y que hasta ahora nadie ha sido capaz de imitar.

Sin embargo, Frégoli tuvo un sucesor, o mejor dicho, una sucesora. Ella fue Fátima Miris, que también adquirió renombre mundial. Pero ella le llevaba una ventaja al maestro: la de economizar medio segundo al no tener que colocarse senos postizos cuando era una mujer la que debía aparecer en la escena.

El "transformismo" saltó del tinglado de la farsa al tinglado de la política, y yo he tenido que dibujar, después, a más de un Frégoli criollo, caracterizado de revoltoso izquierdista para en seguida, con técnica "fregoliana", presentarse transformado en circunspecto caballero de orden..., y viceversa.

38. Dos jarrones chinescos y una luna de miel

Junto con cerrar las cortinas del escenario en que actuó el Cav. Frégoli, cierro también los paréntesis con que interrumpí mis románticos recuerdos de la iniciación de mi noviazgo.

Los preparativos para construir nuestro hogar me tomaron tan de sorpresa y era tal mi inexperiencia en achaques domésticos, que sólo se me ocurrió comprar dos floreros chinescos en la Casa Gath y Chaves. El resto del ajuar de nuestra primera casa fue "completado" por mis buenas hermanas, con viejos muebles de diferentes estilos y cortinas fuera de uso.

Nuestro matrimonio debía efectuarse en privado, a las cuatro de la tarde, en casa de mi novia, debido al luto que guardaba por el fallecimiento de su padre.

Mi último almuerzo de soltero, sentado solo a una de las mesas del pintoresco Restaurante Cárdenas, me hizo comprender cuán oportuno era el paso que iba a dar algunas horas más tarde. ¡Qué desamparado y solo me sentía en medio de los bulliciosos parroquianos!

Faltando una hora para la ceremonia religiosa, me puse el chaqué y me calé el "tarro de



pelo"; pero justo al abandonar las oficinas de "Sucesos", donde, como ya he dicho, vivía, el director me detuvo diciéndome:

- No se puede ausentar sin dejarme por lo menos tres portadas para la revista.

Ante tan inoportuna exigencia, le expliqué a mi jefe que contaba con el tiempo preciso para llegar a mi matrimonio. Vanos fueron mis argumentos, y ante el riesgo de perder mi puesto, que desde ese día me era imprescindible, regresé a mi pieza y me puse a pintar como un desesperado. Como el tiempo volaba y el novio no aparecía, la alarma empezó a posesionarse de mi futura suegra y cuñados.

No había teléfono en su casa para darles una explicación, y a medida que crecía mi atraso, las más extrañas conjeturas empezaron a tejerse entre parientes e invitados.

Para salir más fácilmente del paso, resolví que dos de las portadas fueran las cabezas de dos destacados políticos del momento y que yo conocía como para pintarlos de memoria. Eran ellos don Ismael Tocornal y don Armando Quezada Acharán, ambos presidentes de la Alianza Liberal. El primero, "Don Toco", como cariñosamente se le llamaba, era un caballero muy



simpático que, debido a su tino, era solicitado por el Presidente en los momentos difíciles, ya para organizar un Gabinete o para servir de árbitro en algún diferendo. El segundo, radical y grado 33 de la masonería, era inteligente y ponderado.

El empleo del óleo en la factura de sus retratos y la nerviosidad con que los ejecuté proporcionaron a mis pantalones varias manchas de pintura. Para limpiarlos con trementina debí quitármelos. Cuando estaba en calzoncillos, apareció uno de mis cuñados, el que al verme en esa facha, me dijo:

-¿Te has vuelto loco? ¿No sabes qué hora es? ¡Ya deberías estar casado!

Como todavía me faltaba una portada, le pedí que fuera a explicar la causa de mi atraso.

La tercera portada era la más difícil de realizar en tan críticas condiciones, y para colmo debía coincidir con la edición correspondiente al Día de Difuntos.

No se me ocurrió otra idea que pintar una atribulada y joven viuda en el momento de depositar un ramo de flores en la sepultura de su esposo. El tema era poco edificante para un novio que tenía un pie en el altar. Para colmo, el rostro de la mujer me quedó igual al de mi novia, lo que me hizo pensar, no sin alarma, ¡que mi futura esposa tenía cara de viuda!

Para remate, el "Negro Zañartu" interrumpió mi trabajo para convencerme de que debía "asegurar" mi vida, que pensara en el triste porvenir que debería afrontar mi esposa si yo muriera, en la educación de los hijos huérfanos de padre, etc. Para no

perder más tiempo, le tomé una póliza por veinte años. ¿No es acaso el matrimonio un *catch-as-catch-can*, en el que uno de los cónyuges termina por encajonar al otro?

Después de entregar las tres portadas al desconsiderado director, volé a casa de mi novia. Hacía tiempo que don Juan Francisco Fresno, el virtuoso sacerdote, se había vestido para la ceremonia. Al presentarme ante los indignados parientes y testigos apestando a esencia de trementina, no atinaba a explicar mi atraso de tres horas.

Los comentarios no fueron halagadores. Lo menos que habían supuesto algunos fue que había olvidado que ese día tenía que casarme. La única, persona que mantuvo serenidad fue Raquel. Al iniciar nuestro noviazgo en Viña ya había ocurrido un hecho semejante. Por entregar a tiempo un dibujo, no me había presentado oportunamente a un paseo en lancha que un grupo de amigos había organizado en nuestro homenaje. La fiesta marítima se realizó sin mí. Ella sabía, que el deber, para mí, estaba antes que la diversión, lo que, lejos de ser repudiable, era una garantía para el futuro.

Cuando, terminada la ceremonia, llegó la hora de la fuga para tomar el tren que debía llevarnos a San Fernando, un grupo de amigos, encabezados por mi jovial hermana Raquel, cometió la imprudencia de ir a la Estación Central a despedirnos con un bombardeo de arroz, denunciando así nuestra calidad de novios. Yo sentía los ojos de los demás pasajeros clavados sobre nosotros, y aunque estaba deseoso de acariciar a mi novia, no me atrevía ni a mirarla. En esa época era costumbre que el ayudante del conductor anunciara con estruendosos gritos el nombre de la estación en que iba entrando el convoy. Al gritar "¡San Bernardo!", creí que había llegado el momento de bajarnos y empecé, a sacar nerviosamente las maletas. Raquel, al advertir mi ofuscación, me retuvo diciéndome:

-¡Todavía no, Ñato! ¡Faltan cuatro horas!

Esta escena produjo la hilaridad de los pasajeros, y un grupo de mozalbetes vecinos a nuestros asientos prorrumpieron en carcajadas.

Pero la hora de la venganza no se hizo esperar. Al pasar el tren por una curva bastante cerrada, una pesada maleta se desprendió de la rejilla, yendo a caer directamente sobre la cabeza de uno de los burlones, para después "hacer

carambola" en el bajo vientre del otro. Ambos quedaron groggy; y fuimos nosotros los que iniciamos esta vez una risa que contagió al resto de los pasajeros.

Largo se me hizo el viaje hasta San Fernando, y más largo aún el trayecto de la estación al hotel, en un desvencijado "fiacre".

Al día siguiente, bastante tarde, salimos a dar un paseo por la ciudad y pudimos comprobar que el hotel estaba sólo a media cuadra de la estación. El cochero, con el objeto de multiplicar la tarifa, nos había hecho recorrer toda la ciudad.

¿Es que el destino había decretado este incidente para dar tiempo al alma de nuestro primer hijo de llegar puntualmente a la cita que Dios le había dado con nosotros?

* * *

Dos días después seguíamos viaje a Lolol, al fundo de mi cuñado Octavio Mujica. Una tarde que paseábamos por la calle principal se nos acercó un muchacho para decirnos que su patrona, doña María Duque, nos invitaba a comer unas sopaipillitas que estaban muy particulares. Misiá María era muy popular y tenía dos hijos religiosos: uno era dominico y el otro franciscano.



Acepté gustoso; pero me olvidé prevenirle a mi mujer que doña María lucía una frondosa barba, digna de un capuchino. Nos recibió en cama, y para no asustar a mi señora, se había amarrado un gran pañuelo en la cara, ocultando así su fenomenal apéndice capilar.

Hizo que nos arrimaran unas sillas con asiento de totora y empezó a hacernos unas bromas del más subido color. Mi mujer, bastante "acholada" y con el objeto de desviar la conversación, al ver el bulto que se formaba en el pañuelo con que doña María se había atado la cara, le dijo:

- Parece que está sufriendo de dolor de muelas, señora. Yo puedo darle un remedio infalible.

Resultaron inútiles las pataditas que yo le daba a Raquel por lo bajo para que no siguiera "planchando".

Más tarde, la buena señora retiró la "cantora" que tenía debajo de la cama, para sacar una bandeja con unas sopaipillas tan viejas, que parecía que también estuvieran echando barba.

- Sírvanselas con confianza - nos dijo.

Yo, que siempre tuve afición a los juegos de manos, escamoteaba las sopaipillas y, simulando mascarlas, iba echándomelas en los bolsillos. Mi mujer me miraba aterrorizada, y no deseando pasar por mal educada, empezó a comérselas con no disimulada repugnancia. Le fue imposible reprimir una arcada. Y no era para menos: las añejas sopaipillas y su cercanía al tiesto con una oreja exigían un estómago a toda prueba.

Entonces doña María, maliciosamente, exclamó:

-¡Cómo se conoce que los picaronazos no han perdido su tiempo! ¡Ojalá que sea niño; la vida para las mujeres es tan dura!

Y esto, dicho por una mujer con toda la barba, resultó profético. Corrido el tiempo reglamentario, Jorge junior apareció una madrugada ocupando la cuna que con tanto amor le habíamos preparado.

39. Hablan mis viejas películas mudas

El buen caballero francés Monsieur Fedier Vallade había invertido las utilidades de su negocio de importación de casimires en el establecimiento del primer estudio cinematográfico que existió en Chile.

Ahí nos reuníamos varios pretendientes al estrellato para ensayar una comedia que había escrito don Adolfo Urzúa Rozas, intitulada *"El Violín de Inés"*. Entre los más entusiastas se contaba Alberto Díaz Hidalgo. No sé qué razones tuvo el productor para detener esta producción. Años más tarde, diez o tal vez quince, en circunstancias que había llevado a mis hijos al circo, apareció en la pista un gracioso tony. Dio una vuelta por la pista y, al verme, se detuvo frente a nuestro palco. Jorge y Adriana se mostraron encantados con las gracias que les dedicó el artista.

Grande fue mi sorpresa cuando en tono confidencial, pero despistando al público con una pirueta, me dijo estas palabras:

-¿Te acuerdas de "El Violín de Inés"? ...

Era el tony "Chalupa" (Alberto Díaz Hidalgo), el más famoso de nuestras pistas. Después de la función fui a saludarlo a la pequeña carpa que le servía de camarín. ¡Cuántos recuerdos hicimos mientras se limpiaba la cara! No necesitaba colocarse nariz postiza, porque había nacido con una descomunal.

-¡Aquí me tienes, querido Coke, de tony, cuando debí ser cura! Porque has de saber que fui un distinguido seminarista. Pero con esta nariz, ¡Dios Santo!, ¿podría haberme presentado ante el altar sin hacer perder la devoción al más devoto de mis feligreses?



Primera información publicada en "Zig-Zag", el año 1915, sobre cinematografía nacional. (1) Maestro Urzúa Rosas, profesor de dicción del cine mudo; (2) Monsieur Fedier Vallade, propietario de los Estudios San Isidro; (3 y 4) Alberto Díaz Hidalgo (más tarde Tony Chalupa), en diferentes escenas de "El Violín de Inés", y (5) René Blas (yo era él) en una escena de "El Boleto de Lotería".

Largo rato estuvimos conversando y haciendo recuerdos de nuestras andanzas en los primitivos sets que Monsieur Fedier Vallade había levantado en la calle San

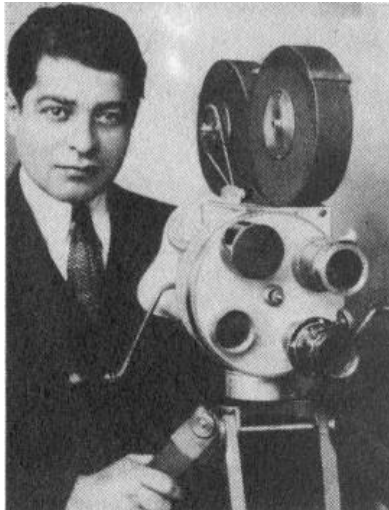
Isidro. Como en todos los humoristas, había en "Chalupa" un dejo de tristeza. Su eterna sonrisa era más bien una mueca para ocultar sus penas. .

Después de relatarme sus faranduleros viajes, en que tantos aplausos y dólares cosechó, me pareció ver brillar en sus ojos, perdidos tras la mole de su nariz, un destello. ¡Las lágrimas de los payasos deben ser más amargas que las de los otros hombres! Acarició a mis hijos y nos despedimos. Esa fue la última vez que asistí a una función de circo.

Desafortunadamente Monsieur Fedier Vallade enloqueció durante el rodaje de mi película "*El Boleto de Lotería*" (y no pudo, naturalmente, apreciar su calidad). Como presiento que más de algún mal pensado me está culpando de esta desgracia, tendré que explicar su verdadera causa.

Al estallar la guerra del 14, Monsieur Fedier envió a su único hijo al frente de batalla, creyendo que el conflicto iba a ser corto, y que el muchacho tendría un lindo pretexto para hacer un viaje a Europa. Pero el joven Fedier cayó en su primera acción bélica y la infausta noticia trastornó a su padre. El estudio fue a remate y "*El Boleto de Lotería*", mi primera experiencia cinematográfica, tan trágicamente frustrada, se vendió al peso a un fabricante de peinetas de celuloide. Había adoptado el nombre "René Blas", porque si en mi casa o en el colegio hubieran sospechado que era artista de cine, ¡sabe Dios qué medidas disciplinarias me hubieran aplicado!

Diez años después resolví lanzarme por mi propia cuenta con un romántico argumento intitulado "*Juro no Volver a Amar*". Cuando el script estuvo concluido caí en la cuenta de que además de carecer de estudio, cámara y laboratorio, no tenía dinero suficiente ni para comprar el celuloide. Resolví, entonces, ajustarme a la máxima favorita de mi padre: "Querer es poder". Como yo quería, necesariamente tendría que poder. Empecé por dirigir mis pasos hacia el modesto taller de electricidad que tenía Luis Pizarro, simple componedor de timbres eléctricos, y dotado de una innata vocación por la mecánica. Además, tenía la "chifladura" del cine, que le ocasionaba de vez en cuando un corto circuito en el cerebro. Le di a conocer mis proyectos, y él, sin vacilaciones, se comprometió a fabricar la cámara con que debía fotografiar mi futura "superproducción".



Luis Pizarro posa, orgulloso, con su cámara construida por él mismo.

Ciñéndose a los gráficos de un catálogo editado por una firma fabricante, el paciente Pizarrito trabajó seis meses en su destartalado taller. Todos los días me mostraba con orgullo un nuevo engranaje o un tornillo que fabricaba con modestísimos recursos, pero con mucho corazón. Por fin, nuestra cámara estuvo terminada y probada. Todas sus partes, a excepción de las lentes, fueron *"made in Chile"*.

Un grupo de amigos reunió el dinero necesario para adquirir el celuloide. Pero, ¿cómo resolver los problemas de la producción sin contar con el capital indispensable para pagar actores y construir escenarios? Para colmo de complicaciones, el argumento que se me ocurrió escribir debería desarrollarse en un ambiente de refinado lujo. La protagonista debía encarnar a una muchacha de la alta sociedad, vivir en un palacio y vestir con exquisita elegancia. Sin embargo, nada podía ya detenerme. Deambulé muchos días por la ciudad, buscando las mansiones más suntuosas. Cuando sus propietarios, que al principio me tomaban por un vendedor de artefactos eléctricos a plazo, se imponían de mis pretensiones, me miraban como a un loco y me daban con la puerta en las narices. Me di cuenta, entonces, de que no existe condición más ingrata que la de pionero.

Pero mi imperativo categórico me llevó, por fin, frente al palacio de don Horacio Fabres. ¡Era exactamente el set para mi argumento! En el fondo de un hermoso parque se destacaba el castillo de piedra que debía servir de morada a la aristocrática muchacha de mi película. A través de la verja divisé a "un viejo jardinero que cuidaba con esmero del jardín" y que acudió con recelo a mi llamado.

- Los patrones "tán" en las "Uropas" - me dijo.

- Ya lo sé, pero soy muy amigo de don Horacio y lamento que él no esté para pedirle un servicio que me habría prestado con verdadero agrado. (Don Horacio Fabres, íntimo amigo de don Arturo Alessandri, había sido blanco de mis más mordaces caricaturas en esa época. Por ello, jamás me habría atrevido a proponerle que me prestara su casa.)

¡Abreviando! Ofrecí al jardinero y cuidador del palacio la suma de veinte pesos por cada día que me permitiera entrar con "mi compañía". El hombre aceptó la proposición siempre que las escenas fueran tomadas solamente en el jardín. Esta condición venía a complicar mi problema de producción. ¿Cómo filmar los elegantes interiores? ¿Dónde obtener los muebles, tapices, lámparas, etc.?

"Pensar es crear", me dije, siguiendo otra de las máximas predilectas de mi padre; y me dirigí a la afamada Mueblería Lull Hnos., en cuyas espaciosas vitrinas, que simulaban aposentos, se exhibían muebles de estilo. Fácil me fue convencer a su dueño de que permitiera a mis artistas actuar en sus vitrinas a cambio de insertar en los títulos iniciales de la película el nombre de su establecimiento. En esta misma forma obtuve los trajes modelo que debió lucir la protagonista.

Los artistas, que eran buenos amigos míos, pero que jamás habían pisado un escenario, trabajarían por "amor al arte". Uno de ellos, un apuesto capitán del ejército, desempeñaría el papel del simpático tarambana que debía llegar a su dormitorio "medio puestón", después de una noche de farra. La escena se rodó con gran escándalo en la vitrina de la mueblería. El público, atraído por la novedad, se aglomeró en tal forma que terminó por interrumpir el tránsito y los tranvías y coches estancados llenaron toda la cuadra. Mientras tanto, desde los balcones vecinos, varios de mis ayudantes lanzaban con espejos la luz reflejada del sol sobre el improvisado set. La policía acudió oportunamente para obligar a los curiosos a circular. El capitán, cohibido al tener que desempeñar un papel tan en pugna con la dignidad de su profesión, me pedía por la Santa Patrona del Ejército, la Virgen del Carmen, que abreviara su escena.

-¡Esto me puede costar mi carrera, querido Coke! - me decía en tono contrito.
¡Imagínese que en estos momentos pasara uno de mis jefes y me viera en paños menores exhibiéndome en esta vitrina!

Pero felizmente nada ocurrió y Ramón Cañas Montalva terminó su carrera con el grado de general en jefe.

Las escenas tomadas en el Palacio Fabres salían espléndidas. El capitán se encargó de conseguirme algunas carpas del Ejército, que armamos en el parque para utilizarlas como camarines y comedores. El aspecto del viejo y señorial castillo había cambiado mucho y más bien parecía un campo de maniobras. Como necesité una cabalgata para una escena de paperchase, mi colaborador militar se encargó de mandarme caballos escogidos del Ejército, los cuales pastaban apaciblemente en los hasta esos momentos no hollados prados del parque. Los soldados asistentes mientras tanto daban lustre a su pelaje. La verdad es que nos sentíamos como en nuestra propia casa y todo nos iba saliendo con una perfección nunca imaginada.

Pero cierto día un automóvil se detuvo frente al portón de la verja de nuestro quimérico palacio. ¡Don Horacio Fabres había llegado inesperadamente de las "Uropas"! Bajarse, mirar su parque convertido en vivaque y empezar a emitir alaridos de indignación fue todo uno.

-¡Qué significa esto! ¿También los militares se han tomado mi casa? - gritaba en su paroxismo. He olvidado advertir que la junta Militar que gobernaba el país había sido la responsable de su obligada vacación en Europa, de manera que la sola presencia de un uniforme bastaba para trastornarlo.

No hay necesidad de ser un cineasta para comprender que, después de esta escena, no podía filmarse otra en el Palacio Fabres. Tuve que hacer cambios fundamentales en el argumento. El beso final, escena indispensable en las películas de esa época, tuvo que ser trasladado a la terraza del cerro Santa Lucía. , y allí también me pilló otra "máquina", ¡y qué máquina! Estaba yo, megáfono en mano y con los ojos protegidos por una visera de celuloide, como un auténtico director. Sólo me faltaba el pantalón de golf para ser un émulo perfecto de Cecil B. DeMille. En dos segundos más habría lanzado la voz de ¡Cámara! Pero algo le ocurría al capitán. Estaba extremadamente nervioso y miraba su reloj con insistencia. De pronto se acercó y me dijo:

- Siento decirle, mi querido Coke, que no podré continuar. Tengo algo impostergable que hacer... y sin dar más explicaciones, se fue, dejándonos a todos con un palmo de narices. ¿Qué había pasado? Me aproximé a la linda protagonista,

que se había quedado con los crespos hechos esperando el beso, y le pregunté si había tenido algún disgusto con el galán. Nada había ocurrido. Llegamos a la conclusión de que el capitán había sido atacado por un violento dolor de estómago. Tristes y cabizbajos, cargamos nuestro equipo en un Ford de esos con bigotes y descendimos al plan. Un revuelo inusitado se notaba en las calles. Grupos de personas corrían, murmuraban, y los semblantes denotaban angustia, inquietud o miedo. Pensé que estaría temblando muy fuerte y detuvimos el auto para interrogar a un vendedor de periódicos que venía corriendo. -¿Qué ocurre?

-¡Hay revolución, se han tomado La Moneda!

Multitud de personas corrían desconcertadas, pero yo mostré mi credencial de periodista y logré aproximarme al Palacio Presidencial. ¡Cuál sería mi impresión al ver al galán de mi película, con restos aún de maquillaje, parado en la puerta de Palacio con una pistola al cinto! Sobre la chaqueta que llevaba durante la filmación se había puesto un cinturón militar con las correspondientes cartucheras. Al interrogarlo, me explicó:

- Cuando íbamos a filmar el beso me di cuenta que había llegado la hora en que los conspiradores debíamos reunirnos para dar el golpe. No podía explicárselo. Estaba juramentado.

La escena del beso fue rodada una semana después que la Junta de Gobierno, encabezada por el general Altamirano, había sido derrocada por el primer actor de "*Juro no Volver a Amar*".

1925. "LUZ Y SOMBRA"

En esta película, en que Pancho Huneus Salas personificaba a un joven modesto que se enamoraba de la aristocrática hija de su protector (María Luisa Amenábar) y en que yo era un exaltado bolchevique, discípulo de Lenin, ocurrieron varios incidentes "fuera de libreto". Veamos algunos de los más pintorescos:

Mi mujer representaba el papel de hermana de la caridad. Como una de las escenas debía filmarse en el Hospital de San Borja, pedí permiso para utilizar como camarín la oficina del médico jefe del establecimiento.



Yo, caracterizando el terrible bolchevique "Chuncho Quiroga".

Ahí Raquel se puso una alada toca de linón, y como era bastante delgada, debí ponerle algunos rellenos en la cintura para darle el imponente porte de madre superiora.

Estaba yo en ese menester, de rodillas en el suelo, metiéndole por debajo de la amplia pollera un pelotón de trapos, cuando se abre la puerta y veo al doctor Romero con la única expresión que puede poner un ser racional al sorprender a un hombre y una monja en tales actitudes. Supongo que el buen doctor se creía víctima de una alucinación, pues permanecía en el umbral con los ojos desorbitados. Después de terminar mi inocente trabajo, comprendí que era indispensable explicarle lo que ocurría.

Le presenté a mi señora y los tres tuvimos risa para un buen rato.

La cámara estaba lista en los jardines para tomar la primera escena. Di la orden de empezar.

Mi esposa debía dirigirse con monjil recogimiento hacia la capilla del hospital; pero una intempestiva ráfaga de aire se posesionó de la cofia y la llevó planeando graciosamente hasta depositarla en el cogollo de un pino. Fue necesario traer escalas y un plumero largo para rescatarla y repetir la escena. En la toma siguiente aparecía yo caracterizado de "Chuncho Quiroga" golpeando la puerta del torno. Raquel debía abrir la ventanilla mientras yo preguntaba por el estado de mi "esposa", que según el argumento estaba gravísima. "Murió anoche, pero la guagua se salvó", debía responderme ella.

Cada vez que se abría la ventanilla, a la pseudo monja le daba tal tentación de risa al ver el aire compungido con que yo le hacía la pregunta, que estropeó gran cantidad de celuloide y hubo que postergar la toma para otro día.



La escena de "El Chuncho" y la monjita, mi mujer, que tanto nos hizo reír y en que tantos metros de celuloide se perdieron.

La película terminaba con el fusilamiento de Pancho Huneus Salas, que era inocente del delito que se le imputaba. La escena fue filmada en la Penitenciaría de Santiago, con tal realismo y detalles tan impresionantes, que la noche del estreno una señora sufrió un ataque de histeria. Los aullidos de la pobre provocaron pánico entre los espectadores y fue necesario encender las luces de la platea.

En vista de que no había cómo consolarla, me presenté delante del telón, ante el público consternado, llevando a Pancho de la mano:

- Como usted ve, señora - le dije, "el joven bueno" goza de perfecta salud.

Y gracias a esto pudo continuar la proyección de la película.

1926. "RAYO INVENCIBLE".

Mi segunda "superproducción", basada en un tema hípico, no tuvo el día de su estreno el éxito que yo esperaba. Debido a un atraso en el laboratorio, la copia, sin compagnar, me fue entregada el día mismo de su première. El apresuramiento con que iba mandando al teatro los "tambores" de películas, sin tener tiempo para revisarlos, hizo que un crítico la intitulara "Rayo Inservible", y no dejaba de tener razón. En la parte culminante del film, rodada en el Club Hípico, los caballos empezaron a correr para atrás. La escena había sido pegada al revés y fue necesario suspender la función mientras se corregía este pequeño error que casi provoca la destrucción del Teatro Brasil.

Una mañana, en circunstancias en que estaba tomando una escena de esta película en la Estación Central, se me avisó que a unos dos kilómetros al sur se acababa de producir un choque de trenes. Suspendí la escena y corrimos artistas y ayudantes, armados de nuestra cámara, al sitio del accidente. Las locomotoras se habían incrustado una contra la otra, muchos carros estaban volcados y había numerosos heridos. La catástrofe, minutos después de producida, fue filmada desde diferentes ángulos. En un diario del mediodía publiqué un aviso en que anunciaba para esa misma tarde el estreno de la película del desastre que ya era el gran comentario. Muchos creyeron que se trataba de una broma o de un golpe de propaganda para mi película; pero grande fue la impresión del público al ver en la pantalla este oportuno acierto, debido a una casualidad. Este éxito me estimuló para filmar un

documental en que me propuse mostrar el procedimiento seguido para disparar el tradicional cañonazo de las doce. La Prensa se quejaba de la impuntualidad con que el viejo cañón del Santa Lucía indicaba el paso del sol por el meridiano. Paso a describir el modus operandi de tan delicada operación, que, como se verá, habría dado tema a Ripley, si en aquellos tiempos lejanos hubiera existido su popular "Increíble, pero cierto".

Una viejecita, con todos los achaques propios de sus ochenta años, se presentaba como a las once y media a una oficina de la Intendencia, que en aquella época funcionaba en la Plaza de Armas. Allí recibía de manos de un funcionario un cronómetro con la hora oficial. La viejecita encaminaba sus pasos al cerro, recorrido que muchas veces era interrumpido para tomar fuerzas o por accidentes callejeros.



Esta fotografía, tomada por Torrente para "Ercilla" (enero de 1954), demuestra que el sistema actual para dar la señal del meridiano es idéntico al empleado hace treinta años.

Cerca de las doce empezaba su ascensión al cerro, pero como el peso de sus años no le permitía llegar con el reloj a la tronera donde estaba emplazado el cañón, sacaba su pañuelo y lo levantaba con la mano izquierda, mientras con la otra sostenía el reloj, en espera de ver, a través de sus gruesas gafas, que los punteros

coincidieran con la colocación del astro rey en el meridiano. En este momento ella bajaba su pañuelito, y el artillero, viejo jubilado del Ejército, hacía detonar la carga de pólvora.

La película terminaba con el vuelo simultáneo de las palomas del Municipal, con varias personas persignándose, de acuerdo con la costumbre tradicional, y con algunos señores corrigiendo las manecillas de sus relojes. La complicada operación fue registrada por mi cámara en todas sus fases. Para darle más interés al trayecto de la viejecita hasta el cerro, me puse de acuerdo con varios amigos para que, con algún pretexto, la interrumpieran en su viaje, en que con tanta desaprensión oficiaba de sacerdotisa de Cronos.

Muchos años después, en pleno 1954, encontré en "*Ercilla*" una información que muestra el modus operandi actual en el disparo de las doce. No sin sorpresa noté que lo único que se había innovado en treinta años era la viejecita. En su lugar, como puede apreciarse en la foto, hay un hombre que lleva el mismo cronómetro y que para indicarle al artillero la hora meridiana, baja su mano. ¡Como si no estuviéramos en la época electrónica! Con justa razón hay beatas que rezongan, como lo hacían antaño, por tener que persignarse con uno o dos minutos de atraso, y las palomas protestan por obligarlas a emprender el vuelo mucho después de lo prescrito por la tradición.

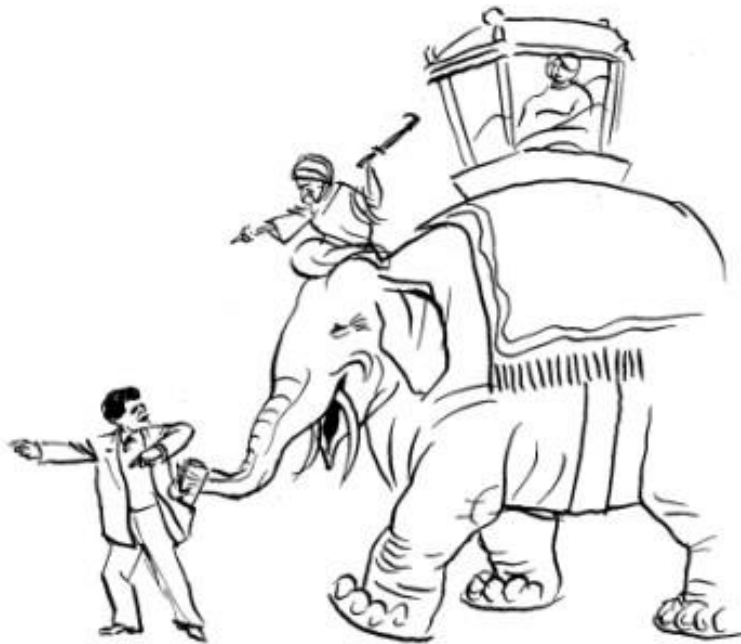
1929. "LA CALLE DEL ENSUEÑO".

Fue ése un año de gran trascendencia en los fastos de la diplomacia sudamericana. Después de un largo período de ruptura, Chile y Perú habían acordado reconciliarse. Acababa de arribar a Santiago el flamante embajador del Perú, señor César Elguera, quien debía presentar sus credenciales en La Moneda. La recepción sería memorable y el gobierno había invitado a todo el cuerpo diplomático. Las bandas militares ensayaban los himnos de cada uno de los países amigos para ejecutarlos en el momento en que sus representantes pasaran bajo el dintel del viejo portón de Palacio.

A pesar de la importancia del acto, me hallaba absorbido por la preparación de una difícil escena de "La Calle del Ensueño". En la esquina opuesta a La Moneda, donde hoy se levanta el Ministerio de Hacienda, había en ese tiempo un sitio eriazo,

rodeado por una alta cerca de madera. Esa era la ubicación que yo había elegido para filmar una escena de *"Las Mil y Una Noches"*. ¿Y por qué, se preguntará más de alguno, eligió un lugar tan cercano al Palacio de Gobierno? La respuesta es muy sencilla: la escena requería un elefante y en esa misma manzana se había instalado un circo. El director me facilitaba el paquidermo siempre que no lo llevara a más de una cuadra de distancia.

El príncipe que debía cabalgar sobre el lomo del elefante ya estaba escogido. Sería Guayo de la Cruz. El traje que usaría lo había arrendado en la sastrería del Teatro Municipal, y él decidió cambiarse la ropa en los propios camarines del teatro. Cuando estuvo listo, juzgó lo más natural recorrer a pie las cuatro cuadras que lo separaban del sitio en que íbamos a filmar. Muy tieso y muy majo salió caminando por Moneda.



¿Cómo iba a presumir que en el momento en que él pasara frente a Palacio la ceremonia diplomática iba a estar en su apogeo? Cuando el jefe militar vio aparecer al exótico personaje tocado por un alto turbante, amplia capa de seda y calzado de largas babuchas, se paralizó en tal forma que no atinaba qué himno debía ordenar a las bandas de músicos. El público se arremolinó y el jefe del protocolo hacía esfuerzos desesperados por identificar a este extraño embajador que no figuraba en su lista. Guayo de la Cruz cuenta que continuó imperturbable su camino hasta el sitio donde lo aguardaban el elefante y el séquito de "Verdejos" disfrazados de árabes. (En aquella época, los auténticos árabes no salían de la calle 21 de Mayo; estaban todavía muy lejos de La Moneda.)

Una vez sobre el lomo del elefante y cuando yo le indicaba la trayectoria al domador que iba sentado sobre la cabeza del paquidermo, el animal, con un sentido del

humor increíble en una bestia tan pesada, introdujo su trompa en el bolsillo en que yo llevaba el script de la película, y con una destreza digna de un avezado ratero me substrajo las ochenta páginas escritas a máquina. ¡Y se las comió!... Felizmente, como yo era el autor, pude seguir la filmación de memoria.

Al elefante no le cayó mal el argumento, pues no se supo que hubiera sufrido de indigestión; y poco tiempo después la película obtuvo el Gran Premio en la Exposición Internacional de Sevilla.

Es cierto que los directores de Hollywood pueden estar orgullosos de haber producido películas de gran categoría, y "evidentemente" mejores que las mías: pero tal vez ninguno de ellos pueda narrar anécdotas más sabrosas que aquéllas vividas por mí durante el rodaje de mis producciones. Si pudiera reconstituirlas con adecuada continuidad para estructurar con ellas una película, sin duda lograría realizar la mejor de cuantas he hecho. Pero ¿quién garantiza que durante su filmación no me van a ocurrir otras cosas extrañas que me "roben" esta película hecha a base de accidentes cinematográficos?



Sección 5

40. Desintegración en cadena de hechos sorprendentes provocados por una calavera de Lolol que no se acostumbró en Santiago

Corría el año 1915. Octavio Mujica, novio de Teresa, la menor de mis hermanas, me invitó a conocer su Hacienda "Lolol", ubicada cerca de Santa Cruz. El viaje resultaba fastidioso, especialmente el trayecto entre la estación de Paniahue y las casas del fundo, cuyo recorrido, en coche (los automóviles todavía no habían llegado a aquella región), por camino malo y peligroso, tal el de la cuesta "La Lajueta", bordeaba un hondo precipicio. Como la esposa del gran paisajista Valenzuela Llanos

era propietaria de un fundo vecino al de mi futuro cuñado, me di cuenta de que a cada paso se topaba uno con el "original" de alguno de sus cuadros, porque, naturalmente, el artista atrapó con sus virtuosos pinceles las partes más pintorescas de la comarca.

Al día siguiente de mi llegada, y de acuerdo con mi costumbre de visitar el cementerio del pueblo o ciudad en que permanezca, me dirigí al modesto campo santo de Lolol. Cuando me disponía a abandonarlo, noté que cerca de mis pies afloraba una calavera. La tomé, y adoptando la actitud de Hamlet, le pregunté si aceptaba "ser o no ser" de mi propiedad.

Hacía tiempo que deseaba tener una calavera que no fuera la que llevo puesta, así es que, sin esperar su contestación, la envolví en un diario y la llevé conmigo. El día de regreso a Santiago nos trepamos a una "cabra", vehículo de dos ruedas arrastrado por un solo caballo, y emprendimos viaje a la estación. Puse mi maleta en el asiento trasero; pero el tétrico envoltorio lo llevé sobre mis rodillas.

Al pasar la parte más peligrosa de la caracoleada cuesta, se nos atravesó una carreta que venía en sentido contrario, quedando nosotros hacia el lado del abismo. En el momento de cruzarnos uno de los bueyes rozó con una de sus astas, la verija de nuestro caballo, el que dio un salto arrastrándonos al vacío.

En los trances críticos, el tiempo se hace denso, y como si nuestra cabeza se transformara en lo que llamamos "cámara lenta", registra los movimientos en un ritmo retardado. Fue así cómo yo sentí que nuestro cochecito planeaba, rebotando de vez en cuando en los riscos.





"Mal Paso" es el título con que presenté este cuadro al Salón Oficial de Bellas Artes, el año 1926. Me fue inspirado en las cercanías del Cementerio de Lolol. Obtuve como recompensa la Segunda Medalla.

Varias veces el envoltorio con la calavera se me escapó de las manos; pero, como todo ocurría sin violencia, yo tuve tiempo para recuperarlo. A pesar de estar seguro de que al topar fondo nos despedazaríamos, no sentí ningún temor, pareciéndome que tendría tiempo para todo, hasta para aburrirme de la vida. El cucalón de mi futuro cuñado pasó frente a mis ojos y lo vi disminuir de tamaño hasta desaparecer. No sé por qué no cambiamos impresiones; pero ahora supongo que el tiempo real de la caída no habría alcanzado ni para decir ¡Ay! Repentinamente nos detuvimos al quedar enganchados en un espino. Solamente el caballo quedó inutilizado y fue necesario sacrificarlo. Nosotros salimos sin un rasguño.

- No debimos pasar así no más a la carreta - me dijo Octavio, después de haber trepado al camino. Confieso que mi maniobra fue imprudente, y la prudencia, ¡recuérdelo siempre, cuñadito!, conserva la dentadura... ¡Buena cosa la escapada grande! - continuó; fíjese que es el único espino que hay en la quebrada. Y mirando mi macabro envoltorio, exclamó: ¡Mala suerte nos trajo esa "pelada"! ¡Nunca me había ocurrido algo semejante!

Perdimos el tren y hubimos de pernoctar en Santa Cruz. A mi llegada a Santiago me sentí enfermo. El termómetro marcó 39,8 grados.

Nuestro médico, doctor Exequiel González Cortés, el futuro impulsor de la Ley del Seguro Obrero, al examinarme diagnosticó tifus.

Una semana después me agravé a tal extremo, que creí llegada mi última hora.

Había dejado la calavera sobre un ropero, y en mi delirio la veía riéndose a carcajadas.

-¿Para qué fuiste a traer "eso"? - me decía mamá, culpándola de la *jetta* que me perseguía.

A los pocos días, pasada la medianoche, se me produjo una hemorragia intestinal.

Cuando salieron a buscar al doctor, lo encontraron parado en nuestra esquina.

- Lo esperaba - le dijo a la persona que había salido en su busca. El caso es tan grave que me hace temer para esta noche lo peor. Ayer se me murió un joven que mostraba el mismo cuadro clínico.

Cuando me inyectó la ergotina, yo estaba casi inconsciente; sin embargo, oí que le decía a mamá:

- La enfermedad ha hecho crisis, y hay pocas esperanzas.

Después me contaron que mamá sufrió en ese momento un síncope. Nadie creía que yo iba a pasar de esa noche.

Pero ocurrió lo increíble. Nuestro vecino de enfrente, don Rodolfo Mansenilli, que estaba bueno y sano, murió repentinamente esa misma noche, y yo amanecí fuera de peligro. Un día después, la carroza destinada a llevar los restos de Mansenilli vino a pararse frente a nuestra casa, debido a que la línea de tranvías corría al lado de la casa mortuoria. Varios vecinos que sabían de mi gravedad acudieron a dar el pésame, y hasta una corona me fue enviada por los Garrido Merino, que vivían puerta por medio.

En consejo de familia se acordó enviar "mi" corona al funeral del vecino que cierta noche debía morir en una de las cuatro esquinas de la calle Catedral con Sotomayor.

Cuando me fui a vivir a "Sucesos", la calavera lololina ocupó un sitio de privilegio en mi dormitorio-estudio. Escritores y dibujantes iban trazando sobre ella, con tinta china, sentencias y dibujos con hondo sentido filosófico.

Claudio de Alas, el poeta colombiano, que años más tarde se suicidó, después de matar a su perro, había escrito en la frente del cráneo: *"Caja vacía de Pandora, ¿cuántos demonios lanzaste al mundo?"*

Debajo del orificio de la nariz, otro había estampado: *"¿Hombre o mujer?... ¡Qué importa, si tus besos ya llegaron a las estrellas!"*. El clásico "ser o no ser" no podía faltar, y al borde de una cuenca un filósofo escribió: *"Seguramente ahora ves más de lo que en vida viste"*. Otro puso: *"Ayer fui lo que tú eres; mañana serás lo que yo soy"*.

Un dibujante que había diseñado las siluetas de Adán y Eva en el momento de comer la sabrosa manzana escribió: *"El polvo nos convierte en polvo"*.

Como se ve, la bóveda craneana del desconocido lololino había llegado a convertirse en un álbum de autógrafos al que ya no le quedaba sitio para nuevas inscripciones y dibujos.

Una noche fui despertado por un ruido extraño. Prendí la luz y, ¡oh espanto!, vi la calavera rodando sobre mi mesa de dibujo. Quedé paralizado por el terror. Yo vivía completamente solo y no tenía a quién clamar. Tuve la intención de huir; pero haciendo un acopio de valor me acerqué para cerciorarme de que no se trataba de una alucinación. La calavera volteaba intermitentemente sobre la mesa,



produciendo un ruido siniestro, capaz de ponerle los pelos de punta al más valiente. Ya no me cabía duda de que el ánima, propietaria legítima de la calavera, me estaba penando; y sin pensarlo más, decidí responderle con un gesto heroico. Tomándola fuertemente con las dos manos la levanté para... Más no era un ánima la que le imprimía el movimiento, sino una laucha, que saltó de su interior por el agujero occipital. Sentí una sensación de alivio y al mismo tiempo una gran desilusión. ¡Cuántos fenómenos espiritistas podrían ser ahora explicados con la complicidad de lauchas y ratones!

Al día siguiente desperté sintiéndome muy mal, y el médico volvió a diagnosticar tifus. Mi estado muy luego empezó a inspirar temores y mis compañeros de redacción de "Sucesos" se turnaban para cuidarme, no faltando conspicuos hombres públicos que me honraran con su visita, entre ellos Manuel Rivas Vicuña, que me dio tema para la portada próxima de la revista. El esfuerzo que hice para dibujarla me elevó la temperatura a 40°.

Como el dinero para los gastos de médico y medicinas empezara a faltarme, Claudio de Alas se ofreció para salir a vender los originales de algunas caricaturas que adornaban la pared de mi desmantelada pieza. Recuerdo que el senador don Gonzalo Bulnes fue una de las personas que compraron la suya, y también contribuyó a esta original colecta don Elías de la Cruz, Ministro de la Corte Suprema.

Cuando más mal me sentía, se presentaron a la redacción dos señores que, en calidad de padrinos, venían a solicitarme la reparación por las armas, en representación de alguien que se había sentido ofendido por una caricatura publicada en la última edición. No se trataba de un político, sino de un pintor a quien había criticado en forma sarcástica su envío de ese año al Salón Oficial. El buen amigo "Chao" se encargó de despacharlos con cajas destempladas y, en el próximo número de la revista, mis satíricos colegas pusieron de oro y azul, tanto al ofendido como a sus padrinos.

Y ahí estaba la calavera, sobre una repisa, mirándome, lo mismo que la otra vez, con su mueca de burla.

El doctor que me atendía le dio a conocer al director el estado de gravedad en que me encontraba y la necesidad de sacarme, cuanto antes, de las oficinas de su revista. Mi hermana Nieves, cuyo corazón es fuente inagotable de bondad, me trasladó a su casa, exponiendo al contagio a sus propios hijos, que eran niños pequeños. Duro fue otra vez el combate, ese 21 de mayo de 1918.

Recuerdo con precisión la fecha, porque las salvas que se disparan en conmemoración de nuestra gloriosa epopeya me parecían cañonazos apuntados contra mi corazón, que, como la "Esmeralda", empezaba a hundirse en el helado piélago de lo desconocido. A cada momento se paralizaba y un frío indescriptible me subía por las piernas. Cada vez llegaba más arriba, y ya mi aporreado casco,

carcomido por los bacilos de Eberth, no habría podido soportar un nuevo espolonazo.

Pedí que llamaran a mi novia, residente entonces en Viña del Mar. Otra vez el médico, en esta ocasión el doctor Osvaldo Salas, declaró como González Cortés, cinco años antes, que ésa era mi noche crítica y que había pocas esperanzas de salvarme.

Pero nuevamente volvió a suceder el extraño fenómeno de la calle Catedral. El vecino de enfrente también falleció súbitamente aquella noche y yo amanecí en vías de franca mejoría. Raquel, mi novia, había recibido con atraso el telegrama en que se le anunciaba mi gravedad y sólo llegó al día siguiente.

En la estación le dio las señas al chofer del domicilio de Nieves: Avenida Cumming esquina de Santo Domingo. Cuando el coche estaba a una cuadra de la casa, quedó paralizada por la impresión al ver una carroza fúnebre estacionada en la esquina. Apenas tuvo fuerzas para decirle al chofer que se detuviera. Estaba segura de haber llegado tarde y necesitaba valor para enfrentarse con la realidad. Se bajó del auto y avanzó con paso vacilante, debiendo varias veces apoyarse en la pared para no caer. Por fin arribó a la esquina y buscó sin premura el número correspondiente a la casa de mi hermana. . ¿Para qué apurarse? El destino había aventado sus sueños y la triste realidad estaba a pocos pasos. Tocó el timbre de la puerta. Cuál no sería su impresión al ser recibida por Nieves, que radiante de felicidad le dio a conocer mi mejoría.

¡También, esta vez, un vecino se había sacrificado por mí! Ojalá que ninguno de los actuales se imponga de tan singulares hechos.

* * *

Otro rudo golpe me esperaba. Hugo Donoso, el más querido de mis amigos y que a los dieciséis años había estrenado la celebrada comedia "Los Payasos se Van", murió una tarde en forma por demás trágica: un tranvía descontrolado atropelló el automóvil que lo llevaba a una fiesta con un grupo de amigos y amigas.



Hugo Donoso Grille, mi amigo inolvidable.

Yo debía ir con él; pero el director de "Sucesos" me ordenó ese día pintar un retrato en colores de la niña viñamarina Raquel Lyon Vial, con el traje de crinolina que había lucido en una fiesta de caridad en el Teatro Municipal, anunciada en los programas bajo el título de "Santiago Antiguo". ¡Cuánto refunfuñé aquella tarde! ¡Miren qué manera de estropear me el "panorama" que tan laboriosamente habíamos preparado con Hugo!



Retrato de Raquel Lyon Vial, hoy esposa de don José Maza. Gracias a este dibujo yo soy yo

Fue imposible convencer al director de que postergáramos la entrega del dibujo. La revista se editaba en Valparaíso y el retrato debía ser despachado por el tren nocturno. Obedecí porque estaba escrito que mi nombre no iba a figurar en los diarios del día siguiente entre la numerosa lista de los muertos en el horrible accidente de la Avenida Los Guindos.

* * *

Después de cada calamidad, mi madre, que es muy piadosa, volvía a reconvenirme por haber profanado la sepultura del cementerio de Lolol.

- Debes devolver esa calavera al sitio de donde la sacaste - me imploraba; te hace rondar la muerte, hijo. Le prometí hacerlo en la primera ocasión. Llegó un día mucho tiempo después. Esta vez partí con mi mujer y niños en el tren que debía dejarnos en Paniahue. La calavera, tal como la había traído hacía diez años, volvió envuelta en una hoja de papel de diario.

Faltando más o menos una hora para llegar, el vagón en que viajábamos se estremeció violentamente y un ruido ensordecedor nos hizo comprender que había descarrilado. El accidente no fue fatal, porque el tren no había alcanzado a tomar velocidad, y fuera de algunos contusos y de un molesto trasbordo, en que los pasajeros debimos trepar un cerro con todo el equipaje, el hecho no pasó de proporcionarnos un gran susto.

Un viejo automóvil europeo debía llevarnos a través de la empinada cuesta de "La Lajueta". Cuando llegamos al sitio en que años antes me había desbarrancado, se lo enseñé a mi mujer, indicándole el viejo espino salvador.

En ese preciso momento los frenos del auto se cortaron y el armatoste inició una carrera loca. Pasábamos casi en el aire las cerradas curvas del camino e íbamos de tumbo en tumbo. A lo lejos divisamos un piño de animales que venía en sentido contrario. Si no caíamos al barranco, el choque con los animales era inevitable. El chofer, un guaso diestro en el manejo del volante, hacía prodigios por sortear los obstáculos, como si fuera un amansador de potros.

Cuando estábamos cerca del piño, el arriero había atracado a los animales en una anchura del camino, y el auto, por milagro, se detuvo en una espesa capa de arena con que la habían cubierto. El arriero se nos acercó y nos dijo que él "*las había parao qu'el auto venía desbocao*" y que por eso había atinado a echar los animales a una orilla del camino.

Después de tan accidentado viaje, llegamos por fin a las casas, en donde nos esperaban con no disimulada alarma por las horas de retraso que llevábamos.

- Es curioso - me dijo mi cuñado; en los treinta años que estoy haciendo el viaje, es la primera vez que se descarrila el tren.

Respecto al accidente del auto, se extrañó de la coincidencia que se hubiera producido en el mismo sitio que cuando viajábamos juntos en la "cabra". Esa noche, antes de irnos al comedor, dejamos a los niños durmiendo en la pieza que se nos había preparado.

A la mitad de la comida, mi mujer, presa de insólita inquietud, se levantó de la mesa manifestando presentir que algo les ocurría a los niños.

- Buena cosa que es nerviosa la comadre - le dijo el dueño de casa con su calma habitual.

Pocos momentos después, nos llamaba dando gritos angustiosos. Todos corrimos al dormitorio. Los niños dormían plácidamente; pero la cama de nuestra hija había ardido hasta casi tocar su cuerpecito.

Lo más extraño es que manos misteriosas habían apagado el fuego, empapando la ropa.

Se hizo una prolija investigación. La servidumbre fue interrogada; pero jamás se pudo averiguar el origen del fuego y quién apagó tan oportunamente la hoguera. Tampoco mi mujer fue capaz de explicar el súbito presentimiento que la llevó al dormitorio. Cuando nos acostamos, la pieza estaba impregnada de olor a chamusquina.

La calavera me sonreía sarcásticamente desde su rincón. Y una vez más, parecía que se deleitaba en hacernos sentir su trágica presencia.

Al día siguiente, y decidido a hacer las cosas como Dios manda, le pedí a mi mujer que me acompañara al



pueblo. Montamos a caballo, llevando yo el envoltorio con la calavera, y al llegar frente a la parroquia, que en esa época atendía el presbítero Ernesto Lazcano, me apeé del caballo después de pasarle a mi señora la "vacía caja de Pandora".

Cuando estaba saludando al cura y empezaba a explicarle el objeto de mi viaje, la cabalgadura de Raquel dio un brinco y se lanzó a correr como alma que se lleva el diablo. Sin perder el tiempo, el cura y yo nos lanzamos a todo galope en su persecución. El caballo desbocado parecía haberse vuelto loco, pues a cada momento galopaba más ligero, como si alguien lo fuera espoleando con ensañamiento.

En una encrucijada, tomó bruscamente el camino que iba a dar al cementerio.

Ahí lo encontramos jadeante y estremecido frente a la puerta. Mi mujer me dijo que había estado varias veces a punto de caer; conservaba, sin embargo, el envoltorio con la calavera.

Minutos más tarde se efectuaba una ceremonia *sui generis*. El cura, después de bendecir la calavera y elevar algunas oraciones, volvió a cubrirla con santificada tierra, exactamente en el sitio que había ocupado diez años antes, y desde entonces espero que en paz descanse, aguardando el día de la resurrección de la carne.

41. Enormes mariposas multicolores anunciaron la llegada de mi primer hijo.

Un recuerdo de Claudio Arrau

Poco duró nuestra permanencia en la calle Santo Domingo, una noche, al regresar de la casa de mi suegra y cuando principiábamos a desvestirnos, observé en mi mujer unas extrañas actitudes; parecía estar esquivando el revoloteo de algún pajarraco invisible a mis ojos. Pensé que un murciélago había penetrado en nuestro dormitorio pero ante mis preguntas respondió con extraviada expresión:

- ¿No ves las enormes mariposas que me persiguen? ¡Nunca las había visto tan grandes, Y con esos colores! ¡Mira! ¡Mira!

Seguro de que se estaba trastornando, y por no contradecirla, teniendo agravar su estado, le dije que efectivamente eran muy extrañas estas mariposas y que creía conveniente que volviésemos a casa de su mamá.

La ayudé a vestirse y nos fuimos a pasar la noche donde mi suegra.

Nunca más volvimos a nuestra primera casita, ésa que hoy ocupa don Joaquín Edwards Bello. Y habrá oído otra vez a su vecina, mi hermana Nieves, tocar, en el mismo violín de Quilpué, el Largo de Haendel. Nos mudamos a un tercer piso de la Avenida Vicuña Mackenna. El edificio era propiedad de don Rodolfo Turenne, anciano pianista y maestro de Claudio Arrau. Muchas tardes bajaba de mi piso a visitar al venerable profesor: Una vez me reveló con amargura que Claudio, a pesar de haber sido su discípulo predilecto, cegado tal vez por la luz de la gloria, jamás había tenido un recuerdo para él.

- Nunca me ha mencionado, ni tampoco ha venido a verme - me decía. ¿No es increíble esta actitud en un artista? Mi mayor gloria fue haber tenido por alumno a este prodigio, y aunque sé que sin mis lecciones también habría llegado a la cúspide, ¡cuánta satisfacción me habría dado con sólo haberme recordado!... ¡Los genios también saben ser ingratos!

Yo trataba de darle consuelo explicándole que nuestro gran pianista era un esclavo de sus contratos y que vivía la mitad de su tiempo en el camarote de algún transatlántico y la otra mitad sentado frente al piano, y que en sus fugaces pasadas por Chile no tendría tiempo para hacer visitas.

* * *

Por aquel tiempo estaba yo hondamente interesado en la pintura y tuve mi primer éxito en el Salón Oficial, al obtener una mención honrosa con mi cuadro "El Hijo del Vaquero". Era una tela de regulares proporciones y pintada con extraordinaria audacia "impresionista".

Desgraciadamente no volví a verla. Cuando fui a retirarla del Palacio de Bellas Artes, se me dijo que se había extraviado...

Del "Impresionismo" al "Futurismo".

Yo contemplaba desconcertado aquellos desperdicios del arte que el oleaje depositaba en nuestras playas. Había restos de yelmos de Minerva y otros dioses griegos, semejantes a los cascos de bomberos o pompier, como se llamaba a esa

pintura adocenada, hija monstruosa de la escuela de David. También veía cubos coloreados y otras representaciones infantiles. Eran la obra de los "fauvistas", encabezada por Pablo Picasso, Juan Gris, Georges Braque y André Lothe. ¿Qué camino tomar? Yo estaba abismado frente a tantos "ismos" y guardé mis pinceles. No quería pisar en falso; preferí esperar y seguir batiéndome con mi lápiz, pues había llegado a la conclusión de que la caricatura es un trasunto a la vez de lo figurativo y de lo subjetivo, puntos neurálgicos de la discordia en el campo de la estética.

La pintura es cosa seria.

*"Nada existe en el entendimiento humano
que no haya entrado por los sentidos."*

SANTO TOMÁS.

Vivíamos la etapa de transición entre el "impresionismo" rutilante de luz propia y todas aquellas escuelas modernistas frías y amorfas como una larva espectral.

El primero, obedeciendo al impulso de liberación de las fórmulas clásicas, tuvo su origen en la Revolución Francesa. Juan Jacobo Rousseau, el San Juan de la nueva doctrina, aconsejaba a sus discípulos el regreso a la naturaleza. Y el "impresionismo" encarna, efectivamente, esa idea, y así como los revolucionarios de Termidor, al invadir los oscuros salones de Versalles, abrieron de par en par sus ventanas para permitir la entrada de la luz solar, los Manets, los Cézannes y los Gauguins saltaron de los oscuros ateliers a la campiña y se apoderaron del espectro solar. Fueron ellos los Dantonés, Robespierres y Marats de esta nueva y más perdurable revolución, que guillotiné a la academia con un Debussy en la música, un Rodin en la escultura y un Balzac en las letras, y que supo continuar su marcha en pos del naturalismo espontáneo. Los fríos moldes del Renacimiento habían sido destruidos. Empero la regresión a una nueva Edad Media no se hizo esperar, y sus promotores no se contentaron con abominar del realismo luminoso y sensual y del clasicismo equilibrado entre cerebro y corazón. Los contrarrevolucionarios buscaron inspiración en el cerebro, o, paradójicamente, en lo

irracional. Nada quieren saber con el corazón. Por eso su arte carece de alma. No palpita, sino que funciona. Es como esas prodigiosas máquinas calculadoras que combinan guarismos y arrojan resultados; pero que son impotentes para crear.

El dislocado y estéril modernismo actual confirma la idea que tengo del arte como índice de los estados de ánimo por que atraviesa la humanidad. El arte gótico, por ejemplo, pone en evidencia la exaltación mística de la Edad Media, y nadie como Watteau nos da con más precisión la medida de la frivolidad del siglo XVIII.

Los futuros investigadores, al estudiar las dislocadas manifestaciones artísticas de nuestro tiempo, apreciarán con certeza el estado de locura que nos ha tocado vivir.

J. R. Boronali y su obra maestra.

Estudiando las alternativas y modificaciones sufridas por las diferentes escuelas, encontré un día en una revista europea la reproducción de un cuadro que había sido muy celebrado en el Salón de los Independientes de París el año 1910. La tela estaba firmada por un autor nuevo: J. R. Boronali, y en el catálogo aparecía con el título de "Amanecer en el Adriático".



"Amanecer en el Adriático", cuadro de J. R. Boronali.

Los críticos exaltaban la audaz mezcla de rojos, verdes, azules y ocre, y la prodigiosa agilidad del pincel demostrada por el novísimo discípulo de Apeles.



El pintor Boronali, "en persona", pintando su famoso cuadro.

Desgraciadamente, la reproducción del celebrado cuadro (que acompaña estas líneas) está en blanco y negro, de manera que no podemos apreciar el cromatismo de este nuevo Matisse. Miles de personas se unieron al coro de alabanzas entonado por los "esteticidas", y, por fin, todo París deseó conocer al genial Boronali.

Pero hubo una explicable decepción cuando una revista publicó la fotografía del autor de "*Amanecer en el Adriático*" en plena labor.

Porque, como ustedes verán, era un simpático pollino, al que unos bromistas, que no quisieron identificarse (aparecen en la foto con antifaces negros), le habían atado una brocha en el rabo. Vaciaron algunos tubos de pintura en la tabla que hacía las veces de paleta y que fue colocada debajo del trasero del "pintor". Los ágiles brochazos, tan alabados por la crítica, se debían al entusiasmo con que el borrico meneaba la cola al serle puesta una zanahoria al alcance del hocico.

El nombre del autor, "Boronali", había sido compuesto invirtiendo el orden de las letras de la palabra Aliboron, mote con que los franceses de cierta provincia distinguen a los burros. Como todas las fábulas, ésta tiene su moraleja: la demagogia en el arte es tan pernicioso como lo es en la política. En ésta como en aquélla actúan burros distinguidos...

"Picasso, Picasso, ésas no son de niño."



"Niña con Cabello Negro", pintado por el viejo Picasso.

Si no fuera porque el viejo Picasso, pintando como si no supiera pintar, ha amasado una inmensa fortuna, los psicoanalistas podrían creer que se trata de una forma de regresión a la infancia. Mientras otros ancianos se ponen glándulas de mono, Picasso pinta bodrios que los snobs le compran en miles de dólares.



"Gente Pobre", dibujo de mi nietecita Adriana, hecho a los cinco años de edad.

Recuerdo haber visto, durante una visita al Museo de Arte Moderno, de Nueva York, a varios niños de corta edad haciendo copias de cuadros de Picasso. Estas, lejos de ser inferiores a los originales, tenían el mérito de la espontaneidad. El infantilismo de los copistas era auténtico; en cambio, el infantilismo de Picasso, con más de setenta años encima, resulta un poco forzado. Mas, a pesar de sus esfuerzos, todavía es posible recordar al gran maestro, autor de "*El Niño y el Caballo*".

Y para terminar: no hay niño en el mundo capaz de hacer una buena copia de Velázquez o de Goya. Solamente pueden ser realizadas, y no siempre en forma magistral, por pintores que han empleado su vida entera en aprender a dibujar.

Sin embargo, Picasso ha hecho escuela. No hay pintor filocomunista que no sea su discípulo. Nada tendría esto de particular, si no fuera que en Rusia, a pesar de ser Picasso comunista, abominan de su pintura, y pobre del que se pusiera a pintar tras la "Cortina de Hierro" siguiendo las normas de su escuela.

Picasso ya sintió en carne propia los efectos de la crítica de arte socializada, cuando a la muerte de Stalin pintó el retrato que el Politburó juzgó como un atentado a la memoria del mariscal. Suerte parecida corrió una paloma de la paz que pintó para una decoración. Parece que el "infantilista" fue traicionado por su subconsciente: Stalin aparecía con la expresión de un lobo hambriento, y la paloma, lejos de encarnar la candidez, tenía cara de cuervo.

Las dos obras fueron "purgadas", pero el autor y los comunistas del mundo entero acataron la medida con servil resignación.

Esta actitud no se compadece con la adoptada por ellos cuando los murales pintados por Diego Rivera, para decorar el gran hall del Rockefeller Center, fueron destruidos. Resultaron ser un enorme afiche de propaganda comunista y una mofa del régimen democrático de los Estados Unidos.

42. Fundación del diario "La Nación"

y de cómo conocí a "La Maravillita"

Cuatro senadores con fama de ricos, don Eliodoro Yáñez, don Alfredo Escobar, don Augusto Bruna y don Abraham Gatica, que por ironía eran llamados "los cuatro

pobres diablos", compraron una casa semi colonial de la calle de las Agustinas, entre Morandé y Teatinos. Era una de esas casonas de un piso, con un limonero plantado en medio del primer patio y al lado de cuya puerta se colocó una plancha de bronce en que se leía: "La Nación", diario de la mañana.

Poco a poco la vieja casa se fue adaptando a sus nuevas necesidades. El jardincito del primer patio fue arrasado y el cielo cubierto con una gran claraboya de vidrio, mientras las prensas y linotipias iban entrando por partes para ser armadas en el recinto que se les había preparado en el tercer patio. Cierta día, un elegante joven se me apersonó para ofrecerme un importante puesto en el nuevo diario. Era Ernesto Barros Jarpa ("*William Temple*"). Debido a su juventud, fue canciller a los veintisiete años, lo llamaban "*La Maravillita*", nombre de teatro de una artista precoz muy aplaudida en aquellos años.

Desde ese día quedé incorporado al grupo de fundadores, tomando la parte gráfica bajo mi responsabilidad.

Fue entonces cuando tuve la ocasión de conocer a los brillantes periodistas que formaron la plana mayor del diario. Entre ellos recuerdo con especial cariño a Carlos Dávila ("El Chato"). Su carrera fue vertiginosa: de la corrección de pruebas de "El Mercurio" saltó a jefe de cables de "La Nación"; de ahí a la dirección de dicho diario; después a nuestra Embajada en Washington, y, por último, a la presidencia de la República.

Enrique Tagle Moreno ("Víctor Noir"), Hugo Silva ("Julio César"), Augusto Iglesias ("Julio Talanto"), Ramón de Lartundo, Ernesto Barros Jarpa. ("*William Temple*"), Joaquín Edwards Bello, Arturo Meza Olva, Manuel E. Hübner, Aníbal Jara ("*Ayax*"), que desde un rincón de Talca saltó a la Gerencia y Dirección de "La Nación" y hoy a la Embajada de Chile en Washington; Juan de Luigi y Conrado Ríos, canciller y dos veces embajador de Chile en la República Argentina. Nunca conocí después un grupo de periodistas más aventajados.

Ernesto Barros Jarpa no ha ocupado todavía el puesto que por su capacidad merece. Habría sido un Presidente de lujo: un "*Barros Jarpa*"¹⁴.

¹⁴ Elegante tenida de media etiqueta popularizada por Barros Jarpa. Consistía en un vestón negro cruzado y pantalón de fantasía.

Mi labor en "La Nación", además de dibujar, consistía en buscar ilustraciones en revistas extranjeras para los cables que nos traían los sobrecogedores episodios de la primera guerra mundial.

Al ver hoy las fotografías tomadas en junio de 1953, en que aparecen las tropas comunistas ametrallando al pueblo indefenso en las calles del Berlín Oriental, me acordé de aquella en que se veía a los sayones de Nicolás II corriendo ráfagas de ametralladora contra el pueblo. Los revolucionarios del zarismo han pasado a ser los reaccionarios del comunismo.

Siete lustros bastaron para desenmascarar a un régimen basado en juegos de palabras, purgas, trucos fotográficos y utópicos postulados. "Hay que suprimir las cárceles - había dicho Lenin, porque la delincuencia es el producto del régimen capitalista", y Rusia se convirtió en una inmensa cárcel. Proclamó "la dictadura del proletariado", y privó a los proletarios hasta del derecho de huelga. Pretendió glorificar el trabajo, e instauró el trabajo esclavizado.



Fotografía tomada en una calle de Berlín el 17 de junio de 1953, en que los tanques del Zar Rojo masacraron a la muchedumbre indefensa.

"La propiedad es un robo", fue otro de los *slogans* que sirvieron de base al comunismo, y hoy los diarios soviéticos traen anuncios en que se lee: "Asegure sus pertenencias personales"; "para su futuro invierta en bonos", etc. Se instituyó "la

sociedad sin clases", y es notorio que sólo en la India milenaria hay más diferencias de clases que en Rusia.

"Debemos exterminar el imperialismo", fue otro de los *slogans*, y Rusia se apoderó de la tercera parte del mundo.

En cambio, los *slogans* de los imperialistas americanos, como el de "la pausa que refresca", se limitan a conquistar los mercados internacionales de la "Coca-Cola"...



Fotografía de la masacre efectuada en Petrogrado por las tropas del zar Nicolás II el mes de junio de 1917

Sin embargo, el advenimiento del comunismo fue un mal necesario para el mundo, como lo es el coqueluche para los niños, que a fuerza de hacerles toser les robustece los pulmones. Gracias a este coqueluche desencadenado por Lenin y Trotsky, en los Estados Unidos y demás países capitalistas, el capital se ha socializado en forma tan ecuánime, que el estándar de vida

de sus pobladores es mucho más alto que el de los países soviéticos. Esto me hace pensar que si Karl Marx hubiera nacido en este siglo, habría tenido que ir a



buscar su inspiración revolucionaria precisamente tras la "Cortina de Hierro".
¡Entonces su libro habría llevado el título de "Supercapital"!

El oso ruso cree, como algunos empecinados jugadores de ruleta, haber dado con la martingala que le permitirá desbancar el régimen cuya economía se sustenta en la libertad. Pero, como invariablemente les ocurre a estos jugadores, la martingala terminará por desbancarlo a él. La suite de anexiones territoriales, demasiado larga ya, ha entrado al punto crítico en que el implacable cálculo de probabilidades debe cortarla y tomar su desquite.

Uno de los primeros comunistas chilenos, o "bolcheviques", como se les llamaba entonces, fue Luis Emilio Recabarren. Quiso él palpar las bondades del paraíso soviético y viajó a Moscú. Tan grande fue su desilusión, que al regresar a Chile resolvió suicidarse. Antes de destaparse los sesos escribió una carta en que explicaba el porqué de su trágica determinación. El sorpresivo suicidio de Recabarren es un testimonio indiscutible de su decepción sufrida al conocer la realidad del régimen soviético.



¿QUIENES FUERON LOS VERDADEROS "NAZI-NIPOS"?

Uno de los mayores insultos que los comunistas descargan sobre sus adversarios es el de tratarlos de "nazi-nipos". 1939: El terco Molotov aparece en alegre

camaradería con los "nazis". En la foto: Hitler, Ribbentrop y el general Keitel, ejecutados más tarde como criminales de guerra.

Varios comunistas chilenos que viajaron últimamente al Paraíso del Proletariado regresaron cantando loas al régimen que el Papa calificó de "intrínsecamente perverso". Entre ellos se cuenta al poeta Pablo Neruda; pero Neruda estuvo en Moscú sentado ante mesas rebosantes de viandas exquisitas, cuya laboriosa digestión fue a efectuar plácidamente recostado en un castillo de la isla de Capri. Recabarren fue un apóstol; Neruda es un sibarita. Sin embargo, las musas no son enemigas del sibaritismo.



El 23 de agosto de 1939, ante la paternal sonrisa de Stalin, Molotov y Ribbentrop firman el pacto nazi-soviético.

La Historia nos ha recordado que, en el Parnaso, no es Pablo Neruda una excepción. Pero, como disciplinado miembro del comunismo internacional, tiene el deber de taponarse los oídos para no escuchar la voz de las musas "burguesas". Las suyas habitan muy lejos de la montaña de la Fócide y su templo está situado en las sórdidas oficinas del Politburó.



Mascarilla secada a Recabarren por el escultor Canut de Bon. Obsérvese la herida que dejó la bala.



Stalin despidiéndose de Matsuoka en la estación de Moscú. Como se ve, luce la más cordial de sus sonrisas, después de haber firmado el pacto de no agresión con los japoneses. Matsuoka informó al enviado de Italia que Stalin le había dicho que era un "convencido adherente del Eje y opositor de Inglaterra y los Estados Unidos".



FERVIENTE PARTIDARIO DE LA PAZ

STALIN: Lo único que les pido es que me dejen comer en paz...

Lira con una sola cuerda: la propaganda soviética.

Y ya que de nuestro gran poeta hago mención, voy a reproducir unas "versainas" que me dedica en su libro "Canto General".

Los validos.

Llamémosle Darío Poblete,

o Jorge Délano "Coke".

(Es igual, podría llamarse

de otra manera, existió cuando

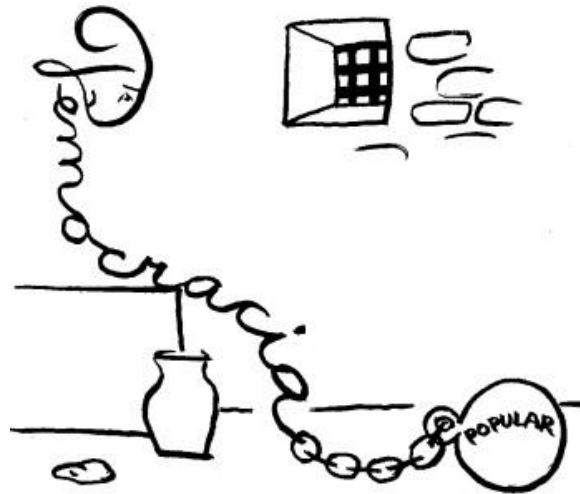
Machado calumnió a Mella,

después de haberlo asesinado.)

El vate me unce en estos discutibles versos al mismo yugo de Darío Poblete, jefe de la campaña presidencial que culminó con el triunfo de Gabriel González Videla. Muchos, dando fe al estro arrollador del poeta, habrán creído que yo no solamente apoyé la candidatura del último Presidente radical, sino que mis servicios como propagandista pudieron haber sido recompensados con algunos de esos succulentos

"quesos" de la alacena fiscal, que con glotonería mal disimulada saboreó mi "caracoleado" detractor, desde que en 1927 obtuvo del "reaccionario" don Emiliano Figueroa Larraín un consulado en la capital de Birmania.

*Quando el queso está consumido
y el tirano cae al infierno,
el Poblete desaparece,
el Délano "Coke" se esfuma,
el gusano vuelve al estiércol,
esperando la rueda infame
que aleja y trae tiranías,
para aparecer sonriente
con un nuevo discurso escrito
para el déspota que despunta...*



LOS JUEGOS DE PALABRAS Hasta la palabra "Democracia", tras la Cortina de Acero, ha sido encadenada a otra palabra: "Popular"... La "libertad" para los que salen de allí en misión oficial, es "bajo fianza" de sus parientes, que deben quedar en garantía. Y todos estos juegos de palabras van encubiertos con otra palabra: "Progresista".

Quando Neruda llegó de Moscú con la consigna de apoyar secretamente al general Ibáñez en la última campaña presidencial, yo hice una caricatura que titulé "Canto al General". Y debo haber acertado, porque el general Ibáñez obtuvo, en las

comunizadas provincias del norte, más votos que el doctor Allende, candidato de la extrema izquierda.

Al leer las "versainas" que me dedicara el famoso malacólogo, he recordado la frecuencia con que nos encontrábamos, durante aquella campaña política, en una estación radiodifusora; él, en su calidad de auténtico válido, para hacer el elogio de González Videla, perifoneando slogans como aquello de "¡Y el pueblo lo llama Gabriel!" o "Todo Chile con Gabriel", y yo, con el equipo de "Topaze en el Aire", atacando al candidato que en ese entonces, y con tanto entusiasmo, recomendaba Pablo Neruda. (Neruda, junto con Darío Poblete y Raúl Rettig, redactó algunos de los discursos que pronunciara el Presidente González Videla.)



MUSA BIGOTUDA

NERUDA: Antes de hablar de política, déjame escuchar la voz de mi Musa... ("El Diario Ilustrado", agosto de 1952.)

En este caso "el gusano que volvió al estiércol" fue precisamente el autor de "Crepusculario" y de tantos otros magistrales poemas, que lo encumbraron, con justicia, a la cima de la fama.

¿Dónde, pues, me pregunto yo, perplejo, termina la inspiración para dar paso a la ruindad? (¹)

1) ¿Será que el canto del verdadero poeta, Nefthalí Reyes Basoalto, es silenciado tras la densa cortina de grasa del político Neruda? ¡Nefthalí, ten valor! ¡Quítate a Pablo! ¡Impostor, yo soy tú!

1) *¿Será que el canto del verdadero poeta Nefthalí Reyes Basoalto es silenciado tras la dura cortina de grasa del político Neruda? ¡Nefthalí ten valor y quítate a Pablo!
¡Impostor! ¡Yo soy tú!*

¡No, Pablito, yo no he usufructuado, como tú, de puestos pagados con dinero fiscal por gobiernos de todas las tendencias y especialmente derechistas! Los comunistas creen que quien no está vendido al oro de Moscú, forzosamente debe estar vendido al oro de alguien.

La misteriosa "palabra fallida" de Freud.

A pesar de la demoledora actividad de las "quintas columnas" - así llaman hoy a los traidores, Chile no es un país que esté dispuesto a tolerar las cadenas ni el látigo. ¡Por algo fue el primero de América en dar la libertad a los esclavos! En cambio, los rusos y sus satélites eslavos están predestinados a ser esclavos. ¿Qué misteriosa relación existe entre las palabras "esclavo" y "eslavo"? Se diferencian solamente en una letra y, sin embargo, parecen sinónimos. Hace algunos años "El Siglo", órgano del Partido Comunista, sufrió en carne propia el efecto de dicha semejanza: en un llamativo título anunciaba que la URSS. contaba con todos los países "esclavos". El tipógrafo fue traicionado por "la palabra fallida" de que habla Freud. Si hubiera sido un operario de "Pravda", seguramente lo habrían purgado bajo los cargos de saboteador y enemigo del pueblo. Pero como todavía es ciudadano chileno, él y su familia gozan de buena salud.

Adán y Eva también eligieron la libertad.

Está probado que el hombre no se acostumbra a vivir en "paraísos", por placentera y maravillosa que la vida sea en ellos.



El día que fue asesinado Gandhi, hice este dibujo que publicó "Topaze" con la siguiente leyenda:

LINCOLN: Bienvenido seas Mahatma, también has caído en manos de los que bendicen las cadenas.

GANDHI: Y aún siguen siendo legión en la tierra. Escucha cómo cantan loas a los tiranos

Demasiado conocido es el chasco que les ocurrió a nuestros Primeros Padres: renunciaron a inenarrables delicias antes de aceptar la imposición de no comer manzanas. Por muy sabrosas que fueran estas frutas en el Paraíso, no se comprende, a primera vista, semejante capricho; tampoco comprendemos que miles de pensionistas del "Paraíso Soviético" huyan diariamente, abandonando las delicias inefables de que gozan por tratar de comer algunas frutas prohibidas que allí abundan. Y lo más extraño del caso es que entre los cientos de miles de fugados se cuentan por cientos angelicales policías encargados de custodiar las altas murallas de acero que circundan el Edén creado por Lenin.

Está escrito que los descendientes de Adán y Eva, por atavismo, también elegirán la libertad.



Esta fotografía que se hizo tomar Pablo Neruda y en que aparece con aspecto de presidiario, la difundió por todas partes del mundo. Yo la tomé de un diario brasileño; al pie decía que Chile era un solo "campo de concentración" y que en este miserable estado se encontraba el más grande poeta del habla castellana. El engaño es frecuente por parte de los propagandistas soviéticos, Ilya Ehrenburg, al regresar a Rusia después de haber visitado los Estados Unidos, no tuvo el menor escrúpulo - con la intención de hacer aparecer a los yanquis como unos repugnantes mercaderes - en declarar que había visto en el Rockefeller Center un colosal Cristo crucificado en que el letrero "INRI" había sido substituido por otro que decía "Coca-Cola". Neruda y Ehrenburg son los "estajanovistas" del engaño y ambos recibieron el Premio Stalin.



RESUELTO EL ROMPECABEZAS

EL MUNDO: - Nunca creí que este par de piezas ajustaran a la perfección. (25 de febrero de 1949)

43. De cómo "Vivo el Ojo" identificó al "Chute Varas" por una caricatura
Estando mi mujer en sus últimos meses de embarazo, llegó un día a nuestra casa un muchachón modestamente vestido, que se presentó diciéndome:

- Soy Varas: nos sentábamos en el mismo banco en la clase de "El Negro Villegas"... ¿Te acuerdas?

- Claro - le respondí. Tu padre tenía un despacho en la calle Maipú... Y continuamos haciendo recuerdos de la niñez.

- He venido a pedirte, en nombre de nuestra vieja amistad, que me ayudes. Como ves - me dijo, mostrándome su gastado traje, no estoy en buena situación. Si pudieras obsequiarme alguna ropa, te lo agradecería.

Varias veces el amigo Varas volvió a casa y siempre recibió mi ayuda de acuerdo con mis modestos recursos.

Un día mi mujer me dijo que sentía una repugnancia instintiva por Varas.

- Estoy segura de haberlo visto espíandote desde la puerta de una casa vecina.

Tengo el presentimiento de que está tramando algo.

Después de la escena de las mariposas, atribuí las observaciones de mi mujer a su estado y no les di mayor importancia.



El criollísimo detective Amador Lizana ("Vivo el Ojo"), terror de los hampones santiaguinos.

Pero una tarde, al regresar a casa, me sorprendió ver en la puerta de calle un compacto grupo de personas. Al interrogarlas, me respondieron que el tercer piso había sido asaltado.

Volé escaleras arriba y encontré la casa llena de agentes de la "Secreta". Por suerte mi esposa había pasado ese día en casa de su madre. Los asaltantes, después de golpear a la muchachita que nos servía, la metieron amordazada en la tina de baño.

Al regresar mi mujer se encontró con esta desagradable novedad y la denunció a la Sección de Seguridad. La casa había sido virtualmente desmantelada, sirviéndose los maleantes de nuestras propias maletas para acarrear toda la ropa y servicio de plaqué.

Estaba a cargo de la pesquisa Amador Lizana ("Vivo el Ojo"), que era el mejor detective de su tiempo. Había interrogado a la empleada, y ésta le había declarado que un amigo del patrón, el señor Varas, junto con dos sujetos, eran los autores del asalto.

-¿Cómo es el nombre de Varas? - me preguntó Lizana.

- No tengo la menor idea - le respondí.

- Malo está - dijo "Vivo el Ojo"- . Hay cientos de Varas prontuariados. ¿Podría hacerme una descripción de su persona?

- Más que eso - le respondí -; voy a intentar hacerle su retrato.

Y sacando mi lápiz, tracé en un papel la cara de mi depravado compañero de colegio. Fue tan grande el esfuerzo mental que hice para reconstruir su rostro, que me quedó "hablando". Al mostrárselo al "Vivo el Ojo", éste exclamó con satisfacción:

-¡Es el "Chute Varas"! Precisamente hay una orden de detención contra él por estafa. Este carajo es maricón y sé dónde encontrarlo.

A la mañana siguiente, el "Chute Varas" fue detenido junto con sus cómplices.

Le quitaron los boletos de empeño de las prendas que nos había robado, y después de un "hábil interrogatorio" declaró que su intención había sido despojar a mi señora de unos aros de brillantes que le habían llamado la atención.

Gracias a Dios, el ruin compañero, cuyas visitas a mi casa tenían por objeto estudiar el terreno, no acertó en sus propósitos. Fácil es imaginar las consecuencias que habría tenido en mi mujer y mi futuro hijo el procedimiento empleado por tales badulaques con nuestra sirvienta.

44. En una prensa a cinco colores puse a don Arturo de oro y azul

Una tarde recibí la visita de Jenaro Prieto. Venía a nombre del director de "El Diario Ilustrado" a ofrecerme la dirección artística del diario.

- Tenemos una prensa a cinco colores en que puedes lucirte - me dijo mi recordado amigo, dando una chupada a su pipa y ladeando la cabeza en espera de mi respuesta.

Una semana después estaba yo desempeñando mi nuevo puesto. Mi trabajo consistía en ilustrar los cuentos de las ediciones dominicales.

Yo veía las posibilidades que me daba la prensa a cinco colores, la única existente en Chile, para hacer vistosas caricaturas políticas; pero el presidente de la empresa, don Arturo Lyon, se oponía alegando que temía que el diario cayera en el "pasquinismo".

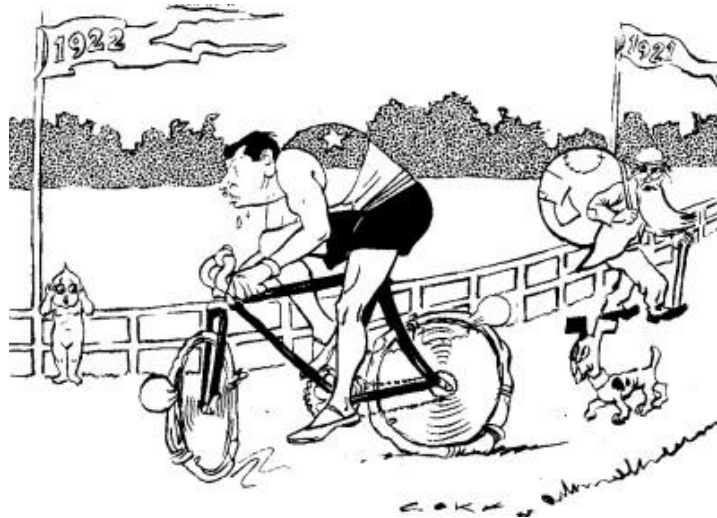
Como yo viera que "El Diario Ilustrado" descargaba sus baterías gruesas y livianas contra su vecino, el Presidente Alessandri (en ese entonces "El Diario Ilustrado" ocupaba el actual edificio de la Intendencia, frente a La Moneda), terminé por imponer mi plan y empecé a pegarle al gobierno a todo color. El tiraje de la edición dominguera se triplicó y yo también fui aumentando mis estipendios hasta llegar a ganar tanto como el propio director, don Rafael Luis Gumucio.

Coke: Ahora tú, que te toca a ti



ANTE LA TUMBA, EL VIUDO INCONSOLABLE: -¡Tanto que la quería, y cuán poco me ha durado! (30 de octubre de 1921.)

Vuelvo a ceder el espacio que continúa a mi hermano siamés. El les hará ver algunas de estas caricaturas que dan una idea de lo que fue el primer período presidencial de don Arturo.

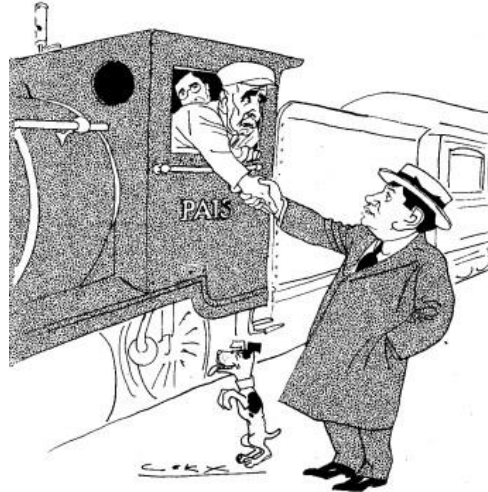


LOS CINCO AÑOS CICLISTAS

EL AÑO NUEVO: -¡Papá, papá! Parece que el ciclista no va a llegar a la meta...

EL AÑO VIEJO: - Milagro será que llegue, si ya en el primer kilómetro le van fallando las dos cámaras y lleva chueco el gobierno... (1° de enero de 1922.)

El 11 de septiembre de 1924 esta caricatura fue reproducida en el diario con la siguiente leyenda: UNA PROFECÍA GRAFICA. "Cómo se ha visto, el ciclista no llegó a la meta, a pesar de haberse fabricado dos cámaras nuevas. Es que el gobierno siguió chueco y las cámaras resultaron peores."



EN LA ESTACIÓN.

Al descender en la Estación Mapocho, el señor Alessandri, siguiendo su costumbre, estrechó la mano al maquinista y lo felicitó por la buena conducción del convoy. (De la prensa de todos los días.)

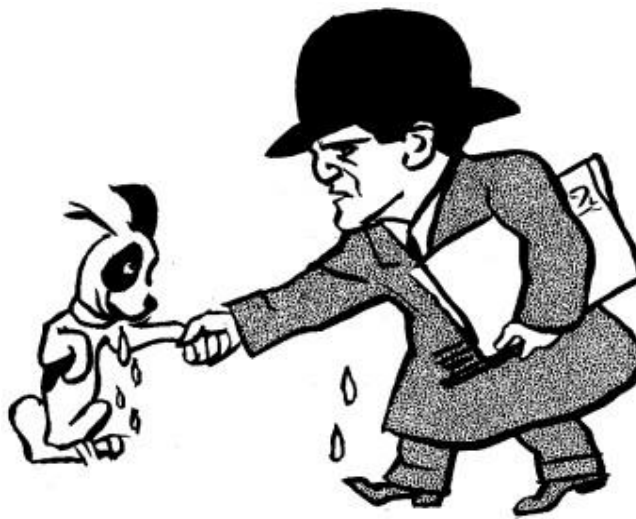
SU EXCELENCIA: - Lo felicito, compañero maquinista, (don Ismael Tocornal), por no haberse adherido al paro general, a pesar de la invitación que, en el Congreso, le hicieron los radicales. (19 de febrero de 1922.)



TERREMOTOS POLÍTICOS: -¡Ya no se puede gobernar! El próximo "Gabinete" lo construiré de cemento armado... (3 de diciembre de 1922.)



- Oigo ruido de cucharas...
- Siente rumor de sables... (7 de septiembre de 1924.)



DESPEDIDA. "Nuestro dibujante Coke se despide del que durante tres años y nueve meses fue el inspirador principal de sus ingeniosas caricaturas.

("El Diario Ilustrado", 14 de septiembre de 1924.) En su primera presidencia, Alessandri poseía un vulgar fox-terrier, que obedecía al nombre de "Tony". Cuando don Arturo gobernó con la derecha, su perro regalón era el aristocrático danés llamado Ulk. Estos perros simbolizaron las diferentes ideologías de don Arturo."

Don Arturo y el médico chino.

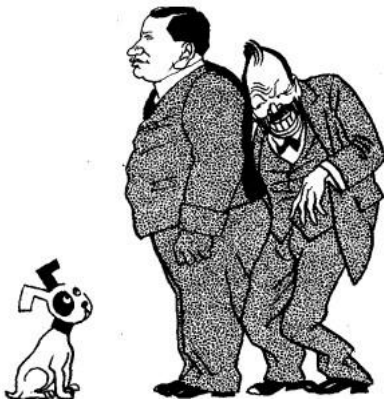
Estaba yo una tarde pensando cómo tomarle "la onda" a don Arturo, cuando recibí un llamado telefónico. Era un amigo que me informaba que S. E. estaba siguiendo un tratamiento con el médico chino, exótico personaje muy popular en esos tiempos.

Inmediatamente eché a funcionar "el mate" hasta plasmar la idea del mono adjunto. No se crea que las caricaturas le caen a uno listas, con lectura y todo: cada una representa un largo proceso de asociaciones de ideas. Para concebir esta de don Arturo empecé por recordar cuentos chinos y me vino a la cabeza uno en que un cliente atacado de una enfermedad sumamente social iba a consultar al doctor Chu, quien, después de hacerle un minucioso examen en el órgano afectado, le decía a su cliente: *"No tiene lemedio, décalo pa meal"*.

Basado en este cuento, llegué a concebir la caricatura que tanto éxito tuvo, que hasta el propio don Arturo me mandó sus felicitaciones por intermedio de un edecán militar. Por supuesto que nunca se supo el origen de la caricatura, pues ésta es la primera vez que lo revelo.

Amigos de don Arturo me contaban después que cuando el León reconocía alguna de sus equivocaciones, repetía la frase que yo le había colgado al chino después de examinarlo: *"Cabecha mala no tiene lemedio"*.

EL DIAGNOSTICO DEL DOCTOR CHINO



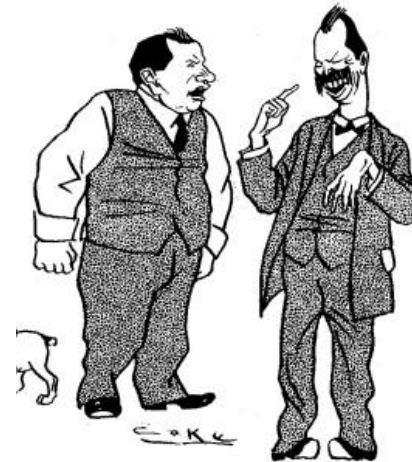
Pulmones ben buenos.



Colazón muy filme.



Galganta más filme.



Cabecha mala no tiene lemedio. (6 de abril de 1924.)



Doble usted el papel por las líneas de puntos, de manera que "el enviado" y el militar se abracen, y obtendrá la historia de las últimas revoluciones chilenas...

NOTA: Recomendamos guardar este dibujo por si hubiera que desdoblirlo nuevamente... (10 de febrero de 1925.)



Así queda el dibujo después de tantos dobleces... (Fue una de mis caricaturas proféticas.)

Y así continuó la animada política en dibujos animados...

El coronel Carlos Ibáñez del Campo se inicia como comparsa y termina por "robarse la película".



*PAÍS: -¿Por qué han echado a los médicos? ¿Qué me están haciendo?
IBÁÑEZ: - ¡Cállese! ¿Que no ve que le estamos colocando de nuevo los tumores que le habían extirpado esos matasanos? ... (8 de febrero de 1925.)*

Cuando el director de "El Diario Ilustrado" me ordenó hacer esta caricatura, que fue la primera en que aparecía don Carlos Ibáñez y a quien yo no conocía ni de nombre, el archivo del diario me facilitó una mala instantánea del coronel.

¿Cómo será este caballero? - le pregunté.

- He oído decir - me contestó - que es revolucionario centroamericano. Dibújelo con un sombrero mexicano...



*DON ARTURO: - Cuando lleguemos al letrero, tomas tú el gobierno, Armando.
DON ARMANDO JARAMILLO: - ¡No hables tan fuerte, Arturo, que pueden oír los de atrás!... (27 de septiembre de 1925.)*

Empleados Públicos Suprimidos por Economía



EN REÑACA. ¿Estaré yo también? (13 de marzo de 1927.)

UNA PARTIDA DE ROCAMBOR



DON EMILIANO: "Renuncio".

CAPITÁN FROEDDEN: - Pero, don Emiliano, que ¿no tenía espaditas también? (10 de mayo de 1927)

LA ELECCIÓN DE HOY



-¿Por cuál de estos candidatos voy a votar vos? (22 de mayo de 1927.)

NOTAS SOCIALES



Enlace Ibáñez del Campo - Constitución del Estado.

El sábado 21 del presente; en el templo de las Leyes, se efectuó, con gran solemnidad, este esperado matrimonio. Concurrió a la celebrada ceremonia todo nuestro mundo social. (29 de mayo de 1927.)

45. Ilusionismo y Totalitarismo, "ismos" con los mismos trucos

Uno de mis hobbies desde niño fue la prestidigitación y el ilusionismo. Más tarde, y gracias a mi amistad con famosos "magos" que vinieron en jiras internacionales, pude perfeccionar algunas pruebas más o menos espectaculares.

En circunstancias en que el famoso ilusionista norteamericano Mr. Raymond actuaba en Santiago, fue solicitada mi cooperación para integrar un programa de variedades que con fines benéficos habían organizado los periodistas.

Mi número figuró como ejecutado por "El Huaso Raimundo", y como coincidía la fecha de la función con el "Día de los Inocentes", me propuse jugarle al público algunas bromas.

A pesar de ser The Great Raymond un tipo buen mozo, reconstruí sobre mi cara, gracias a una magnífica peluca y apropiado maquillaje, una imitación tan perfecta de su persona, que el público, cuando me vio aparecer en el escenario del Victoria, hablando con el acento del famoso ilusionista, creyó en un principio que era Raymond en persona a quien tenía delante.

Álvaro Puga se disfrazó de mujer y logró asemejarse bastante a "Litzka", la esposa de Raymond, que le servía de ayudante.

Para ejecutar mi primer número solicité de un caballero de la platea su sombrero. Parodiando a mi maestro, vacié en su interior dos huevos, aceite, mostaza, harina y sal. Una vez que revolví estos ingredientes con mi varita mágica, prometí al público que en algunos segundos más haría aparecer una tortilla. ¡En estos días, lo más difícil de la prueba habría sido comprar los huevos y la harina! Pedí a "Litzka" un frasquito con alcohol, cuyo contenido derramé dentro del sombrero, y después de pronunciar algunas palabras cabalísticas, lo dejé sobre la mesa y le encendí un fósforo. Bastaron algunos segundos para convertirlo en un montón de cenizas, las mismas que le fueron devueltas en una bandeja a su dueño con la tradicional tarjeta usada los días 28 de diciembre:

*Herodes mandó a Pilatos,
Pilatos mandó a su gente:
"El que presta en este día
pasará por inocente"...*

El público celebró la broma con una ovación y estruendosas carcajadas; no así el propietario del sombrero, que, me olvidé decir, había tenido la gentileza de facilitarme un finísimo y flamante jipijapa.

Yo alternaba en mi programa pruebas auténticas con otras parodiadas, como la del sombrero, y números de auténtico hipnotismo.

Fue para mí una experiencia muy interesante comprobar la reacción del público ante los trucos, tan ingeniosos como sencillos, de que se valen los ilusionistas para engañarlo.

Es increíble cómo la voluntad de los espectadores se va anulando hasta convertirse en un solo ser, carente de personalidad, predispuesto a ver todo lo que se le insta a ver.

El éxito de las pruebas, en gran parte, se debe a que los asistentes no se comunican entre sí sus impresiones, mientras el manipulador se lo habla todo. Llegué a la conclusión de que se produce el mismo fenómeno observable en los regímenes totalitarios: al amordazar la prensa, radio, etc., y echar a andar el Ministerio de Propaganda, el dictador queda en iguales condiciones que un ilusionista. Ambos, desde su pomposo escenario, dominan sin dificultad a la masa, que termina por creer todas las paparruchas que le gritan.

También en estas funciones, individuos pagados por la empresa toman colocación en la platea y galerías, en calidad de cómplices, induciendo a los demás espectadores a caer en el engaño.

Este fenómeno lo observé en toda su extensión cuando ejecuté el juego de las argollas. El manipulador entra en el escenario con nueve aros metálicos. Los engarza con gran facilidad y hasta forma una cruz con las argollas. Les pasa a los espectadores parejas de argollas enlazadas que éstos se afanan inútilmente en desenganchar.

El famoso prestidigitador que me enseñó este truco me hizo jurar que jamás lo revelaría.

Sin embargo, me atrevo a decir, sin temor a romper mi juramento, que su asombroso resultado se debe al efecto de un encadenamiento de actos meramente psicológicos sin la intervención de recursos mecánicos. Desde el primer movimiento que el ilusionista hace al entrar en el escenario con las argollas, todos los siguientes están calculados para provocar una paralización mental destinada a producir la espectacular ilusión de que las argollas se desintegran en ciertos puntos, para

engarzarse o desengancharse frente a las mismas narices de los asombrados espectadores.

El ilusionismo es muy recomendable en el teatro; no así en la política. Los países que se distraen, como está sucediendo con alarmante frecuencia en los últimos años, terminan por caer en manos de un ilusionista o dictador. ¡Y la función da para largo! porque siempre está por realizarse la ilusión de un nuevo plan quinquenal, truco ingenuo, pero de gran eficacia para mantener en expectación a los cándidos que pagaron su entrada para ser engañados.



¡Parece que se les ha pasado la mano, señora!

46. Impresiones de mi primer vuelo en aeroplano

El jefe de crónica del diario, mi viejo amigo Juan Livingstone, me llamó una vez para pedirme que al día siguiente, con motivo de celebrarse no sé cuál aniversario de la Escuela de Aviación, fuera a "El Bosque" a tomar unas impresiones del vuelo en "aeroplano", como entonces se les decía a los aviones.

Temprano y armado de una Kodak, me presenté a la mañana siguiente en el campo de aviación militar.

Era la época heroica en que cada piloto anhelaba cruzar los Andes.

En el casino me topé con "El Chute" Díaz Garcés, quien después del cuarto whisky empezó a proponerme que nos tiráramos el salto "p'al otro lado".

A medida que bajaba el nivel de la botella subía nuestro entusiasmo; y yo, olvidando que era padre de familia y animado por mi indiscutible espíritu periodístico, acepté. "¡Qué lindo golpe para "El Diario"! ", pensaba.

"El Chute" llamó a su asistente, y con mucho sigilo le comunicó nuestro proyecto, ordenándole que llenara a full el estanque de gasolina de su máquina. Cuando íbamos en camino hacia el hangar fui llamado por el general Contreras, director de la Escuela de Aviación, quien me dijo en forma terminante (yo no sé si alguien le sopló nuestro proyecto):

- Usted ha venido a tomar unas impresiones de vuelo. No tengo inconveniente; pero no volará con el teniente Díaz, sino con el mayor Pinkerton, el que viene aterrizando; es un instructor británico.

Y le ordenó a su ayudante que me acompañara al avión.

Apenas trepado al biplano, y sin recibir instrucción alguna, el piloto hizo zumbir los motores y partimos. Miré hacia abajo: ya íbamos como a cien metros de altura. Mr. Pinkerton empezó a ascender en espiral y en una curva me sentí desplazado del asiento. Como viera una estaca frente a mí, pensé que sería para sujetarse. Me aferré fuertemente a



ella, pero al inclinar el cuerpo para mirar hacia abajo, el aeroplano hizo los más extraños movimientos de acrobacia. Después me contaron los de tierra que creyeron que el gringo se había vuelto loco, pues no comprendían cómo a un pasajero que volaba por primera vez y al que ni siquiera se le había puesto el cinturón de seguridad se le sometiera a tales maniobras. El piloto se volvía de vez en cuando hacia mí, me gritaba algo que yo no le podía entender debido al ruido del

motor, y yo, pensando que deseaba ver si estaba asustado, soltaba una mano de la estaca para saludarlo y demostrarle que me sentía feliz con sus vols piqués y "tirabuzones".

"Lo que desea el gringo éste -pensé- es hacerme sentir la sensación del vuelo en su más alta intensidad." Yo no tenía ningún temor, porque sabía que Mr. Pinkerton era un diestro piloto. Sólo experimentaba un cosquilleo en el bajo vientre, casi voluptuoso, semejante al que siendo niño sentía cuando me columpiaba excesivamente fuerte. Era sorprendente ver cómo el paisaje quedaba repentinamente patas arriba y la cordillera de los Andes giraba hasta quedar en posición vertical.

En una de estas piruetas, pasamos casi rozando las alas de otro avión. Solté el palo de que iba tomado con el objeto de sacarle una fotografía, y riéndome pensé que el gringo se había chasqueado si lo que quería era asustarme.

En el tiempo que me tomó el cambio de chasis el piloto picó la máquina y en algunos segundos nos encontramos en tierra.

Poco duró mi felicidad. Mr. Pinkerton se sacó los anteojos y empezó a vociferar en su media lengua, hecho un energúmeno:

-¡Me ha tomado el bastón! - me gritaba.

A todo esto muchos de los visitantes y oficiales empezaron a correr hacia nosotros hasta rodearnos. Uno le dijo al mister que no debía haber hecho "la hoja seca" con un pasajero que volaba por primera vez.

-¡Qué bojo seco! - bramaba el gringo. Este hombre me tomó el bastón de doble comando y ha estado piloteando el avión todo el tiempo. ¡Casi nos estrellamos con el capitán Urrutia, que andaba en el aire!

Entonces vine a comprender de la que me había librado. Si no es por la dificultad que tuve en cambiar la placa fotográfica, en que le di tiempo al piloto para aterrizar, no creo que podría estar hoy contando el cuento.

47. La historia de la pila de La Moneda y un vaticinio de Madame Michaud

Cuando mi hermana Raquel llegó esa mañana a casa, se sorprendió al ver los cajones de los muebles vaciados y los libros caídos por el suelo. Parecía que un

tornado hubiera recorrido las diversas dependencias de la casa, desbaratándolo todo.

-¿Qué ha pasado? - me preguntó, y mirándome a los ojos me dio a entender que mi expresión no era la de un hombre normal.

- No me he acostado - le respondí -. El director de "La Nación" me entregó ayer, para ilustrarlo, un artículo de Aurelio Díaz Meza, con la recomendación de no perderlo, y mira, me he pasado la noche buscándolo y no aparece. Hoy debo entregar el artículo con sus ilustraciones y no tengo valor para decir que lo he extraviado.

Mi buen amigo Aurelio Díaz Meza describía en él la historia de una pila de la época de la Colonia, que acababan de instalar en el primer patio de La Moneda. Había estado un día entero metido dentro de ella descifrando las inscripciones que en forma de espiral hay en una columna de bronce. De tanto dar vuelta alrededor de ese tornillo de letras, Aurelio había sufrido un vahído. ¡Y yo, después de las recomendaciones, había extraviado el manuscrito!

- No me acosté anoche por buscarlo - continué explicándole a Raquel -, y como ves, no he dejado rincón por registrar.

- Iremos inmediatamente a casa de Madame Michaud - me propuso mi hermana -. Es una clarividente maravillosa. No hace mucho descubrió un robo de joyas que me hicieron. Todas fueron halladas en el baúl de una de las empleadas, tal como ella lo predijo.



Doña Julia Lara de Michaud, la Madame de Thébes chilena, fue invitada a París por el Instituto de Estudios Metasíquicos de Francia: Allí permaneció un año, corriendo todos sus gastos por cuenta de dicha institución. En Santiago su consultorio era frecuentado por destacados políticos y personalidades de nuestro gran mundo social.

Media hora más tarde estábamos en la consulta de la famosa pitonisa. Después de caer en trance me dijo que el artículo estaba entre las páginas de un libro que había en un estante del escritorio.

- No, señora - le respondí bruscamente -; ya he vaciado mis estantes, y el artículo no aparece.

Muy desilusionado, hice ademán de levantarme, cuando ella me retuvo diciendo:

-A mediados de febrero próximo - estábamos en septiembre- hará usted un viaje al extranjero. Después de un tiempo recibirá una triste noticia: un miembro muy cercano de su familia fallecerá inesperadamente.

Convencido de que estaba frente a una embaucadora, me retiré después de pagarle la consulta, más amargado de lo que había llegado. ¿Qué esperanzas podía tener yo de viajar al extranjero, siendo que mi situación económica apenas me permitía ir de vez en cuando a San Bernardo, a la quinta de mi hermana Emma?

Decidí pedirle a Díaz Meza que repitiera el artículo, a lo que mi viejo amigo accedió. Y esa tarde me presenté en la oficina del director con el trabajo, como si nada anormal hubiera ocurrido. Los meses pasaron y la película que yo estaba rodando bajo el título de "La Calle del Ensueño", y que debía ser enviada a la Exposición Internacional de Sevilla, fue estrenada con bastante éxito.

Pero en esos días llegaban a Chile las noticias del invento del cine hablado, que venía a revolucionar la industria en los momentos en que nosotros habíamos hecho un esfuerzo enorme para ponernos a la cabeza de la cinematografía en Sudamérica. Discutí el problema con mi cuñado Pablo Ramírez, Ministro de Hacienda del Gobierno del general Ibáñez, y poco tiempo después me avisó que se había decidido enviarme a Hollywood, a estudiar los secretos del cine hablado. Iría con un sueldo de trescientos dólares, con la obligación de enviar dibujos y artículos, además de atender diversos encargos para el diario.

El vaticinio empieza a cumplirse.

El Presidente Ibáñez me invitó a su despacho y, al despedirse, me hizo prometerle solemnemente que no aceptaría ningún puesto en los Estados Unidos, pues no debía olvidar que mi viaje era costeadado con dineros públicos.

Llegó el día de embarcarnos y grande fue mi admiración al comprobar que la fecha coincidía con la vaticinada por Madame Michaud¹⁵.

Fue entonces cuando empezaron mis tormentos al recordar el otro vaticinio: un pariente cercano moriría después que yo saliera de Chile.

El viaje a Nueva York lo hicimos alegremente en compañía de varias familias chilenas, en un barco de la P.S.N.C¹⁶. Jorge Lake, que había sido profesor de inglés en la Escuela Militar, me hacía todos los días clases de este idioma. Yo estaba muy lejos de dominar la lengua de Shakespeare, y todos se preparaban para presenciar mi primera conversación en inglés al pisar los muelles de Nueva York. Un funcionario de la Aduana fue el primero que se me acercó y, ¡oh capricho del destino! ¡Mi interlocutor era tartamudo! Esto produjo una carcajada incontenible del grupo de chilenos que deseaban ver cómo me las iba a arreglar en mi primera conversación. El hombre se molestó, creyendo que se mofaban de su defecto, y fuimos los últimos en ser despachados.

48. Me fue imposible salvarle la vida a Taft.

¹⁵ Al encajonar mis libros, durante los preparativos para el viaje, el artículo perdido apareció, tal como me lo había dicho Madame Michaud, escondido entre las páginas de uno de ellos.

¹⁶ Pacific Steam Navigation Company.

Confección de un letrero luminoso

Los diarios de Estados Unidos publicaban boletines dando cuenta del grave estado en que se encontraba el ex Presidente Taft. Era éste un viejo de aspecto jovial, a quien yo había tenido que dibujar muchas veces. Cuando en Chile la salud de algún personaje inspira temor, el director del diario llama al dibujante y le ordena preparar un clisé, con orla de luto, del agonizante, para tenerlo a mano en caso de que fallezca a medianoche. También se toma la precaución de componer su biografía, dejando en blanco la fecha y hora del deceso.

En esa época se me había ordenado varias veces hacer el retrato del arzobispo monseñor Crescente Errázuriz, y como cada vez que yo terminaba mi trabajo, monseñor experimentaba una notable mejoría, llegué a creer que mis dibujos les traían buena suerte a los moribundos. En mi deseo de hacer algo por prolongar la vida de Mr. Taft, me encerré en el cuarto de mi hotel y dibujé su retrato; pero esta vez, adornado con una doliente silueta del Tío Sam, con su sombrero rayado en una mano y un ramo de flores en la otra.

Llevé el dibujo a las oficinas de King Feature Syndicate, una de las más importantes distribuidoras de artículos y dibujos, y, no sin temor, hice entrega del retrato a un señor que se me presentó con el nombre de John Brogan. A través de las vidrieras yo veía cómo el dibujo iba recorriendo las diversas dependencias de la complicada organización. Por las expresiones con que mi trabajo era examinado, colegí que estaba siendo bien recibido. Efectivamente, algunos minutos después Mr. Brogan regresó sonriente y me dijo:

- Su dibujo ha sido aceptado; puede pasar a la caja a pagarse.

Y después de pedirme el nombre del hotel en que yo pernoctaba, se despidió muy amablemente.



Al día siguiente, mi dibujo apareció en la primera página de doscientos veinte diarios de los Estados Unidos. Desgraciadamente no sirvió, como en el caso de don Crescente, de antídoto a la muerte, pues Mr. Taft había dejado de existir esa noche. Temprano fui llamado por Mr. Brogan a su oficina.

- Como usted ve, su trabajo ha tenido mucho éxito y el presidente de nuestra organización, Mr. Connolly, me ha pedido que lo cite para ofrecerle un puesto importante en King Feature Syndicate.

Mr. Connolly me felicitó por mi ocurrencia de haber dibujado anticipadamente el retrato de Taft y la forma tan latina de "graficar" el duelo con que el pueblo de los Estados Unidos recibía la triste noticia de su fallecimiento.

- Tengo el placer - continuó Mr. Connolly - de ofrecerle el puesto de segundo dibujante de nuestra empresa, con un sueldo de mil dólares semanales.

- En ese momento se abrían para mí las puertas del éxito. Eso significaba la fortuna y la fama... Pero yo no había olvidado la promesa que le hice al Presidente de Chile cuando me despidió; y con la voz cargada de emoción le respondí:

- Le agradezco muy sinceramente su oferta, señor; pero yo he venido enviado por mi gobierno, lo que me impide aceptar puestos que distraigan el programa que se me encomendó.

No pasó mucho tiempo sin que tuviera ocasión de ver que mi actitud había sido tan ingenua como lo fue en aquel lejano día que le entregué mi alcancía a un desconocido para que se la llevara a mi tío Eduardo. El tiempo pasaba y "La Nación" no me mandaba mi sueldo.

Como se me había encargado comprar un letrero luminoso, semejante al que todavía funciona en "Times Square", para ser colocado en el frontis del nuevo edificio de "La Nación", averigüé quiénes lo habían construido.

Los ingenieros norteamericanos hicieron los estudios correspondientes, basándolos en los planos del edificio de "La Nación" que había llevado de Santiago, y deseando dar solemnidad a la entrega del trabajo que les había encomendado, me ofrecieron un banquete en uno de los clubes más importantes de Nueva York.

Metí los planos y presupuesto en un tubo de cartón y los mandé a las oficinas del diario, en Santiago, por correo certificado. Dos semanas después, los ingenieros me llamaron para preguntarme si había recibido respuesta de Chile.

- Todavía no, señores - les contesté -. Deben estar estudiándolos. Como transcurriera otra semana, me volvieron a llamar, pero la Gerencia de "La Nación" no contestaba. Las llamadas de los ingenieros se repetían cada vez con más frecuencia, y yo no encontraba palabras para explicar el silencio de mis jefes. El tiempo pasaba y no me contestaban cables ni cartas. Resolví desaparecer de Nueva York para seguir viaje a Washington

Un gerente de banco que, no haría carrera en Chile.

La semana anterior a nuestra partida había puesto a remate mis muebles, libros, etc. No tenía dónde guardarlos y pensé que no estaría de más llevar algún dinero. El cambio se cotizaba en ocho pesos por dólar y habíamos juntado cuatro mil dólares, que deposité en una de las sucursales del National City Bank, próxima a nuestro hotel. La víspera de nuestra partida al oeste deseé retirar mi dinero; pero llegué al banco cuando estaba cerrado. Toqué el timbre de la puerta de calle y me la abrió un policía del banco, a quien le manifesté mis deseos de hablar con el gerente. Era éste un caballero de pelo blanco, tez coloreada saludablemente y con una expresión de bondad reflejada en sus ojos azules. (Lo encontré muy parecido a don Gustavo Helfmann; con frecuencia se topa uno en el extranjero con personas muy semejantes a sus amigos y amigas chilenos.)

Le expliqué mi situación:

- Debo cancelar varias cuentas, pues mañana partiré al oeste.
- Las cajas están cerradas - me respondió; pero yo puedo cambiarle su cheque.
¿Cuánto necesita?

- El saldo de mi cuenta son tres mil doscientos dólares - le contesté.
- Haga el cheque - me dijo, sacando del bolsillo su cartera. Se lo pagaré con mis fondos personales, siempre que alcance a tener esa suma - y fue contando los billetes hasta completar la suma. Ha tenido suerte, amigo; por una rara casualidad llevo bastante dinero en mi cartera.

Me quedé admirado de su bondad y de la confianza que yo le había inspirado al entregarme una apreciable suma de dinero sin comprobar el estado de mi cuenta ni verificar mi identidad. Estoy seguro de que en Santiago ningún gerente de banco, a pesar de ser yo algo más conocido en Chile que en los Estados Unidos, habría

procedido en esa forma. La mayoría de los yanquis son confiados, porque creen en la sinceridad de los demás.

Mucho me temo que debido a esta cualidad, Mr. Roosevelt haya sido "echado al saco" en la reunión de Yalta.

49. "El Potro" de Saa Silva me juega una mala pasada

- Te invito mañana a almorzar en la Embajada - me dijo Carlos Dávila, nuestro brillante y activo representante en Washington, mostrando el perfecto teclado de sus dientes; tengo convidados a la hija de Louis B. Mayer, jefe ejecutivo de la Metro-Goldwyn-Mayer, y a su esposo, el famoso productor Selznick. Vienen de Europa en viaje de luna de miel.

Al día siguiente estaba yo sentado a la mesa del embajador. Herminia Arrate de Dávila, con la delicadeza propia de su espíritu, nos hacía los honores de la dueña de casa.

Los Selznick, que representaban el máximo poder en el Imperio del Celuloide, escucharon con interés mi ambicioso proyecto: instalar en Santiago la sede del cine hablado en castellano.

- Chile - les explicaba - es un enorme set natural; posee los paisajes más variados y hermosos. Nuestro país es un verdadero vivero de artistas y Santiago está a la misma distancia del Ecuador que Hollywood..., y por algo Hollywood, dentro de la enorme extensión de los Estados Unidos, fue elegido como centro cinematográfico. Cuando el cine era mudo, no podíamos pensar en competir con ustedes, pero el advenimiento de la palabra hace posible que nosotros produzcamos las películas en castellano. Contamos con uno de los mercados más grandes del mundo.

Yo exponía mis puntos de vista con tal exaltación, que Mr. y Mrs. Selznick ofrecieron darme su apoyo, y al despedirme de ellos, y sabiendo que yo partía a Los Ángeles, me invitaron a visitarlos en Hollywood de ahí a dos semanas.

- Ten la seguridad - me dijo Dávila - de que te van a ser de positiva utilidad. Les has caído en gracia y cuando menos se interesan por instalar una sucursal de la Metro en Santiago.

Una de las primeras personas que conocí a mi llegada a Hollywood fue el barítono Roberto Saa Silva. Era este hombre poseedor de un automóvil digno de figurar en un museo: una vieja máquina europea que le había costado veinte dólares. Al ponerlo en marcha, después de muchos golpes de manivela, trepidaba como si estuviera atacado de epilepsia, y las intermitentes explosiones falsas de su motor hacían pensar en la filmación de una película de gánsteres.

Cuando nos impusimos por la prensa del arribo de los esposos Selznick-Mayer, Saa Silva me ofreció llevarme en su "auto" a los Estudios Metro-Goldwyn-Mayer, pues Culver City, que así se llama la localidad donde se encuentran, está a bastante distancia de Hollywood.

¡Cómo se esmeran los hados en jugarnos malas pasadas! Cuando íbamos llegando a la puerta de los estudios, un Rolls Royce insolentemente magnífico estaba tomando colocación guiado por un chofer de librea. Vi con sorpresa que en su interior venía la pareja de magnates con que había almorzado en la Embajada de Chile.

-¡Qué suerte la mía! - le dije a Saa Silva. Ya verás cómo me van a recibir...

Pero el "potro chúcaro" de mi amigo se encargó de estropearlo todo. Tal vez Roberto se puso nervioso ante la proximidad de tan empingorotados personajes; lo cierto del caso fue que, con los frenos fuera de control y el motor trepidante, se abalanzó sobre el Rolls Royce. El chofer, al sentir el impacto, saltó de su asiento a increparnos. Mr. Selznick también se nos encaró, justamente encolerizado, y ella nos lanzó una mirada despreciativa en que pude traducir el pensamiento siguiente: "¿Quiénes serán estos "picantes" que tienen la audacia de colocarse junto a nosotros?"

De más está decir que jamás me atreví a volverlos a buscar.

Una coz del "potro chúcaro" había, en un segundo, echado por tierra mis sueños y tal vez el porvenir del cine chileno.



Sección 6

50. El cementerio de Hollywood y la ofrenda a Valentino

Para la tranquilidad de mi espíritu, seriamente alterado con las impresiones que ofrece la interminable travesía en ferrocarril entre Nueva York y Los Ángeles (una semana en esa época), creí prudente, de acuerdo con mi costumbre, visitar los cementerios de Hollywood. Siempre he pensado que conociendo a los muertos es más fácil entenderse con los vivos. Además, un grupo de santiaguinas románticas me habían entregado un ramo de flores con encargo de colocarlo en la tumba de Rodolfo Valentino. De ese ramo sólo quedaban algunos tallos y pétalos secos; pero aún así era un símbolo de la póstuma admiración de tantas lindas compatriotas que amaron platónicamente a "El Hijo del Sheik".

Debo haberle parecido un tipo extraño, en la estación de Hollywood, al chofer a quien le rogué me condujera derechito al cementerio; pero como allí la extravagancia es moneda de libre circulación, el hombre cumplió su cometido sin hacerme la más pequeña observación.

¿No irían los ilustres muertos de Hollywood a tentarme en su magnífica película muda? Porque, como ya lo dije, yo había ido a La Meca del celuloide a estudiar los misterios del cine sonoro, y, por un impulso de romanticismo ajeno a mi espíritu, me encontraba repentinamente donde todo es silencio. Los esqueletos de las flores que llevaba a Valentino volvieron a darme la explicación de tan insólita visita. Y con paso resuelto me interné por las calles de ese cementerio, que más parecía una cancha de golf por estar todo cubierto de parques ingleses. De trecho en trecho se alzan lápidas con los nombres de artistas que fueron famosos en su tiempo. Me parecía estar leyendo los títulos iniciales del "reparto" de una superproducción muda.

No necesité de muchas averiguaciones para llegar hasta el sepulcro de Valentino. Su arquitectura es inconfundible, de aspecto sencillo, y me trajo el recuerdo del mausoleo de nuestros veteranos del 79.

Provisto de una vieja cámara cinematográfica que adquirí en una tienda de Nueva York, me lancé a tomar la película de ese mausoleo, y cuál no sería mi espanto cuando comprobé que el ruido de matraca producido por la máquina se iba ampliando por el eco hasta sonar casi como una ametralladora. Un guardia acudió con el propósito de arrestarme; pero yo me excusé parodiando a esos gringos que se justifican diciendo: "Poco tiempo en Chile", y le hice ver que desconocía tan severas prohibiciones.



Las tablas de Moisés.

Cumplido mi sagrado encargo; me dediqué a recorrer la Ciudad del Silencio. Con paso lento me interné por las calles del cementerio hasta llegar a una colina en cuya cima se encuentra un monumento formidable que representa las Tablas de la Ley de Moisés. Es éste, acaso, el monumento más hermoso del cementerio judío de Hollywood; pero su presencia allí no me pareció adecuada y me mereció un reparo: no son precisamente los muertos

los llamados a observar las leyes de Moisés... Tal vez convendría llevarlas al corazón vivo del agitado Hollywood ...

El monumento a la vida.

Luego de contemplar algunos sepulcros famosos, me dirigí hacia el monumento "El Misterio de la Vida", que desde lejos me invitaba a una detenida contemplación.



Un morrocotudo monumento "El Misterio de la Vida"

Es lo más famoso del cementerio de Hollywood; pero la verdad es que su fama corresponde a su mal gusto. Representa un denso grupo en mármol, que da la sensación de una película en series: hombres y mujeres que se hacen el amor, frailes y monjas que se escandalizan del amor, un palomo que arrulla a una paloma, un león, una pantera, un niño, una gallina, una anciana; flores por aquí, hortalizas por allá. Total, un monumento dirigido por Cecil B. DeMille.

No se usan carrozas fúnebres.

Había ya recorrido todo el cementerio, comprobando que los muertos de Hollywood no son más felices que los nuestros, y me disponía a trasponer el umbral de su puerta, cuando la llegada de un raudo automóvil me retuvo. Grande fue mi asombro al ver que de él bajaban cuatro o cinco caballeros visiblemente conmovidos, que luego, con suma agilidad, retiraban de la caja de herramientas una urna mortuoria que más parecía un flamante frigidaire.

Mis propósitos de observación callada hubieron de ser violados. No pude menos que acercarme a un guardia del cementerio para decirle:

-¿Pero es que estos señores por economía no usan carrozas?

- No, señor; aquí no se conocen los coches mortuorios. Eso está reñido con la civilización. La presencia de carrozas es ingrata para los vivos. Lo macabro no entra en EE.UU. Los funerales deben ser ceremonias sencillas y de suma rapidez. Hay que aminorar los sufrimientos humanos; los crespones, los caballos negros cubiertos de gualdrapas, las cintas, las carrozas no sirven más que para intensificar el sufrimiento de los deudos, y eso no es humano.

Los dolientes esperan al difunto dentro del cementerio y ninguno de los inasistentes incurriría en la reprochable costumbre chilena de pedirle a un amigo que deposite su tarjeta a la salida del sepelio para quedar bien con la familia del extinto. Y es así cómo, muchas veces, en el cortejo no van más de veinte personas: sin embargo, los deudos encuentran en el buzón más de un ciento de tarjetas. ¡Es la "bolsa negra" de la amistad!



El "Funeral Service" y los muertos como vivos.

-¿Pero es que entonces ni siquiera se vela a los muertos? - no pude menos que preguntar al guardia.

- Sí, señor, se velan; pero no en la casa de los deudos. Para eso existen los *Funeral Services*, oficinas encargadas de velar a los muertos en debida forma. Allí, en cuanto reciben el cadáver, lo toman como a un vivo; lo afeitan, le cortan el pelo, le lavan la cabeza, lo maquillan, y, por último, le inyectan un líquido que los deja embalsamados por muchos años. Queda de aspecto "tan rozagante", que cualquiera lo toma por un vivo bueno y sano.

Tales revelaciones no pudieron menos que despertarme la curiosidad de ir a conocer un *Funeral Service*. Mi extrañeza llegó a su colmo al enterarme de que tan macabros servicios estaban precisamente ubicados en locales cercanos a los cabarets, teatros y cafés.

Cúpome en suerte visitar un *Funeral Service* situado al lado del Teatro Pantage. Tal como me informara el guardia, allí encontré "sirviéndose" al cadáver de un viejo que

ya estaba embalsamado. En una tarjeta que le servía para identificarlo leí su nombre: James S. Chambers. Por exigencia del empresario le toqué la oreja derecha. Tenía la carne petrificada, "garantizada por diez años".

Confieso que el sistema no fue de mi agrado. Está bien que en Hollywood extremen el maquillaje con los actores; pero es incorrecto que manden a sus muertos maquillados al *casting office* de San Pedro.

Las variedades del velorio.

Pero aún el *Funeral Service* me reservaba otras notas pintorescas, y ellas me las dio un escaparate donde había una infinidad de paquetes que parecían de esos de medio kilo de café.

-¿Y esto qué es? - pregunté al "peluquero" del *Funeral Service*.

- Cenizas de muertos que no han querido retirar los deudos por parecerles caro el precio de 10 dólares, que es la tarifa de la incineración. Las guardamos con los nombres respectivos, hasta que la trompeta que anuncie el juicio Final las saque de los escaparates.

¡Mueran las pompas fúnebres!

*"Quiero que mi ataúd
tenga una forma bizarra,
la forma de un corazón,
la forma de una guitarra."*

Ya que todos estamos condenados a muerte, lo más prudente sería que se nos preparara, desde niños, a mirar este trance como algo natural, como en realidad lo es el despojarnos del cuerpo, que bien poco se diferencia del de los animales.

A mis hijos les hablo con frecuencia de la muerte; pero refiriéndome a ella como a un paso maravilloso en nuestra evolución, como al retorno del alma a su natural estado de libertad.

- Lo extraordinariamente anormal es la vida - les digo. Fíjense cuán cortésima es si se la compara con lo que dura la muerte.

Mucho ha contribuido a hacernos mirar la muerte con pavor el deprimente aparato con que la rodean las empresas de pompas fúnebres. Los negros cortinajes de las "capillas ardientes" y las negras carrozas tiradas por potros cubiertos de gualdrapas negras deberían suprimirse. Preferiría que los tétricos ataúdes fueran cajas decoradas con vivos colores, destinadas únicamente al transporte del cuerpo al horno crematorio. El almacenamiento de cadáveres putrefactos es antihigiénico y obliga a extender el área de los cementerios en proporción atentatoria con el área vital de los vivos.

Suponer que Dios tenga dificultades para reunir las cenizas calcinadas de los cuerpos, el Día del juicio Final, es una gran herejía; para el Supremo Hacedor resolver el puzzle de armar un cuerpo con el polvo impalpable, después de mil años de haber permanecido confundido con la tierra, es tan fácil como hacerlo con los dos kilos de escorias a que queda reducido un cadáver incinerado.

Yo asistí a una cremación en el cementerio de Hollywood. El horno está en el fondo de una capilla. Después de la misa, el cajón es introducido en el horno, y los brillantes acordes de un órgano ayudan a elevar el alma de los deudos, y con seguridad la del difunto.

La ceremonia termina con la entrega de un cofrecito que contiene las cenizas del finado, el que es guardado en el mausoleo de la familia o en el nicho correspondiente.

51. Un pueblo supersticioso y un "perro muerto" de Chaplin

Puedo afirmar que no hay en el mundo entero un pueblo más supersticioso que el de Hollywood, y puedo asegurar que a merced de este defecto prosperan las más extravagantes ideas y se realizan también los más absurdos negociados. Explotando esta manía enfermiza viven cientos de magos, hechiceros y brujos, y se da un campo de acción sin límites a la nigromancia, multiplicándose a medida que los diarios y revistas van anotando mayor número de "sensacionales casos sobrenaturales". Para comprobar lo dicho, recuerdo en este momento los siguientes hechos "astrales", que conmovieron a Hollywood durante mi estada, y que no puedo olvidarlos por lo ridículos e inverosímiles:

Un nigromante que operaba con una lámpara milagrosa se presentó judicialmente contra Carlos Chaplin, acusándolo de informal y tramposo porque, según aseguraba el mago, gracias a sus hechizos había logrado Carlitos hacer fortuna, la que se había comprometido a compartir con el hechicero, haciéndole luego el más formidable "perro muerto"... La justicia recibió la causa a prueba; pero yo me vine de Hollywood antes de que se fallara si Chaplin estaba o no encantado.

Otro caso singular fue el de una niña que, según los diarios, estaba en estado cataléptico desde hacía cinco años porque su espíritu se había trasladado al otro mundo a realizar indagaciones que en fecha determinada revelaría a la atónita humanidad. Y casos como éstos se registran allí a diario, al punto de que, como he dicho, no hay quién no tenga una historia de espíritus que contar.

La bruja de mi aventura.

Intrigado con las mil aventuras que sobre hechicería me contaron o leyera durante mis primeros días en Hollywood, sentíme impulsado a visitar a alguna bruja de importancia, para verificar la efectividad de tales hechos sobrenaturales. Aconsejado por un amigo, elegí para mi visita la casa de Lupita Reyes, una vieja de origen mexicano que se había "embrujaado" porque en un mismo día se le murió el marido y un hijo perdió su fortuna, se le quemó su casa y le ocurrió otra serie de calamidades, suficientes para trastornar el más firme de los cerebros.

La casa de esta bruja era una de las más visitadas de Hollywood, y allí acudían los artistas de mayor cartel para entreabrir el velo del futuro. La particularidad de esta bruja era, según los entendidos, que tenía el poder de "materializar" los espíritus en el momento que a ella la fotografiaban en éxtasis. Como buen discípulo de Santo Tomás, quise ver para creer y le rogué que me permitiera tomarle una fotografía, a lo que accedió gustosa. Confieso que no sin curiosidad comencé a desarrollar la plancha prometedora de algo extraordinario; pero la verdad fue que cuando terminé de revelarla me encontré con una normal foto de la vieja, sin siquiera la presencia del más modesto ectoplasma.



Así apareció en la fotografía doña Lupita, acompañada de los espíritus.

No sé en qué momento se me ocurrió hacerle una broma a esta señora, y fue la de superponer en su fotografía, por medio de un sistema de doble exposición, fotos de Lon Chaney, Marie Dressler y Polly Moran, las que, retocadas y con unos sudarios que les dibujé, tenían el aspecto de reales fantasmas. Hecho este truco se lo llevé a mi bruja, quien no demostró la menor admiración ante el resultado del experimento.

- Bueno, ¿y qué? - dijo. Estos son los espíritus que hice materializarse. ¿Está ahora convencido?

Muy pronto la "voz" de este hecho sobrenatural corrió por todo Hollywood, y verdaderas romerías de gentes se trasladaron a ver la fotografía milagrosa.

Para darle más poder sobrenatural a este hecho, aconteció cierto día que el bus en que viajaba la bruja se volcó, pereciendo varios pasajeros y quedando todos heridos a excepción de ella, que no recibió ni un rasguño.

La superstición atribuyó la coincidencia al hecho de que viajaba acompañada de la foto famosa. Hollywood entero se conmovió ante la extraordinaria nueva, y mi pobre bruja, de la noche a la mañana, quedó convertida en la hechicera más popular de la Ciudad del Cine.

La triste suerte corrida por un florero.

Nos alojamos en un departamento bastante modesto en North Grammercy Place. En la noche descubrí que los norteamericanos no usaban "bacinica", tiesto que había sido desterrado desde hacía muchos años por considerarlo antihigiénico. ¡Para eso están las piezas de baño al lado de las habitaciones! Pero yo estaba acostumbrado, como todas las personas de mi generación, saber que el tiesto me aguardaba debajo de la cama, y su ausencia no me permitía conciliar el sueño. ¡Se me había producido un nuevo complejo: el de la "cantora"! Al día siguiente, al cerciorarme de que en Hollywood no las conocían ni de nombre, me dirigí a un "*Five and ten cents store*" y adquirí un florero que por su estructura me pareció adecuado para reemplazarla.

A mi regreso encontré a la *missis* dueña de los departamentos haciéndole compañía a mi mujer. Al desenvolver el florero la buena señora, poniendo los ojos en blanco, exclamó:

- *How romantic are the Latin-American people!* (¡Qué románticos son los latinoamericanos!) - y corrió a buscar un hermoso ramo de flores que ella misma colocó artísticamente en mi florero.

Desde esa noche, después de poner las flores en el lavatorio, empecé a dormir el plácido sueño de los justos.

52. Mi primer recorrido por Hollywood

Desde los balcones de mi habitación esta ciudad me dio, como primera impresión, la idea de ser los bastidores de un inmenso escenario. El continuo transitar de los "extras" de los estudios, vestidos con caprichosos trajes de época y totalmente maquillados, me ayudaba a forjarme tal impresión. Para no perderme por esas calles solicité la compañía de un pobre "extra", de nacionalidad mexicana, que desde un mes esperaba el llamado del *Casting office* (oficina de reparto) vestido de Caballero del Santo Sepulcro. No sin inquietud este hombre se resolvió a descolgarse del aparato telefónico y a servirme de cicerone. Con tan extraña compañía, que por lo demás a nadie llamó la atención, nos dirigimos a Hollywood Bulevar, o sea, la calle principal de la ciudad, equivalente a la calle Ahumada de aquí.

Como era hora del té, le rogué que me llevara a una confitería, y cuál no sería mi extrañeza cuando vi que me introducía en una botica (*Drug Store*). En esa botica todo el mundo tomaba té con pasteles, sándwiches, etc. Recordé que mi mujer me había encargado que le comprara un frasco de yodo y se lo pedí al dependiente. ¡Nuevo motivo de extrañeza! En la botica no conocían el yodo. Confieso que mi cabeza empezó a convertirse en una olla de grillos. "¿Será posible -pensé- que el yodo se venda en Hollywood en alguna confitería o heladería?"

"A mi regreso a Santiago - me dije - preguntaré a Klein si algún gringo ha llegado a su botica a solicitarle un *ham and eggs*".

Fui tan goloso en mi primera visita a la botica, que salí de ella con dolor de estómago, pero muy esperanzado de podérmelo quitar en la primera peluquería que encontrara abierta...

"Chile", una - palabra picante.

Otra de las grandes sorpresas que me llevé en mi deambular por los barrios populares de Hollywood fue cuando leí en grandes caracteres la siguiente frase:

"CHILE CON CARNE"

"¡Cuán injustos somos los chilenos con nuestros representantes consulares! - pensé; ¡nos pasamos criticando su falta de interés en hacer propaganda de nuestro país, y aquí salta a los ojos en todas partes!"

Y en voz alta rematé mi pensamiento exclamando:

-¡Siempre "el pago de Chile"!

Como el mexicano me mirara con extraña expresión, continué en tono confidencial

- Si he de ser franco, amigo, debo decirle que Chile no es un país en que abunde la carne; por el contrario, cada día descuidamos más las faenas de engorda y temo



que con el tiempo lleguemos a depender de la Argentina. (Estaba todavía muy lejano el "justicialismo" y Perón no había sido sorprendido tratando de comprar los planos de nuestras fortificaciones.)

- Siento manifestarle, "mano" - me respondió mi cicerone, que usted ha interpretado mal los letreritos. En ellos se anuncia el popular plato mexicano "chile con carne"... y si yo también he de serle sincero, debo advertirle que "chile", además de ají, tiene otro significado entre nosotros; pero me avergüenza explicárselo. Es una mala palabra, figúrese... Presumo que algo tiene que ver con aquella fálica palabra que con freudiana insistencia escriben los débiles mentales en nuestras murallas, ascensores y letrinas.



Los monumentos de Hollywood.

Cuando me di cuenta de que mi cicerone había satisfecho sus atrasados apetitos, le supliqué que me continuara acompañando en mi recorrido por esas curiosas calles. Debo confesar que lo que más chocó a mi vista en este primer paseo fue comprobar el pésimo gusto de la infinidad de monumentos gigantescos, que a manera de réclame se alzaban por todas partes.

Entre estos monumentos se destacaba uno parecido a nuestra estatua de San Martín, con un soldado cuya cabeza era casi más grande que la del caballo que montaba. Esta estatua servía de propaganda a un hotel famoso. Cerca de este "monumento" había otro que representaba un gigantesco fraile y que era réclame del tónico "El Padre". Se trataba de un vino detestable que se expendía en envase de remedio, para burlar la "Ley Seca". Este fue el vino que yo consumí durante toda mi estada en Hollywood, pero ni por este motivo de gratitud puedo recordar con agrado la antiestética escultura del pobre fraile que le servía de *publicity*.

Entre estas estatuas había una que representaba a Napoleón Bonaparte señalando una determinada ruta, y que llevaba una inscripción parodiando la frase célebre y que decía: "Por este camino se llega al Teatro Egipcio". Cuando el embajador de Francia estuvo en Hollywood, protestó de esta irreverencia y las autoridades

tuvieron que ordenar su retiro. En mi segundo viaje tuve la satisfacción de comprobar que todos esos adefesios habían sido retirados.

53. Creí que había perdido la razón cuando vi a María Magdalena almorzando con Abraham Lincoln

Mi primer día en los Metro-Goldwyn-Mayer Studios constituyó uno de los momentos estelares de mi vida.

Mi calidad de "personaje", gracias a la cariñosa recepción que me brindó la Prensa, me permitía introducirme en las diversas reparticiones de que están compuestos los estudios, acompañado por un amable guía dependiente del Departamento de Publicidad.

Fue el comedor uno de los sitios que más me sorprendieron durante la primera visita. Parecía estar asistiendo a una fantástica sesión de espiritismo en que cien espectros se hubieran súper materializado. Lo que conocemos de los actores de la pantalla es su sombra bidimensional en blanco y negro (todavía no existía el "glorioso technicolor" ni la tercera dimensión) y en el comedor los veía en forma corpórea, comiendo, charlando y riendo como simples mortales.

¡Wallace Beery hasta se escarbaba los dientes con un palo de fósforo! Solamente la Garbo se mantenía en el misterio, haciéndose llevar algunos gramos de alimento



a su camarín. Tampoco permitía visitantes en el set que le servía de escenario. Gracias a su táctica, continúa siendo un ser extraterreno.

La ilusión fantasmagórica se fue atenuando rápidamente, como todas las ilusiones que dejan de ser ilusiones, para dar paso a la grosera realidad; y después de una semana de permanencia, más llamaba mi atención una bonita "extra" que la más empingrotada de las "estrellas". Ahora me parecía estar en un baile de fantasía.

Como los artistas se sientan a la mesa con el traje y caracterización con que están trabajando; no es raro ver a Lincoln departiendo con María Magdalena o a Enrique VIII chacoteándose con sus cuatro esposas. El visitante también tiene la impresión de que los artistas, al no estar bajo el tiránico control del director, actúan con mayor naturalidad y se sienten como escolares, felices, a la hora del recreo.

En los comedores fue también donde empecé a comprender que la vida de los astros y estrellas no es tan envidiable como se cree. El peso de los artistas es controlado con severidad, y para mantenerlo constante deben someterse a estrictas dietas. Recuerdo con pena las miradas con que Joan Crawford perforaba el sabroso "bistec a lo pobre" que yo acostumbraba a servirme cuando era invitado por alguno de los jefes del estudio. Con el pretexto de mostrarles un típico plato chileno, lo hacía confeccionar en forma abundante para así poderme mantener hasta que llegara el esperado giro que debía traerme mi sueldo de "La Nación".

El trayecto al *National Bank* había llegado a serme rutinario, y cada vez que me presentaba a la ventanilla para informarme de si había llegado un giro a mi nombre, el cajero maquinalmente me respondía:

- *I am sorry, Mr. Délano. There is nothing for you, today!*

54. La impresión que se siente al besar la mano a un auténtico genio

Una tarde iba yo caminando por una de las calles de la Metro-Goldwyn-Mayer cuando me detuve frente a un grupo de personas que rodeaban a un caballero de quien sólo distinguí su enmarañada melena gris.



De su cabeza brotó como un enorme hongo la fórmula que contiene el secreto de la energía atómica: $E = mc^2$

Me aproximé y reconocí al sabio Einstein. Decenas de mozalbetes y muchachas, todos empleados inferiores del estudio, le solicitaban su autógrafo como si fuera un actor o púgil de moda.

Me abrí paso por entre los "cazadores de firmas". Siempre había sentido una profunda admiración por el hombre que en catorce carillas había resumido la teoría que echó por tierra la, hasta entonces, incorregible teoría de Newton.

Consideré una irreverencia pedirle su autógrafo; pero le tomé una mano y se la besé. Sus ojos de soñador me miraron con cierto asombro y me sonrió con gran dulzura. Debo confesar que jamás al estrechar la mano de las más atractivas estrellas sentí la emoción que me produjo el contacto del genial Padre de la Relatividad.

Me pareció, desde ese momento, comprender que el tiempo y el espacio eran el ropaje de la ilusoria Maya.

55. Las estupefacciones de Miss Catalina Jorquera

Catalina Jorquera era el nombre de la chilénísima cocinera que me di el lujo de llevar, tal vez porque tenía el presentimiento de que jamás me iba a acostumbrar a esa cocina, que es mitad frigorífico y mitad dulcería. Pero Catalina estaba triste...

-¿Qué tendrá Catalina? - le preguntaba yo a mi señora; y ella me respondía

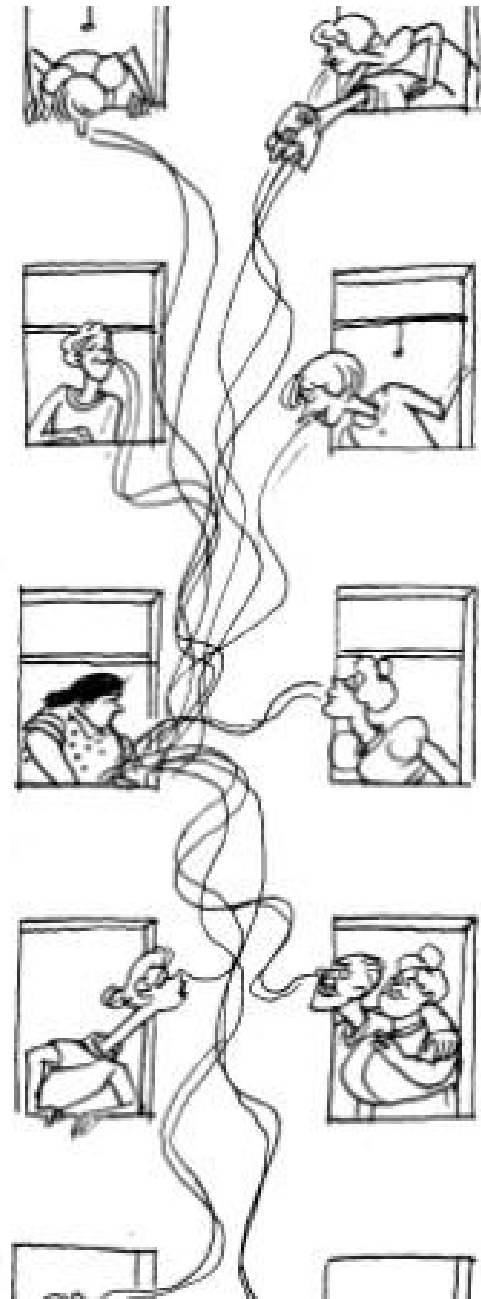
- Dejó un amor en Santiago: el carnicero.

Desde que la pobre Catalina llegó a Hollywood, mi gran placer consistía en contemplar la sucesión progresiva de asombros que se iban dibujando en su cara de cochayuyo y a medida que ella anotaba estos sistemas que calificaba como "brujeñas propias del otro mundo". Sus primeras compras en el mercado fueron verdaderas sainetes. Creía que los "gringos lesos", como los llamaba, no le entendían porque hablaba en voz baja, y entonces se ponía a gritarles a pulmón lleno, y a cada "*Do you speak English?*" que le largaban, ella respondía: "¡No, yo me explico en castellano!"

En lo que dio muestras de la característica viveza chilena fue en su capacidad para conocer desde un principio la moneda norteamericana, jactándose siempre de que jamás "la hicieron lesa" en un miserable *penny*.

Pero Catalina suspiraba a cada momento, y un día me dijo que no "se hallaba" en Hollywood, y que deseaba regresar. Mi mujer, con esa intuición que Dios, para desgracia nuestra, le dio al sexo débil, acertó con una solución transitoria. Catalina suspiraba por el carnicero, pero como no sabía leer ni escribir, era indispensable establecer la comunicación epistolar entre los atormentados corazones.

Y muy pronto tuve que empezar a escribir las inflamadas cartas que la enamorada me dictaba. Por supuesto que también debía leerle las que recibía de su amante. Con todo, mi sacrificio fue estéril, porque Catalina seguía atacada por hondos suspiros y sólo deseaba regresar cuanto antes a Santiago.



La era de la "Buena Vecindad" se inició con empanadas "caldúas"...

Como nadie es profeta en su tierra, mi buena Catalina, de la noche a la mañana, se hizo popular en nuestro barrio. El motivo merece un comentario:

Era el 18 de septiembre, y en la mañana temprano le comuniqué a Catalina mis incontenibles deseos de comer empanadas. (¡Hasta el patriotismo ataca al órgano más débil!)

- Siempre que encuentre "la color", que me parece que los gringos no conocen ni de nombre - me contestó ante mi requerimiento...

Salió al mercado en busca de los ingredientes, y cuando regresó con ellos, y, además, con una nueva decepción, exclamó amargamente:

-¡Estos gringos no celebran el 18! ¿Creerá que no han puesto ni una bandera en las casas? - y rezongando se metió en la cocina.

Tanto esmero puso en la confección de las "caldúas", que luego comenzaron a despedir su clásico y apetecible aroma. Las vecinas empezaron a, asomar sus narices por las ventanas próximas a mi apartamento, y muy luego se trasladaron a visitarme para pedirme que les explicara el origen de tal perfume... Creí prudente encomendarle la explicación a mi mujer, quien, con orgullo muy legítimo, les dio las primeras lecciones sobre la manera de confeccionar buenas empanadas. Finalmente les regaló algunas, que las curiosas "*mises*" corrieron a devorar en compañía de sus esposos; y en ese momento empezó la política de la "buena vecindad entre los Estados Unidos y Chile".

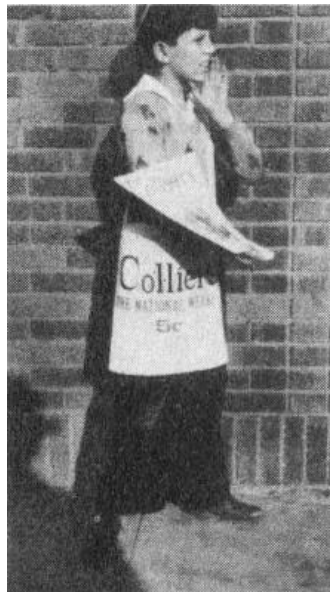
56. Tengo aspecto de "gangster" y no lo sabía. La timidez perdió a Trotsky "Ley Seca" o "Borrachera dirigida" eran lo mismo en la época que me tocó vivir en los Estados Unidos. Y, como todas las actividades dirigidas por los gobiernos, creó de inmediato su anticuerpo, en este caso los gánsteres.

Hoy las restricciones y los controles aplicados al comercio han dado nacimiento a la "Bolsa Negra". La "Ley Seca", a más de producir dolores de cabeza a causa de los whiskys falsificados, dio patente a la próspera profesión que tanto enriqueció a Al Capone.

Los gánsteres o pandillas de malhechores, una vez organizados y disciplinados, ampliaron sus actividades hasta poseer un poder político-policial muy semejante al que tienen los dictadores. Era, pues, muy justificado el temor que los ciudadanos norteamericanos sentían por los gánsteres.

Cada vez que se trasladaba oro de un banco a otro, se tomaban toda clase de precauciones, porque era corriente que una de estas pandillas se apoderara del oro, después de sostener una batalla campal, en plena calle, con los que lo conducían, dejando muertos y heridos. Por eso el rubio metal era llevado en camiones blindados, semejantes a los tanques de guerra. Dentro de ellos iban policías armados con rifles ametralladoras.

Cuando se realizaba uno de estos traslados, parecía una ceremonia oficial. Patrullas de gente armada despejaban las calles cercanas al banco y frente a la puerta se colocaban piquetes de policía. Al iniciarse la descarga del oro no se permitía la proximidad de ningún transeúnte y eran detenidos los de aspecto sospechoso.



Mi hijo Jorge vendiendo periódicos en "Hollywood Boulevard"

Fue así cómo en una de mis visitas al National Bank, que, como ya he dicho, hacía para preguntar si había llegado mi sueldo de "La Nación", mi aspecto les pareció sospechoso a los policías, y cuando más entretenido estaba mirando este espectáculo tan novedoso, varios cops ("pacos") me rodearon, y colocándome el

cañón de sus pistolas sobre mis muslos me obligaron a levantar los brazos. Y en tan ridícula como denigrante postura me tuvieron hasta que sacaron todo el oro que traían en el camión. Era inútil que yo tratara de explicarles que era un simple curioso, que no tenía el menor contacto con Al Capone y su banda.

Ese día tampoco había llegado el giro que esperaba de "La Nación", y no quedó otra cosa, ante la insostenible situación económica, que hacer cola en la fila de los "extras". Había llegado el día "H" (de *Hambre*) para mí y mi familia: no teníamos dinero para comer.

Sabía lo penosa que era la vida de estos parias de la industria cinematográfica; pero no había más remedio, y esa negra mañana formé en la cola del *Casting office* de la Metro-Goldwyn-Mayer. Después de impaciente espera, un empleado me miró de alto a bajo; no fue una mirada despreciativa, sino una manera rápida de medirme.

Gritó un número y luego me tiraron una bolsa con ropa. Era un traje de *palm beach* y un cucalón. Mal ojo debe haber tenido el empleado, porque la ropa y el sombrero habrían estado buenos para un gigante como el "Largo Campos". Mi aspecto no podía ser más lastimoso; pero iba a ganarme siete dólares y medio por día, según me explicaron, disfrazado de plantador de tabaco de un país tropical.

Mi hijo, después de clases, vendía diarios en el *Hollywood Boulevard*, y con su entrada y la mía nos proponíamos subsistir hasta el momento que llegara el esperado giro con mis sueldos atrasados de "La Nación".

Una vez vestido con el enorme *palm beach* y con el cucalón encasquetado hasta la nariz, me llevaron al set, que representaba un cabaret tropical. Me tocó sentarme con otro "plantador de tabaco" tan infeliz como yo. Luego me di cuenta de que se trataba de un diputado perseguido por el Gobierno de México. Yo, en cambio, a pesar de ser corresponsal del diario gobiernista de mi país, y de que acababa de recibir el Gran Premio de Cinematografía en la Exposición de Sevilla, estaba padeciendo las mismas pellejerías que el perseguido diputado mexicano. ¡Era el "pago de Chile"!

Entonces lucía yo una perilla que me daba cierto parecido con Trotsky. Esta semejanza me fue confirmada por otro de los "plantadores de tabaco", un puertorriqueño.

Como uno de nuestros compañeros nos informara que el Estudio tenía planeada una película basada en la revolución soviética, el puertorriqueño me dijo:

-¡Cuando menos se lleva usted el papel, amigo! - Y añadía con orgullo:

Yo conocí personalmente a Trotsky. Hace unos veinte años me tocó trabajar con él en "Mi Esposa Oficial", con Clara Kimbal Young y Harry Morey.

¿Ha de creerme que el discípulo predilecto de Lenin y organizador del Ejército Rojo, el mismo que más tarde debía arrasar con todos los adversarios de la Rusia Roja y conquistar la victoria del Soviet, era corto de genio? ¡Se ponía nervioso frente a la cámara! El director, al verlo tan cohibido y temiendo que le estropeará una escena, le preguntó bruscamente:

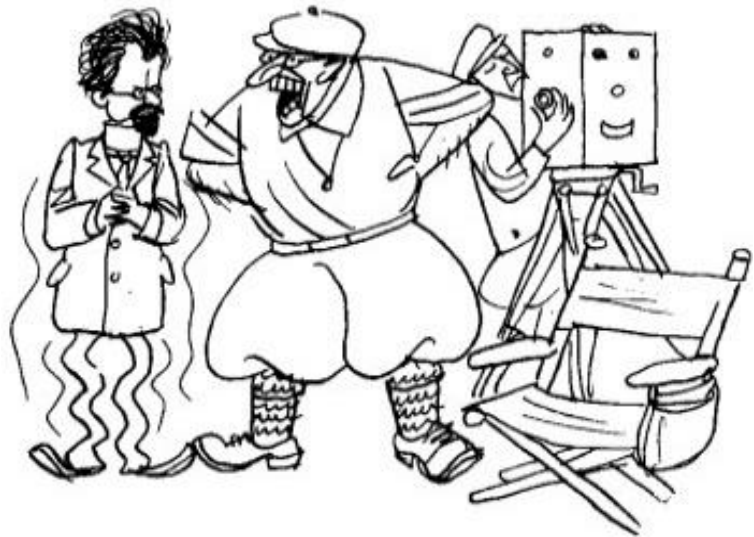
-¡Eh, usted! ¿Cómo se llama? "

- León Trotsky.

- Mr. Trotsky, pase a cobrar su cheque de cinco dólares. ¡No sirven aquí los tímidos!

Después he pensado que Stalin, a pesar de haber tenido sus brazos tan cortos (este defecto del Zar Rojo era

proverbial), pudo alargar uno hasta México y liquidarlo, tal vez, por la misma razón: el materialismo histórico tampoco admite a los tímidos; porque como tal aparecía el intelectualizado León Trotsky frente al audaz cinismo de Yussuf Djughachvili (Stalin). Muy entretenidos estábamos con los cuentos del veterano de los "extras". cuando fuimos interrumpidos con el grito de "¡Silencio!", salido de las fauces del iracundo



asistente del director. Parecióme que estaba en el colegio. Al lado de nuestra mesa una bailarina exótica, casi desnuda, debía iniciar la danza del vientre. El director tuvo el capricho de empezar la "toma" enfocando el ombligo de la muchacha, para luego seguir con la cámara retrocediendo hasta abarcar las primeras mesas de los supuestos plantadores de tabaco.

Desgraciadamente el ombligo de la bailarina, en su movimiento de rotación, se desencuadraba y hubo que repetir la escena media docena de veces.

Con el objeto de obtener el efecto de aire viciado, propio del insalubre cabaret en que se desarrollaba esta escena de "El Dios del Mar", teníamos que saturar la atmósfera de humo. Uno de los ayudantes del director nos repartía cigarrillos a granel junto con gritarnos:

- *Smoke, smoke all you can!* (¡Fumen, fumen lo más que puedan!)

Yo no había fumado nunca, de modo que al principio lo hacía bastante mal y pasé sustos tremendos, pues me venían con los primeros cigarrillos unos accesos terribles de tos que comprometían el éxito de la escena y por consiguiente los siete dólares y medio que imperiosamente necesitaba ganar.

Cuando llevábamos cinco horas de filmación, me había tenido que fumar más de cincuenta cigarrillos. Estaba completamente intoxicado; pero sólo entonces empezaba mi calvario, pues la escena había salido mal y había que tomarla nuevamente. En resumen, estuvimos ocho horas en la "toma" del ombligo de la bailarina y yo me tuve que fumar ciento cincuenta cigarrillos.

Descubierto en tal profesión.

A medianoche estaba totalmente desmayado cuando hicieron su aparición en el escenario Mr. Schurlock y Mr. Kilpatrick, jefes del Departamento Español del Estudio, caballeros que me habían tomado mucha estimación y que me creían un auténtico "palo grueso" de Sudamérica. (Para los norteamericanos, Chile, Perú, Argentina, etc., son "Sudamérica". Mr. Schurlock me sabía enviado por "La Nación" y confundía nuestro diario con el de Buenos Aires, que por entonces gozaba de prestigio internacional. Una estrellita que iba a pasar sus vacaciones a Cuba, me dijo al despedirse: "Voy a tener el gusto de conocer Viña del Mar"...)

Si grande fue el asombro de Mr. Schurlock al verme en tan ridícula situación, más grande era mi azoramiento; mas logré reponerme y justificarme diciéndole que como corresponsal me interesaba escribir la "vida de los extras" y había estimado conveniente estudiarla en el terreno mismo. Así salí del paso y Mr. Schurlock me felicitó por haber asimilado tan pronto el espíritu norteamericano.

Como una ironía más del destino, terminado el trabajo, ordenó a su chofer particular que me condujera en su lujoso automóvil a mi departamento. Así fue cómo entré de "picante" y salí de gran señor, no sin antes, por cierto, pasar por la caja a cobrar los siete dólares y medio.

Un choque y una indemnización.

Una tarde en que me dirigía con mi mujer en el auto de un amigo a retirar cierta encomienda, fuimos violentamente chocados por otro auto que cruzaba el bulevar. Todos quedamos levemente heridos; pero lo extraño fue que de inmediato surgió, entre los curiosos, un abogado que se ofreció para cobrar la indemnización del caso. No tuve inconveniente para confiarle tal misión, y aceptar que él se pagara con el 50% de lo que obtuviera.

Mi señora había recibido una herida en la cabeza, felizmente sin importancia. En la Asistencia Pública, el abogado pidió al médico un informe de las lesiones. Creyendo yo que el doctor, por su aspecto de gringo ciento por ciento, no hablaba castellano, le sugerí a mi señora que se quejara bastante, pensando que la suma que íbamos a cobrar subiría de acuerdo con los daños. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando el médico dijo:

-¡Oh, no ser gran cosa! ¡No tiene por qué quejarse tanto!

Sólo de vuelta en Chile recibí noticias del abogado. Me mandaba un cheque por cincuenta dólares, explicándome que si hubiéramos sido atropellados por un John Barrymore, por ejemplo, habríamos podido cobrar unos veinte o treinta mil dólares; pero, por desgracia, nuestro "chocador" había sido un modesto ciudadano, al que después del examen de alcoholemia se le había comprobado estado de ebriedad.

Y ya que hablo de choque, quiero también referirme a uno que pudo haberme mandado a la morgue. Cierta día que salía de un hotel, me estrelló con extraordinaria violencia un sujeto moreno y corpulento. Cuando estaba a punto de

contestar a la chilena con una andanada de garabatos, el portero del hotel me aconsejó con mucha reserva que me contuviera, porque el contrincante era Mr. Jack Dempsey. el vencedor de Willard, Firpo y Carpentier...

57. Receta práctica para comer bien: dar un banquete

Durante el día, que lo pasaba en los diferentes estudios, además de tomar nota de los aspectos técnicos de la filmación, hacía apuntes de los astros y estrellas con el objeto de mandarlos a mi diario en Santiago.



El impertérrito Buster Keaton posándome. La caricatura fue reproducida en todas partes del mundo y tuve la satisfacción de oír al bufo decirme que era la mejor que se le había hecho.

Por las tardes, al regresar a casa, sacaba en limpio los apuntes, ampliándolos, y coloreándolos. Mi propósito era, al volver a Santiago, exhibirlos en la Sala de Exposiciones con que contaría el edificio que estaba construyendo "La Nación".

En esos días me informaron que estaba por llegar de Valparaíso el transporte "Maipo". Su comandante, Samuel Ward, había sido uno de los pocos cadetes de mi época de la Escuela Naval de quien conservaba un buen recuerdo. Así es que me puse a pensar cómo recibirlo dignamente. Mi señora encontró la idea descabellada,

pues, debido a nuestra falta de fondos, hasta ella tenía que trabajar de "extra", matando pieles rojas en películas del Far West.

Pero yo persistía en mi idea, y sin consultarla me dirigí al Hotel Roosevelt, el más suntuoso de aquella época, y pedí hablar con el *manager*. Llevaba mi plan y un álbum con los recortes de diarios que se referían a mi personalidad artística. El "Times" de Nueva York había dado la señal de partida entrevistándome a nuestra llegada a la gran ciudad.



Los demás continuaron publicando informaciones y fotografías, y uno llegó a decir que un "verdadero genio había llegado a Hollywood". Paso a transcribir mi diálogo con el *manager* del Hotel Roosevelt:

-¿En qué puedo servirlo?

- Le ruego, primero, imponerse de mi personalidad - le respondí al gringo, que tenía una cara de fiera, pasándole mi álbum de recortes.

Cotejó los retratos que ahí aparecían con mi rostro, que traté de mantener inexpresivo como el de un buen jugador de poker.

- *Well, well.*

- Como usted ve, señor, soy uno de los artistas más notables de "Latinoamérica" - le dije sin inmutarme, fijando mis ojos en los del *manager* e imitando inconscientemente a los domadores de fieras.

- *Well?*

Y sacando del bolsillo el recorte en que se anunciaba la llegada del "Maipo", y manteniendo siempre mis ojos cargados de magnetismo clavados en los de la fiera del hotel, continué:

- Usted debe recordar la llegada de la "Baquedano"...

- *Oh, yes!*

El arribo a San Pedro, puerto próximo a Los Ángeles, del buque-escuela chileno había sido un verdadero acontecimiento. En su cubierta se dieron inolvidables *parties*, amenizados con abundante y legítimo whisky escocés; y había que ver lo que eso significaba estando en vigencia la "Ley Seca".



The fantastic humor which has made Jorge Délano popular as "Coke," writer and cartoonist on El Nacion, sees Louis B. Mayer in a dance of uncertainty in the upper picture. "Corazon," meaning "heart," is pronounced "corathon" in Castille but "corason" in South America. Mayer's pictures are distributed in both places, so—what to do? what to do? South Americans, too, dislike hearing "cielo," a word for "heaven," pronounced "thielo" by Hollywood actors who do not realize that 90 per cent of the Spanish talking picture distribution is in South America, where the word is pronounced "sielo." In the lower photograph, Jorge

Y continué sin inmutarme, pues ya antes de entrar había hecho mi composición de lugar y lo peor que me podía suceder era que el gringo me dijera: *Get out!*

- He venido a proponerle abrir una exposición de mis dibujos en el *lobby* de su hotel. Esta exposición la haría su establecimiento, en honor a los marinos chilenos próximos a llegar.

- *Very interesting.*

Y en la noche, mi señora y yo ofreceríamos una cena al comandante y oficiales del barco, cena que correría por cuenta del hotel.

Vibró un momento de suspenso, que me pareció bastante prolongado, y el *manager* me contestó:

- *Okay.*

Claro es que el hombre puso algunas condiciones. Al día siguiente tendría yo que alojarme en su hotel, daría conferencias de prensa, ofrecería tragos y cigarros a los periodistas y diría que uno de los agrados más grandes de mi viaje había sido encontrar un hotel tan magnífico y confortable como el suyo. Y otra vez empecé a vivir un cuento de "Las Mil y Una Noches". Del modesto departamentito nos trasladamos a una magnífica habitación del lujoso Roosevelt. Miss Catalina Jorquera

sacó el concho del baúl y los niños correteaban por el espacioso *lobby*, mientras yo recibía principescamente a los chicos de la Prensa. A cada momento hacía señas a un mozo para que trajera sándwiches y algunos tragos camuflados en tazas de café. Los fotógrafos me retrataban en diferentes poses. Mi apostura de hombre próspero y bien rentado saltaba a la vista, y nadie habría podido imaginarse que hacía días que andaba sometido a dieta forzada.

Los reporteros me preguntaban detalles sobre mi película premiada en Sevilla, y yo me "levantaba el tarro" relatando los hechos curiosos ocurridos durante su filmación. Cuando les conté el caso del elefante que me había comido el argumento, uno de los periodistas casi sufrió un síncope.

Al otro día los diarios publicaban largos artículos refiriéndose a mí, y fotografías en que yo aparecía casi buen mozo y con aspecto de magnate¹⁷. Por la tarde fueron colgadas las caricaturas, lo que dio motivo para nuevas fotos y entrevistas.

El *manager* estaba complacido por el golpe de publicidad y me pidió banderas chilenas para adornar la mesa que estaba preparando en el "gran comedor", para la cena con que yo, tan rangosamente, iba a festejar a la tripulación del "Maipo".

58. Cocodrilos vivos acondicionados como si fueran espárragos y un impulso irresistible al suicidio

En cierta ocasión en que Saa Silva me llevaba en su "potro chúcaro" por uno de los bulevares de Hollywood, sufrí una fuerte impresión al quedar detenidos frente a la parte posterior de un enorme camión portador de la más extraña carga. En el primer momento creí ser víctima de una pesadilla: a dos metros de nuestras narices cien cabezas de cocodrilos, con sus largos hocicos abozalados con cadenas, nos miraban con sus ojos fríos. Los repelentes saurios iban perfectamente acondicionados, como si fueran paquetes de espárragos. Ante mi estupefacción, Saa

¹⁷ Hay un misterio fotográfico que merece ser estudiado. Las cámaras fotográficas de Hollywood, acostumbradas a captar la imagen de personas atractivas y elegantes, daban una versión de mi figura irreconocible. Yo aparecía estilizado y hasta luciendo cierto *sex-appeal*. En cambio, cuando personas realmente atrayentes se fotografian en las cámaras del Gabinete de Identificación de Santiago, para obtener su carné de identidad, salen horribles y mostrando inquietantes rostros lombrosianos. Estoy seguro de que si con una de estas cámaras fotográficas, provistas de lentes que por años han fotografiado "monreros", "lanzas" y "cogoterros", se fotografiara a la hermosa María Félix, su retrato aparecería mostrándola con el aspecto de una vulgar ladrona de tiendas o como una tenebrosa contrabandista de estupefacientes. Mi teoría es que las máquinas fotográficas concluyen por asimilar la personalidad de los sujetos que han atravesado por sus lentes.

Silva me explicó que provenían de un jardín zoológico particular, cuyo negocio consistía en aprovisionar a los estudios cinematográficos de cualquier clase de animales.

- Hay ahí desde elefantes hasta pulgas amaestradas. Estos deben ser para la película "*Trader Horn*", que se está terminando de filmar aquí. La compañía quiso rodarla íntegramente en África; pero artistas y técnicos empezaron a contraer extrañas enfermedades, y su director, Van Dyck, decidió terminarla en escenarios artificiales.

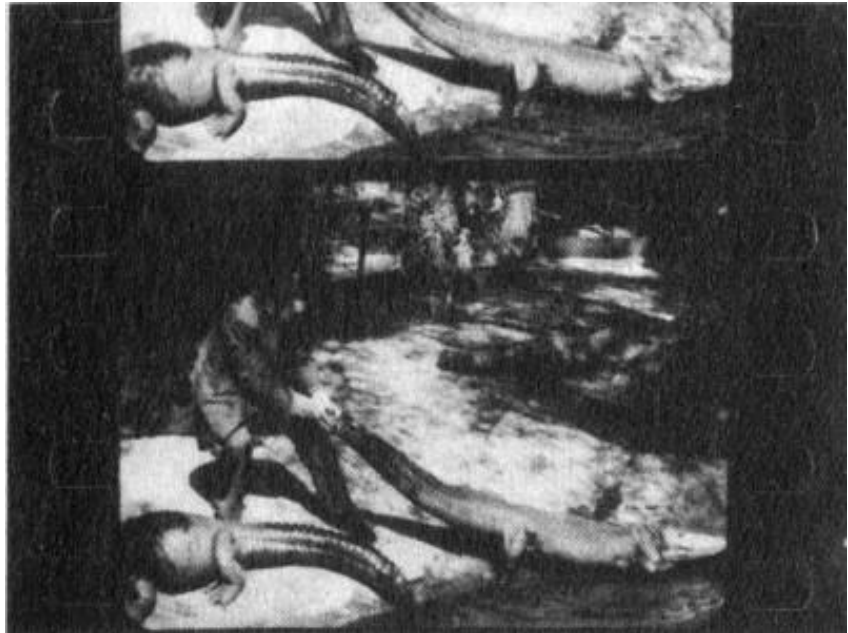
Le manifesté a mi amigo el deseo de conocer el zoológico, a lo que accedió llevándome al día siguiente. Había efectivamente allí animales de todas las especies y me pareció que ni el mismísimo Noé habría sido capaz de juntar una *ménagerie* más variada.

El recinto de los saurios consistía en pequeñas lagunas artificiales rodeadas de rejas con letreros prohibiendo la proximidad de los visitantes.

Como observara que muchos tenían el hocico mutilado, como si fueran carabinas recortadas, se me

explicó que esto se debía a que cuando peleaban, el vencido perdía en la refriega, cuando mejor librado quedaba, parte de las mandíbulas o de la cola.

A pesar de la prohibición, me aproximé a la baranda y sentí un impulso



incontenible de saltarla y caer en medio de los saurios que tranquilamente tomaban el sol. Siempre he creído que llevarnos oculto en nuestro yo un principio suicida que produce a los héroes. El mismo que nos impulsa a lanzarnos al vacío cuando estamos a gran altura o a aceptar la invitación a comer a su casa que nos hace "la chiquilla" sabiendo que su aceptación nos conducirá inevitablemente al matrimonio.

No pude refrenar mi instinto de destrucción y de un salto quedé en medio de los cocodrilos. Como se quedaron inmóviles, paralizados, sin duda, ante mi intrepidez, le tiré la cola a uno, que dio un castañetazo en el aire con sus potentes mandíbulas. Los circunstantes creyeron que había perdido la razón y prorrumpieron en gritos. Saa Silva, que iba provisto de una cámara cinematográfica de mano, casi tan antigua como su automóvil (y con la cual nos habíamos propuesto hacer un documental intitulado "Hollywood sin Maquillaje"), filmó mi temeraria aventura, como los lectores podrán ver por algunos cuadros de la película que hice ampliar. Una vez afuera, el propietario del Zoo me encaró, hecho un energúmeno, al punto que me pareció mucho más feroz que sus propios animales. No supe qué decirle, pues yo mismo no podía explicarme el impulso que me lanzó a ese acto. Años después, al ver proyectado en una sábana este episodio, he pensado que en el momento de saltar al foso de los reptiles, el espíritu de la locura de Hollywood pudo haberse posesionado de mí.

59. El pago de Hollywood

Uno de los espectáculos dignos de presenciarse es la *première* de una "superproducción". Haces de cientos de reflectores simulan abanicos fantásticos en el cielo.

En mi primer viaje asistí a la de "Ángeles del Infierno", y ahí conocí a la heroína y malograda Jean Harlow, que era la protagonista del film. También le fui presentado a Chaplin, que por entonces estaba en la cumbre de su gloria.

En mi segundo viaje presencié la de "Guadalcanal". El público rodeaba a las estrellas y a los astros, a medida que iban llegando, para solicitarles autógrafos.

En medio de esta eufórica multitud, vi a un anciano abriéndose paso dificultosamente, para poder entrar en la platea.

Era nada menos que David W. Griffith, el gran director que allá por el año 1915 había dado el primer impulso serio a La Meca del Cine con su inolvidable película "The Birth of a Nation" ("El Desarrollo de un Pueblo"). El padre de Hollywood pasó inadvertido y trabajo me costó llegar hasta él. Con profunda emoción le estreché la mano.



David W. Griffith, piedra fundamental del cine norteamericano; pero Hollywood no lo recuerda.

- Es un gran honor para mí - le dije- conocer al hombre que hizo grande al cine norteamericano.

- Gracias, gracias - me respondió el gran director, clavándome sus ojos fatigados, ¿pero quién es usted?

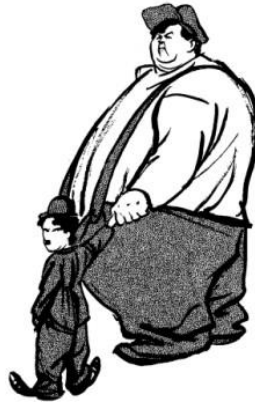
- Soy extranjero. Vengo de un país lejano que usted seguramente apenas conoce de nombre - le respondí.

El gran Griffith me estrechó nuevamente las manos y volvió a repetirme con emoción:

- Gracias, muchas gracias. Veo que todavía alguien me recuerda.

* * *

Otro personaje, no olvidado, sino que repudiado por Hollywood, es Charles Chaplin. El genial bufo inglés fue hostilizado hasta obligarlo a retirarse definitivamente.



Chaplin con su nuevo Pibe moscovita

Chaplin contribuyó, también, a darle categoría a Hollywood; pero Hollywood también, como Chile, suele pagar con el olvido y la ingratitud.

Ahora Chaplin ha sido condecorado con el Premio Stalin y probablemente terminará filmando en Rusia. ¿Rodará tras la Cortina de Acero "La Quimera de la Libertad"?

Sección 7

60. El determinismo es como el pito del tren

Un cable de mi hermana Nieves me trajo la triste noticia de que el segundo vaticinio de Madame Michaud se había cumplido: Teresa, la menor de mis hermanas, había muerto víctima de un accidente.

Los dos aciertos de Madame Michaud escapan a la posibilidad de meras casualidades. Por lo demás, siempre hubo augures, pitonisas y profetas que al predecir hechos futuros se adelantaron al tiempo. ¿Querría esto decir que en la vieja pugna entre deterministas y sostenedores del libre albedrío, los primeros tienen la razón?

Conozco una persona que soñó con un número, el cual dos semanas después obtuvo el premio gordo de la lotería. Hizo lo posible por adquirirlo, pero ya el boleto había sido vendido. Es de imaginarse la impresión que sufrió al ver en la primera página de un diario el número soñado.

Todos conocemos el mecanismo empleado para los sorteos: miles de bolitas con los números se revuelven dentro de una esfera. Las cifras se van formando de acuerdo

con las reglas estrictas del azar. ¿Cómo pudo entonces la persona a que me refiero ver con dos semanas de anticipación el número que "debía" salir premiado? Este fenómeno es uno de los tantos que se ocultan tras el misterio del Tiempo. ¿Será que nuestro "presente" es "pasado"? ¿Es que percibimos los acontecimientos con retraso?



Dios lanza la pelotita terráquea para que el hombre la habite. ¿Terminará éste por destruirla?

Cuando vemos desprenderse de la locomotora lejana el penacho blanco de vapor, ¿no escuchamos el ruido del pitazo algunos segundos más tarde? Sin embargo, el maquinista lo escucha antes que los que estamos a un kilómetro de la máquina. Supongamos que al entrar en una curva vio a un hombre que, desaprensivamente, marchaba por la vía; el hombre, debido tal vez al atraso con que oyó el pitazo de alarma, no alcanzó a retirarse de la línea y fue arrollado por la locomotora.

¿Quién pudo predecir el accidente? Si adaptamos un símil de Ouspensky, supongamos que un aviador volara en un helicóptero sobre el sitio del accidente. Sólo él, que ve en forma simultánea al hombre que marcha distraída mente por la vía, la locomotora y la puntilla del cerro que los separa, puede predecir con precisión el instante en que la locomotora destrozará al desaprensivo peatón. De este ejemplo se desprende, como conclusión, que los profetas o videntes del porvenir son seres que, por razones desconocidas hasta ahora, se colocan en una

nueva dimensión, como en el caso del aviador con respecto al peatón y a la locomotora, en que ambos se desplazan solamente en dos dimensiones.

61. El es el más pedante de los microbios

Desde que el hombre fue creado, va de acuerdo con las Sagradas Escrituras, ora según los principios sostenidos por la Teoría de la Evolución, se ha afanado por analizar y definir a Dios. Ansía conocerlo a través de su limitado cerebro, que comparado con el infinito resulta ser más pequeño que el de la más microscópica de las espiroquetas.



¡Cómo degenera nuestra raza; ha nacido un hombre!

Pues bien, para demostrar la insensatez del hombre al pretender analizar a Dios, permítaseme imaginar un microbio que, dotado de humana tontería, decidiera conocer y definir, a través de un disco fonográfico, el alma de Juan Sebastián Bach. Para lograrlo, nuestro sabio microorganismo decide enriellarse en el surco helicoidal que registra las vibraciones de una Fuga del maestro germano ejecutada en órgano. Y desde ahí comienza su peregrinación, siguiendo la huella de las vibraciones aradas por la aguja en la cera. Una vida tardará nuestro microbio en escalar picachos y recorrer planicies, convertido en intrépido andinista. Mas, al llegar al final del surco,

sufrirá la más grande desilusión: ¡nada sabe, absolutamente nada, sobre la personalidad de Bach!

Generaciones de hombres han pasado sus vidas en tareas semejantes a la del microbio de mi símil. Escalaron premisas, recorrieron interminables sofismas sin llegar jamás a explicar a Dios. Al final de su estéril peregrinación se topan con la paradoja que les dice: Definir a Dios es negar a Dios.

A Dios podemos sentirlo solamente con el corazón.

62. Tribulaciones de un aviador que pretendió volar en un automóvil

EL día que llegó el transporte chileno, nuestra colonia se sintió estremecida de entusiasmo patriótico y cada cual se ingenió para ser el primero en llegar al puerto de San Pedro y presenciar la entrada del barco.

Horacio Díaz Garcés ("El Chute Díaz"), el mismo que me propuso atravesar la cordillera de los Andes, se había conseguido el automóvil de un amigo peruano, "El Guatón De la Roza". Antes de partir, De la Roza le pidió a Díaz que ofreciera en venta el auto a los oficiales chilenos, pues se hallaba en difícil situación económica.

Fue tanto el entusiasmo de "El Chute" cuando al llegar al puerto vio la "porotera" flameando en el mesana del "Maipo", que en lugar de frenar, metió a fondo el acelerador, lanzándose en *vol piqué* al mar.

Se escuchó un grito de horror; pero grande fue nuestra alegría al verlo aflorar sonriente y de sombrero puesto, sobre la superficie del agua. Nos contó que cuando "acuatzizó" veía el mar a través del vidrio de la ventanilla, como si estuviera instalado en un acuario; once brazas descendió hasta topar fondo. Intentó abrir la puerta; pero la presión del agua se lo impidió. Como le empezara a faltar el aire, resolvió bajar el vidrio. El aire que todavía quedaba en el interior del coche salió en forma de burbuja, expeliendo a "El Chute" hasta la superficie. Felices por su milagrosa escapada, pensamos entonces en buscar la manera de recuperar el coche.

Como si nos hubieran adivinado el pensamiento, al instante se presentó un agente comisionista de una "*Compañía rescatadora de autos del fondo del mar*" (el Tío Sam tiene compañías para todo). Inmediatamente aceptamos sus servicios y media hora

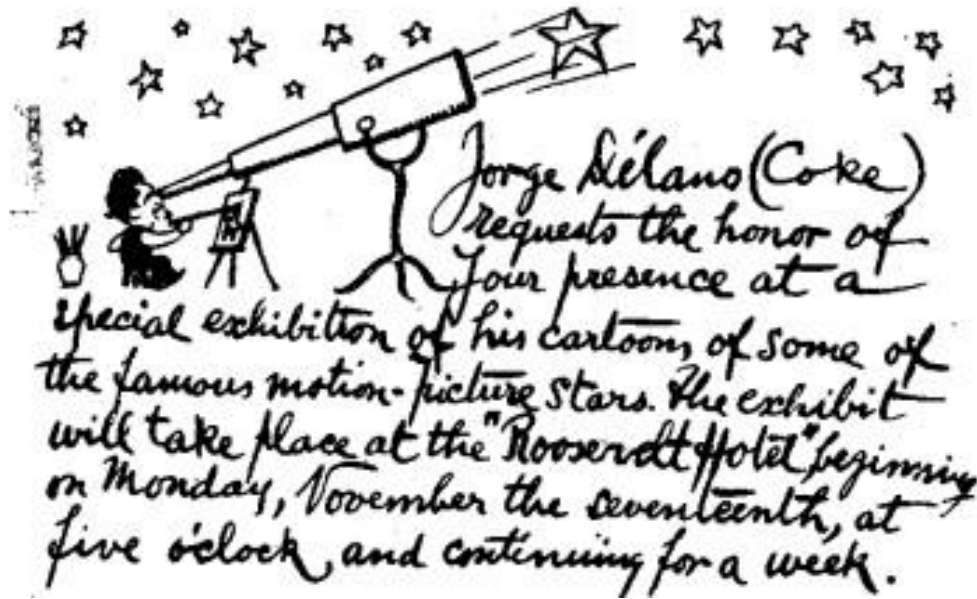
después empezaron a funcionar las grúas especiales, las máquinas especiales, los obreros especiales, los ingenieros especiales y los técnicos especiales, que en menos de cinco minutos tenían el auto suspendido sobre el muelle.

Nuestro gozo duró unos instantes muy breves. La "*Compañía rescatadora de autos del fondo del mar*" nos pasó por su tarea una factura muy superior al valor que tenía el auto antes del accidente. Cuando estábamos discutiendo, apareció "El Guatón De la Roza", que al ver su auto izado creyó que su amigo chileno lo había vendido, de acuerdo con sus instrucciones, y lo abrazó lleno de júbilo. Grande fue el desencanto del peruano cuando por mi boca tuvo que enterarse de lo que había pasado.

Resultado del accidente: como era un absurdo entrar a pagar la suma que cobraba por su tarea la "*Compañía rescatadora de autos del fondo del mar*", no hubo más remedio que transar, entregándole el vehículo. Pienso que los accionistas de la tal Compañía debían nadar en la opulencia.

63. Exposición de caricaturas y banquete opíparo

En la tarde se inauguró la exposición de caricaturas. El amplio lobby del Hotel Roosevelt se congestionó de público. La propaganda desplegada por el manager del hotel había sido intensa, así es que todo Hollywood estaba deseoso por conocer la obra del "genial caricaturista chileno".



Tarjeta de invitación que envié a los personajes más importantes de Hollywood.

Uno de los primeros astros en llegar fue Carlos Chaplin, quien celebró la caricatura que le había hecho presentándolo en la actitud de la esfinge, con una leyenda que decía: "¿Hablará la esfinge?", alusiva a la hostilidad con que el gran bufo había recibido el cine hablado.

A riesgo de pecar de inmodestia, debo referirme al éxito que obtuve en mi exposición, especialmente entre las estrellas, que me prodigaron toda clase de felicitaciones.



Coke ante la irresistible mirada de Joan Crawford.

Hago esta anotación porque después vi que fue un sacrificio bien estéril mi amor patrio, al no desprenderme de esas caricaturas para traerlas a Santiago, con el objeto de exhibirlas en el nuevo edificio de "La Nación".



Buster Keaton en tres oportunidades me rogó que le vendiera la suya por el precio que yo quisiera, y otras tantas me negué.

Sólo Joan Crawford me doblgó y le obsequié la suya. ¿Cómo iba a recibir dinero de una mujer con tales ojos?

Más tarde, alrededor de una larga mesa magníficamente adornada y presidida por los anfitriones vestidos de etiqueta, tomaban colocación el comandante Ward, la oficialidad del "Maipo" y algunos personajes importantes de la industria cinematográfica.

Haciendo uso de mis facultades de prestidigitador, hice pasar cuantos panes y otros comestibles pude a los faldones de mi frac. Era la contribución que les debía a mis

niños y a Miss Catalina Jorquera. Llegué a casa con la apariencia de un "huaco" boliviano, fetiche que los indios del Altiplano emplean como símbolo de la abundancia, y que consiste en un muñeco cargado de alimentos.

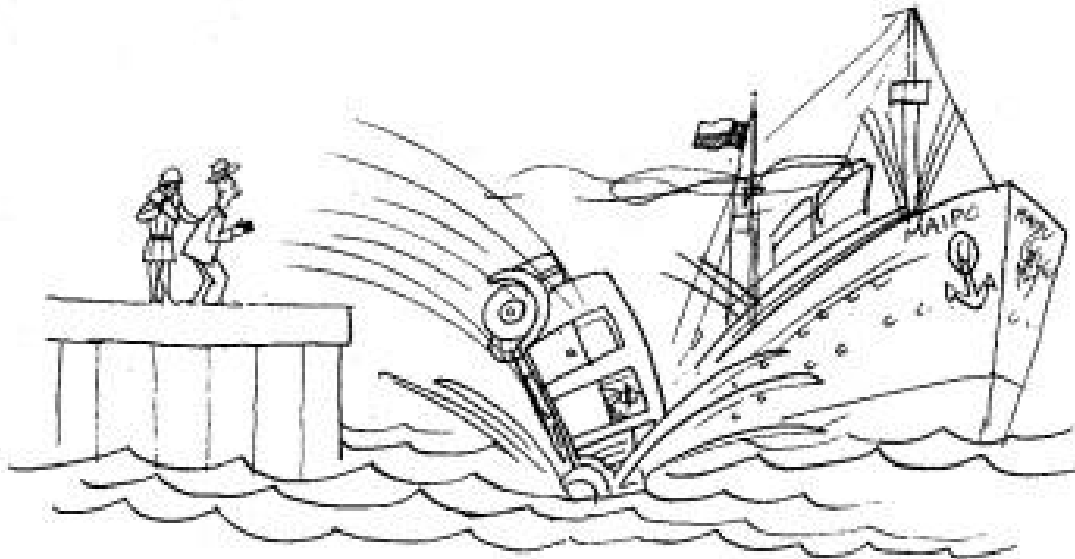
Y fue así como, para comer bien y en selecta compañía, me vi obligado a ofrecer un banquete; estratagema tragicómica digna de una escena del gran Chaplin.



Así anunció el "Examiner" la apertura de mi exposición el día que llegó el barco chileno.

El señor Polonsky, jefe de publicidad de Metro-Goldwyn-Mayer, simpatizó con nuestros marinos y los invitó a almorzar al estudio. Desgraciadamente, como estaban *rodando* "Un Amor en Cada Puerto", el comedor estaba repleto de "extras" disfrazados de marinos. Cuando la tripulación del "Maipo" entró en el comedor, todos creyeron que se trataba de marinos de utilería y nadie reparó en ellos; y hasta es posible que el jefe de reparto se haya permitido encontrar a algunos fuera del tipo.

No perdía yo las esperanzas de que me llegara el giro de "La Nación", así es que continuaba yendo al banco. El cajero, de lejos, meneaba el dedo, como acostumbran hacerlo hoy los choferes de las "liebres" cuando no hay asiento, indicándome que nada había para mí.



64. "Peter el Ermitaño", domador de burros y cabras

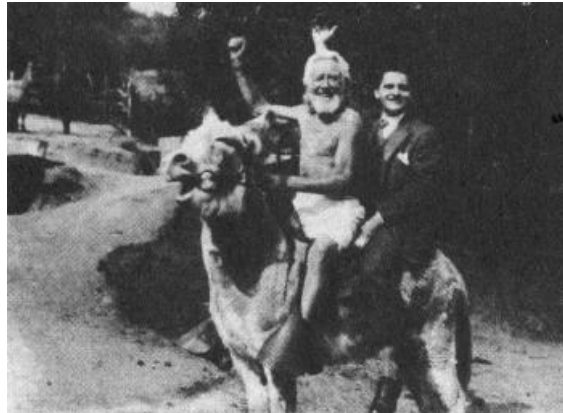
En una quebrada de la colina que rodea a Hollywood, cercana al barrio residencial de los artistas, vivía a pleno aire y con traje de Adán el curioso personaje que llamaban "Peter el Ermitaño", y que tenía nada menos que noventa y seis años de existencia. Era un verdadero contraste de Hollywood, donde todo el mundo edifica grandes casas y procura vivir rodeado de comodidades y en vida de sociedad, encontrar a un ser que se aísla del mundo y se pone en contacto con la naturaleza. Es lógico que este personaje no sólo despertase curiosidad en todo Hollywood, sino que llegasen hasta él verdaderas peregrinaciones.

Nadie sabía su origen. Vivía solo con tres perros, algunas cabras y un burro. Era un enemigo acérrimo del cine. Consideraba que era tan inmoral, que Hollywood, por este solo capítulo, se había hecho acreedor al castigo de Sodoma. Su aspecto daba la impresión de un Santa Claus desnudo. No comía nada más que verduras, y en esta materia era mucho más intransigente que el propio Ismael Valdés Alfonso.

Su charla era como la de un filósofo. Algunos chilenos que andaban aventurando por Hollywood descubrieron que su hobby era la generosidad, y cada vez que lo visitaban le "pegaban un sablazo" de algunos dólares, que él desenterraba de debajo de unas piedras; dinero que seguramente le obsequiaban personas que iban a consultarlo. Estos compatriotas llegaban hasta a comerle las ensaladas.

Sus animales estaban tan bien amaestrados que obedecían sus órdenes y hacían una serie de piruetas y proezas admirables. El burro era un verdadero talento y llegó a convencerme de que es un animal mucho más inteligente que el caballo.

"Peter el Ermitaño" me tomó simpatía en las numerosas visitas que le hice llevándoles carne a sus perros, y llegué a la conclusión de que era el personaje más equilibrado de todo Hollywood.



Con encantadora sonrisa, el burro soporta a Peter y a mí sobre su lomo

65. "La Gran Jornada" y los perturbadores efectos del "base-ball"

Supimos un día que la Fox requería la actuación de una niñita de ocho años para desempeñar un papel de cierta importancia. Mi mujer llevó a esos estudios a nuestra hija Adriana, la que después de participar en un concurso al que concurren veintiocho oponentes, obtuvo la parte. Desde ese momento, Adrianita empezó a ser el sostén de la familia. Le pagaban doscientos dólares a la semana. La película, cuyo título era "*La Gran jornada*" (The Big Trail), relataba la epopeya vivida por los heroicos colonizadores que atravesaron los Estados Unidos para establecerse en California.

Si yo hubiera sabido los riesgos que iba a correr nuestra hija, jamás la habría matriculado en semejante aventura. Las carretas de los colonos debían vadear caudalosos ríos y caer de altos despeñaderos. Cuando vi la película terminada; la conciencia me mortificaba gritándome: "¡Padre desnaturalizado! ¡Mira cómo has expuesto a tu hijita!" Menos mal que casi todas las carretas llegaron a California y "*La Gran jornada*" terminó con un esplendoroso happy end.



Mi hija Adriana junto a Tito Davison en una de las carretas usadas en "La Gran jornada".

Adrianita compartió su trabajo con otros chilenos, como Lucio Villegas, ex campeón de tenis, que desempeñaba el papel de un fraile franciscano, y Tito Davison, que había ido a Hollywood con Carlos Borcosque. Más de una vez nos encontramos disfrazados almorzando en una mesa del estudio, y yo pensaba entonces en qué comentarios circularían en Santiago si nos vieran en tales trazas.

Mi mujer, como tenía que acompañar a Adriana en su aventura cinematográfica, aprovechaba su tiempo ganándose diez dólares diarios, disfrazada de valerosa colona. Armada de un trabuco, disparaba contra los indios que intentaban asaltar el

campamento. ¡Había que ver cómo los patos rojos volaban desplumados, cual patos silvestres, al ser apuntados por el ojo certero de mi cara mitad!

Estos trabajos vinieron a aliviar nuestra angustiada situación económica, porque en definitiva los giros de "La Nación" no llegaron jamás.

Mi hijo Jorge también obtuvo un papelito, en una película de Ramón Novarro, y yo fui contratado como asistente de Carlos Borcosque en las películas en castellano que rodaba la Metro-Goldwyn-Mayer. Esto me permitió conocer a fondo la estructura de los "guiones" o libretos cinematográficos. Empezaba, pues, para nosotros la etapa del florecimiento.

Solo Catalina Jorquera languidecía. Su corazón sediento de amor no se satisfacía con la correspondencia epistolar que la unía a su prosaico Romeo, y una tarde me dijo que estaba decidida a "*degolverse*".



Lucio Villegas vestido de fraile franciscano. ¿Quién creería, al ver lo en semejante traza, que fue campeón de tenis?

Yo le prometí embarcarla cuanto antes, pues su romanticismo no conjugaba con nuestra azarosa vida de cineastas. Y fue así como un día, en que por desgracia se

dirimía un importante partido de *base-ball*, me dirigí a una compañía de navegación a tomarle el pasaje de regreso.

Tan absorto en las alternativas del juego, propaladas por un radio, estaba el individuo encargado de vender los pasajes, que me despachó atolondradamente, metiendo el boleto en un sobre y advirtiéndome que el barco zarparía al día siguiente, a las tres de la tarde. Catalina recibió alborozada la noticia y empezó a empacar sus cosas. Casi todos los sueldos del año los había invertido en trajes de baile, muy escotados y adornados con flotantes colgandijos de tul de los más variados colores.

El señor Montau, gran caballero chileno, que desempeñaba la cátedra de castellano en la Universidad de Los Ángeles, se ofreció para llevarnos en su auto al puerto de San Pedro.

Partimos con bastante anticipación.

Cuando estábamos a medio camino se produjo una "pana" de motor, provocándonos un peligroso atraso. Todos estábamos nerviosísimos al ver que el tiempo pasaba y el maldito motor permanecía inmóvil. Catalina se sentó en el suelo y presa de una histeria descontrolada se puso a llorar a gritos. El único consuelo que se me ocurrió fue decirle, con tono bien poco convincente, que todo sería para mejor.

-¿Cómo sabes si el barco naufraga y tú, gracias a este accidente, te salvas?

Y le conté varios casos ilustrativos. Pero todo era inútil. La enamorada, ante la idea de postergar su encuentro con el idolatrado carnicero, prorrumpía en aullidos semejantes a los de las sirenas de los cuarteles de bombas. Un policía detuvo su motocicleta para pedirme explicaciones, creyendo que se trataba de un rapto; pero al imponerse de nuestro percance se ofreció para traer un mecánico de las cercanías.

Cuando llegamos al puerto el barco ya había partido y su silueta se perfilaba en el horizonte.

-¿Es ése el vapor que va a Chile? - le pregunté a un funcionario.

- No, señor, ese buque va a la China.

Saqué nerviosamente el boleto del sobre y todos nos quedamos paralizados al comprobar que el sujeto que nos había vendido los pasajes había confundido Chile con China.

Si no hubiera sido por la providencial "pana" del auto, nuestra Catalina habría ido a parar a la tierra de Mao Tse Tung, y seguramente nunca más habríamos vuelto a tener noticias de ella. Pero esta desgracia le habría evitado otra peor; el carnicero. Un año después que llegamos a Santiago, la pobre se nos presentó en estado zarrapastroso. El carnicero empezó por empeñarle los trajes de baile y terminó por abandonarla.

Y nunca más hemos vuelto a tener noticias de Miss Catalina Jorquera.

66. Lluvia de garabatos surtidos sobre Hollywood

Yo no había perdido el tiempo durante mis intervenciones como "extra". Cada día tomaba notas de la forma cómo se iluminaba el escenario, de la manera de construirlo, del complicado sistema sonoro, compaginación de negativos, maquillaje, etc.

Mi gran anhelo era producir en Chile una película hablada. Deseaba que fuera el primer país de Sudamérica en hacerlo.

Un buen día me fueron enviados desde Santiago los pasajes de regreso. Un año de vida llevábamos en Hollywood, y en el momento en que nos empezábamos a abrir camino, la caprichosa suerte nos obligaba a retornar. Después de despedirme de mis amigos de los estudios, trepé a la colina donde vivía "Peter el Ermitaño". Hacía un año que yo no articulaba algunos de los expresivos "garabatos" chilenos y sentía la necesidad física de desembucharlos.

Me situé, como acostumbran los mahometanos, orientando mi vista hacia La Meca del Cine, y empecé a gritar los más típicos, con voz atronadora. Peter se acercó y me dijo que esas extrañas palabras le sonaban como una música. Suponía que era algún poema de mi tierra lejana; y en sus ojos azules brilló una lágrima de emoción.

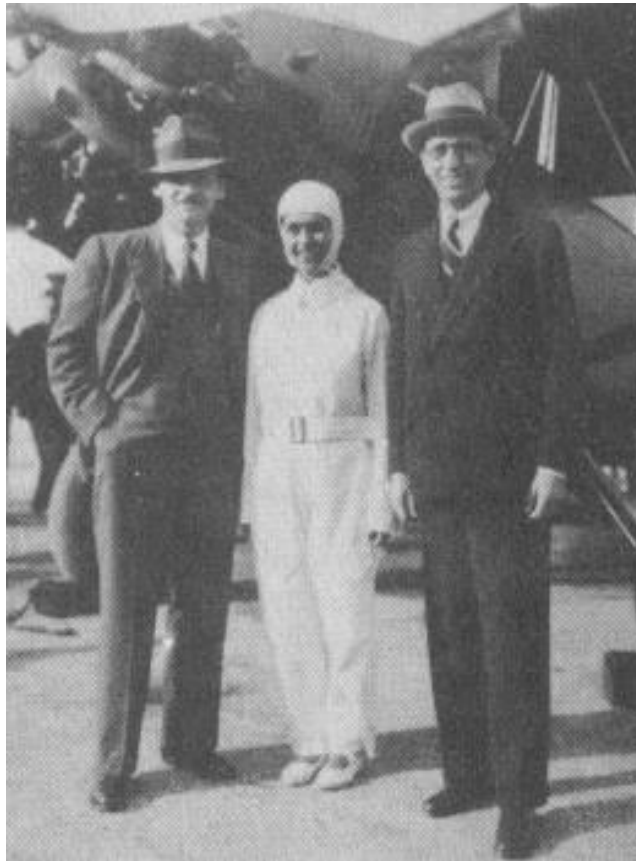
Cuando estaba largando al aire una "*entrechupalla*" de despedida, empleando los términos que en la Cámara de Diputados son considerados antiparlamentarios,

emergió, como por arte de magia, tras una mata donde no sé qué podía estar haciendo, una señorita chilena, Raquel Morandé, que me apabulló con esta frase:

-¡Y yo que lo creía tan caballero!

El precio del brevet de la primera paracaidista chilena.

Hacía unos dos meses que había conocido a Raquel Morandé. Fue cuando un grupo de chilenos estábamos invitados a un festival aéreo en que varias muchachas latinoamericanas debían recibir su *brevet* de paracaidistas. Entre las concursantes, representando a Chile, estaba Raquel Morandé.



Fotografía de Raquel Morandé, tomada momentos antes de la prueba. La acompaña el Cónsul de Chile en Los Ángeles, don Arturo Ríos Talavera.

Por primera vez veíamos la arriesgada prueba y tuve una gran impresión. Los paracaídas se abrieron como burbujas blancas. Uno de ellos lucía los colores de nuestra bandera. Después de aterrizar las paracaidistas, se desprendieron de los correajes y avanzaron por la pista, en medio de entusiasta ovación, hasta la tribuna

en donde se habían instalado los árbitros del concurso. Cada una recibió su *brevet*, pues todas habían tocado tierra sin sufrir ningún accidente. Yo corrí a felicitar a nuestra compatriota. Estaba intensamente pálida, y al darle la espalda al jurado, su sonrisa se congeló.

- Me he quebrado un pie al caer - me dijo; pero he aguantado el dolor por dejar bien a Chile.

La llevé en brazos al automóvil. Allí perdió el conocimiento. Jamás olvidaré su temple espartano. ¡Cuánta fuerza de voluntad debió gastar para recorrer más de un kilómetro en esas condiciones!

Un año después murió trágicamente en un choque de autos.



67. Regreso a Chile y fundación de

En Santiago se me habían cerrado todas las puertas y estábamos como en los peores momentos que viví en Hollywood. El propietario del departamento que alquilé, en calle Moneda al llegar a San Martín, al ver que me había atrasado un mes en cancelar el arriendo, me notificó sin la menor consideración que debía mudarme.



Primera portada de "Topaze".

Cuando recordaba la oferta que rechacé a la King Feature, de Nueva York, me daban ganas de arrojarme por la ventana de ese cuarto piso. Convencido de que era imposible obtener trabajo, resolví fundar una revista para tener donde dibujar, así como en Hollywood había ofrecido un banquete para comer. Me puse en contacto con Joaquín Blaya, y el ejecutivo y recordado amigo aceptó gustoso hacerse cargo de la administración. Como necesitaba un socio redactor que estuviera dispuesto a correr el albur con nosotros, salí en su búsqueda caminando calle Moneda arriba; y fue Jorge Sanhueza ("Pichiruche") el escritor que el azar me puso por delante. Como era un optimista a toda prueba, aceptó encantado.

Cuando Blaya me preguntó qué título llevaría la revista, le respondí que, aprovechando la propaganda de la celebrada comedia de Pagnol, bautizaríamos nuestro semanario con el nombre de "Topaze".

Era indispensable hacer una propaganda intensa antes de lanzar la revista. Como no disponíamos de capital, Blaya se ingenió para lanzar varios millones de volantes desde un avión sobre Santiago. Estos volantes, por un lado anunciaban la aparición

de "Topaze", el nuevo semanario satírico, y por el otro las ventajas nutritivas del alimento "Meyer".

Llegó el momento de hacer tratos con una imprenta; pero todas las que recorrimos exigían el pago anticipado.

Por fin dimos con una cuyo nombre resultaba simbólico:

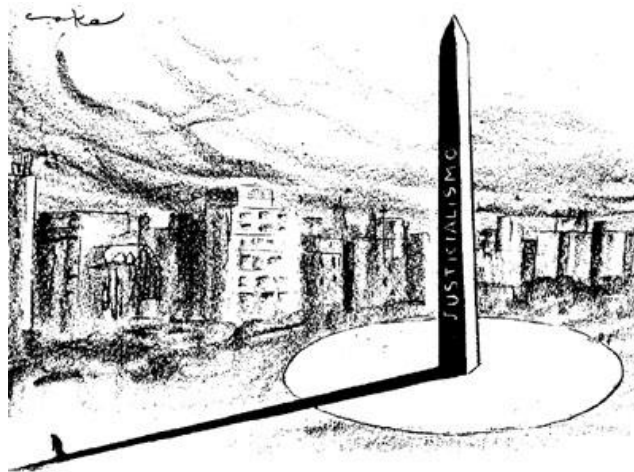
"El Esfuerzo". Nos apersonamos a su propietario, don Juan Briceño, quien nos dispensó su confianza y aceptó que le cancelásemos una vez vendida la edición.

Muchos años tuvimos

nuestras oficinas en el caserón de la calle Moneda N° 1367. Eran varios cuartos que estaban alineados en el primer patio, entrando a mano derecha. Enfrente se instaló, algún tiempo después, una pequeña imprenta que regentaba la esforzada doña Edecia Toledo de De la Cruz. Ahí conocí a su hija, una muchacha delgaducha con soñadores ojos castaños. Era María de la Cruz. Jamás imaginé que esta criatura, de apariencia tan frágil, iba con el tiempo a ser la primera mujer chilena líder de un movimiento femenino, que más tarde se sentara junto con los Padres Conscriptos. Mas su gloria fue efímera; no alcanzó a calentar el asiento que heredó del general Ibáñez, y con inusitada rapidez desintegró el movimiento femenino chileno. Tuvimos suerte. Fue tan grande el éxito del primer número, que debimos hacer tres tiradas. En la tarde le fue cancelada al señor Briceño la cuenta de la impresión. Nunca olvidaré su nombre, porque fue el único que tuvo fe en nosotros. Hace años, cuando celebrábamos con un banquete el décimo año de "Topaze", Juan Briceño fue obligado a ocupar en la mesa el sitio de honor.

Desgraciadamente no pudimos continuar trabajando con su establecimiento. El gran tiraje de "Topaze" requirió los servicios de una imprenta más moderna y él mismo nos recomendó la Imprenta y Litografía Leblanc.





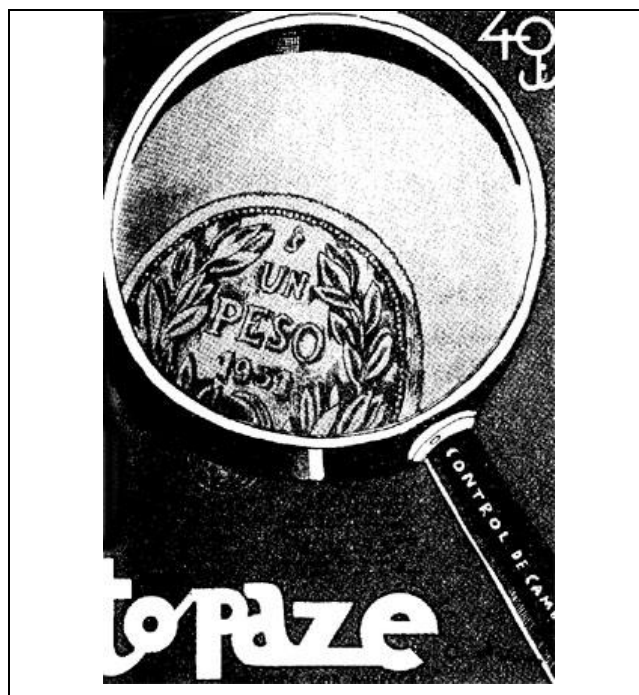
"Y era una sola sombra larga" ("El Diario Ilustrado", 8 de agosto de 1953)

Aquí los dibujos debían ser reproducidos por medio de la litografía. Las piedras litográficas son trozos calizos que semejan lápidas de sepultura. Los dibujos había que hacerlos exactamente del tamaño en que debían salir. Un error insignificante obligaba a rehacer íntegramente el grabado. La piedra no podía ser tocada con la mano. Resultaba una prueba de acrobacia grabar portadas en colores y las dieciséis páginas repletas de monos disponiendo solamente de ocho horas.

En una ocasión en que estuve enfermo, varios hombres me llevaron la pesada piedra y me la pusieron sobre la cama. Me pareció entonces ver mi nombre escrito sobre las iniciales RIP.

* * *

Los primeros colaboradores que tuve en "Topaze" fueron Avelino Urzúa ("El Chato", ex aviador), actual director del semanario; Gabriel Sanhueza; Jenaro Prieto ("P"); Héctor Meléndez, sin duda el mejor poeta popular de los últimos tiempos; Fernando Díaz Garcés; Manuel Gamboa y Álvaro Puga. Los dibujantes fueron Juan F. González ("Huelen"), hijo del gran pintor, que lo bautizó con su mismo nombre; Juan Gálvez ("Fantasio"), que ha triunfado en Buenos Aires, donde reside desde hace casi veinte años; su hermano Mario ("Ares"), Mario Torrealba ("Pekén"), René Ríos ("Pepo") y Luis Sepúlveda ("Alhué").



Se explica que con exceso a muchos mate el contenido puesto que miran el peso con el vidrio de aumento (2 de diciembre de 1931)

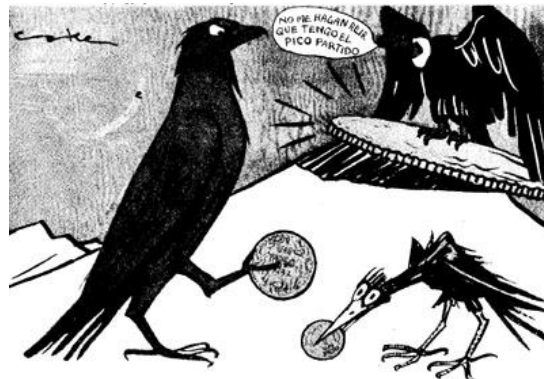
El precio de "Topaze" es el índice más preciso de la inflación pavorosa desatada sobre Chile: durante el primer año el precio de la revista era de cuarenta centavos. Hoy pagan sus lectores cincuenta pesos.

Degeneración del Cóndor



¿De quién sospechas?

EL CÓNDOR.- ¿Es posible que este pajarraco sea hijo mío? ¡Estoy sospechando que haya habido algún tiuque de por medio! (31 de agosto de 1932)



TIUQUE DAVILITO. ¡Tanta bola que me echaron cuando salí a rodar y ahora me siento cóndor a tu lado! (3 de abril de 1947)

Le recomendamos mantener la respiración al dar vuelta la página. En la próxima aparece un peso modelo 1954 y podría volarse...





- ¡Ya...asosíéguese don Arturito...mire que lo voy a acusar a la señora!... ("Topaze", 21 de junio de 1946)



(23 de agosto de 1944)

68. Fiestas de "pera y bigotes" presididas por un burro enano e inauguración de la "Onda Topaze"

Muy disímiles éramos los tres socios propietarios de "Topaze"; pero coincidíamos en un defecto o cualidad: nuestra rangosidad de nuevos ricos. Con cualquier pretexto dábamos fiestas en que echábamos la casa por la ventana, invitando a políticos, artistas y periodistas. Para estas ocasiones instalaba yo, en una oficina que daba al zaguán de la vieja casa, un maquillador experto en pegar peras y bigotes. Cada invitado, hombre o mujer, estaba obligado a disfrazarse de "Topaze". También se les proporcionaban anteojos con montura de carey, como los que luce el docto profesor creado magistralmente por Rafael Frontaura, pero sin cristales. Ni las damas se escapaban a esta exigencia.

Nuestra inolvidable amiga Luisa Yrarrázabal de Sutil adquiría con esos apéndices capilares un aspecto mosqueteril, y a Marta Brunet le daban el aire de un inocente Falstaff.

La mascota de la casa era un burrito que me habían vendido en la calle y que me garantizaron como genuinamente enano. Al simpático pollino se le pegaban también una pera y un bigote, hechos de los crines de su propio rabo, y se le endosaban unos grandes anteojos de cartón que le daban una apariencia de intelectual displicente.



Marcial Mora Miranda, Ministro del Interior, y su esposa, asistieron a una fiesta topácica. Los acompañan `Fantasio", "Coke" y Jorge Sanhueza.

Pero el animalito se propuso no ser enano. Y a los pocos meses se había convertido en un tremendo burro, tan voraz, que un día pretendió comerse una cortina verde que adornaba la puerta de mi despacho.



A Rafael Frontaura, rodeado del elenco de su compañía, se le embadurna el rostro con yeso para obtener su mascarilla, que debía servir de modelo al maniquí de "Topaze".

Tan pesada se fue poniendo la "mascotita", que en lugar de acoger a los invitados con buenos modales, en una ocasión los recibió a coces. Otra vez el muy borrico arremetió contra una máquina de escribir hasta dejarla fuera de uso. Colmada nuestra paciencia y ante mi desesperación, el dibujante "Huelén" se ofreció para llevarlo al cerro San Cristóbal, donde lo dejó abandonado. Como esto ocurrió hace veintidós años, su calavera calcinada debe estar esperando a su "doctor Pandolfo" que, como en la popular poesía, le diga: "¡Válgame Dios lo que somos!"

Una de aquellas fiestas tuvo por objeto hacer la mascarilla del rostro de Frontaura, creador del personaje de Pagnol que le había prestado su nombre a nuestro semanario.



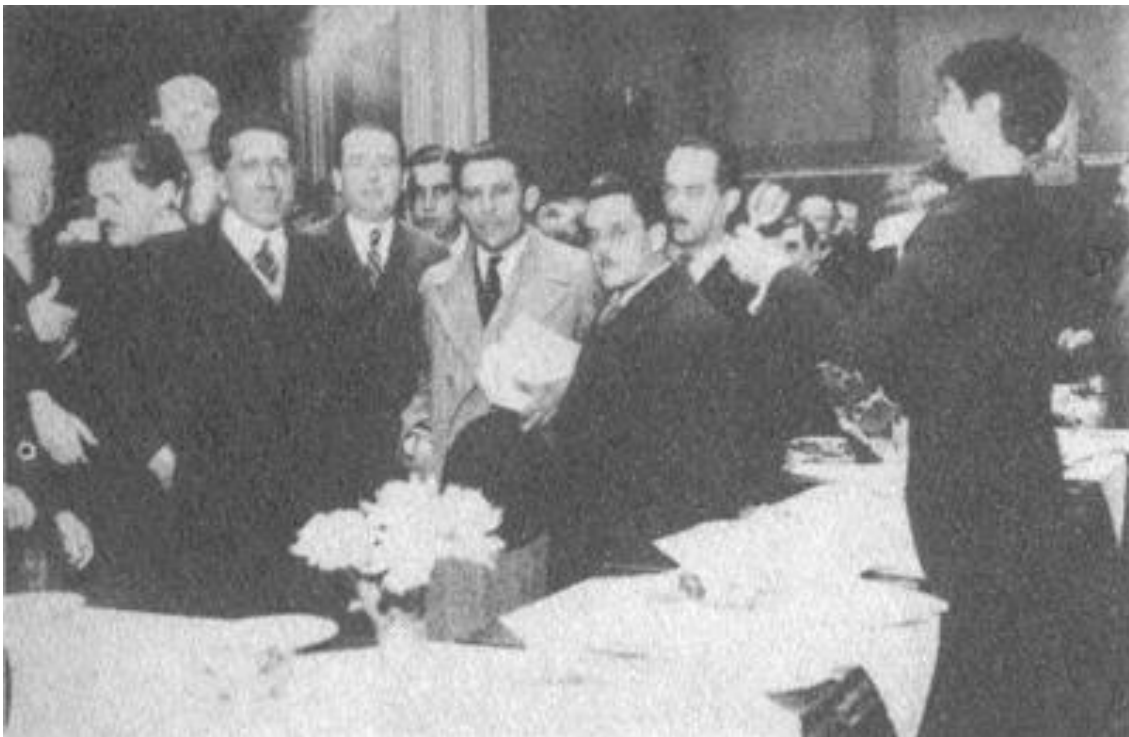
A pesar de los palos que "Topaze" le pegaba a los Estados Unidos, el Embajador del Tío Sam, Mr. Culbertson, visitaba asiduamente nuestra sala de redacción. Aquí aparece con el maniquí del profesor desnudo. Lo acompaña su primer secretario

Con tal motivo, su rostro fue sometido al vaciado en yeso, mientras los comensales brindábamos por su salud y prosperidad. De ahí salió un maniquí perfecto, con sus miembros articulados, que servía de propaganda para nuestra revista y que presidió un cóctel que dimos a los políticos con el propósito de unir a la familia chilena.

Otro party inolvidable fue el que ofrecimos en homenaje al famoso humorista Ramón Gómez de la Serna. En el primer patio, y junto a un naranjo, Ramón plantó simbólicamente una docena de cascabeles. Años más tarde, cuando la casona fue demolida, los obreros que encontraron la vasija con los cascabeles deben haber soñado con un fabuloso entierro.

Pero la más "sonada" de las fiestas fue la que ofrecimos al inaugurar la "Onda Topaze".

La broadcasting estaba instalada en uno de los amplios salones de nuestra vetusta casa, que había sido la mansión de la familia González Vial. Para llevar la corriente eléctrica adecuada fue necesario hacer un túnel que atravesaba la calle Moneda y el auditorio fue acústicamente acondicionado con harpillera.



El maniquí de Topaze ofreciendo la manifestación al presidente del Partido Radical, don Domingo Durán

Una intensa propaganda anunciaba la inauguración de nuestra "onda".

El ingeniero Vivado y sus ayudantes trabajaron con ahínco; pero cuando faltaba una hora para iniciar la transmisión se nos hizo saber que la voz no salía al aire.

Un exquisito buffet, pedido al Lucerna, esperaba a los invitados. Entre los números del programa figuraba el nombre de la encantadora poetisa brasileña Rosalina Coello de Miller, esposa en aquella época del presidente de la United Press. Distinguidas cantantes, entre las que recuerdo a Elena Huneus de Linholm, figuraban también en el programa, y una orquesta de moda había sido contratada para amenizar el acto.

¿Qué hacer? La voz de "Topaze" no salía al aire y ya los invitados empezaban a llegar.

No tuve valor para comunicarles el fracaso técnico e iniciamos la fiesta con la lectura de un impresionante discurso en que dábamos a conocer los propósitos de la nueva emisora.

Le pedí a un amigo de confianza que se instalara en el teléfono de una pensión vecina y que desde ahí llamara, simulando que nos hablaban desde diferentes puntos del país, felicitándonos por nuestra magnífica y original audición.

El segundo número fue el de la señora Coello, quien declamó, con toda la sensibilidad de que era capaz, algunos de sus bellos poemas en portugués.

A cada momento el teléfono sonaba para comunicarnos, ya de San Fernando o de Rancagua (¡!...) que la audición se oía con brillante nitidez, pero que el piano estaba demasiado cerca del micrófono.



Ramón Gómez de la Serna después de sembrar los cascabeles. Lo rodean Luisa Yrarrázaval de Sutil, "Huelén", "Fantasio", "Coke", Marta Brunet, Avelino Urzúa, Pedro Sienna y Manuel Vega.

"El Gringo Linholm", que había sido mi profesor de gimnasia sueca en la Escuela Naval, con sus fuerzas hercúleas movía entonces el piano con pianista y todo.

La velada había estado magnífica y las felicitaciones telefónicas de mi cómplice menudeaban desde los puntos más apartados del país.

Jamás supieron nuestros artistas que sus voces no se oían ni desde la pieza vecina; y ojalá que el Hércules sueco, si es que en sus manos cae este libro, tomando en cuenta que han transcurrido veintidós años, se apiade de mi humanidad.

Al día siguiente, al llegar a la oficina, me extrañó ver una "golondrina" en que estaban cargando la instalación de la broadcasting. Mi socio, Jorge Sanhueza, en uno de sus gestos bizarros, le había regalado la radio a un amigo.

¡No quiero ni pensar el valor que tendría hoy el derecho al "canal", inscrito con la característica C.M.B.T. onda de metros 38.217!



Grupo tomado la noche en que fue "inaugurada" la Radio Topaze. Al centro, el burro mascota. Se le colocaron anteojos de cartón, pera y bigotes.

Pero "Pichiruche" era así. Más tarde le obsequió graciosamente a Carlos Cariola la revista "Wikén", destinada a hermanarse con "Topaze". Su último director, Luis Mesa Bell, fue asesinado en forma alevosa por agentes de la policía secreta, por "haberle dado demasiada luz al gas" en los oscuros manejos de esa institución de seguridad pública.

Fue mi malogrado amigo Jorge Sanhueza Donoso uno de los periodistas brillantes de nuestra generación. Las parodias de versos famosos, como la intitulada "Conradín Conradajo", y los editoriales concentrados y certeros en la apreciación de los problemas candentes de la actualidad, son un ejemplo en su género. Solamente un competidor digno de figurar a su altura ha tenido Jorge: su hermano Gabriel.

Pero tanto Jorge Sanhueza como Joaquín Blaya eran hombres inconstantes, y a las primeras medidas represivas, cierres y censuras, se les enfrió su primitivo entusiasmo y terminaron por venderme sus derechos. Desde entonces, quedé yo como único propietario de la revista.

69. León versus Caballo. Don Ramón me inspiró la caricatura "Se chupó" que don Arturo se chupó. Incineración de "Topaze" y pesquisa afortunada

Empezaba a correr la segunda semana de enero de 1938. Preocupado por la actualidad política que me tocaba afrontar en "Topaze" después del discurso pronunciado por don Arturo en la Escuela de Aviación, en el que atacó con insólita rudeza a don Carlos Ibáñez, me dirigí en busca de inspiración al Cementerio General. Necesitaba serenidad para glosar la candente actualidad. Armado de un lápiz y un block de bolsillo, me senté en las gradas de un mausoleo. ¿Cómo "graficar" la actitud del León, que, siendo Presidente de la República, había arremetido en el almuerzo de un cuartel militar contra un general que había ocupado igual investidura? El general había reaccionado violentamente en carta abierta publicada en varios diarios, y cuando todo el mundo esperaba una actitud altiva de don Arturo..., éste "se chupó". Sin embargo, "La Nación", cuyo presidente era el general Bravo, sostenía que el Presidente había sabido responder con energía a la insolente carta de Ibáñez.

La verdad fue que don Arturo captó la mala impresión causada por su discurso entre los militares.

Siguiendo mi costumbre, apunté varias ideas sobre el tema; pero ninguna me satisfizo. Inconscientemente di una mirada al interior del sepulcro, en cuyas gradas me había instalado, y con extrañeza vi el nombre del difunto que dormía "esta vez" el sueño eterno: don Ramón Barros Luco.

"Ayúdeme, don Ramoncito", pedí mentalmente; y como si el macuco Presidente hubiera escuchado mi súplica, rebotó en mi mente la idea de la caricatura que bajo el título "Se chupó" fue la causante, algunos días después, de la incineración de la edición N.º 285 del semanario.

Para demostrarle mi agradecimiento a don Ramón, le hice un croquis de su cara, mostrándolo con un ojo abierto y otro cerrado, y lo introduje por una rendija de su lápida, donde seguramente está todavía.

De acusado me transformo en acusador

La noche en que se daba término a la impresión de la edición 285 en la Imprenta Leblanc, de propiedad de don José Stanley, se presentó el prefecto de Investigaciones, don Oscar Peluchonneau, acompañado de varios agentes, con una orden de detención en contra mía y otra de confiscación de la edición. ¿Cómo se

habría impuesto el gobierno del contenido de ese número? Fue inútil mi protesta. Me introdujeron en un automóvil que, seguido de otros, me condujo con toda la edición a los Tribunales de justicia. Siempre recuerdo el diálogo sostenido durante el trayecto con el prefecto Peluchonneau.

Coke. - Yo soy un modesto "Barómetro de la Política Chilena". Los que se encolerizan con mis caricaturas proceden en forma tan desatinada como pudieran hacerlo aquellos que arremetieran contra un barómetro cuando su puntero anuncia tempestad.

Pelucho. - Yo no hago más que cumplir órdenes superiores.

Coke. - Cuando las órdenes impartidas son arbitrarias, hieren al que las da y a los que las cumplen.

Pelucho. - La caricatura es muy ofensiva para S. E.



SE CHUPO TOPAZE: *¿Sabe, mi general, que no es tan bravo el león como lo pintan? (La caricatura le fue encomendada a "Pekén", previniéndole que dibujara al león sin ninguna de las características de don Arturo.)*

Coke. - No lo estimo así. Tuve otras ideas que, sin ser ofensivas, resultaban más peligrosas: Una en que los militares, después de escuchar la diatriba en contra del general Ibáñez, en lugar de aplaudir, producían ruido de sables... ¿Le habría

parecido mejor? En cambio, ésta es una representación objetiva de los hechos, que yo no podía abstenerme de comentar.

Pelucho.- Es mejor que se lo explique al ministro sumariante que nos espera en los Tribunales.

Coke.- ¿Puedo solicitar la presencia de mi abogado?

Pelucho.- Imposible. Usted tendrá que defenderse personalmente.

Serían las 10 de la noche cuando entrábamos en el Palacio de los Tribunales.

El ministro instructor del proceso, señor Aylwin, tomó lentamente un ejemplar de "Topaze", y mostrándome las páginas centrales, me interrogó:



En esta caricatura aparece el León con la cara de don Arturo. Está protegiendo a sus cachorros, Fernando, Jorge y Eduardo, de las asechanzas de las otras fieras del zoológico político.

-¿Ha sido su intención personificar al Presidente de la República en la figura de este león?

Rápidamente hice la composición de lugar, y con un aplomo del que yo mismo me extrañé, respondí:

- Me sorprende que S. S. suponga que S. E. pueda ser representado por un animal.

Yo había tenido la precaución de hacer aparecer al león sin ninguno de los atributos faciales con que caracterizábamos a don Arturo. En el dibujo aparecía una vulgar fiera de circo pobre, sin onda ni nariz colorada.

Desconcertado el ministro ante mi audaz respuesta, que lo transformaba de acusador en acusado, suspendió el interrogatorio y me declaró absuelto. Fui notificado de que podía retirar del sótano de los Tribunales la edición 285, la que yo mismo ayudé a acarrear a unas carretelas, para llevarla a nuestro local de la calle Moneda, como puede verse en la fotografía adjunta. Esa tarde observé que Peluchonneau pasaba frente a nuestras ventanas. Quise saludarlo, aunque me esquivó. Pensé que se sentía molesto por la derrota obtenida, pero el prefecto volvió a pasar, y esta vez con la solapa levantada, creyendo que así no lo identificaría.

Vi también que algunos individuos sospechosos se habían detenido frente a nuestra casa. Convencido de que se nos preparaba una sorpresa, le ordené a Sixto, mi mozo, que se quedara esa noche en la oficina y que al primer síntoma inusitado me llamara por teléfono.

Como a las 6 de la madrugada uno de mis cuñados me comunicó que la redacción había sido asaltada.

Me levanté rápidamente. Cuando llegué a "Topaze", el asalto estaba consumado, y Sixto me explicó que intentó llamarme por teléfono, pero que la línea había sido cortada. La policía de Investigaciones se había llevado en un camión toda la edición y varios originales de caricaturas de don Arturo Alessandri.



Feliz aparezco yo en esta foto, retirando de los Tribunales de Justicia, después de haber sido absuelto, los ejemplares de la edición de "Topaze" N.º 285. Me acompaña Alfredo Valenzuela Donoso, que con valentía e inteligencia colaboró en la pesquisa que dio con los corrales en que fue incinerada la edición.

Tenía que obrar sin pérdida de tiempo y pensé buscar inmediatamente un abogado de prestigio que fuera adversario político del Presidente. El hombre indicado me pareció Juan B. Rossetti. Me dirigí a su domicilio y lo con vencí de que me ayudara. Se levantó e hizo la denuncia correspondiente en el juzgado. Ambos nos preguntábamos qué podían haber hecho con la edición, pero no se nos ocurría cómo y a quién averiguar su destino. Pero Rossetti, después de los primeros trámites, le confió mi defensa a Arturo Natho.

A mediodía todo Santiago conocía lo ocurrido. Fui llamado por el intendente, don Julio Bustamante, a su despacho, y sostuvimos el siguiente diálogo:

-¿Qué le ha pasado, mi amigo, que me dicen que le asaltaron su oficina? Nunca, como -en esa ocasión, mis poderes psíquicos fueron más útiles. Desde varias horas mi cerebro era un tirabuzón que buscaba hacia todos lados la explicación de los hechos y la suerte que había corrido la edición de la revista.

Yo estaba, pues, en estado excepcionalmente receptivo, así es que atrapé sin dificultad la respuesta mental de Bustamante.

Vi una gran hoguera y tuve la revelación de que la revista había sido quemada.

- Usted mandó quemar la edición anoche - le respondí con tal firmeza, que el intendente se paralogizó y hasta su rostro cambió de color. Después de algunos segundos se repuso y con tono airado contestó:

-¿Se da cuenta de su insolencia? ¡Si no prueba en seis horas más su afirmación, lo voy a meter preso!

- Se lo probaré antes del plazo que usted me ha fijado - le respondí; y dando media vuelta, abandoné su despacho.

Una vez en la calle, me pregunté: "¿Y qué hago ahora?"

Busqué en seguida a mi amigo y periodista Alejandro Oteiza y le conté lo ocurrido. Ya no tenía duda de que la edición había sido quemada, de modo que nos pusimos a averiguar si había algún local, en los alrededores de Santiago, dependiente de la policía. Se nos informó que por la calle Andes, a unas diez cuadras pasado Matucana, existían unas caballerizas que dependían de Investigaciones. Me aprovisioné de una máquina fotográfica y nos dirigimos en un auto al sitio elegido.

Cuando estábamos cerca, me dediqué a interrogar a cuantas personas pasaban:

-¿Ha visto hacer una fogata anoche? Todos nos respondían negativamente.

Cuando ya estábamos perdiendo las esperanzas de dar con la pista, desembocó por una esquina una muchachita de unos diez años.

La detuve y le repetí la pregunta.

- Sí, "caallero". Anoche se le llenó a mi mamita la batea de papel "quemao".

-¡Llévenos a su casa, "mijita"! - le pedimos. Y ni cortos ni perezosos echamos a la chica al auto y partimos a la dirección que indicó.

Después de hablar con la madre de la muchacha y explicarle el objeto de nuestra visita, la señora nos llevó al patio en que tenía la batea.

-¡Si ustedes vieran todo el papel quemado que cayó aquí! Miren cómo está el parrón.

Tomé algunos trozos de papel y pude comprobar que eran restos de la edición N° 285. Entonces le pedí a Oteiza que fuera a buscar al juez, don Pelegrín Sepúlveda, que estaba a cargo del sumario.



Momento en que se descubrió el sitio en que fue incinerada la edición N.º 285.

Media hora después llegó mi amigo con el juez y el actuario Vivanco. Con toda agilidad se trepó don Pelegrín al parrón y encontró nada menos que la página con la caricatura "Se chupó" casi intacta.

Parecía que algún ser intangible me hubiera prestado su protección. El juez Sepúlveda guardó la página en su cartapacio, junto con otras a medio quemar, y se lo entregó al actuario. De ahí nos dirigimos a los corrales de la policía. Me parecieron demasiado limpios. El suelo estaba cubierto con maicillo recién puesto. Don Pelegrín ordenó que trajeran una pala y retiraran el maicillo. ¡Cuál no sería nuestra alegría al ver aparecer en el suelo las huellas calcinadas de los paquetes de revistas! Tomé varias fotografías y el juez decretó la incomunicación del recinto y la detención del personal que se encontraba presente. Una hora después había dictado orden de prisión contra el prefecto Peluchonneau y otros jefes de la policía, y en la tarde se pedía la destitución del intendente Bustamante. A la hora de comida, el Gabinete estaba a medio renunciar' y en la noche el Presidente Alessandri habló por la Radio del Estado declarándose responsable del asalto e incineración de "Topaze".

* * *

Waldo Palma, que a pesar de los "cocowaldopalmerazos" que le pegábamos en "Topaze" es mi amigo, estaba ausente de Santiago durante estos incidentes. Estoy seguro de que él habría evitado el mal paso dado por Investigaciones.

Años después, un día en que yo llevaba un ejemplar de "Topaze" de la edición que debía aparecer al día siguiente, vi a Waldo en la puerta de "La Bahía". Sabiendo que al día siguiente debía partir a Europa, me acerqué a él para despedirme. Junto con desearle un feliz viaje le obsequié el ejemplar que llevaba conmigo.

No advertí que cerca de él estaba don Julio Bustamante, quien se nos acercó y con simpática socarronería me dijo:

-¿Le atracamos un fosforito?

Era don Julio más "topácico" que yo mismo...

* * *

Mi perpetua lucha con el intendente Bustamante se asemejaba a la de "Don Camilo" con el alcalde "Peppone" descrita por Giovanni Guareschi, en que los contrincantes aparecen como enemigos irreconciliables y, sin embargo, un lazo misterioso de simpatía los une en un plano que trasciende de la realidad. Cuando falleció don Julio, yo sentí una sincera aflicción. Era él la encarnación de la lealtad, y las arbitrariedades de que me hizo víctima le fueron, sin duda, dictadas por su entrañable adhesión a don Arturo.

Parece que alguien le sopló que el León estaba pareciéndose - cada vez más a mis monos, confirmando el aforismo de Oscar Wilde de que "la naturaleza copia al arte"; y sin pensarlo dos veces me llamó a su despacho para pedirme qué me abstuviera de dibujarlo, aunque más no fuera por un tiempo. Pensó tal vez el intendente que en un par de meses don Arturo volvería a recuperar su aspecto natural.

Una revista como "Topaze" no podía dejar de "graficar" al Presidente de la República por complacer a don julio, así es que empecé a dibujar a Alessandri por atrás. Una mañana lo seguí en su paseo cotidiano por la Alameda y lápiz y block en mano tomé nota de sus características traseras, encontrando que lo más peculiar era la manera de portar el bastón cruzado a la encorvada espalda, enganchando el cacho del mango en su hombro izquierdo. Nunca pudo imaginarse don julio que, gracias a él,

pude salvarme de un "carcelazo". Al ser procesado por otra caricatura que no fue del agrado del Presidente y en que aparecía por detrás, el ministro sumariante me preguntó, mostrándome un ejemplar de "Topaze" en que don Arturo aparecía en su "versión posterior", si ese dibujo representaba al Presidente de la República. Yo le respondí que no era posible probarlo por estar dando la espalda..., "y como S. S. sabe que soy un especialista en los rasgos fisonómicos del Presidente - le dije, completando mi defensa, si hubiera tenido la intención de dibujarlo, lo habría mostrado por delante".

* * *

Otra jugada que le hice a don julio fue con motivo de la propaganda de una edición especial de la revista. Había preparado yo un costoso carro alegórico que simulaba una gran jaula en la que el rey de los animales aparecía recortado, de tamaño natural, en cartón. Al solicitar el permiso para hacer transitar mi carro por las calles de Santiago, sólo se me autorizó recorrer los suburbios de la ciudad, perdiendo de esta manera toda eficacia la propaganda que yo había planeado.

Fue así como el día anterior a la salida del número especial, el carro alegórico pasó por las callejuelas más despobladas. Con la intención de anular esta medida, que ponía en peligro la costosa edición, me dirigí a un teléfono público y, fingiendo la voz de un correcto caballero liberal, me comuniqué con el intendente para hacerle saber que en esos momentos recorría las calles un carromato francamente ofensivo para S. E.

Acto seguido llamé a los fotógrafos de los diarios de oposición para prevenirles que estuvieran preparados para un golpe periodístico. Un cuarto de hora más tarde, y tal como yo lo había previsto, el chofer, los sujetos que iban en su interior disfrazados y el carro alegórico con león y todo fueron conducidos a la primera comisaría, bajo la acusación de desacato.

Al día siguiente los diarios publicaron con profusión de detalles y fotografías el pintoresco incidente. Gracias a éste la propaganda del número especial resultó mucho más eficaz que el carro alegórico mismo, y la edición se agotó antes del mediodía.

Otra vez que don julio volvió a pedirme que no dibujara la cara de don Arturo, amenazándome con un proceso, le contesté que ya estaba impresa en la portada próxima, y en forma tal que no podría darse por aludido. Efectivamente, la semana siguiente, los lectores de "Topaze" vieron qué el rostro de don Arturo se formaba con una mancha negra, que daba la ilusión de su clásica onda; la nariz estaba simulada por una leyenda en rojo y la boca por el título, tal como se ve en la reproducción adjunta.

Aseguran los biólogos que el hombre se transforma íntegramente cada siete años, vale decir, nuestro cuerpo se renueva así como cada día cambiamos camisa. De acuerdo con este postulado, yo me habría transformado, por lo menos, cinco veces desde la época en que desesperaba a mi madre pintándole zancudos en la pared hasta ésta, en que sacaba de juicio semanalmente al intendente Bustamante.

Pese a las materialistas teorías biológicas, creo que yo he sido siempre el mismo, así como don Arturo Alessandri fue hasta su última hora el mismo del año 20.

Larga y persistente fue mi batalla con don Julio Bustamante; pero le guardo un simpático recuerdo. La lealtad, tan común en los perros, es un raro don entre los hombres.

* * *



La portada de "Topaze" en que con letreros se forman los rasgos faciales de don Arturo.

Se me achaca una caricatura que jamás dibujé, y otros gajes del oficio.

Muy equivocados están quienes creen que los caricaturistas se ensañan por odio personal con determinados hombres públicos. Jamás yo sentí odio por político alguno; me parecen ellos personajes fabulosos, como lo son el Pato Donald o el Perro Pluto para Walt Disney. La prueba de esto es que una vez que los políticos salen del foco de la actualidad, los olvido y no vuelvo a preocuparme de ellos hasta que otra vez vuelven a entrar en la pista del circo político. Tampoco he recurrido nunca a la vida privada de mis "víctimas" para ponerlos en solfa.

Hace años me "colgaron" una caricatura en que don Arturo estaba arrodillado ante otro político, al que yo habría vestido con los hábitos de obispo y a quien el León aparecía besándole la esposa. Jamás pasó por mi mente esa infame caricatura. Sin embargo, todavía hay personas que aseguran haberla visto en una portada de "Topaze". Entre ellas estaba don Julio Bustamante, quien en cierta ocasión me la enrostró culpándome de haber faltado a la ética profesional. Lo desafié a que la

encontrara en la colección completa de "Topaze", archivada en la Biblioteca Nacional. Yo me comprometía a pagarle \$ 100.000 (hoy la suma superaría al millón de pesos) si había sido publicada. En caso contrario, sería él quien me haría entrega de esa cantidad de dinero. Yo estaba completamente seguro de ganar el desafío; pero don julio cayó, poco después, enfermo de muerte y perdí la ocasión de probarle que no soy de los que escarban en la vida privada de los hombres; ¡bastante debo sufrir buscando mis temas en el basural de la política!

Años después, con motivo de la división del Partido Conservador, y en que, como se sabe, don Manuel Muñoz Cornejo se hizo cargo de la presidencia de la fracción social cristiana, yo, de acuerdo con la política del diario en que estaba trabajando, "El Ilustrado", caricaturizaba cada semana a don Manuel en las más absurdas posturas. Conocía apenas de vista a este caballero e ignoraba por completo su vida privada. ¿Cuál no sería mi sorpresa al imponerme por el director del diario, don Luis Silva S., que el señor Muñoz Cornejo había ido a quejarse amargamente ante S. E. el Cardenal Arzobispo por la caricatura que a continuación reproduzco?

- Al llamarme Muñoz Melancolía - le había dicho a S. E. el dibujante intentó mofarse del dolor que, desde que perdí a mi esposa, atormenta mi alma.

El director le explicó a S. E. que le constaba que el dibujante no conocía al señor Muñoz Cornejo y que si hubiera podido suponer la interpretación que este caballero iba a darle a su dibujo jamás lo habría hecho. También le explicó que lo de Muñoz Melancolía había sido puesto en contraposición de Muñoz Alegría, apellido del político con que aparece dialogando en el dibujo y que era el presidente del Partido Radical.

Caricaturas que nunca debí dibujar

El hombre de confianza del Presidente don Juan Antonio Ríos -"Don Mandantonio" lo llamábamos en "Topaze" era mi cuñado Camilo Ramírez, que desempeñaba el puesto de Intendente de Palacio.

Cuando se empezó a hablar de una misteriosa enfermedad que aquejaría al Presidente Ríos, yo le preguntaba a Camilo, que en esa época vivía con nosotros:

-¿Qué hay de cierto en esto de la enfermedad del Presidente?

- Don Juan Antonio goza de excelente salud - me respondía invariablemente, cambiando de inmediato el giro de la conversación.

Sin embargo, como la "copucha" de la misteriosa enfermedad del Presidente continuara inflándose, fuimos muchos los que atribuimos el mal a una "enfermedad política" y así fue cómo empecé a publicar en "Topaze" caricaturas en que don Juan Antonio era mostrado en calidad de enfermo.



EL PACTO CON EL DIABLO.

Muñoz Alegría: - Queda entendido que después de este pacto serán únicamente Conservador Social, porque la otra palabra es inaceptable en mi reino.

Muñoz Melancolía: - Sí, pero a cambio de dos suculentas pegas.

("El Diario Ilustrado", 25 de julio de 1951.)

¡Cómo iba a imaginarme que ya estaba señalado con el dedo de la muerte! Lo curioso era que, por una extraña intuición, empecé a dibujarla con el vientre cada vez más abultado, como si yo hubiera presentido que S. E. llevara un tumor maligno en su interior.



PÁJARO DE MAL AGÜERO

Don Mandantonio: Este chuncho se equivoca si cree que, como lo hizo una vez, viene a entonar un responso fúnebre... "Topaze" 5 de mayo de 1944. (El chuncho, en el dibujo, es don Gabriel González Videla. El vaticinio no tardó en cumplirse.)

Cuando el mal hizo crisis y la noticia trascendió, le llamé la atención a mi cuñado más o menos en los siguientes términos

-¡Cómo es posible que no me hayas dicho la verdad; tu excesiva reserva me ha hecho incurrir en un equívoco que ha resultado de pésimo gusto!

- Era un secreto de Estado q u e me estaba vedado revelarte - me respondió, haciendo un puchero que es muy propio de él. Cuando yo te veía dibujar esas caricaturas sentía deseos de romperlas; pero había hecho un juramento que me sellaba la boca y, me paralizaba las manos.

Y fueron varias las que hice del malogrado señor Ríos por excesivo celo del Intendente de Palacio.



DON JUAN ESTEBAN RÍOS.- A pesar de haber "arrojado" tantos socialistas aún no me encuentro bien. DOCTOR TOPAZE.- Es que algo muy indigesto, le queda todavía en "el interior"

El día en que falleció don Juan Antonio, Camilo llegó a casa con los ojos nublados por el llanto y me dijo:

- Era todo un hombre y así también supo morir.

Estos son algunos de los gajes de mi oficio que he debido soportar con cristiana resignación.

Sección 8

70. Hablan mis películas habladas

EL año 1935, vale decir dos años después de fundado "Topaze", un impulso incontenible por aprovechar mis conocimientos acumulados en Hollywood me instó a

producir "Norte y Sur". Jorge Sanhueza convenció a su amigo don Osvaldo Martínez, presidente de la Caja de Crédito Minero, de que nos financiara la película, cuyo argumento debería estar relacionado con la minería.

Como en mi primera aventura, cuando filmé "Juro no Volver a Amar", en que tuve que fabricar una cámara cinematográfica, ahora me encontré con el problema de construir nada menos que un equipo sonoro.

Gracias a la pericia de los ingenieros Spencer y Vivado, conté con los complicados aparatos para fotografiar el sonido, que para su época eran excelentes.

Arrendé un enorme local en la Alameda, que había servido en otros tiempos de salón de patinar, y empecé a levantar los sets requeridos por el argumento. Contraté a nuestro primer actor Alejandro Flores, quien tuvo por partenaire a Hilda Sour. Cuando intentamos filmar la primera escena, nos dimos cuenta que el ruido del tránsito hacía imposible su realización. Resolvimos entonces filmar en la noche, de doce a siete de la mañana, horas en que en aquella época cesaba casi por completo el bullicio en la Alameda.



Alejandro Flores e Hilda Sour llegando a la mina "La Olvidada", hecha de cartón...

Esto vino a desquiciar el trabajo de "Topaze". No podía yo pasar toda la noche filmando y continuar al día siguiente trabajando para la revista. A pesar de que mi salario como director, productor, autor, etc., era de mil pesos mensuales, resolví cerrar la revista durante el tiempo que tomara el rodaje de "Norte y Sur". Era la

primera película "hablada" de largo metraje filmada en América del Sur, y me serviría para echar las bases esa industria en nuestro país, realizando así mi sueño por tantos años acariciado.

Pero el trabajo nocturno también tuvo sus inconvenientes imprevisibles. Junto al *Studio* había un criadero de aves. Al encender los reflectores usados para la filmación, la luz se filtraba, iluminando el gallinero. Los gallos, creyendo que eran los rayos solares del nuevo día, empezaban a cantar con estridente entusiasmo. Por supuesto que sus cantos eran captados por el micrófono. Esto me decidió a comprar el criadero y durante un mes estuvimos alimentándonos noche a noche con cazuela de ave.

Para las escenas en que aparecían mineros, contraté muchos "extras" que trabajaban afanosamente, a medio cuerpo desnudo, en los socavones y piques de cartón que les había construido en el ex salón de patinar. Entre ellos me llamó la atención uno que lucía gran cantidad de tatuajes. Como en una ocasión hablara en inglés, le pregunté si había sido marinero. No fue mucha gracia adivinarlo, y muy pronto fuimos amigos. Una noche, durante un *setup*, o cambio de escena, el hombre me entretuvo con un curioso relato que tuvo su origen cuando yo hice alusión al asalto que algunos marineros del "O'Higgins" perpetraron en una joyería de Newcastle, en Inglaterra.

- Hace de eso tantos años - me dijo el ex "managuá"¹⁸, que no me avergüenzo de contarle que fui yo uno de los asaltantes. Fraguamos "una gracia", pero no fue el robo lo que nos indujo a ello, sino el aliciente "deportivo" de asaltar un establecimiento que se vanagloriaba de contar con el primer sistema eléctrico de alarma contra ladrones. Varios días estuvimos planeando la manera de silenciar los timbres.

"Por supuesto que habíamos hecho varias visitas al establecimiento y conocíamos su "topografía". Decidimos dividirnos en tres grupos. El primero se encargaría del sistema eléctrico; el segundo, de distraer a la policía y dependientes de la joyería, y el tercero, de extraer las joyas de una vitrina, la más protegida por el sistema de alarma. ¡Era excitante el asunto!, ¿no le parece? ¡Tenía, como dicen los gringos, el incentivo del *thrill!*

¹⁸ "Managuá" o marinero; tiene su origen en la locución inglesa *man of war*.

"El grupo de los electricistas había descubierto una pequeña abertura que daba acceso al lugar en donde estaba la instalación eléctrica. Uno de los complotados llevó un gato oculto y lo deslizó por el agujero. El animalito, al caminar sobre los alambres, hizo funcionar los timbres. Los joyeros se pusieron en alarma; pero al encontrar al causante del desaguisado, se tranquilizaron, pues vieron que el supuesto ladrón era un inocente micifuz.

"En ese momento, el segundo grupo organizó una reyerta a cuchillo en la calle, frente a la joyería. Este hecho causó alarma y la policía y dependientes de la joyería se distrajeron en separar a los contrincantes. Sincronizados con la acción de este grupo, entramos dos en el interior de la joyería y desvalijamos una vitrina, con cuyo valioso contenido llenamos nuestros bolsillos.

"El asalto resultó perfecto en todos los detalles; pero no tardó en saberse que unos marineros habían estado dentro del establecimiento a la hora del robo. Nos atrincaron con un sumario, pero no largamos la pepa. Las joyas ya habían sido ocultadas en un oscuro escondrijo de nuestro barco y nunca más fueron encontradas. Por lo menos, así me lo aseguraron los cómplices. Yo no toqué parte del botín.

Y éste fue el extraordinario relato de un minero que buscaba vetas de oro en una mina de cartón.

"Escándalo"

Me había asociado con Emilio Taulis, experimentado técnico cinematográfico, para producir una película cuyo argumento había escrito en una noche de insomnio. En la primera escena debía aparecer yo mismo, en mi calidad de director, efectuando por teléfono el reparto de los papeles. Cuando ya nadie se acordaba de estos preparativos y el drama llegaba a su clímax, el público volvía a la realidad: era una película "pirandelliana" la que se había estado rodando.

* * *

-¿Por qué no escribe un libro con estas historias? me preguntó una amiga que, durante una sobremesa, había escuchado con interés algunos de los extraños episodios que me ha tocado vivir.

- Son tantos - le respondí, y algunos tan increíbles, que temo que fueran apreciados como productos de mi fantasía. ¿Habrá alguien que no ponga en duda la historia de un ánima que intervino en la filmación de "Escándalo"? ¡Y allí está la hermosa Gloria Lynch, protagonista de aquella película, para que me desmienta!

-¡Cuéntenos lo que ocurrió! - dijeron varias voces.

- "Escándalo" requería varios escenarios; pero, como no tenía dinero para construir sets, arrendé una vieja casa que había sido la *garçonnière* de unos alegres y distinguidos tarambanas del siglo pasado y que en ese momento servía de bodega de manzanas.

Con el objeto de acondicionar acústicamente las habitaciones, era necesario cubrir las murallas con grandes cantidades de género esponjado. ¿Dónde obtenerlo? Taulis encontró la solución. Había heredado de su padre un hotel para tuberculosos en "Melocotón". Desalojó a los enfermos y cubrió las paredes de nuestros auténticos sets con las frazadas de las camas que habían ocupado los enfermos. Por supuesto que nadie supo el origen de tales frazadas. Pero cada vez que Gloria Lynch tosía, yo miraba a Taulis con alarma. Menos mal que nadie demostró síntomas de tuberculosis durante la filmación ni después de terminada la película.

Cuando la casa estuvo convertida en Estudio Cinematográfico y empecé a trabar amistad con el vecindario, una señora me dijo misteriosamente

- Tendrá que cuidarse del ánima que pena en esta casa, señor.

-¿Anima? ¡Si supiera usted, señora, cómo tengo de preocupaciones con los vivos! - le respondí.

- No lo tome a la broma - continuó mi vieja vecina. Ha de saber que hace muchos años, cuando ésta era la casa de campo de la familia X, uno de los jóvenes patronos raptó a una hermosa niña, la que antes de ser deshonrada prefirió suicidarse. De ella es el ánima que pena en esta casa.

Empezó el rodaje de "Escándalo", y todo iba saliendo a pedir de boca. Las antiguas caballerizas se habían convertido en laboratorio. Mi hermano Guayo nos había construido, en su garaje de la calle Almirante Barroso, una espléndida máquina reveladora automática, que fue la primera usada en Chile. El gran hall, cubierto por una claraboya de vidrios, se convertiría en sala de redacción de un supuesto diario. Las galerías de vidrio, que rodeaban la parte posterior, se convirtieron en las de una

clínica. Para lograr este efecto, hice empavonar los vidrios y pintar las murallas con pintura blanca. Recuerdo que cuando se filmó la escena de la clínica, todos estuvieron de acuerdo en que el ambiente estaba perfectamente logrado. Tanto es así que electricistas, técnicos y artistas conversaban a media voz, como si hubiera enfermos graves. Gloria Lynch me dijo:

-¿Cómo has logrado este efecto? Cada vez que vengo a este escenario siento un extraño malestar, como si estuviera realmente enferma.

Taulis se alarmó, pensando que las frazadas del hospital de "Melocotón" empezaban a transmitir su contagio. Después de tomar las escenas de la clínica, en que se simulaba efectuar una transfusión de sangre a Gloria, le revelé el secreto: días antes de filmar esta escena había derramado algunas gotas de cloroformo en la alfombra, y el olor apenas perceptible del anestésico era el que contribuía a provocar el clima deseado.

Jamás había recordado al ánima que penaba en la vieja casa, y ella tampoco se había hecho presente. Pero un día, a la hora del almuerzo y estando todo el personal sentado a una larga mesa, a la sombra de los añosos árboles del parque, se sintió el estrépito producido por la quebrazón de cientos de vidrios. Nos pusimos todos de pie y yo fui el primero en correr al interior de la casa. A juzgar por el ruido, lo menos que podía haber ocurrido era que se hubiera derrumbado la claraboya. Recorrimos la casa y todo estaba en su lugar. No se había roto un solo vidrio. Entonces recordé lo que la vecina había dicho del ánima en pena. "¡Siempre que no me estropee una escena, que siga penando!", me dije.

Algunos días después fue menester construir algunos metros de pirca para que Gloria asentara sus lindas posaderas en la piedra y cantara la canción "*Caminito*", que le había compuesto el maestro Martínez Serrano. Para el prolongado estudio de los diversos focos una "doble" había ocupado el sitio en que debía situarse Gloria sobre la pirca.



Gloria Lynch y Mario Gaete en la pirca que los espíritus derrumbaron dos veces.

Cuando las luces y el equipo sonoro estuvieron listos para el *play back*, llamé a Gloria, que estaba más linda que nunca bajo un amplio sombrero de paja de Italia. En el momento preciso que tomó su puesto, la pirca de piedra empezó a estremecerse como si hubiera querido sacudirse de su preciosa carga.

Gloria saltó aterrorizada, y ante los ojos sorprendidos de todos los que allí estábamos, la pirca se fue desintegrando hasta quedar totalmente demolida. El hecho no dejó de causarnos extrañeza; pero lo atribuimos a la forma deficiente como la pirca había sido construida.

Llamé al albañil y le ordené que la rehiciera, pues al día siguiente debía terminar esa escena. Al otro día, ya con verdadero espanto de los presentes, volvió a repetirse el fenómeno. Trabajo me costó para que Gloria se subiera por tercera vez a la pirca, que debió ser construida de una sola pieza. Después de estos extraños hechos, supe que el cuidador nocturno de la casa también había sentido golpes en la pieza en que dormía y que, apenas abandonábamos el "estudio"... , él también se iba a pasar la noche a una casa vecina, porque el ánima de la niña que se suicidó antes de permitir su deshonor no lo dejaba dormir.



Por falta de dinero no pude contratar un fotógrafo que tomara las fotografías usadas para la publicidad de "Escándalo". Las escenas principales debieron ser dibujadas por mí. En ésta aparecen Carlos Justiniano rodeado de Gloria Lynch, Mario Gaete, Enrique Torres, Mirella Latorre, Balbina de Reed y Patricio Kaulen, intérpretes principales de dicha película.

Fue para mí una gran satisfacción saber que la Enciclopedia Espasa, en su última edición, se refirió a "Escándalo".

1940 - "La Chica del Crillon"

Como se ha visto, las dificultades que tenía que vencer durante el rodaje de mis películas se debían a la falta de medios con que contaba para realizarlas.

Me asocié con Jorge Spencer, excelente "ingeniero de sonido". Entre ambos habíamos obtenido un préstamo de cuatrocientos mil pesos; ¡de los del año 1939!, que nos permitirían trabajar sin angustias ni interrupciones. Resolvimos inaugurar nuestro Estudio Santa Elena con "*La Chica del Crillon*", como un homenaje a don Joaquín Edwards Bello.

Para la filmación de esta película contábamos con equipos fotográficos y de grabación de primer orden.

Después de breve discusión firmamos un contrató en que al autor del libro se le pagaría el doble de la cantidad que nos cobraba, a condición de revisar la adaptación al cine que yo haría de su novela.

Uno de los escenarios más costosos que debíamos construir sería la reproducción de la planta baja del Hotel Crillon.

Los escenógrafos, basándose en fotografías, empezaron a construir una réplica de las principales dependencias del establecimiento que le daba el nombre a la novela.



La hermosa Beverly Bush encarnando a "La Chica del Crillon" en sus buenos tiempos.

Otro escenario, el que serviría como dormitorio de la propietaria del prostíbulo, y que era la antigua amante del padre de Teresa, me dio mucho trabajo para "vestirlo". Tenía fotografiado en mi memoria el dormitorio de la María Luisa, atiborrado de cachivaches, cuadros y chucherías inverosímiles, y traté de reproducirlo con la mayor fidelidad.

Mientras tanto yo había escrito el guión cinematográfico; pero me fue imposible conseguir que el señor Edwards Bello lo revisara. Como tenía dudas sobre algunas escenas demasiado escabrosas y otras muy desagradables, resolví hacerle consultas por escrito, consultas que el autor se dignaba aclarar en breves líneas:

"Querido amigo: Haz lo que quieras desde luego con *"La Chica del Crillon"*. Se presta a mucho juego escénico. No objetaré nada," etc.

Llegó el momento de empezar y me fue imposible obtener una entrevista con don Joaquín. Deseaba presentarle a la encantadora Beverly Bush, que había sido seleccionada entre docenas de chiquillas para encarnar el papel de Teresa Iturbizával, como creo que se llamaba la heroína. Tampoco se interesó el autor en visitar los costosos escenarios que habíamos levantado para presentar con propiedad la versión cinematográfica de su popular novela.

En cambio, el propietario del Hotel Crillon, don Jorge Kuppenheim, tuvo la gentileza de facilitarnos una noche los muebles, la vajilla, los maîtres y los "garzones" de su lujoso establecimiento.



Venida a menos, "La Chica" aparece con su "mamá", la recordada actriz Elena Puelma.

Se habían repartido tarjetas a la crema de nuestra sociedad. Y las más hermosas y elegantes chiquillas, acompañadas de parientes y amigos, se prestaron para servir gratuitamente de "extras" en el seudo Hotel Crillon.

Era tan perfecta la reproducción del ambiente que todos se sentían viviendo la hora del aperitivo en el auténtico Crillon.

El "trago" corría por cuenta de los productores y los mozos tenían orden de servir cuanto y todo lo que se les pidiera. Al preguntarle a uno de ellos si encontraba acertada la reproducción del ambiente, me respondió:

- Está igualito, don Jorge. Lo único malo está en que aquí nadie nos da propinas...

Las escenas salieron a la perfección, mas no había forma de convencer al autor de que las revisara, aunque fueran proyectadas.

Cuando dimos término a la película pensé que tendría interés en verla completa. Convinimos día y hora para mostrársela; pero tampoco apareció. Llegó, por fin, el día de la *première*. Se le mandaron varias entradas, mas tampoco don Joaquín se presentó. Yo comentaba estos hechos con otros periodistas y todos respondían:

-¡Son cosas de Joaquín! ¡Tú sabes que tiene sus rarezas!

- Tan raro es - agregó uno, que una noche, siendo el invitado de honor a una comida, creo que en casa de Misiá Enriqueta Vergara de Scroggie, no asistió, pero en cambio le mandó un vestido de regalo a la dueña de casa.

Otro aseguró que el señor Edwards Bello se colocaba una máscara para comer. Yo escuchaba estos comentarios con la indiferencia con que se oyen los "pelambres".

Pero todo habría sido disculpable si al día siguiente, fecha del estreno en el Teatro Central, no hubiera publicado un artículo encabezado con grandes titulares, en que se leía más o menos lo siguiente:

"Exijo que mi nombre sea retirado de la película "*La Chica del Crillon*". El contenido del artículo demolía la producción que él jamás vio.

Es de imaginar los momentos de angustia que pasamos Spencer y yo.

La inoportuna declaración del autor ponía en peligro el éxito de la película y la deuda contraída había que cancelarla con las recaudaciones de la boletería.

Menos mal que el público y la crítica aplaudieron con entusiasmo la película. Escritores prestigiosos ensalzaron sus méritos y no faltaron críticas a la insólita actitud del señor Edwards Bello.

Al tercer día de su estreno caí enfermo y el gerente de la compañía distribuidora y "taita" del Teatro Central, mi inolvidable amigo Manuel Troni, me llamó por teléfono para decirme:

- Voy a mandar, colocar la extensión del teléfono en la platea, para que escuches, "Corke", las ovaciones al final de la función.

Efectivamente, el "estirado" público del Central prorrumpió en una entusiasta ovación.

El único que protestó y sigue protestando¹⁹ es don Joaquín Edwards Bello. (Lo trato de "don" desde esa época, en que él, cuando se topa conmigo en la calle, se saca nerviosamente el sombrero, como acostumbra a hacerlo con las personas con que no desea alternar.)

¹⁹ Últimamente, con motivo de haber sido nombrado miembro de la Academia de la Lengua, volvió, después de quince años, a arremeter en contra de la película, declarando a un reportero de "Ercilla" que el film "La Chica del Crillon" era el mamarracho más grande que había producido la cinematografía chilena.



A pesar de la mala opinión que tiene don Joaquín Edwards Bello de la versión cinematográfica que realicé de su novela, ese año obtuve el "Oscar" gracias a "La Chica del Crillon".

- Esto ocurre en todas las funciones. Puedes dormir tranquilo, "Corke" - me comunicó Troni.

Esta clase de rarezas son las que no sé por qué debemos soportarles a nuestros talentos, porque suponiendo que la película hubiera sido un bodrio, no tenía derecho el autor a exponer a una catástrofe a los que con la mejor intención desearon rendirle un homenaje.

"Hollywood es Así"

Durante la travesía en un "Santa", desde San Pedro de California a Valparaíso, escribí el guión de esta película. En ella se muestra la decepción sufrida en La Meca del celuloide por una muchacha chilena, provinciana, que realiza un viaje a

Hollywood, como recompensa por haber ganado un concurso de slogans para ponderar los méritos de cierta fábrica de cosméticos.

Si grandes dificultades tuve - que afrontar para reconstruir, con modestísimos medios, el ambiente hollywoodense, mayores fueron las que se me atravesaron para encontrar, en las calles de Santiago, personas que se parecieran a los astros, estrellas y directores más famosos de Hollywood.

En una boite santiaguina tuve la suerte de toparme con el doble del famoso Hitchcock. Grande fue mi alegría cuando vi a un gordo que se parecía, no diré como una gota de agua a otra gota de agua, sino, y con más propiedad, como una piscina a otra piscina, al voluminoso *"Rey del Suspense"*. Me aproximé a él:

- Tiene usted, señor, un extraordinario parecido con Hitchcock...

-¿Hitchcock? Me suena el nombre. ¿No son unos parches para el pecho? - me respondió el buen gordo. ¡Había confundido a Hitchcock con los parches Allcock para el pecho! El sosías del director de "Rebeca" resultó ser un minero nortino que venía a pasar una temporada a Santiago.



El doble del famoso Hitchcock dirigiendo una escena en que actúa el doble también de Charles Boyer.

Al día siguiente estaba en el Estudio Santa Elena, dirigiendo nada menos que a Charles Boyer..., como puede verse en la fotografía.



Los hermanos Marx y Chaplin, todos nacidos en Chile.

El característico timbre de voz del gran actor francés fue imitado a la perfección por mi hijo Jorge, que conoció mucho a Boyer, y quien celebraba con entusiasmo la imitación perfecta que le hacía.



Lincoln caracterizado por un carpintero del estudio. Años después, "Las Ultimas Noticias" publicó esta fotografía, por equivocación, en su edición conmemorativa del día de Lincoln.

Necesité sentar en una misma mesa nada menos que a Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill, José Stalin y Adolfo Hitler. "Los cuatro" eran amigos míos; pero no se conocían entre sí. Como presumía que al preguntarles si querrían desempeñar los papeles que les tenía designados, se iban a negar - todos eran personajes de categoría y nada tenía que ver con el arte cinematográfico, los invité a almorzar a mi casa y después a visitar el estudio. Ya metidos en el ambiente, logré llevarlos a la sala de maquillaje y prepararlos para la toma. Stalin fue el que más me dio que hacer. Al verse en el espejo con los clásicos bigotes, se los arrancaba indignado: -¡Acuérdese que soy abogado! - me decía, francamente encolerizado. Pero anduve con más suerte que los Tres Grandes y lo convencí.



Franchot Tone, Catharine Hepburn, Mickey Rooney, María Montez y Adolphe Menjou, encontrados en la calle Ahumada.

Me ponía a la caza de los sosías de astros y estrellas en la calle Ahumada, a la hora de mayor tránsito. Allí había encontrado a Franchot Tone, Charles Boyer y otros. ¿Por qué no iba a toparme también con Tyrone Power? Cuando ya perdía las

esperanzas, ¡zas!... lo veo ante mis ojos. Lo seguí. El, que había notado la persecución de que lo hacía víctima, aceleró el paso. Después de correr varias cuadras, abriéndome camino con dificultad entre la densa muchedumbre, vi que entraba en una tienda de artículos para hombres. De ahí no se me escaparía.

- Tiene usted un enorme parecido con Tyrone Power, señor... - le dije, abordándolo con el mejor de mis modos.

-¡Qué te "habés" imaginado, so... domita, ya verás la bronca que te voy a tirar si "continuás" esta persecución! - me respondió con marcado acento argentino el Tyrone Power porteño. Esto se los cuento para que vean ustedes los malos ratos a que está expuesto un director cinematográfico que no dispone de capital para contratar actores profesionales.



Roosevelt era Julio Molinare; Churchill, Lathrop; Stalin, Jorge Cristi, y Hitler, Juan Livingstone, padre del famoso "sapo"

Muchas anécdotas desfilan por mi mente; percances que ocurrieron durante la filmación de "La Chica del Crillon" y "El Hombre que se Llevaron"; pero por ahora les voy a relatar lo acaecido con una película que nunca realicé:

El crimen de Beckert.

¿Fue fusilado el Canciller alemán?

Corría el año 1939; la guerra estaba en su apogeo. Una tarde llegó a mi casa el viejo periodista Vicente Donoso Raventós ("El Chino Donoso") cargando un abultado portafolio, y, sin entrar en preámbulos, me espetó la siguiente pregunta:

-¿Sabe usted, compañero, que gracias a mí se descubrió el crimen de Beckert y que debido a ello Chile conserva el Estrecho de Magallanes?

- No, hombre, no sabía - le respondí.

Sacando entonces un montón de recortes de periódicos del portafolio, empezó su relato:

- Era yo reportero policial de "La Unión", de Valparaíso, y el jefe de crónica me había encomendado descubrir el sensacional hecho ocurrido en la tarde del viernes 5 de febrero de 1909.

"Después del incendio de la Legación alemana, ubicada en la calle Nataniel esquina de Alonso Ovalle, fueron encontrados los restos carbonizados de un ser humano. Los médicos alemanes señores Westenhoffer y Aichell, llamados por el ministro de Alemania para que hicieran la autopsia, certificaron que eran del canciller alemán don Guillermo Beckert. Incrustados en esos restos calcinados se encontraron sus anillos, sus colleras y su reloj.



Incendio en la Legación alemana y retrato de Guillermo Beckert.

La culpa recayó sobre el portero de la Legación, el chileno Exequiel Tapia, quien se hizo humo, junto con la cantidad de \$25.000 que el ministro de Alemania von Bodman había depositado el día anterior en la caja de seguridad de la Cancillería. Von Bodman sostenía que el canciller había sido asesinado por el portero Tapia, no sólo impulsado por el móvil del robo, sino más aún: Beckert recibió con anterioridad anónimos en los que se le amenazaba de muerte, y estos anónimos fueron llevados a la Prensa por el propio Beckert. También el barón von Bodman declaró que un súbdito alemán, un señor de apellido Neupert, le acababa de entregar una carta firmada por Beckert, de acuerdo con la promesa hecha a éste el año anterior, en caso de que muriera inesperadamente.

"- Estoy amenazado de muerte, le había dicho Beckert a Neupert, y si mis enemigos llegan a cumplir su siniestro plan, le ruego hacer entrega de estas dos cartas: una para nuestro ministro von Bodman y la otra para el Presidente de Chile, Excmo. señor don Pedro Montt.

"Tome nota del contenido de dichas cartas, amigo Coke - agregó, muy excitado "El Chino Donoso"-, ¡y dígame si ambas no encierran amenazas para Chile! ¡Observe que coinciden con las palabras que debía pronunciar, un año después, el ministro de Alemania en los funerales de la víctima prefabricada!

Después de asentir en sus apreciaciones, lo dejé continuar:

- Efectivamente, en la carta dirigida a von Bodman hay un párrafo que dice textualmente: "Es infinitamente penoso pensar que mi muerte podría ser para mi segunda patria la causa de un serio conflicto". En la otra, que llegó a manos de don Pedro Montt, también hay un párrafo que corrobora mis sospechas: "La generosidad chilena sabrá resarcirles la falta que les hace el que les proporcionaba el bienestar y el pan". (Se refería a su mujer, Natalia López, y a un hijo adoptivo.) "Así también se evitarán las dificultades que pueden surgir, a causa de mi muerte, entre el Gobierno de mi patria y el de Chile"... "Vea usted, recalca Donoso, en su apasionante narración, todo estaba coordinado en forma diabólica para atemorizar al Gobierno chileno y preparar a la opinión pública en el golpe final: ¡la apropiación del Estrecho de Magallanes!



Funerales del presunto canciller de Alemania, el ministro Von Bodman, marcado con la cruz.

Me parecía increíble lo que escuchaba y puse más atención:

- Pero la buena estrella de Chile quiso que el joyero Otto Izacovich, que había conocido a Beckert, por haber sido su vecino, se presentara al día siguiente del incendio ante el juez sumariante, señor Bianchi Tupper, para declararle formalmente que en la madrugada del sábado se había topado en el Portal Edwards con el canciller que se daba por muerto. El juez lo tomó por un loco y le pidió que no complicara más las cosas; ya el cadáver carbonizado había sido reconocido oficialmente como el de Guillermo Beckert, canciller de la Legación de Alemania en Santiago.

"Los funerales del supuesto canciller se llevaron a efecto con toda pompa. En representación del Gobierno de Chile asistió el Ministro de Relaciones Exteriores, y el cuerpo diplomático se hizo presente en masa.

"Antes de proceder a la inhumación del cadáver, hizo uso de la tribuna el ministro de Alemania, Excmo. señor von Bodman. El discurso del representante de S. M. Guillermo II causó consternación por la dureza y arrogancia de sus términos:

"Alemania recordará con tierna gratitud al que murió en ejercicio de sus deberes, víctima del puñal traidor de un cobarde asesino.

"¿No eran estas palabras, dichas por un diplomático extranjero frente al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, la insinuación del despojo que, con premeditación y alevosía, había sido planeado en el palacio del prepotente Guillermo II?

Vicente Donoso terminó diciéndome que poseía el más sensacional guión cinematográfico, basado en este drama, y que a eso obedecía su visita a mi casa.

- Puedo asegurarle, Coke, que ese crimen fue fraguado por el imperio alemán - insistía. El Canal de Panamá estaba próximo a abrir sus esclusas que pondrían en contacto los dos océanos, y Alemania deseaba tener, también, su pasaje propio entre los dos grandes mares, cuyas llaves estarían, desde ese momento, en manos del Tío Sam. Pero Alemania no había olvidado que en la cola de la América del Sur existe un pasadizo natural que une también los dos océanos: el Estrecho de Magallanes. ¿Va comprendiendo? - agregaba, a cada momento más excitado, Donoso Raventós.

Yo, interesadísimo, lo dejaba hablar sin interrumpirlo:

- Cuando este sensacional crimen había llegado al máximo de su tensión, se presentó una noche a mi casa el joyero Izacovich. Volvió a insistirme que él no sólo había visto a Beckert horas después del incendio de la Cancillería, sino que lo había abordado. "Cierto es - aseguraba el joyero- que Beckert se había dejado barba²⁰; pero su rostro me era demasiado conocido. Cuando lo quise saludar, me respondió que él no era Guillermo Beckert y se escabulló. Yo le había hecho las argollas de compromiso con sus iniciales y las de su esposa, Natalia López.

Además, habíamos sido vecinos y el timbre de su voz no podía engañarme - afirmaba enfáticamente el joyero, agregando: No comprendo por qué se me ha prohibido volver a hablar de este asunto, ahora que el honor de Chile está en tela de juicio. Además, se dice que Alemania pedirá una indemnización territorial..." Yo acababa de leer una novela policial - me explicó Donoso- en que la identificación de un cadáver había sido posible mediante el examen de la dentadura de la víctima. Esta lectura me sugirió la idea de dirigirme al odontólogo de más prestigio en Chile: al director de la Escuela Dental, doctor Germán Valenzuela Basterrica. Entonces

²⁰ Se comprobó que eran unas "chuletas" postizas que había comprado una semana antes en la Peluquería Pagan.

obtuve un permiso para exhumar el cráneo de Beckert, y junto con el doctor Valenzuela procedimos a sacar de su urna los restos de la cabeza carbonizada del que ahí estaba sepultado bajo el nombre de Guillermo Beckert, canciller de Alemania.



Cráneo de Tapia, tal como se conserva en el despacho del director de la Escuela Odontológica.

"Envolví aquellos restos en un diario y le pedí a don Germán que nos dirigiéramos al consultorio del dentista Denis Lay, quien, según mis averiguaciones, había atendido a Beckert. Tomamos un carro Catedral y dejamos el macabro envoltorio sobre el asiento. Con tanto interés íbamos discutiendo los pormenores del crimen y sus proyecciones internacionales, nada favorables para nuestra patria, que seguimos viaje sin darnos cuenta de que debíamos bajarnos. Descendimos sobre andando del tranvía; ¡pero habíamos olvidado la cabeza del muerto en el asiento! Es de imaginarse la carrera que emprendimos tras el carro. Al atildado odontólogo se le

hacían cortas las piernas para correr. Los faldones de su chaqué, ribeteado de cinta, se volaban y el pequeño "tongo" cayó dos veces a la calzada. Tres cuabras corrimos en persecución del tranvía hasta darle alcance nuevamente. Jadeante me trepé a él y recuperé el paquete que sirvió para salvar el honor de Chile. ¡Imagínese, compañero, mi responsabilidad si hubiera perdido la cabeza de Beckert! ¿No era para perder la cabeza? Tal vez ya nos habrían quitado el Estrecho de Magallanes y sabe Dios si la historia del mundo hubiera variado...

"Confrontada la dentadura con la tarjeta que archivaba el doctor Denis Lay, pudo comprobarse que los trabajos anotados en ésta nada tenían que ver con aquélla. En efecto, el muerto gozó de dientes sanos, sin una picadura, y según el archivo del dentista referido, Beckert tuvo extracciones, coronas de oro y obturaciones en platino. Se comprobó, así, que el cadáver sepultado con tanta pompa no era el del canciller alemán. Desde ese momento el proceso tomó un giro sensacional. Toda la policía de Chile se lanzó en búsqueda del audaz y frío asesino germano. Dos días después fue encontrado, oculto bajo el nombre de Ciro Lara Motte, en Lonquimay, aprestándose para pasar a territorio argentino. Ahí intentó sobornar a sus captores; pero éstos lo condujeron engrillado ante el juez que había ordenado su detención. Y admírese: los doctores alemanes que hicieron la autopsia desaparecieron silenciosamente de Chile.

Después de una pausa, continuó "El Chino Donoso":

- Curioso es recordar que Beckert había sido "mocho" de San Ignacio cuando yo estudiaba' en ese colegio. El "mocho" Beckert gozaba de la triste fama de crueldad con los muchachos y por la falta más leve nos zurraba con la temida palmeta, hasta sacarnos sangre de las manos.

Yo, que permanecía extasiado escuchando esta nueva versión, callaba.

- Algunos aspectos del fusilamiento son dignos de ser comentados - continuó él. En aquella época los reporteros gráficos utilizaban grandes cámaras fotográficas de cajón;' pero como las autoridades habían prohibido la entrada de ellos en el recinto de la Penitenciaría, yo disimulé la cámara del diario en el interior de mi sombrero, al cual tuve que abrirle un portillo en la copa para dar paso a la lente. Gracias a esta estratagema obtuve fotos que usted verá - agregó, y echándose a nado en el

archivo, Donoso me mostró la fotografía 'de Beckert en el momento de ser conducido al patíbulo.

Aparecía el reo llevado en "silla de manos" por dos vigilantes de la Penitenciaría, cubierto con una sábana.

-¡Hombre, pero es en realidad un notable argumento cinematográfico! - exclamé al fin.

Pero Donoso quiso terminar:

- Como usted ve, mi amigo, se habían violado las disposiciones legales que permiten a los asistentes de las ejecuciones capitales reconocer al ajusticiado.

Luego calló, como abatido.

Yo le expresé que el tema era verdaderamente apasionante por la novedad con que se había enfocado el crimen más bullado del último siglo.

- Desgraciadamente - continué, no cuento con medios económicos para reconstruir su historia; pero una vez terminada "La Chica del Crillon" podemos encontrarnos de nuevo y discutir las posibilidades de llevar a la pantalla su sensacional versión del crimen de Beckert.

Al despedirme del inteligente cronista, le pregunté si sería posible exhumar la calavera del ajusticiado y verificar, como se hizo anteriormente, si su dentadura corresponde a la que aparece en la tarjeta del dentista Denis Lay.

- Es una gran idea - me respondió Donoso. ¡Le aseguro que llegaría a probarse que Beckert no fue fusilado el 4 de julio de 1910!

Poco después falleció Vicente Donoso Raventós. Yo solamente anoté estos datos que tomé en la única visita que me hizo.

No cabe duda de que ésta habría sido la película más emocionante de los últimos tiempos; pero estaba decretado que no se filmaría.

71. Mi dactilógrafa cree que, todos mis relatos son el fruto de mi imaginación

-¿Cómo ha podido inventar tantas fantasías? - me decía la señorita Raquel Fuenzalida²¹ mientras me copiaba los originales de estas páginas con mis memorias.

-¿Fantasías? Le garantizo que todos estos relatos son rigurosamente verídicos - le respondí; y debo advertirle que hay muchos que he preferido omitir...

- Me lo imagino - observó maliciosamente ella; después de su matrimonio, no veo que intervenga ninguna mujer...

- Sin embargo - añadí, mañana le tocará a usted copiar el capítulo "Visitas Extrañas", en que verá cómo pelagra un hogar cuando la esposa descubre a una mujer desnuda en la oficina de su marido.

"Visitas extrañas"

Mi amiga R²² era una hermosa

muchacha de unos dieciocho años. Yo la había conocido desde niña, pues habíamos vivido en el mismo barrio. Una tarde me detuvo en la calle para pedirme que le hiciera un retrato al pastel.

- Quiero un recuerdo tuyo - me dijo; desde chica sentí admiración por tus dibujos.

Le respondí que sería muy grato para mí copiar sus hermosos y expresivos ojos. La linda chiquilla se había transformado en una atractiva mujercita. La cité para la mañana siguiente en mi taller.

- No te pesará - me dijo, reteniendo mi mano entre las suyas. Seré tu modelo preferida...

Al día siguiente, mi mujer, que esperaba nuestro tercer hijo, se extrañó de verme salir tan temprano: a las nueve y media de la mañana.

-¡Nunca has ido a dibujar a esta hora! - me dijo extrañada.



²¹ Por rara coincidencia, casi todas las mujeres que figuran en estas memorias llevan el bíblico nombre de Raquel. Las "erres" me persiguieron desde mis primeros exámenes.

Las iniciales de mi mujer son R. R. R. (Raquel Ramírez Rabausen.) ¡Tres erres!

²² ¡Aunque no se llamaba Raquel, persiste la inicial R!

Yo pretexté un trabajo extraordinario. ¿Para qué decirle la verdad? Hacía pocos años que estábamos casados y no habría permitido que me encerrara a solas con tan linda modelo. Mi excusa era una piadosa mentira; sólo trataba de evitarle una molestia...; pero parece que Dios equipó a las mujeres con un radar que capta nuestros pensamientos al vuelo... ¡Veán hasta qué punto es peligrosa la llamada intuición femenina!

A las diez de la mañana, cuando terminaba de fijar el papel con cuatro chinchas en mi tablero, la hermosa R. entró radiante en mi estudio. Después de cerrar la puerta me preguntó si estaba listo para empezar.

- Mientras ordeno los "pasteles", acomódate en ese diván. Busca una "pose elegante", pero natural - recuerdo que le dije.

Grande fue mi sorpresa, cuando al volver la cara vi a mi modelo completamente desnuda, recostada voluptuosamente en el diván.

-¿Qué te parece la "pose"? - me dijo, con picaresca sonrisa.

- Admirable - le respondí; me haces recordar a "La Maja Desnuda". Mi modelo, como la de Goya, lucía la mórbida modelación de un cuerpo armoniosamente proporcionado. Tuve la impresión de estar frente a un excitante paisaje de carne. La gracia de la forma y el color me tenían absorto y una fuerza telúrica impulsaba mi lápiz, que corría con prodigiosa facilidad sobre el papel, trazando el contorno de sus caderas de ánfora.

No creo que hubiera pasado media hora, cuando R. pretextó un descanso para fumar.

Me senté junto a ella. Me ofreció un cigarrillo egipcio. Esta vez, Eva cambiaba la manzana por un fragante "Luxor". Pero nuestra charla fue interrumpida por unos golpes en la puerta. La inconfundible silueta de mi mujer se transparentó en el alto cristal esmerilado. El pánico se apoderó de nosotros, y ella, perdida su serenidad, no atinó a vestirse. La otra escapatoria era hacer creer a mi esposa que en el taller no había nadie. ¡Imposible! Nuestras voces nos habían delatado, sin duda. Tenía, pues, que abrir la puerta. Pero R., con la nerviosidad, no ubicaba sus prendas de vestir; se colocó la combinación al revés...; se perdió un zapato, etc.

Nuevos golpes más fuertes en la puerta nos hicieron perder el equilibrio que aún podíamos salvar. Quise ayudarle a colocarse el vestido. La parte de atrás quedó hacia adelante... ¡Cuánto habría dado yo en ese momento por ser un Frégoli!

Por último, pensé que era conveniente esconder el comprometedor boceto y lo lancé detrás de un armario. Los minutos volaban hasta que, al fin, decidí abrir la puerta. No habíamos tenido tiempo para coordinar una explicación, y ahí estaba mi mujer, de pie en el umbral, hierática, acusadora e intensamente pálida, mirándonos con expresión indefinible.

R. se escabulló como gato escaldado, rozándola al pasar. Yo intenté decir algo; pero a pesar de mi inocencia, las palabras sonaron falsas...

-¡Vamos! - fue lo único que ella musitó.

Llegamos a casa sin haber cruzado otra palabra. Entonces deseé que me hubiese insultado o arañado. Pero, nada. No articuló una sílaba. Se encerró en su cuarto y al poco rato supe por una doméstica que se sentía muy mal.

Llamé al médico, quien, después de examinarla, me comunicó que el hijo esperado se había perdido. ¡Fue horrible para mí!

En la noche hubo "junta de médicos" y fue necesario llevarla al Hospital de El Salvador para someterla a una operación. En la madrugada se le había declarado fiebre puerperal.

-¡Está gravísima! ... Mírele las uñas - me dijo la enfermera; se empiezan a amoratar.

Y al mirar esas manos tan queridas me pareció que de su dolor y agonía florecían violetas.

Los que me rodeaban trataron de hacerme comprender la gravedad del instante, pero mi angustia era tan honda, que sólo volví a la realidad cuando llamaban a un sacerdote para suministrarle la absolución.

Entonces ahondé con desesperación la desgracia que me había jugado el azar en forma tan injusta, recayendo la pena en la compañera amante y abnegada de mi vida. Fueron horas de ansiedad indescriptible, donde el hombre creció y, por ello mismo, midió la trascendencia que encierra a veces un acto frívolo.

Desde entonces pesó sobre mí la culpa de haberla condenado a no tener más hijos.

El bosquejo de la modele quedó perdido para siempre e inconcluso.

Otra visita extraña: "El difunto Matías Pasea".

Una tarde me quedé en la oficina diseñando un cartel. Se habían retirado todos. De pronto entró un desconocido.

-¿Estamos solos? - me preguntó, casi junto con cerrar la puerta que permanecía abierta.

No dejó de amedrentarme, pues su misteriosa actitud no era para menos. -¿Quién es usted?

- Soy el muerto vivo...

Al principio pensé que podía tratarse de un asaltante, pero ante su insólita respuesta no me cupo duda de que se trataba de un loco.

- Tome asiento, señor - le dije, indicándole la silla más próxima. ¿En qué puedo servirlo?

- Mi historia es increíble, señor. ¿Recuerda usted la explosión del polvorín de Puente Alto?

- Cómo olvidarlo. Allí murió desintegrado el oficial de guardia.

- Sí, el teniente E. B. P. Ese teniente soy yo - me respondió mi inesperado visitante.

Ante mi perpleja expresión, continuó:

-A veces el destino nos hace desembocar en un callejón sin salida. Razones sentimentales y económicas me hicieron concebir

la idea de suicidarme. Después de escribir al juez, ordené colocar un carro de mano al final del tren militar que salía valle arriba. En la estación "El Manzano" lo hice desenganchar, y después que partió el tren, me trepé al carrito y le solté los frenos. Como todos los ferrocarriles de montaña, el de Puente Alto a El Volcán tiene fuertes pendientes y curvas - que pasan a un metro escaso de la ladera de piedra que cae



verticalmente al río. A unos cien metros de la curva detuve el carro y continué a pie. A poco de pasar ésta coloqué una piedra con el objeto de obstruir la línea. Volví al carro y lo eché a correr. Me tendí en la plataforma, y a los pocos segundos había adquirido la velocidad de un bólido. Iba hacia la liberación. Los veinte mil pesos de mi seguro de vida ayudarían en parte a resolver los problemas que afligían a mis seres queridos. Los segundos que me quedaban de vida se acortaban en razón directa de la velocidad endemoniada que iba tomando el carro, que no tardaría en estrellarse con la piedra y precipitarse al vacío. Yo estaba seguro de que perdería los sentidos al chocar. Después vendría la nada, sin dolor... Pero un fuerte grito me hizo levantar la cabeza. Al lado de la línea divisé a un peón guardavías que había retirado la piedra.

"-¡De la que se libró, mi teniente; ésta no la cuenta dos veces! - me dijo el desconocido.

"Pero la frustración del primer intento suicida no había variado mi decisión, y esa noche me dirigí al recinto del polvorín. Esta vez mi propósito era volar desintegrado por la explosión de varias toneladas de explosivos. Al lado del polvorín encontré un burro muerto. Un perro hambriento, que se estaba cebando en él, huyó al verme, arrastrando unas piltrafas.

"La noche, alhajada con sus más preciosas joyas, me contemplaba muda. Respiré hasta el fondo de mis pulmones el aire fresco. La vida me penetró y pensé en Clara. Junto a ella sería feliz, pues me ayudaría a encontrar la solución de mis problemas. Entonces, ¿para qué morir? Y despojándome del capote, sable, cinturón y gorra, los coloqué sobre los cajones de trotil y dinamita. Después de encender la mecha de tiempo, huí. El estampido conmovió la montaña.

"Un sumario rápido estableció la muerte del teniente E. B. P. A gran distancia fueron encontrados restos sangrientos (los del burro) y trozos de uniforme. No hubo funerales, pues nada había que enterrar. El sable y parte del capote fueron enviados a "mis deudos", y como postrer homenaje al compañero, un aviador dejó caer unas flores en el sitio de la explosión... "Muchos años estuve en Argentina, donde Clara, mi esposa, había ido a reunírseme. Ahora llevo otro nombre: J. B. C.

-¿Y no teme usted que yo lo denuncie? - le pregunté.

- Sería imposible probar que estoy vivo; pero no he venido a contarle mi extraordinaria historia: estoy aquí porque supe que usted busca un "rompecabezas" que ofrecer a los lectores de su revista. Como soy muy aficionado a las matemáticas, concebí uno que creo insoluble. Puede usted ofrecer un gran premio al que pueda resolverlo, en la seguridad de que nadie lo cobrará. Y extrayendo del bolsillo unos trozos de madera que llevaban escrita la palabra "Topaze", los puse sobre la mesa. Ajustando las piezas debía formarse no recuerdo qué cuerpo geométrico.

Como no era posible darle a cada lector de la revista un juego de palitos como el que me mostró el fallecido teniente E. B. P., le hice ver la infactibilidad de su aplicación en mi concurso. Y el "muerto vivo" se retiró de mi oficina tan misteriosamente como había llegado.

Me he limitado a dar las iniciales de su nombre porque no desearía perturbar su plácida existencia. Es feliz con la mujer amada, que un día lo lloró por muerto. Le dio tres hijos y ahora el nuevo "difunto Matías Pascal" es un abuelito "chocho"²³.

Por fin encontré un acertijo muy original y de difícil solución que ofrecer a mis lectores. Helo aquí:

²³ La señorita dactilógrafa, al copiar estas páginas, volvió a poner en duda la autenticidad de la visita del "muerto vivo". Pero una tarde en que un hombre alto y de mirar sereno abandonó mi oficina, le pregunté a la incrédula dactilógrafa si lo conocía.

- No - me respondió. Es la primera vez que lo veo.
- Es el ex teniente E. B. P., o sea, el "muerto vivo".

¡Gran concurso de Fiestas Patrias!

Armese para el 18 ganando 200 pitos.

Esto no es chunga, sino completamente serio.

A	D	R	E	I	M	E	L	E	M	I	E	R	D	A
D	R	E	I	M	E	L	I	L	E	M	I	E	R	D
R	E	I	M	E	L	I	H	I	L	E	M	I	E	R
B	I	M	E	L	I	H	C	H	I	L	E	M	I	E
I	M	E	L	I	H	C	A	C	H	I	L	E	M	I
M	E	L	I	H	C	A	V	A	C	H	I	L	E	M
E	L	I	H	C	A	V	I	V	A	C	H	I	L	E
L	I	H	C	A	V	I	V	I	V	A	C	H	I	L
E	L	I	H	C	A	V	I	V	A	C	H	I	L	E
M	E	L	I	H	C	A	V	A	C	H	I	L	E	M
I	M	E	L	I	H	C	A	C	H	I	L	E	M	I
E	I	M	E	L	I	H	C	H	I	L	E	M	I	E
R	E	I	M	E	L	I	H	I	L	E	M	I	E	R
D	R	E	I	M	E	L	I	L	E	M	I	E	R	D
A	D	R	E	I	M	E	L	E	M	I	E	R	D	A

Aquí tienen una patriótica y bien productiva entretenición durante la semana. En este cuadro hay escrita infinidad de veces una frase que si no es del todo apta para personas con criterio formado, es en cambio la más típica de las que pronuncia Verdejo en los días del 18.

La frase en cuestión puede leerse comenzando en la letra V que aparece en el centro y llegando a las letras A colocadas en los cuatro ángulos. Se trata de que Uds. nos indiquen cuál es la frase y el número de veces que puede leerse en distintas direcciones.

Llene el cupón adjunto y mande la solución a nuestras oficinas, Moneda 1367.

Terminado el plazo, llegó solamente una solución correcta. Trate el lector de resolverlo. Al final del libro encontrará la solución exacta para que pueda comprobar si la suya corresponde con ella.

(Solución: La frase es: "Viva Chile mierda" y se puede leer 13.728 veces)

72. Mi colección de Jirafas

EL vicepresidente de la enorme imprenta de Chicago que tiene a su cargo la impresión de "Time" y "Life", Mr. Beerly, me decía, durante una visita que hice a sus establecimientos, que cuando se presenta alguna seria dificultad en una edición, ellos llaman al inconveniente una "jirafa". Sería incapaz de explicar el origen de este nombre; pero me pareció entender que, como la jirafa es un animal inverosímil, antiestético y absurdo (por estas mismas razones considero al portaaviones la jirafa del mar), especialmente cuando galopa, las cosas imposibles toman en Chicago, tierra de "cogoteros", el nombre de tan "cogotudo" animal.

- La peor "jirafa" que tuvimos - me explicaba el simpático gringo - fue con motivo del ataque a Pearl Harbour. La impresión de "Life" ya estaba muy avanzada, y como la redacción de la revista está en Nueva York, hubo grandes dificultades para cambiar un pliego con material referente al desastre provocado por los japoneses.

Este preámbulo es para contarles a mis lectores algunas de las peores "jirafas" que he debido domar.

Una descomunal jirafa en "El Diario Ilustrado"

Chile pasaba por un período de revoluciones, y "El Diario Ilustrado" había sido clausurado por el teniente Muñoz, obedeciendo órdenes del general Dartnell.

Yo aproveché estas vacaciones obligadas para pasar unos días de campo en el fundo "El Molino", de Melipilla, que administraba un viejo amigo.

Antes de partir le di mi dirección telefónica a Jenaro Prieto, advirtiéndole que si fueran necesarios mis servicios me llamara. No habían pasado veinticuatro horas cuando Jenaro se puso en comunicación conmigo.

- El diario reaparecerá mañana y es indispensable que traigas una caricatura alusiva al cierre, pero cuidando que no sea tan fuerte como para que lo vuelvan a clausurar. El fotograbado te espera listo a las cuatro de la tarde. Hasta mañana.

Toda la noche pasé estrujándome el magín, pero las ideas que concebía eran peligrosas. Al día siguiente tomé el tren provisto de útiles de dibujo, por si algo se me ocurriera durante el viaje, ¡pero nada, las estaciones pasaban y ninguna idea acudía a mi cerebro! En Talagante "tiré la esponja". ¡Qué fracaso; sería la primera vez que fallaría en mi profesión!

El tren hizo su entrada en la Estación Central. Un pelotón de soldados pasó marchando por el andén. Me llamó la atención que sus "bototos" iban dejando huellas de barro en el pavimento. "¡Eureka!", grité como Arquímedes cuando se le rebasó la bañera. Tomé un taxi, que me llevó volando al diario. En el hall me topé con varios redactores que me preguntaron si traía el dibujo.



Reproducción de la primera página de `El Diario Ilustrado". Al pie hay' unas líneas que dicen: "Damos al público un facsímile de nuestra edición matutina, manchada por la bota militar de' la guarnición de Santiago"

- Sí - les respondí.

- Veámoslo - me dijo Ignacio García, el momento es delicado.

- Lo llevo en los pies - le contesté, y corrí al subterráneo, donde están las prensas. Ordené a un operario que fundiera un cilindro de plomo. Después hice derramar tinta en un papel y la pisé hasta impregnar las suelas de mis zapatos. Las estampé en el cilindro, y di instrucciones al operario de cómo debía fresar el cilindro en forma que las siluetas de mis zapatos, debidamente estilizadas para que tomaran la apariencia de los toscos "bototos" militares, quedaran en relieve, listas para echarlas a rodar sobre el papel.

Los operarios miraban asombrados estos preparativos y más de alguno pensó que me había vuelto loco.

Cuando todo estuvo listo le ordené al prensista poner tinta color barro en los tinteros de la prensa.

- Esta noche échelo a correr sobre el texto de la primera página - le dije, y verá usted que la mejor de mis caricaturas la he dibujado con los pies.

Años después, al visitar Estados Unidos, en el hall de uno de los grandes rotativos neoyorquinos tuve la satisfacción de ver, junto a otras curiosidades del periodismo mundial, esa primera página de "El Diario Ilustrado" puesta en un marco.

¿No es verdad que es esta "jirafa" la patagüina de grande?

Tres se me presentaron en "Topaze" por culpa de un descabellado negocio en que me metí. La primera fue: "La Semana de Santa Claus", que me absorbió totalmente diez días con sus noches, impidiéndome pensar en la revista. Tocó en suerte que la edición debía salir el 28 de diciembre, o sea, el Día de los Inocentes. Había alcanzado a ordenar las portadas; pero carecía de material para las dieciséis páginas interiores. Como en el día 28 de diciembre hay licencia en Chile para hacer bromas, me permití jugarle una al público, que consistió en tirar páginas en blanco y otras totalmente en negro. A las primeras les puse lecturas pidiendo a los lectores que las expusieran durante cinco minutos al sol y así verían aparecer caricaturas

extraordinariamente divertidas. En las negras había indicaciones por el estilo, advirtiendo al público que las visiones serían muy fugaces, así es que había que estar alerta en el momento en que se produjeran. Como el papel lo aguanta todo, imprimí volantes, que fueron distribuidos en todo el país, dando cuenta que este procedimiento era usado por primera vez en Chile y que todo el mundo debía comprar mi revista ese día. El público respondió arrebatando la edición.

Increíble fue el número de "inocentes" que, siguiendo las instrucciones, ponían la revista abierta en plena calle, para que recibiera los rayos del sol. Muchos amigos me pronosticaron que ésa sería la última edición de "Topaze", pues consideraban que se me había pasado la mano.

El público celebró la broma y continuó comprando la revista con el entusiasmo de siempre.

Otra "jirafa" se me presentó en uno de los momentos más críticos de la administración de don Arturo Alessandri: la matanza del Seguro Obrero. Era difícil, en momentos tan dramáticos, hacer una revista cómica. Además, el gobierno sometió a la prensa de oposición a censura previa. Cuando estaba pensando en esta nueva "jirafa", el cartero me entregó una tarjeta en que se me invitaba a la "*Exposición de aves de postura*", que se inauguraba esa semana. Las gallinas y los pollos vinieron en mi auxilio: dedicaría la edición de esa semana a estas inocentes aves. Fui a una librería y compré varios manuales de avicultor. Cuando mi eterno adversario, el intendente Bustamante, me llamó a su despacho para revisar personalmente el material de lectura y los dibujos, se llevó una gran sorpresa al comprobar que el editorial había sido copiado textualmente de un manual avícola. En él se explicaba la manera de "matar los pollos" (alusión a la masacre de sesenta y tres jóvenes). Tuve la suerte de encontrar un aviso de incubadoras. En el dibujo aparecía uno de estos artefactos en forma muy semejante al edificio que Ismael Edwards Matte, llamado "Torre de la Sangre". El intendente le dio su visto bueno a todo el material porque pude comprobarle que en realidad era alusivo a las gallinas y a los pollos y escrito por especialistas en el ramo. El público de "Topaze", que ya estaba muy entrenado en la técnica de su editor, comprendió la sangrienta sátira y agotó la edición antes de que fuera confiscada.

La otra "jirafa" que se nos introdujo en "Topaze" fue cuando la policía secreta del último período de don Arturo Alessandri dictó órdenes de detención contra Álvaro Puga, subdirector de la revista y contra mí.

Habíamos ido con Raquel, mi esposa, a la función *vermouth* del Central. Una extraña inquietud me indujo a salir en el intermedio, y llamé a casa por teléfono. La empleada me hizo saber que nuestro hogar acababa de ser allanado por la policía y que me buscaban.

Seguramente vendrán a aprehendernos aquí, le dije a Puga, y como ya deben estar los agentes en las puertas del teatro, es conviene salir confundidos entre el público. Cuando terminó la función y la gente iba desalojando el teatro, reconocí en la puerta a uno de los agentes. Era un descendiente de alemán. Sus escrutadores ojos cayeron sobre nosotros.

Como yo andaba armado, pensé que sería motivo de nuevas molestias que me encontraran portando un arma de fuego sin permiso. Saqué con el mayor disimulo posible mi pistola automática y se la entregué a mi mujer, quien la metió en su cartera. El policía creyó que Raquel estaba pasándome el revólver, y cuando estábamos al alcance de su mano, convencido de que yo iba dispuesto a defenderme, lo que podría producir una tragedia en medio de la multitud, no se atrevió a detenernos. En ese instante pasó un taxi; dejamos a Raquel y lo tomamos sobre andando. El chofer era un viejo amigo nuestro.

-¡Arranca, "Rucio"! - le ordeno Puga.

-¡Un "tira" nos viene persiguiendo! agregué yo.

Al mirar por la ventanilla posterior, vimos que el polizonte también había tomado un auto y nos seguía.



Corríamos por Huérfanos abajo, y para despistar al policía, le ordenamos al chofer doblar por Morandé. Frente al Club de Septiembre nos bajamos sobre andando, habiéndole dado de antemano instrucciones al "Rucio" de que en caso de ser interrogado, no dijera dónde habíamos descendido. Después de entrar en un saloncito del club a deliberar, Puga exclamó:

-¡Tengo un sitio ideal donde escondernos!

Tomamos un taxi y dio una dirección que no recuerdo. Después de recorrer muchas callejuelas despachamos el automóvil y seguimos a pie con el objeto de despistar al chofer. Puga tocó el timbre en una vieja casa y preguntó a la empleada que salió a abrirnos si estaba doña María.

Por la familiaridad que Álvaro se gastó con la tal doña María, que era una anciana muy acicalada, colegí que sería un viejo amigo de la casa.

Una atmósfera de misterio nos rodeaba. De una pieza salió una pareja de enamorados que, por lo atortolados; parecían novios. Ella al verme ocultó la cara y le dijo algo al oído a doña María. Nosotros también tratábamos de ocultarnos. pues temíamos ser denunciados si éramos reconocidos.

-¿Cuántas piezas necesitan? - le preguntó doña María a Puga.

- Una para los dos - le respondió Álvaro, presentándome.

-¿Como? - le preguntó doña María; ¿entonces... dormirán solos?

Y después de mirarme de alto a bajo, se volvió a mi amiga con gesto de reproche queriendo decirle: "¡Parece increíble!"

Álvaro se retiró con la vieja a un rincón y conversaron en voz baja. Yo estaba cada vez más intrigado. Acababa de entrar otra pareja y los dos ocultaron el rostro como nosotros, dando muestras de no desear ser identificados. ¡Qué extraño!, pensaba yo, ¡parece que todos andamos hoy esquivando a la policía!"

Una vez solos en la pieza, Álvaro me dijo:

- Supongo que te habrás dado cuenta de que estamos en una casa de cita. Ya le expliqué a la "ñora" por qué vinimos a dar aquí.

-¿Y cómo vamos a hacer "Topaze"? Acuérdate de que mañana deberemos empezar, le dije.

- Mañana temprano vendrá a verme una amiguita de confianza y por su intermedio haremos saber a redactores y dibujantes dónde se hará la revista.

Nos sirvieron la comida en el dormitorio. Yo me sentía un poco cohibido ante las miradas maliciosas de la mucama que portaba las viandas. Me parecía leer en su pensamiento: "¡A lo que hemos llegado! ¡Y éstos no son los únicos!"

Nos acostamos en una cama de doble plaza, y a la mañana siguiente nos llevaron el desayuno.

Como no llevábamos ropa de dormir, nos encontraron allí desnudos.

- Es indispensable, me dijo Álvaro, que invites a una amiga de confianza. Yo le hice avisar a una mía y vendrá esta tarde. De otra manera nos van a creer "pasados al enemigo".

- Es al personal al que debemos citar - le contesté. Mañana debemos hacer la revista aquí; los redactores deberán traer sus máquinas de escribir y los dibujantes, sus útiles de trabajo. ¡Supongo que nadie va a creer que se trata de un Congreso de Maricones!".

- Mi amiguita servirá de enlace, no te preocupes - me dijo maliciosamente Álvaro.

Al día siguiente, la sala de redacción de "Topaze" se había trasladado a la casa de doña María. ¡Qué extraños ecos tenía el tecleo de las máquinas en esas paredes acostumbradas al quejumbroso rumor de los combates presididos por Afrodita!

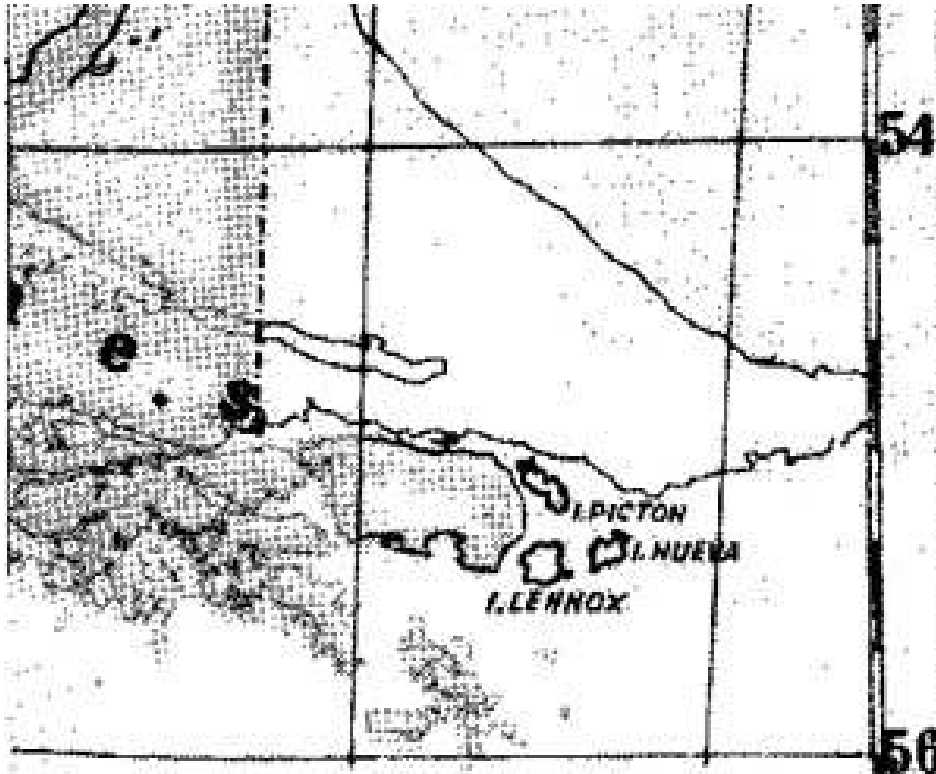
Una "jirafa" enviada por la Casa Rosada.

El subsecretario de Relaciones Exteriores, don Nicolás Novoa, de grata memoria, me había encargado una portada para la revista "Chile", editada bajo la responsabilidad de ese ministerio, para una edición que estaría dedicada a la instrucción pública.



A pesar de que los dedos de los otros escolares caen sobre Bolivia y Paraguay, las cancillerías de estos países no entablaron protesta alguna al Gobierno de Chile.

Para hacer este dibujo, que representaba a un alumno indicando con el índice dar respuesta a una pregunta, utilicé de modelo a mí hijo, que en aquella época tenía unos ocho años. Al fondo diseñé un mapa de Sudamérica, con el objeto de dar el ambiente de una sala de clases. Nunca imaginé que un dibujo concebido sin la menor malicia iría a introducir una descomunal "jirafa" en nuestra Cancillería.



La parte del territorio que viene con fondo en blanco, según este mapa impreso en la Argentina, sería pertenencia de esa República. Las islas Picton, Nueva y Lennox aparecen, pues, anexadas al territorio argentino. ¡Y este mapa fue profusamente difundido en Chile!

Pocos días después de aparecida la revista, "Don Colo", como llamaban al señor Novoa, me llamó nerviosamente a su despacho. El Gobierno argentino había entablado una reclamación diplomática por culpa de mi dibujo.

Los suspicaces funcionarios de la Casa Rosada descubrieron que el dedo índice de mi hijo coincidía con la Patagonia en el mapa que aparecía colgado en la pared del fondo...

Esta brava "jirafa" que se introdujo en el Ministerio de Relaciones la apaciguó nuestro canciller de aquella época, don Conrado Ríos Gallardo, dando toda clase de explicaciones. Muchos años después, el Gobierno argentino, detentado por el general Juan Domingo Perón, imprimió mapas en que parte de nuestro territorio antártico y las islas del Beagle aparecen como pertenencia argentina.

Y hasta ahora no se ha sabido que el Gobierno de Chile ni el señor Ríos Gallardo hayan reclamado en forma oficial. ¡Nunca, no digo una "jirafa", un manso huemul

chileno, se atrevió a cruzar la maraña de fortificaciones que ha levantado Argentina para protestar por semejante atropello de nuestra soberanía!²⁴

73. Dos Presidentes con "sense of humor"

Dos Presidentes de la República posteriores a don Arturo Alessandri demostraron poseer una gran dosis de *sense of humor*. Fueron ellos don Pedro Aguirre Cerda y don Gabriel González Videla. Don Pedro, a pesar de las punzantes caricaturas que le publicaba semanalmente, me invitaba con cierta frecuencia a almorzar en La Moneda. Al verme llegar le decía a su esposa, misiá Juanita, como cariñosamente la llamaba todo Chile:

- Mándele buscar chicha a Coke, para que la pruebe.

²⁴ Después de haber entrado en prensa este libro, nuestra Cancillería presentó un reclamo ante el gobierno argentino



Caricatura de don Pedro Aguirre Cerda. Aunque nada hacía presagiar su muerte, yo lo dibujé muy cerca de una lápida sepulcral.

Y mientras bebíamos la chispeante "baya" que le enviaban de su viña en Conchalí, glosábamos los acontecimientos más sobresalientes de la actualidad nacional e internacional. "Don Tinto", como lo llamábamos en "Topaze", era la representación más genuina de la campechana chilenidad.

-¡Cómo estaría usted de rico si se hubiera quedado trabajando en Estados Unidos! - me dijo la última vez que lo vi.

- Si esto hubiera ocurrido, ¡de cuántas pullas se habría librado, Excelencia! - le respondí, observando cómo apretaba el pucho del cigarrillo entre el índice y el pulgar.

Estas características de hombre sencillo fueron las que le imprimí al retrato al óleo, de tamaño natural, que actualmente adorna la sala del Consejo de la Corporación de Fomento de la Producción.



Retrato al óleo de don Pedro que pinté por encargo de la Corporación de Fomento

Don Gabriel González Videla fue un entusiasta celebrador de las bromas de "Topaze" especialmente del serial intitulado "Don Gabito", que con tanta gracia dibujaba "Pepo" (René Ríos), y en que el inquieto hijo de La Serena resolvía cada semana algún problema de gobierno, dejándose resbalar por las barandas de las escaleras de palacio.

Días antes de abandonar el poder, la dirección de la revista le ofreció una comida de despedida en el Club de Golf. Le hicimos toda clase de bromas que él soportó con su proverbial buen humor. La que más celebró fue la de los "avioncitos canela", hechos de cartulina por los dibujantes de la revista. "Don Gavión", como lo bautizó

"Topaze", con su amplia sonrisa de chiquillo diablo, los lanzaba al aire haciéndolos volar por el comedor.

Al despedirse nos propuso un viaje a La Serena, en el famoso avión "Canela".

- Aprovechen la invitación, niños, antes de que se me termine "la pega" - nos dijo.

- Me tinca, Excelencia, que usted se va "a repetir el plato" - le respondí.

- No, mi querido amigo; estoy saturado de poder...



Don Gabriel González Videla en una caricatura en que se lo presenta como cantante "Kolinossista", a raíz de su ruptura con el Partido Comunista.

*Yo soy muy cenista,
y tengo los dientes divinos;
yo fui comunista,
pero ahora tomé otro camino.*

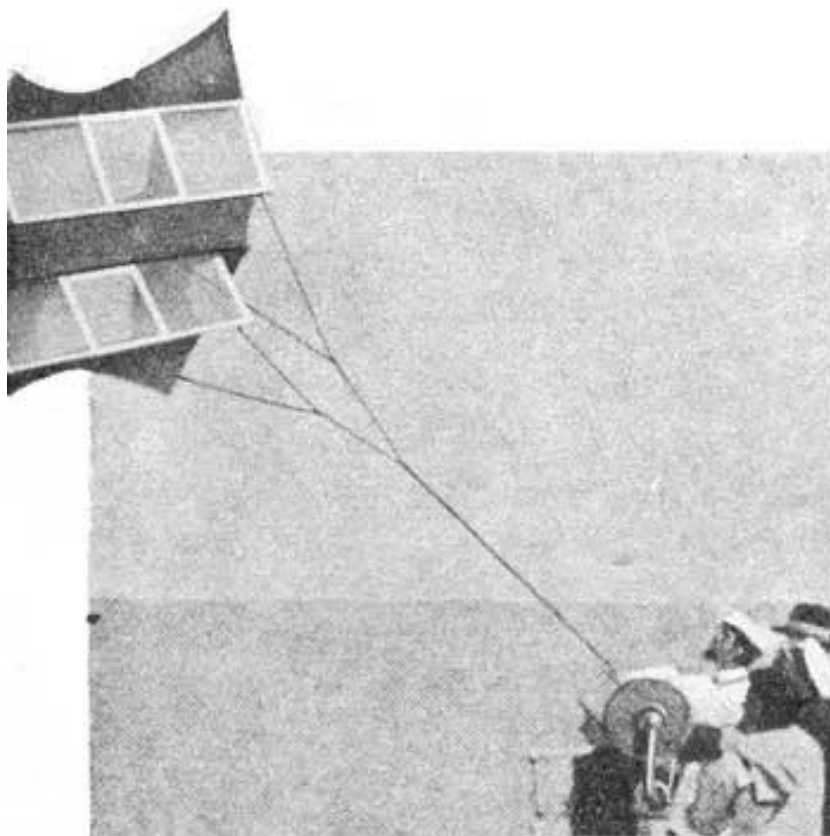
74. Nuevamente en la tierra del Tío Sam

Nuestro segundo viaje a Estados Unidos se produjo en forma muy normal. Había sido invitado por el Departamento de Estado y disponía de algunos ahorros. No dependía, esta vez, del "pago de Chile", como en el primero.

Nos embarcamos en el "Río de la Plata", barco adquirido a Italia por la Flota Mercante Argentina y que había sido bautizado primitivamente con el nombre de "*Principessa Mafalda*".

Ninguno de los pasajeros sabía que en este buque Marconi había hecho los primeros experimentos de telegrafía inalámbrica.

Desde la popa, el genial padre de la radiotelefonía había elevado a ochocientos metros de altura un gran volantín que le sirvió de antena, logrando comunicarse desde Argentina, donde se encontraba, a través de cuatro mil leguas marinas, con la estación de Clifder, en las Islas Británicas, y con la de Glucy Bay, en el Canadá.



Cometa volante que elevó Marconi a bordo del buque "Principessa Mafalda", y que al encumbrarlo a ochocientos metros de altura, le sirvió de antena para comunicarse a una distancia de dos mil millas marinas.

Mis compañeros de viaje, al escucharme este relato, se extrañaron de no ver en parte alguna del barco una placa recordatoria de un momento estelar de la ciencia, casi tan importante como el de la invención de la imprenta.

Mala suerte tuvo nuestro barco durante la travesía. Al entrar en el puerto mexicano Salina Cruz, la hélice sufrió una seria avería: al quebrarse una de sus aspas, el barco siguió viaje, como quien dice, cojeando. Así arribamos a San Pedro de California.

75. "El Jardín de Alá" y el "eterno retorno"

En Hollywood nos alojaron en un lugar delicioso que justificaba su nombre: *The Garden of Allah!*

Este jardín de Alá consistía en un hermoso parque salpicado de pequeños chalets. Al centro, una enorme piscina llena de agua azul, parecía un set construido para una escena en "glorioso technicolor" de la no menos gloriosa Esther Williams.

A la entrada se levantaba un gran comedor, al que tenían acceso, tal como a la piscina, todos los arrendatarios de los chalets.

Un buen día llegaron a las casitas vecinas a la nuestra una docena de preciosas *girls*. Eran las más hermosas "modelos" de Nueva York, que venían contratadas por una empresa cinematográfica para filmar una película que llevaría por título "Las Modelos".

No tardé en trabar amistad con ellas; pero con la que hacía de jefa que era la más hermosa, tuve la suerte de intimar. Su nombre es Cornelia Bakeland, pero sus amigos la llamábamos "Dicky". Nunca me imaginé que en un cuerpo tan "glamoroso", y tras unos ojos tan azules y grandes como la piscina del "*Garden of Allah*", pudiera encontrarse una mente tan cultivada. Solamente en Hollywood podía acontecer que una muchacha que encarnaba la quintaesencia de la frivolidad, una "modelo", un maniquí de carne, conociera al dedillo a todos los filósofos y sus diferentes teorías.



"Dicky", la modelo filósofo.

Estoy seguro de no haber estado nunca tan casero... Dicky, con un ajustado traje de baño, y yo en shorts, permanecíamos largas horas recostados en el césped, bajo la sombra de un rosal. En un momento dado ella miró con extraña fijeza una de mis manos, en cuyo dorso las luces y las sombras dibujaban caprichosos arabescos.

- Es extraño - me dijo. Yo he estado, en otra época, a su lado, aquí mismo, tal como estamos ahora. Recuerdo su mano tal como la estoy viendo.

-¿Cree usted entonces en la teoría del "eterno retorno"? - le pregunté.

- No tengo la menor duda en esa teoría sustentada antiguamente por Eudemo, discípulo de Aristóteles, y en nuestra época por Nietzsche.

- Yo la encuentro pavorosa - le respondí. ¿No halla terrible pensar que nos pasamos eternamente repitiendo la misma vida, en forma idéntica, alternando con las mismas personas, como si nos tuvieran atados a un carrusel que gira exactamente desde el principio hasta el fin de los tiempos? ¿No ve usted que hasta el más modesto de los productores cinematográficos que nos rodean es capaz de "rodar" varias películas diferentes? Sería un desatino creer que Dios ha sido tan solo capaz de filmar una, la que se complace en proyectar eternamente, como si la tierra fuera una vulgar rotativa.

- Sin embargo, debe ser así. Esta no es la primera ni la última vez que estaremos juntos, recostados en el césped y con trajes de baño - me respondió con su voz baja, que parecía estar en perpetua confidencia.

Un avión pasó en ese momento aserruchando nuestro cielo, y yo recordé, entonces, aquellos extraños versos de Dante Gabriel Rossetti (nada tiene que ver con nuestro Juan Bautista) que dicen:

*He estado antes aquí,
pero cuándo o cómo, no lo sé:
Conozco el césped que está tras la puerta.
El dulce aroma sutil.
El sonido doliente, las luces de la playa.*

*Tú has sido mía.
Hace tiempo, quizá no lo sé.
Pero fue exactamente cuando al remontarse esa golondrina
volviste tu cuello, así.
Un velo cayó. Lo sabía todo ya.*

*Luego, ahora; ¡acaso otra vez!...
¡Alrededor de mis ojos tus rizos se agitan!
¿Nos mentiremos como hemos mentido,
y así, por el amor,
dormiremos, despertaremos, pero nunca romperemos la
cadena?*

Es terrible la teoría del "eterno retorno". De acuerdo con ella, la evocación de los versos de Rossetti deberá volver a ser interrumpida con el grito de mi mujer:

-¡Ñato, ya está listo el almuerzo!

76. Con Hitchcock, el rey del suspenso, en un bote salvavidas

En los doce años que habían transcurrido desde nuestro primer viaje, encontré muchas caras nuevas en los estudios cinematográficos. Los recorrí, acompañado por un amable funcionario del Departamento de Publicidad, y en cada uno tomé apuntes de los artistas que me parecían más populares. Los originales de estos dibujos los doné a una institución benéfica relacionada con los hospitales de guerra.

En *Twentieth Century*, Alfred Hitchcock estaba dirigiendo "*Life-Boat*" ("*El Bote Salvavidas*"). Manifesté mis deseos de visitarlo; pero me respondieron que el famoso director había prohibido la entrada de visitantes en su set. Tanto insistí, que por fin, después del permiso especial otorgado por un alto jefe, fui introducido en el recinto en que el "rey del suspenso" rodaba su película. Cuando entramos en el set, pude ver un bote que se mantenía como a dos metros de altura, apoyado en una pilastra de acero como las usadas en los garajes para elevar los automóviles.



Dentro del bote iban siete náufragos, entre los que reconocí a Tallulah Bankhead, William Bendix y Ann Baxter. En una gran pantalla transparente, colocada al fondo, se proyectaba un paisaje marítimo. Los artistas estaban maquillados en forma tan apropiada, que sus rostros, calcinados por dos semanas de sol en alta mar, mostraban los estragos de la irradiación solar. El cutis, simulado con colodión, se les desprendía en forma de virutas.

Hitchcock daba en voz baja sus últimas instrucciones. Cuando se ordenó "rodar" la escena, la cámara se fue aproximando al bote con su carga de extenuados náufragos. Todo iba saliendo a la perfección; mas, poco antes de terminar, el funcionario que me acompañaba pisó por accidente un cable eléctrico, produciendo un ruido que malogró la "toma".

Hitchcock miró severamente hacia donde nos encontrábamos; y haciéndome responsable a mí del desaguisado, mandó a su asistente con la orden de que saliera. Mi acompañante, muy azorado, se apersonó al director. Escuché cuando le decía que él había sido el culpable de la interrupción de la escena y que yo era invitado del Departamento de Estado y director también de películas en Sudamérica. El caso es que me permitió permanecer en el set y presenciar nuevamente el "rodaje" de la escena. Una vez terminada ésta, le fui presentado a Hitchcock, quien todavía me miró con cierto rencor.

-¡Lamento muy sinceramente lo ocurrido, señor Hitchcock! - le dije, a manera de explicación; pero cuando me impuse de que estaba filmando, insistí en visitar su set, pues regreso de un momento a otro a Chile, y no me conformaba con la idea de no conocer personalmente al director que más admiro; porque ha de saber usted que cuando quiero lograr una buena toma, me digo: "¿Cómo la habría hecho Hitchcock?"

Desde ese momento las cosas cambiaron. ¡La muralla de hielo que nos separaba se había derretido!



Aquí aparece Hitchcock acompañado de Tito Davison, mi hijo y yo. Está dibujando su auto caricatura en una página del guión de "Life-Boat".

Después me facilitó su "guión", y con sorpresa vi que cada escena estaba dibujada por el propio Hitchcock. Yo procedo siempre en la misma forma; pero en Santiago, algunos colegas se burlaban de este "procedimiento", que ellos consideraban una "chifladura".



Auto caricatura que me obsequió el gran director, quien, como se ve, es también un gran caricaturista.

Todo el mundo sabe que Hitchcock tiene la costumbre de aparecer una vez en cada una de sus películas. Ya es el peatón confundido entre la multitud de una calle; ora

un músico que baja, junto con otros pasajeros, de un tren, o el cliente de un bar. Esta, más que una costumbre, la creo yo una superstición del talentoso director británico. Al imponerme de que en esta película se proponía mostrar las peripecias sufridas por siete náufragos sobrevivientes de un torpedeamiento, le pregunté cómo se las iba a arreglar para introducirse en el bote. Porque de acuerdo con el argumento, sólo podrían aparecer siete personajes. Los pequeños ojos de Hitchcock, incrustados en la bola de carne de su rostro, brillaron con un destello de picardía.

-¿Sabe usted lo que hice? - y mostrándome una hoja de diario maltratada, me la puso frente a mis ojos. Se supone – continuó - que uno de los náufragos llevaba este diario en el bolsillo en el momento del desastre. El fogonero (Bendix) había librado una baraja de naipes. Para matar el tiempo, mis personajes juegan una partida de póquer. En el diario, sobre el cual echan las cartas, puede usted ver la respuesta a su pregunta.



Observé el trozo de periódico, y vi que en la parte más visible aparecía el anuncio de un medicamento para adelgazar. El aviso estaba ilustrado con la fotografía de un individuo muy gordo, en cuyo pie se leía: "Antes de usarlo". Al lado, el mismo sujeto, pero con varios kilos de menos, decía: "Después de usarlo". Eran dos fotografías del propio Hitchcock. Así el simpático gordo había podido viajar de "pavo", junto con sus actores. en "*El Bote Salvavidas*".

77. Mis personajes inolvidables

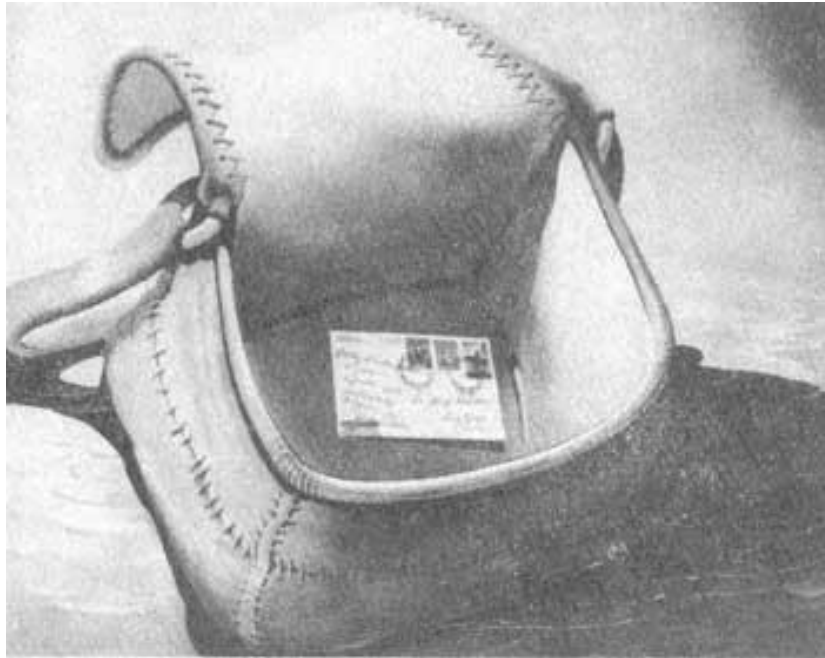
Los míos fueron Walt Disney y Orson Welles. A los dos los había conocido en Chile. Ambos se mostraron muy cordiales cuando los fui a visitar. Walt Disney me paseó por su estudio, mostrándome los complejos sistemas empleados en la elaboración de los dibujos animados. Cuando le pregunté por qué los personajes creados por él tenían solamente cuatro dedos, me respondió que la supresión de ese dedo en los

ciento cincuenta mil dibujos que se requieren en una película de largo metraje, representa una enorme economía en el costo de la producción.

Walt Disney tuvo la gentileza de dedicarme en su película "*Saludos, Amigos*", una cariñosa sorpresa. Los que la vieron tal vez se acuerdan de las peripecias sufridas por el avión "Pedrito" (nombre con que Disney bautizó al avioncito en homenaje a don Pedro Aguirre Cerda) al llevar la correspondencia de Buenos Aires a Santiago.



Walt Disney visita la redacción de "Topaze".



Valija con la carta dirigida a Jorge Délano, y que el avión "Pedrito" trajo a Chile en "Saludos, Amigos".

La única carta que "Pedrito" traía, después de tan accidentado viaje, era para Jorge Délano...

* * *

Orson Welles me invitó a comer con su flamante esposa, la "despampanante" Rita Hayworth.

Se extrañó Welles al comprobar que yo me sabía de memoria su monumental película "El Ciudadano Kane".

- Creo - le dije- que su película ha marcado un jalón muy importante en la historia del cine. La coloco junto con "El Desarrollo de un Pueblo", de Griffith, y "Amanecer", de Murnau. La vi catorce veces seguidas - le expliqué, ante su admiración por la forma en que pude discutirle ciertos detalles del encuadre y desarrollo.



Como se sabe, el hobby de Orson Welles es el ilusionismo. Por eso yo lo dibujé sacando a Rita Hayworth de un sombrero de copa; más bien fue la ilusión de la estupenda Gilda que poco después ilusionó nada menos que al Ali Khan.

Mas no me atreví a decirle que yo era uno de los pocos espectadores que había en el teatro - y que en Santiago sus entradas no dieron ni para pagar la luz.

78. "Topaze" es el palo grueso en Washington. Molotov puede esperar
En Washington tuve una gran satisfacción. Al ir a saludar al Ministro de Relaciones Exteriores, en esa época Mr. Sumner Welles, me topé con él en un ascensor, y mi acompañante, que era un funcionario del Departamento de Estado hizo las presentaciones entre piso y piso, sin mayor protocolo. El señor Welles, que habla castellano perfectamente, me dijo:

- De manera que usted es el director de "Topaze". Ya verá usted cómo consideramos aquí su revista.

Cuando llegamos al severo despacho del Secretario de Estado, abrió éste una gaveta y tomando un ejemplar de mi revista, agregó sonriendo:

- Es el "Topaze" de esta semana. Creo que le agrada saber que aquí nos informamos de la política chilena a través de las páginas de su revista. Otra de mis

grandes satisfacciones la experimenté cuando fui invitado a la Casa Blanca y conocí al Presidente Franklin Delano Roosevelt. Me habían prevenido que no estuviera más de cinco minutos con él, así es que disimuladamente miraba el reloj que estaba sobre un armario.



Molotov el hombre NO.

- Tenía muchos deseos de conocer a alguno de mis parientes de Sudamérica - me dijo con su cautivante sonrisa. Y señalándome un retrato al óleo que pendía de la pared, continuó: Este es Philippe de Lannoy, nuestro común antepasado, que huyó de las persecuciones religiosas y llegó en el "Mayflower" a establecerse en Nueva Inglaterra. Allí se transformó el apellido De Lannoy en Delano. Hay ramas de nuestra familia en todas partes: en Francia encontramos a los De Lannoy; en Holanda, los De la Noye; en Irlanda, los Delanoy; en España, los Del Lano, y en Rusia, los Delanoff.

Yo escuchaba con mucho interés este interesante relato que desgraciadamente fue interrumpido por un secretario que, entreabriendo la puerta, introdujo su cabeza para decir:

- Perdón, señor Presidente; pero el señor Molotov está esperando.

- Que espere - respondió Roosevelt. Temo no tener la ocasión de volver a encontrar a un miembro de mi familia que vive en un país tan lejano.

Había pasado un cuarto de hora con el gran demócrata. Al despedirse me dijo que deseaba ardientemente conocer Chile. Cuando salí me topé con el terco Molotov. Estuve tentado por preguntarle si conocía en Rusia a los Delanoff; pero me abstuve por temor a perjudicarlos, tal vez provocándoles un viaje a Siberia, por tener un pariente eminentemente democrático como era mi "primo" Franklin.

La última vez que vi al gran Presidente fue en una conferencia de Prensa. Me colocaron una silla muy cerca de él y pude seguir, en todos sus detalles, esa especie de match de fútbol, en que Roosevelt, con pasmosa agilidad mental, defendía su arco de los interrogatorios que los más hábiles periodistas le "chuteaban". Había preguntas candentes, la guerra estaba en su apogeo; pero era imposible meterle un gol a Roosevelt. Siempre los barajaba, desviando hábilmente la pelota al sitio en que él deseaba que estuviera, como si su cerebro hubiera acaparado la fuerza y agilidad que sus miembros habían perdido.



To Mr. Jorge Délano
from his cousin Franklin D. Roosevelt

Más tarde me envió su fotografía con una dedicatoria, que dice: *To Mr. George Délano from his cousin*²⁵. *FRANKLIN D. ROOSEVELT.*

* * *

Algunos años más tarde, cuando la esposa del recordado Presidente. Mrs. Eleanor Roosevelt, vino a Chile, manifestó sus deseos de conocer a los Delano de Chile. El embajador de los Estados Unidos, Mr. Claude Bowers, me pidió que invitara a algunos miembros de la familia Delano a la recepción que ofrecería en la Embajada a Mrs. Roosevelt. Al cerciorarse del frondoso ramaje del árbol genealógico de los descendientes de Philippe de Lannoy en nuestro país, exclamó:

-¡Nunca imaginé que en Chile hubiera más Delano que en los Estados Unidos!



Representantes de diferentes ramas de la familia Délano rodean a la señora Eleanor de Roosevelt en la recepción dada por el Embajador Claude Bowers en honor de la ilustre dama.

²⁵ primo

Mi santa madre, que cuenta noventa y dos años de edad, vive rodeada de sus siete hijos vivos, cuarenta netos, ciento cuarenta y siete biznietos y cuatro tataranietos.

79. Mi lápiz no descansó en Hollywood



La nariz de Katharine Hepburn me hizo recordar una escopeta de dos cañones.



Carmen Miranda lleva el Brasil en su cabeza.



Cuando conocí a Cugat el año 1931, era más popular por su lápiz de caricaturista que por su batuta de director de orquesta. El año 1943 nos volvimos a encontrar y tuvimos un duelo a lápices.



Y ésta es la caricatura que yo hice de él.



Edward G. Robin son es fácil de caricaturar



A Merle Oberon la vi como un mascarón de proa.



*Y Spencer Tracy me hizo recordar un
acordeón.*



*Así era Ingrid Bergman antes de conocer
a Rossellini*



A Clark Gable le asentaba el uniforme militar. En la guerra demostró la misma valentía que le tocó interpretar en algunas de sus películas.



La gran Bette Davis no se molestó con este apunte.



En cambio, Basil Rathbone se puso furioso cuando vio el suyo. "¡Jamás he tenido esa nariz!", exclamó indignado.



Charles Laughton me dio la respuesta al celebrar la suya. En mi álbum puso la siguiente dedicatoria: God forgive you! My wife says it's brilliant!" (¡Dios lo perdone! ¡Mi esposa dice que es brillante!)

Ronald Colman también se sintió ofendido. "¡Yo no soy tan viejo!", refunfuñó. Ambos obligaron a retirar los originales de sus caricaturas de la exposición. "¿Dónde quedó el sense of humor inglés?", me preguntaba yo.



James Cagney, a pesar de su aspecto de matón, es muy simpático.



Aquí está el famoso director francés Julien Duvivier dirigiendo a Jean Gabin.



El más viejo y famoso caricaturista yanqui, Clifford Berryman, en su estudio del "Evening Star", me toma el apunte que reproduzco.

Mis amigas las estrellas



La atrayente Esther Williams es sin duda la sirena más alta del mundo.



Joan Fontaine es tan encantadora como aparece en sus películas. Durante el almuerzo me interrogaba con sumo interés sobre cosas de Chile.

Mercedes Jiménez, la cocinera chilena que reina en Hollywood

En este segundo viaje, también nos tocó alternar con una cocinera chilena: Mercedes Jiménez. La había llevado Manuel E. Hübner cuando fue nombrado cónsul en Los Ángeles de California. La Mercedes, que era el polo opuesto de la Catalina, la cocinera que nos acompañó en el primer viaje, hizo carrera en Hollywood. Sus empanadas chilenas son famosas y no hay *party* de importancia en que no ocupen lugar de preferencia en el *buffer*. Al finalizar la fiesta, Mercedes era invitada a pasar al *living*, en donde alternaba, de igual a igual, como ella decía, con los invitados.

-¡Cómo no he de estar contenta en este país, don Jorge! - me decía. ¿Se imagina que en Chile iba a recibir este tratamiento?



Conocí a Rita Hayworth en su camarín. Estaba recién casada con Orson Walls

En una fiesta que se dio en nuestro honor, a uno de los comensales, que se había extralimitado en el *Scotch*, le dio por hablar en términos descomedidos de Chile. El incidente pudo terminar en forma desagradable para los anfitriones, pues había muchos chilenos que empezábamos a perder la paciencia; pero, afortunadamente,

el borrachín fue sacado discretamente por el dueño de casa y conducido a la suya. Mercedes, muy afligida, me explicó:

- Yo tuve la culpa, por haberlo puesto en la lista de invitados. No me acordé nunca de que odia a los chilenos, porque su señora siente una verdadera debilidad por nuestros compatriotas, y si no me cree, aguaita a don Jorgecito...

Efectivamente, una interesante rubia tenía a mi hijo arrinconado en el jardín.

-¿Ve? ¡Esa es la señora del mister que odia a los chilenos! ¿No le decía yo que sus razones tenía? ¡Fue tontera mía invitarlo!



Loretta Young me acompañó a la ceremonia en que hice entrega de las caricaturas que fueron rematadas a beneficios de un hospital de guerra.

Cuando llegó Claudio Arrau a dar su concierto en el Hollywood Bowl (teatro al aire libre con capacidad para 20.000 personas), Mercedes Jiménez lo recibió en la puerta y le presentaba a sus amigos, todos personajes importantes. Terminó Mercedes por emplearse en casa de Rita Hayworth, que estaba recién casada con Orson Welles. Al saber que regresaríamos pronto a Chile, me pidió permiso para venirse con nosotros en el barco, pues deseaba ver a sus parientes, que viven en Iquique.

Llegada que hubo la hora de zarpar, la esperábamos con impaciencia, apoyados en la baranda de la cubierta del "Río de la Plata", el mismo barco en que un año antes habíamos llegado. Faltaba poco para el zarpe y Mercedes no aparecía. ¿La habrían

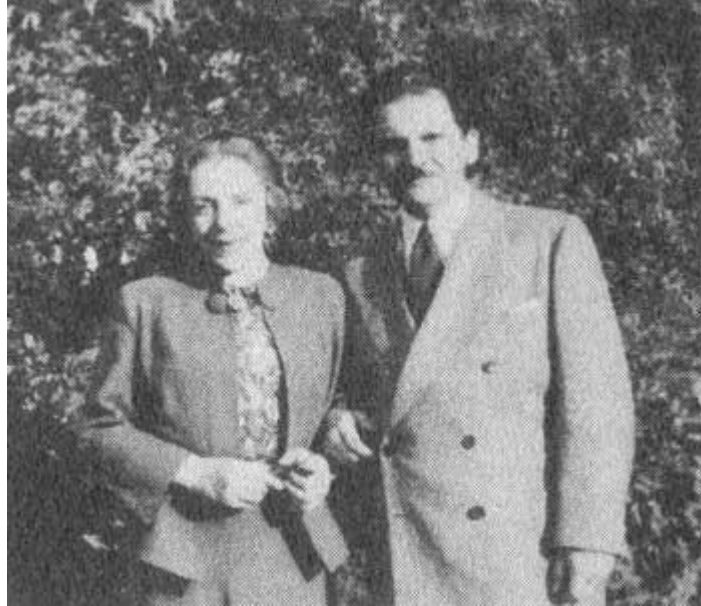
embarcado, como casi sucedió con su colega Miss Catalina Jorquera, en un buque con rumbo a la China? Cuando empezábamos a inquietarnos apareció un auto desconcertantemente lujoso y se detuvo al pie de la pasarela, cosa permitida solamente a personajes prominentes. Los pasajeros se apretujaron para ver quién venía.

- Debe ser algún diplomático -dijo alguien. -¡O una estrella cinematográfica! - replicó otro.

¡Era la despampanante Rita Hayworth, que había ido a dejar a Mercedes Jiménez! Se despidieron con lágrimas en los ojos; lágrimas auténticas de emoción y no de glicerina, como son las que ruedan por las mejillas de las actrices durante la filmación de una escena dramática. Rita le regaló uno de sus lindos abrigos a su querida Mercedes, quien entre sollozos le prometió regresar muy pronto a su lado. ¡Qué diferencia tan grande había entre la apocada Catalina Jorquera, que nos acompañó en nuestro primer viaje, y la alegre y optimista Mercedes Jiménez, figura destacada del mundo social de Hollywood!

Entre los pasajeros venía un grupo de sacerdotes metodistas, con la santa misión de divulgar la doctrina cristiana entre unas tribus semibárbaras que todavía subsisten en los parajes limítrofes de Perú y Bolivia. Eran ocho muchachos fornidos, con más apariencia de futbolistas que de evangelizadores misioneros.

Al pasar la línea ecuatorial es costumbre hacer bromas. El organizador de la fiesta me pidió que dibujara unos menús para los curitas. Yo los pinté rodeados de indios antropófagos. Algunos de los curitas aparecían asándose a lo *spiedo*. Otros, metidos en palanganas, cociéndose a fuego lento, etc. Ellos celebraron con estentóreas carcajadas mis monos, sin imaginarse, por supuesto, que éstos entrañaban un trágico presagio. Semanas después de llegar a Santiago, los cables daban cuenta de que los salvajes habían dado muerte a todos los misioneros ¡y se los habían comido!



También conocí allí escritores y pintores famosos. En la foto aparece Vicki Baum, autora de "Gran Hotel" y tantos otros libros famosos, quien nos invitó a tomar el té en su casa. Nos causó admiración su va liosa colección de máscaras que trajo de Bali.

Si mala suerte había tenido el "Río de la Plata" al entrar en el puerto mexicano Salina Cruz, más adverso le fue su segundo viaje de regreso: se incendió y naufragó frente a ese mismo puerto. No hubo desgracias personales, ya que el incendio se produjo cuando todos los pasajeros se encontraban en tierra; sólo que éstos tuvieron que lamentar la pérdida de todo su equipaje.

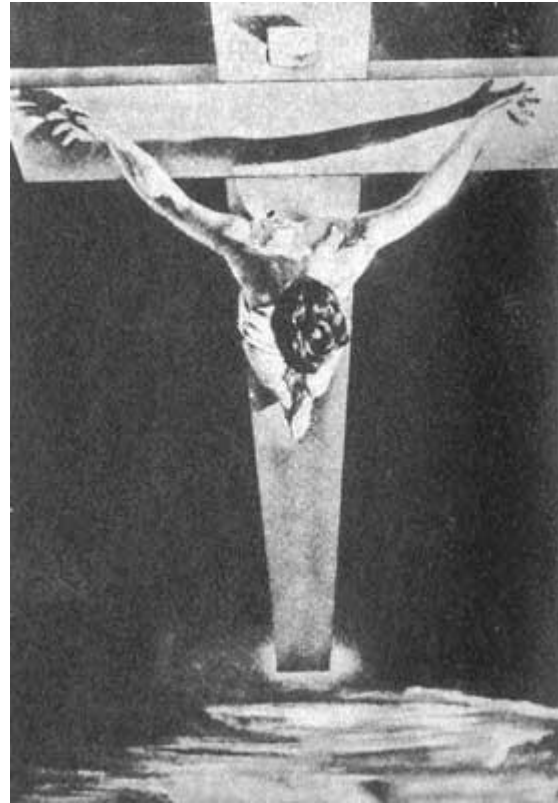
Sección 9

80. ¡Eli, Eli, Lamma Sabacthani!

En 1947, volando, ruta Buenos Aires, sobre el Cristo Redentor, pensé que sería interesante pintar un cuadro en que el Señor apareciera mirado desde el punto de vista en que Su Padre lo vio exhalar el último suspiro. Gracias a esta perspectiva, nunca empleada, sería posible trazar por primera vez en el primer plano el rostro de Cristo, e interpretar el supremo dolor con que al mirar hacia el cenit exclamó: *¡Eli, Eli Lamma Sabacthani!*



Boceto del cuadro concebido por J. Délano.



Reproducción del cuadro de Salvador Dalí

Después de hacer innumerables bocetos, hice llamar a un maestro carpintero para que me construyera la cruz en que colocaría el modelo, o mejor dicho, los modelos. Uno me serviría para estudiar el rostro y otro el cuerpo. Me habría sido imposible reunir en uno solo los requisitos que necesitaba para ejecutar mi cuadro.

Mi amigo "Chufún" me mandó un carpintero que parecía una lámina arrancada de una Historia Sagrada. Era un anciano de luenga barba, no diré blanca, pero sí amarillenta. En ella estaban impregnados, por lo menos, ochenta años de nicotina. Con gran dificultad empezó el viejo carpintero a construir la cruz. Una mañana llegó empapado por la lluvia.

-¿Por qué vino con este tiempo tan malo? - le pregunté.

- Me he propuesto terminarla hoy - me respondió con voz opaca.

- Temo que esté usted enfermo - le dije; de modo que preferiría que la terminara otro día, pues no es un trabajo urgente.

A pesar de mi recomendación, el pobre viejo trabajó hasta dejar terminada la cruz. Le cancelé su trabajo y se despidió estrechándome su áspera mano.

- Mandaré a alguien a buscar las herramientas. No me siento con fuerzas para llevarlas - fueron sus últimas palabras.

Pasaron los días y las herramientas del viejo carpintero dormían en un rincón de mi estudio.

Una semana después golpeó a mi puerta un muchachón:

- Vengo a buscar las herramientas que dejó el maestro Pancho - me dijo: ¿Sabe? El pobre murió al día siguiente de terminar su trabajo. No dejó de acongojarme la noticia y le entregué las herramientas. Varios modelos posaron en la cruz, trabajo póstumo de "ño" Pancho. Yo dibujaba sin premura. Mi obra era ambiciosa. No se trataba de una de esos trabajos que hago para los periódicos, empujado por los implacables punteros del reloj. En éste podía tomarme todo el tiempo que fuera menester. A veces pasaba un mes sin que hiciera nada. ¿Para qué apurarme?

Mas un día, mi buen amigo y brillante escritor Enrique Bunster se me presentó llevando un ejemplar del "ABC" de Madrid. Miró el boceto de mi cuadro, en que el Cristo aparecía visto desde el cenit, y abriendo la revista, me mostró una lámina en que aparecía una reproducción de "El Cristo sin Clavos", de Salvador Dalí.

Me quedé perplejo. La idea era la misma. ¿Para qué continuar mi obra? Todos dirían que era un plagio.

Cuando el cuadro de Dalí se popularizó, muchos amigos que conocían mi proyecto me visitaron consternados, como si estuvieran haciéndome una visita de pésame; y yo me acordaba con tristeza de "ño" Pancho, el carpintero. Todavía su obra postrera preside mi estudio.

81. Un gran banquete sin comensales

Durante nuestras estadas en Buenos Aires acostumbrábamos alojarnos en el distinguido Hotel Nogaró. ¿Por qué su propietario creía que yo también era hotelero? ¡Vea usted cómo se escribe la historia! Cuando el señor Nogaró fue huésped del Hotel Portillo, le fui presentado como el "primer" accionista de "Hocorsa" (Hoteles de Cordillera, S. A.). Ciertamente es que yo había facilitado el dinero a mi sobrino Daniel Amenábar, uno de sus organizadores, para pagar las estampillas

de las escrituras de constitución de la sociedad, así es que, en verdad, era yo el "primer" accionista; pero no por el monto de mi aporte, sino por orden de llegada... Gracias a mi calidad de "colega" suyo, el señor Nogaró había dado instrucciones a sus empleados de que fuera atendido como huésped de honor. El personal del hotel había inflado a tal punto la "copucha" que de capitán a paje estaban convencidos de que yo era nada menos que el propietario de una cadena de hoteles de turismo. Con este motivo mi habitación era visitada, desde la hora del desayuno, por maîtres, mozos y cocineros que deseaban trasladarse a Chile para trabajar en alguno de los elegantes establecimientos de "mi" cadena de hoteles.

Estaba una mañana prometiendo puestos, cual candidato a la presidencia, cuando repiqueteó la campanilla del teléfono. Era un funcionario del Ministerio de Prensa y Propaganda que me llamaba para comunicarme que esa noche un grupo selecto de cineastas, dibujantes y periodistas me ofrecían una comida en el Restaurante La Cabaña.

- Si gusta, puede invitar al cónsul de Chile, señor Augusto Millán, y a su señor hijo, que sabemos que lo acompaña.

Yo acepté muy agradecido, prometiéndole estar a las 21 horas en La Cabaña. Esta invitación me dio más prestancia ante los futuros empleados, que veían en mí a un auténtico "palo grueso".

Como a las nueve de la noche nos dirigimos, Millán, mi hijo y yo al famoso restaurante, en cuya puerta principal dos vacunos embalsamados dan la bienvenida a los parroquianos.

Le pregunté al maître en qué comedor se serviría el banquete. El mismo me acompañó solícito al segundo piso. En el gran comedor lucía una magnífica mesa, con capacidad para unos ciento cincuenta comensales. Banderas chilenas y argentinas decoraban las paredes y artísticas guirnaldas de flores adornaban la enorme mesa en forma de herradura.

-¿Qué les parece el banquetito? ¡Es una linda "gauchada" de mis colegas! - les dije a mis acompañantes.

-¿Traes tu discurso preparado? - me preguntó Millán. Mira que éste va a ser un "don banquete" y seguramente tendrás que hablar.

Bajamos para hacer hora en el primer piso. Dieron las nueve y media y nadie subía. A las diez empezaron a llegar los reporteros gráficos. ¡A las once no se había presentado ni un solo comensal!

-¡Qué cosa más extraña! - me decía mi viejo amigo, moviendo su enorme cabeza, que no atinaba a explicarse lo que nos ocurría. ¡Si esto es increíble, Coke; solamente a ti te pasan estas cosas! ¿No habrás entendido mal?

-¿Pero no oíste lo que nos dijo el maître al mostrarnos la mesa? - le respondí.

Como en el lapso de la espera nos habíamos tomado varios aperitivos, se nos despertó un hambre canina. Las apetitosas parrilladas y bifés que saboreaban nuestros vecinos nos hicieron sentir la desgracia del mismo Tántalo.

No nos cabía duda de que habríamos hecho el ridículo comiendo solos en la tremenda mesa, adornada con banderas chilenas y argentinas atadas como símbolo de sincera amistad, así es que resolvimos hacernos servir allí mismo nuestras viandas.

Dejábamos de saborear las deliciosas carnes solamente para reírnos del chasco que nos habíamos llevado. Millán me aseguraba que jamás había ocurrido algo semejante y que al día siguiente se propondría averiguar si se trataba de una broma de pésimo gusto o de un malentendido.

Efectivamente, al siguiente día fue a verme al hotel con el misterio revelado.

Cuando los artistas recibieron "la orden" del gobierno de asistir al banquete, se indignaron. Muchos creyeron que yo era uno de los tantos paniaguados chilenos que merodean por Buenos Aires para ponerse a las órdenes del "justicialismo" peronista. Y esto fue lo que les movió a acordar el ausentismo al banquete organizado por el gobierno.

Después me agasajaron con una tan simpática como espontánea fiesta en el Barrachina, con una asistencia mucho más numerosa que la "organizada" por el Ministerio de Propaganda.

82. Una caricatura profética

Una de mis caricaturas que han merecido más comentarios fue esta que reproduzco y que con un año pie anticipación anunciaba la guerra de Corea.

¿Quién empezó esa guerra? Los comunistas sostienen que los surcoreanos, instigados por los yanquis, atravesaron primero el paralelo 38. Reproduzco parte del reportaje que me hizo Manuel Vega en "Zig-Zag". A través de él, mis lectores podrán seguir el proceso de gestación de una caricatura internacional que fue reproducida por muchos periódicos extranjeros.

El grabado de Coke es toda una síntesis de la historia que estamos viviendo. Anima Stalin al comunista chino que avanza sobre Corea empuñando la hoz. En la parte inferior, el Tío San, con la carabina de la NU entre las manos, espera detener al agresor. La frase sarcástica que Coke ha puesto en boca del amo de Rusia, agazapado tras su dócil instrumento, adquiere hoy un realismo impresionante, porque denuncia con asombrosa exactitud la verdad que a todos nos angustia. Drama del Oriente, cuya faceta comunista puede ser considerada como el arranque de un proceso de absorción por las fuerzas y masas orientales.



EL PELIGRO AMARILLO AHORA ES ROJO.

TÍO SAM.- Un paso más y te disparo.

JOSÉ PEPE.- No le hagas caso; tiene la carabina de Ambrosio.

* * *

¿Cómo pudo el intuitivo Coke presentir muchos meses atrás la lucha terrible de este momento? Quise saberlo y fui a visitarle en su estudio, lleno de vida y color, con ese desorden peculiar de todos los talleres. Charlando con el artista, he podido seguir, paso a paso, el mecanismo íntimo de la más famosa de sus caricaturas.

El dibujante es periodista que escribe con lápiz y tiene el sentido de la actualidad. Como otras veces, en agosto de 1949 Coke leía con avidez los cablegramas del extranjero.



Manuel Vega durante la entrevista en mi taller.

El Oriente, con sus misterios, le atrajo siempre, y lo que por aquella época ocurría en China no dejaba de inquietarle. Numerosos despachos cablegráficos, con noticias significativas, eran recortados por el caricaturista y pegados luego sobre hojas de papel, en las que iba anotando, además, comentarios propios y ajenos. La desmoralización de los dirigentes nacionalistas era el mejor aliado de las fuerzas comunistas chinas. En un cable de la Reuter, fechado el 6 de agosto en Cantón, se anuncia que el gobernador general Chang-Chiang y el comandante del primer ejército nacionalista, Chang Miag-Jen, han aceptado la paz y detenido al jefe del Kuomintang en Hunan. Y la radio de Cantón agrega que las fuerzas nacionalistas se unieron a los habitantes para dar la bienvenida a las tropas comunistas. Otro cable informa de la llegada del Generalísimo Chiang Kai-Shek a Chinchai, en compañía de dieciocho asesores, donde va a discutir con el Presidente Syngman Rhee un pacto anticomunista. El corresponsal James D. White, analizando la situación de Corea, observa que en la región del norte existe el anhelo de unir al país y el acrecentamiento de un anhelo rival en el sur ha tomado impulso desde que el

ejército adquirió las armas dejadas por las tropas de ocupación norteamericanas, que en el verano abandonaron el territorio. El representante de la A. P., William Moore, señala luego que los norcoreanos han empezado a invadir la parte sur de la península de Onggin, que cruza el paralelo 38, y agrega textualmente: "Esta pequeña guerra, inadvertida para el mundo, se está librando desde fines de mayo, cuando una expedición marítima sureña expulsó a los norteños de la citada península. Estos procedieron a reconquistar con fuerzas substanciales. Esta es la primera chispa que ha saltado en el polvorín de Corea, en donde los Estados Unidos y Rusia tienen vitales intereses estratégicos".

Lector atento, que sabe apreciar el dato o referencia al parecer insignificante, Coke clasifica los cables, los anota y comenta. Reconstruye el ritmo de los acontecimientos que allá lejos se suceden y que no dejan de preocuparle. Al ordenar los materiales para el tema de sus caricaturas, va escribiendo la historia de futuros e insospechados sucesos. Ningún aspecto de la entonces invisible realidad escapa a su penetración, ni siquiera la inoperancia de la NU cuando el conflicto se produce. Y de ahí el símbolo de esa carabina de Ambrosio que, hace más de un año, no disparó...

Aquella primera chispa que salta en el polvorín de Corea, anunciada por el corresponsal Moore, se convierte en reguero de luz para el artista que no se extravía en el dédalo oriental. Y de este modo, con intuición casi milagrosa, se anticipa a la actualidad.

A continuación, Coke, mi alter ego, les presenta varias caricaturas con tema internacional, y que, a pesar del tiempo transcurrido, son de permanente actualidad.



ECHÁNDOSE EL MUNDO ENCIMA

*ATLAS.- Ahora carga tú con él. Ya verás con qué moneda te va a pagar...
("Topaze", 12 de septiembre de 1944.*



*¿Sabe usted cuál es el único amigo del Tío Sam? Dé vuelta el dibujo y lo sabrá.
"Topaze", el 3 de febrero de 1932, presentía la impopularidad que llegarían a sufrir
los Estados Unidos al colocarse a la cabeza de las potencias del mundo.*



DUEÑOS DEL MUNDO

JOHN BULL: - El secreto de la bomba atómica debe quedar solamente entre nosotros dos. TÍO SAM: - Sí; porque si llega a sorprenderlo don José Pepe...



*HITLER: - Adolfo, tú que eres la única persona en quien confío, dime: ¿qué será de nosotros? EL CUADRO: - Que a mí me descolgarán y a ti te colgarán.
("Topaze", 14 de enero de 1944.)*

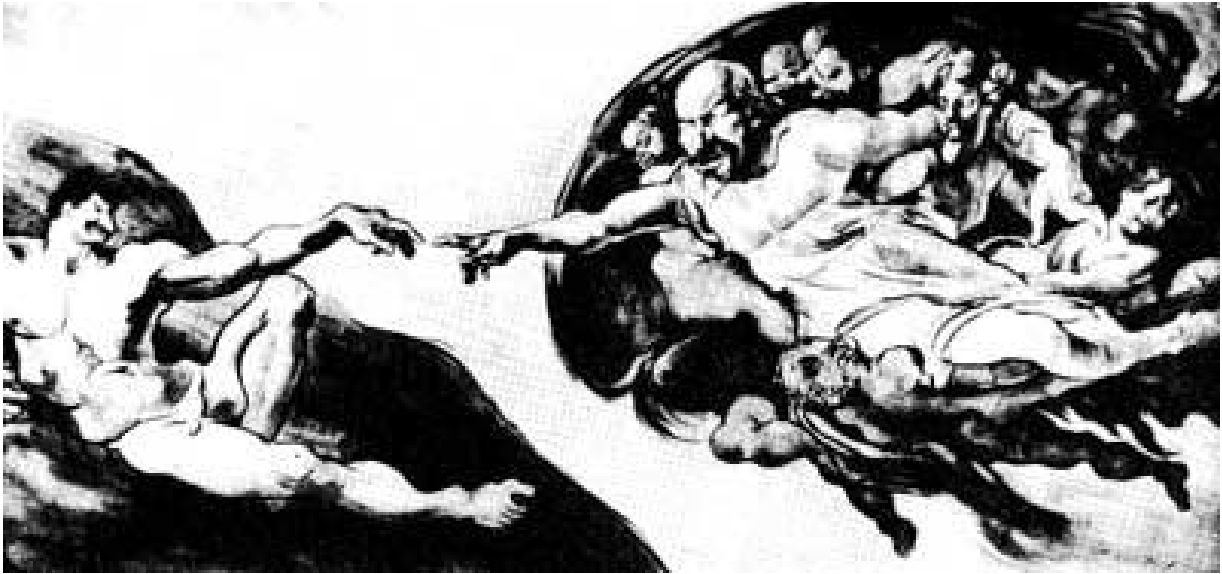


EL BAILE DE MODA: "LA GUERRA FRÍA".

EL MAESTRO JOSÉ PEPE: - Es muy fácil: cuando yo doy un paso adelante, tú das uno hacia atrás... Eso es: así, sucesivamente, sin pisarme y sin perder el compás...



MARSHALL.- Esta muchacha Latinoamérica ser sumamente temperamental; si no le hablo de plata se enoja, y si le ofrezco dinero, se pone romántica y me da con la puerta en las narices.



INVENTOS RUSOS .

La agencia noticiosa TASS cada semana nos hace saber que los grandes inventores han sido rusos. El cine, la radiotelefonía, la aviación, la penicilina, las cafeteras; ¡en fin!, desde la bomba atómica hasta los escarbadientes serían el producto de la inventiva rusa.

Ahora, el gran Kaganovich ha descubierto en un sótano de la catedral de San Basilio el auténtico cuadro que representa la creación del hombre. Los expertos moscovitas han declarado que el fresco existente en la Capilla Sixtina es un servil plagio ejecutado por un pintor italiano e inmundo fascista, un tal Miguel Ángel Buonarotti. Después de una acuciosa investigación, los críticos rusos han llegado a la conclusión de que Jehová es ruso y que Adán también lo fue; la primera operación en que se empleó la anestesia había sido, entonces, practicada por un ruso en otro ruso, cuando a Adán le fue extraída una costilla para crear a la primera mujer, cuyo origen naturalmente es ruso.



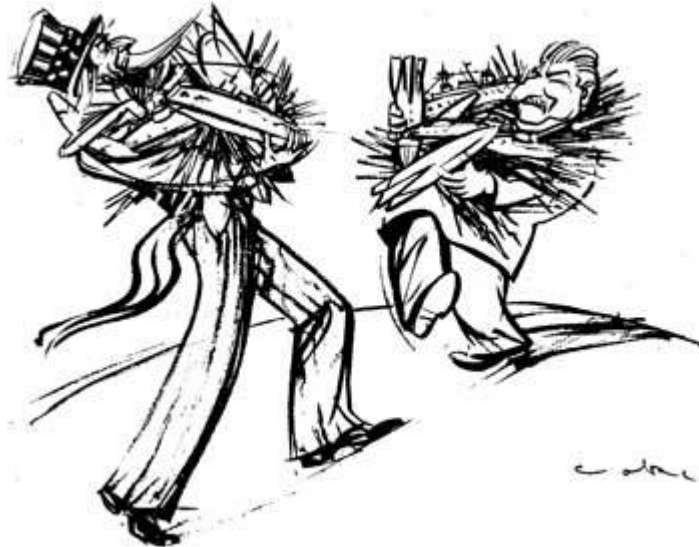
Esta caricatura fue publicada en "El Diario Ilustrado", el 16 de enero de 1953, estando José Stalin vivo. El dictador rojo murió el 5 de marzo de 1953.



*PERÓN: ¿Soy o no soy el Napoleón de Sudamérica?
 NAPOLEÓN: El sombrero es el mismo, che; pero no así la cabeza.
 ("Topaze", 9 de septiembre de 1949.)*



EISENHOWER: -¿No crees, Winston, que estás demasiado viejo para incorporarte al ballet ruso?



*No pueden darse la mano porque las tienen muy ocupadas...
("El Diario Ilustrado".)*

83. Contactos con el otro mundo

Unas diez personas sentadas alrededor de la mesa redonda del comedor, entre ellas mi hermano Alfredo, contemplábamos a media luz a la dueña de casa, María P. Mc.

de V., quien después de rezar un Padre Nuestro y un Avemaría, había caído en profundo trance. Exhaló algunos angustiados suspiros, se incorporó y con voz gruesa se dirigió a nosotros en la forma siguiente:

- Buenas tardes, hermanos míos.

Mi vecino, hermano de María, me dijo que el espíritu de don Crescente Errázuriz se había incorporado a la médium.

Era notable la seguridad con que las palabras fluían de la boca de la señora María P. Yo, que había llevado un grabador de cinta magnética, pude captar parte de la sesión que más adelante transcribo:

UN ASISTENTE. *-¿Podría hablarnos sobre la división de los conservadores? (Era el tema candente de ese momento en que don Horacio Walker, con increíble pertinacia, había debilitado una de las fuerzas más respetables de la política chilena.)*

DON CRESCENTE. *- Les agradecería no perdiéramos esta oportunidad de hablar con ustedes en comentar algo que se desviene con los altos intereses de la fe. No tratemos temas ajenos a Dios. Procuremos penetrar en los misterios más hondos de la vida, acercarnos al Creador y hacernos dignos de él. Para ello nada significa lo que nos separa en la vida. Nos alejan de su reino la pasión, el odio, las luchas entre hermanos. Sólo nos une la fe verdadera, que está escrita en los mandamientos. Todos ellos tienden a un solo objetivo que los resume: "Amar a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo".*

Yo les preguntaría: ¿Han pensado los cristianos, los católicos, el prelado, en la necesidad de insistir ahora más que nunca en estas santas palabras? Ven en los mandamientos sólo pecados y no observan que el odio al prójimo es lo único que Dios condena en todas sus formas.

La humanidad, al alejarse de Dios en busca de satisfacciones materiales, ha caído en el odio, que es lo que más aparta del cielo, que es todo amor. Se juzga a Dios injusto, se le atribuye la causa de cuanto ocurre. La humanidad está formada por una gama social que va desde el desvalido al poderoso, desde la miseria que sufren los infelices hasta la opulencia de los favorecidos por la fortuna.

Entre los miserables heridos por el hambre y las injusticias nace el odio hacia los que hacen ostentación de su riqueza. Creen en un reparto injusto y se revuelven contra la sociedad y contra Dios.

Entre los opulentos nace también el odio contra los que reclaman justicia humana y les piden algo que ellos creen les pertenece: la renuncia a parte de sus utilidades en provecho de los que con ellos trabajan y carecen de lo suficiente.

Ambos creen tener a Dios de su parte, y Dios condena a ambos, porque olvidan su doctrina de amor y la tornan en odio.

Sobre esta condena hay algo que decir: no existe un tribunal como el establecido por los hombres. Dios no condena ni absuelve. Es demasiado amante de sus hijos para condenarlos.

La gloria de Dios es la posesión de todos los bienes espirituales, de la infinita paz, del Bien infinito, de la Gracia del cielo.

Elocuente sermón que trasciende el campo de la política y que no parecía ser fruto de la improvisación de la débil señora que momentos antes había orado con voz desmayada el Padre Nuestro.

Debo advertir que la médium es sobrina de uno de los oradores más notables que pasaron por el Senado de Chile. La teoría que yo sostuve, después de la sesión, es que María oculta en algún repliegue de su mente parte de la elocuencia heredada de su tío y que, al caer en la inconsciencia del llamado trance, afloraba de su subconsciencia la capacidad oratoria que tanto nos había impresionado durante la sesión.

- Pero yo no he tenido ningún tío dibujante - me objetó ella, y ya verá usted los dibujos que he hecho a obscuras. Vean - y empezó a mostrarnos una serie de extrañas láminas diseñadas con lápiz y que al pie llevan la firma "Baro".



Algunos de los extraños dibujos hechos por la médium; hay en ellos algo extraterreno.

Examiné los dibujos y me parecieron fascinantes. Hay algo extraterreno en el estilo y en los modelos, como podrá comprobarse en las reproducciones que ilustran estas páginas. "Baro", el autor, también ha dictado su biografía; pero no debió ser un dibujante de fama, ya que su nombre no aparece en ninguna enciclopedia de pintura.

En otra sesión, "don Crescente" nos prometió hacernos, en especial a mi hermano Alfredo, una experiencia que pondría fin a nuestro escepticismo. Pasaron las semanas y "don Crescente no daba señales de vida".

Llegó el aniversario del cumpleaños de mi hermano, y su comedor se hizo estrecho para contener esa noche a los que habíamos ido a congratularlo. La charla de sus hijos era alegre, bulliciosa y nadie se acordaba de don Crescente. Más, en uno de esos momentos en que todos callan y en que se dice: "Un ángel pasó", Alfredo sorprendió a sus comensales con la siguiente invocación:

- Si está aquí el espíritu de don Crescente, le ruego humildemente cumplir con su promesa y hacernos la manifestación que hace tiempo nos ofreció. Yo, por decir algo, porque la verdad es que no había tomado tan en serio como Alfredo la promesa de monseñor, continué la invocación así:

- Podía apagar algunas luces...

Junto con pronunciar la última palabra, una de las palanquitas del interruptor eléctrico se movió, apagando la mitad de las luces de la lámpara. Se produjo un silencio angustioso, y mi cuñada, la anfitriona, se levantó muy pálida y accionó el interruptor, volviendo a encender las luces. El finado Lucio Concha, cuñado de Alfredo, exclamó:

-¡Este es un truco de Coke!

Pero yo, que no había hecho ningún preparativo ad hoc, era el más sorprendido. Alfredo, como buen ingeniero, dijo que en diez años que habitaba esa casa jamás había ocurrido algo semejante y que era demasiado exigirle a la ley de probabilidades que, en el instante preciso, se hubiera provocado un accidente de carácter mecánico en el conmutador. Además, de haberse producido un corto circuito, se habrían apagado todas las luces de la lámpara.

Debo reconocer que el hecho me dejó desconcertado, porque a nadie le fue posible explicarlo en forma racional.

Muchos experimentos de este género me ha tocado presenciar; fenómenos extra físicos que me recuerdan la frase de Shakespeare: *"Hay misterios en el cielo y en la tierra que el hombre jamás podrá explicarse"*.

84. Me vaticinan la obtención del premio María Moors Cabot y un próximo viaje a los Estados Unidos

Veintiún años habían transcurrido desde que Madame Michaud me había pronosticado mi primer viaje a la tierra del Tío Sam. Padecía el país la tensión de la lucha presidencial, y una mañana se reunieron en mi estudio varias personas alrededor de un quiromántico árabe que estaba de paso por Santiago. Este, después de concentrarse, empezó a hablar en esta forma:

- Ibáñez será por segunda vez Presidente de Chile... (corría el mes de junio del año 1952. Aunque yo no soy profeta, después de haber hecho una encuesta entre choferes de taxi, suplementeros y dueñas de casa había vaticinado lo mismo). El comunismo empezará a desintegrarse el año 1955. Las fuerzas espirituales derrotarán al materialismo... El espíritu de un marciano que ha encarnado en la tierra, será, como quien dice, la punta de lanza enviada por los adelantados habitantes de Marte para preparar la invasión de nuestro planeta... La humanidad se unirá entonces en un solo frente para defenderse... (la idea se la regalo a Orson Welles para que realice una película de gran actualidad internacional e interplanetaria) Veo a "Coke" sobre un proscenio..., va cubierto con una capa negra y tocado con birrete; es una extraña ceremonia que ocurre en un lejano país...

Pensaba, para mis adentros, que el "turco" estaba desvariando. Cuál no sería mi impresión cuando, meses después, el día 9 de octubre de 1952, me encontraba en el proscenio del salón de actos de la Universidad de Columbia, vestido como se me había profetizado y recibiendo el galardón del que no por vanidad me siento orgulloso, sino por el pequeño aporte de gloria que significó para todos los dibujantes chilenos.

Esa noche fuimos a comer al restaurante francés "Bistro". Nos había invitado nuestro querido amigo embajador de Chile en Washington, Félix Nieto del Río, que había hecho un viaje especial a Nueva York para acompañarnos durante la ceremonia. Estaban ahí también Hernán Santa Cruz, embajador delegado a la NU, y Carlos Reyes Corona, nuestro inteligente Agregado de Prensa. De regreso, por la 3ª Avenida, a la altura de la calle 51, ocurrió un hecho por demás insólito y que es revelador del cambio que se ha operado en la masa norteamericana con respecto a los extranjeros. Veníamos, el grupo de chilenos mencionados, charlando, cuando una mujer que esperaba bus en una esquina se nos abalanzó, y después de propinarle a Hernán Santa Cruz algunos golpes con un maletín, nos gritó, por supuesto, en inglés:

-¡Qué se han imaginado estos extranjeros, "hijos de la playa"! (la palabra *bitch* es "tabú" en inglés). ¡No pagan impuestos y nosotros echamos el kilo para socorrerlos!

Un policía intervino; pero Santa Cruz le dijo:

- No la lleve. Es una pobre loca.

Sin embargo, yo creo que el caso tenía mucho más trascendencia de lo que a primera vista parecía una escena trivial. En viajes anteriores yo había observado con satisfacción la cortesía y hospitalidad demostradas por los norteamericanos hacia los extranjeros. Recordaba, por ejemplo, cuando en un *subway* varias personas se cambiaron de asiento para que yo pudiera sentarme junto a mi mujer. Esto mismo me había ocurrido en otros sitios, como ser fuentes de soda y restaurantes.

Y fue ésa la última vez que estuvimos en "ese" mundo con Félix Nieto del Río.

85. De vuelta en Santiago

A nuestro regreso, y con la salud muy quebrantada por el rigor del invierno que se había dejado caer desprevenidamente sobre Nueva York, mis colegas santiaguinos tuvieron el cariño de festejarme con una comida en el Crillón. Cerré la manifestación con el siguiente discurso:

El lápiz es para nosotros los dibujantes una especie de antena que capta un personaje, una actitud, una idea.

Debo confesar que este prólogo ha tenido por objeto darles explicación de por qué no he intentado someterlos al suplicio de una mala improvisación. Hoy en la tarde tomé el lápiz, o mejor dicho, mi antena, y ésta me sorprendió con la siguiente pregunta: ¿Estás satisfecho con la modesta acción que te ha correspondido en tu existencia? Sin vacilación le respondí negativamente, porque, a pesar del premio obtenido en Estados Unidos, me considero un hombre fracasado. Fracasado porque al comienzo de mi carrera de caricaturista, el mundo y los hombres que lo poblaban eran muy diversos de los de hoy: más reservados y discretos y con un temor espantoso al ridículo. Yo los ponía, entonces, en situaciones grotescamente cómicas, desfigurando sus facciones, tomándoles bastante el pelo, para hacer reír ante una imagen realzada por una lectura más o menos humorística.

Esa labor, que más tarde pude realizar en mayor escala y también con mayor resonancia dentro y fuera de mi país, me ha dejado la desoladora impresión del fracaso. Pero, ¿qué ha ocurrido más tarde, cuando la vida moderna y agitada, gracias a la indiscreción periodística, fue más abierta y, puede decirse, al aire libre, con la ayuda del micrófono?

Los estadistas, las mujeres y los hombres públicos de hoy se afanan en presentarse en una especie de competencia olímpica de ridiculez, superándose entre ellos con un arte de humor tan perfecto, que deja "eputado" al más imaginativo de los caricaturistas.

Ha sido desesperante para mí ver a los sujetos de mis caricaturas apareciendo sobre el papel como unos pobres peleles, deslucidos, sin gracia alguna, cuando los comparo con los modelos que actúan en la vida diaria.

Estos se ponen en actividades de la más ideal y perfecta caricatura, con gestos y dichos de la más estupenda comicidad. ¡Y para colmo, algunos de los personajes caricaturados han ido pareciéndose a tal extremo a sus caricaturas, que muchas veces no se sabe cuál es el modelo y cuál la caricatura! Este fenómeno me ocurrió a mí con más de un Presidente de la República.

Y no crean, queridos amigos, que esas cosas ocurren en Chile solamente. Vi en Nueva York un enorme edificio en que a diario se efectúan las más apasionantes

peleas. Esta sucursal del Madison Square Garden, este ring en que la mitad de las naciones del mundo se pelea con la otra mitad, ostenta el humorístico título de "Naciones Unidas".

¿Es esto serio? ¿Podemos los humoristas profesionales seguir aceptando impasibles el reto de los aficionados?

¿Qué haría el cocinero de un hotel con un cliente que se le instala al lado y fríe mejor las papas y deja más jugoso el roast beef?

Créame, queridos colegas, nuestra situación es tremenda, pavorosa... Hemos fracasado porque la competencia de los políticos es desleal y abrumadora.

Ellos se caricaturizan, hacen reír y divierten más al mundo de lo que uno pudiera lograr con su lápiz, antes creador, hoy pobre imitador.

Creo, colegas, que la solución para terminar con la locura humorística que tiene al mundo trastornado es que los caricaturistas nos declaremos en huelga hasta que los políticos y estadistas dejen de hacernos tan desastrosa competencia.

Aprovecho esta ocasión en que nos hallamos reunidos para beber esta copa por nosotros los humoristas, que somos los únicos hombres serios que vamos quedando sobre la tierra.

* * *

Estaba muy enfermo y fue ésa mi última actuación en público. Después me llevaron a un hospital y...

"La Pata de Catre" abandona mi tráquea.

¡Qué alivio! ¿Cuánto tiempo había pasado desde que oí la voz de un doctor que decía: "Vamos llegando al "espólón", colega"? ... ¡Más de medio siglo! Se explica que no haya podido coordinar en forma estrictamente cronológica los diferentes episodios de una vida tan inquieta como es ésta que me ha tocado vivir. El futuro se confundía con el pasado porque había traspasado la frontera de la velocidad de la luz.

Y mi aturdimiento, que después de esta experiencia no ha sido menor que el sufrido por los aviadores cuando violan la frontera del sonido, me ha dejado la impresión de que la muerte no es, en ningún caso, más pavorosa que la vida.



F I N

Apéndice 1
Lo que no dije en Yo Soy Tú²⁶

Visita inoportuna.
Una cocinera con sex-appeal evita una tragedia.
Álvaro, o la fuerza del sino

Los lectores de mi autobiografía recordarán, tal vez, un capítulo dedicado a ciertas visitas extrañas que me causaron más de un dolor de cabeza. Una fue la de mi amiga R., hermosa muchacha que se desnudó espontáneamente para que le hiciera un retrato de cuerpo entero. La otra fue de "el muerto vivo", que me relató su apasionante historia. La tercera se me quedó en el tintero, y se las daré a conocer, a pedido del director, en las líneas que siguen:



Mis lectores deben recordar también que debido a ciertas constelaciones astrológicas nací con una bronquitis que todavía no puedo sacarme del cuerpo (precisamente, estoy escribiendo estas líneas víctima de una grado 10). Pues bien, en circunstancias que me encontraba convaleciendo, hace dieciocho años, de una

²⁶ Publicado en Topaze (31 de agosto de 1956), p. 9-11,13 y 68.

que se propuso ascender a bronconeumonía, y que me retenía arrellanado en un sillón de mi living con una cataplasma de mostaza en el pecho, sonó el timbre de la puerta de calle. La niña "de la mano" corrió presurosa a abrir la puerta. Los visitantes eran don Cornelio Saavedra (QEPD), personaje importante del régimen alessandrista, acompañado de su hijo Joaquín, tan corpulento como él, y de un hombre-ropero, que resultó ser agente de Investigaciones.

Dichas visitas se precipitaron en el living en forma tumultuosa. Don Cornelio, que tenía una figura imponente, sacó un revólver miti-hueso (cuando niño yo los llamaba así por tener la cache de hueso), quien, junto con hacerme la puntería, me dijo:

— ¡Vengo a matarlo! ¡Su revista ha hecho algo inicuo que no estoy dispuesto a tolerar!

— ¿Qué pasa? —le dije, tratando de sobreponerme a mi afonía; pero don Cornelio, hecho un energúmeno, barbotaba frases estremecidas de furor. Raquel, mi esposa, en actitud digna de una heroína de Carolina Invernizio, interpuso su persona entre las parábolas amenazantes descritas por el revólver de don Cornelio y la cataplasma de mostaza adherida a mi pecho. El asunto iba tomando un giro trágico y yo no atinaba a comprender el origen del enojo del señor Saavedra.



Pero como siempre, en la película de la vida, el Destino, que es un director cinematográfico lleno de recursos, se encargó de preparar el *happy end*, y un nuevo personaje entró en escena, o, mejor dicho, salió de ella en dirección a la calle, alarmada por la gritería y batahola provocada por mis inesperados visitantes. Tal personaje era mi cocinera, cuyo galán, felizmente para mí, era carabinero, quien en menos tiempo del que sube el precio de la leche, subió a mi departamento arrastrado por mi fiel cocinera. Desapareció el revólver, atenuóse la estridencia y sonó imperiosa la orden de la autoridad:

— ¡Vamos todos a la Comisaría!

Y fuimos. Allá se aclaró el asunto, y don Cornelio, después de tanta tensión, sufrió un ataque que felizmente pasó pronto.

La causa de la justificada cólera del que fuera íntimo amigo y ministro de don Arturo Alessandri se había debido al editorial del Topaze de ese día. Dicho artículo, que yo había leído y aprobado antes de imprimirse la revista, versaba sobre un tema ajeno al que ahora tenía ante mí, y que don Cornelio revolvía frente a mis ojos, lo que, naturalmente, me dejó perplejo.

La explicación de este trueque estaba en que Alvaro Puga, para molestar a Joaquín (el hijo que acompañaba a don Cornelio), por un incidente producido el día anterior en la imprenta de obra de La Nación, había cambiado el editorial aprobado por mí por otro encargado a don Ismael Edwards, y en el cual el fogoso periodista vapuleaba de lo lindo al señor Saavedra padre.

La consecuencia inmediata de este intríngulis fue que después de tan violento sudorífico sané ese mismo día de mi bronquitis.

Don Arturo Alessandri no estaba enojado conmigo.

Los leones rampantes del Hotel Pacífico y el rencor inextinguible de don
Rafael Urrejola

Una de las mayores satisfacciones que me procuró Topaze es que, durante los casi 25 años que fue de mi propiedad, sólo en muy contadas ocasiones dieron lugar sus caricaturas a enardecimientos de las personas afectadas por ellas. Y es que tanto sus redactores como sus dibujantes nunca nos dejamos llevar por la pasión política

y jamás nos metimos en la vida privada de nuestros "blancos", aunque éste fuera tinto. Sólo pretendíamos hacer reír, y los hombres públicos eran los primeros en hacerlo.

Pero no faltaron ocasiones (y la que se le procuró a don Cornelio Saavedra fue una de ellas) en que estuvo justificado el fastidio de los agraviados, lo que demuestra que hasta al mejor cazador de gazapos se le va la liebre... Una de las pocas personas que hasta ahora no me la perdonan es don Rafael Urrejola.

No es mi intención cargar sobre otros miembros de la familia topácica los excesos en que se incurrió, pero fueron razones de orden particular entre la familia de don Rafael y la de Álvaro Puga, secretario de redacción de Topaze, las que durante otra bronquitis grado 10 condimentaron en mi revista alusiones en que el gracejo estuvo mezclado con excesivas dosis de hiel. Nunca ha sabido el señor Urrejola que yo fui por completo ajeno al asunto, pero desde entonces pasa a mi lado como si fuera un lanzallamas.

En cambio, don Arturo Alessandri Palma sí que sabía tomar hábilmente el rábano por las hojas, de tal manera que él, a la larga, era el que se quedaba, o pretendía quedarse, con la parte del León. Como fue el más socarrón de los hombres públicos chilenos y el más hábil para enfrentarse a la situación, ponía en práctica, cada vez que lo estimaba necesario, aquella máxima que dice que la mejor manera de defenderse es atacar.

Veraneaba yo en Algarrobo con mi familia, cuando un domingo llegó don Arturo a este balneario a tomar once. Un amigo común le informó que yo me encontraba allí, y no rehusó el ex Presidente mi compañía. Conversamos en tono de broma mientras nos paseábamos por la terraza del Hotel Pacífico, sobre diversos temas. Cuando llegó al asunto de la edición 285 de Topaze, que él había mandado incinerar, me dijo:

—Yo no estoy enojado con usted, Coke.

El haberlo caricaturizado desde mi adolescencia me había permitido compenetrarme en forma absoluta con su desconcertante personalidad. En centenares de ocasiones había abocetado yo con mi lápiz el gesto ladino de su boca, la expresión de su rostro en que la tomada del pelo a tiempo hacía que el adversario del momento pisara el palito. Sus ojos, a fuerza de dibujarlos una y otra vez, me eran tan

conocidos en lo que tenían de burlones y astutos (más lo primero que lo segundo), que su repentina salida no logró desconcertarme. Por eso mi respuesta fue instantánea:

— ¡Pero, don Arturo, si soy yo el que no estoy enojado con usted!

Y para atenuar mi salida, porque yo era, hasta cierto punto, una especie de dueño de casa en el Hotel Pacífico y él una visita ocasional, agregué, señalándole el suelo del corredor por donde nos paseábamos:

—Fíjese en las baldosas, don Arturo. Apenas supe que usted iba a venir a Algarrobo, dibujé un león en cada una.

No pudo menos que reírse, porque cada baldosa mostraba efectivamente un león rampante, los que, aunque en nada se parecían a nuestro León, en ese momento me vinieron de perillas. Don Arturo celebró con una carcajada mi salida y ambos olvidamos los malos ratos pasados con la edición 285.

Don Crisantemo, otro que no perdona.

¿Hay crisantemos con espinas?

La última vez que sufrí las consecuencias de un agraviado de Topaze fue cuando, el año pasado, me encontré en El Diario Ilustrado, en presencia de don Víctor Robles, a quien en la revista llamábamos Don Crisantemo, tal vez porque, después de haber representado a Chile ante el papá de Hirohito, nunca le faltaba un ejemplar de esta flor en el ojal. El señor Robles había sido el último ministro del Interior que tuvo don Juan Esteban Montero, y Topaze había recogido en cierta oportunidad el rumor, según el cual Don Crisantemo venía de un bien regado almuerzo. Fuese o no cierta la existencia del Gorila, el caso es que don Víctor no olvidó los monos, y cuando veinticuatro años después nos encontramos en la dirección de El Ilustrado, sin disimular su fastidio, viró en redondo cuando llegó el momento de saludarnos.

Si yo hubiese tenido la cancha de don Arturo, seguramente le habría dicho en ese momento:

—Pero, Don Crisantemo, si yo no estoy enojado con usted...

Y ésta, por lo demás, es la pura verdad: yo no estoy enojado con nadie, porque me parece que no vale la pena alimentar rencores, menos por supuestos agravios que no pasaron de ser bromas inspiradas por la inquieta actualidad política.

Todos vamos en un interminable cortejo fúnebre en que cada cual viaja en su propia carroza, ostentando la pompa que puede pagar, y muchas veces la que no puede pagar. Las vemos atravesando el puente Recoleta, otras pasando al trote de sus negros potros frente a la Casa de Orates, y muchas llegando a la rotonda del Cementerio General. Todos vamos, pues, viajando por la Avenida de la Paz y es aconsejable no hacerlo agobiado por el peso de montones de coronas de espinas.

De cómo casi fotografié una toma de La Moneda

No voy a dar nombres ni fechas, ni nada que permita ubicar la época en que un grupo de personas pretendió tomarse La Moneda.

La nueva generación ignora cuán fácil era entregarse a este deporte hace cuatro lustros, de tal manera que algunos muchachos politiqueros, después de una fiesta, en vez de proponer tomarse unos tragos en alguna boite (que entonces no existían) proponían mejor: "¿Vamos a tomarnos La Moneda?"

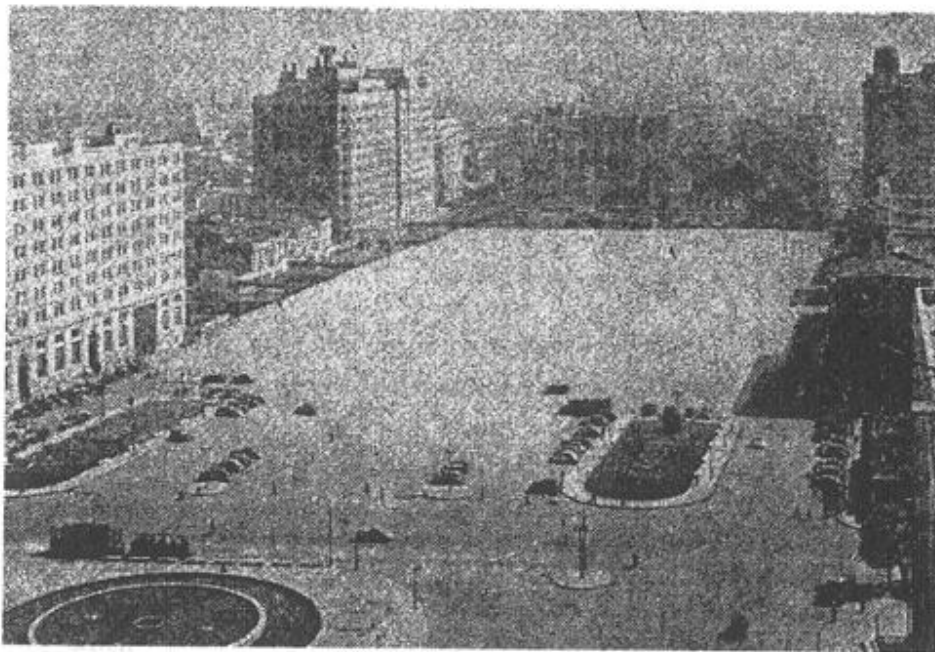
Los conspiradores de mi verídico relato no eran de esa clase de farreros y por eso habían planeado su propósito con toda clase de pormenores. Según supe después, el distintivo que debían usar era una cinta azul bajo la solapa, de manera que les bastaría un pequeño ademán para reconocerse en el momento crítico.

Yo supe del asunto de una manera casual, y como impera en mí el periodista mucho más que cualquiera otra cosa, al imponerme del trascendental acontecimiento pensé en batir un récord profesional fotografiando cada uno de los episodios que, a tal día y a tal hora, deberían producirse.

Pero no bastaría un solo fotógrafo para perpetuar para la posteridad los pormenores de tan magno episodio, así es que recurrí a Roberto Aspée, decano de los reporteros gráficos, y el cual se entregaba con tanto celo a su profesión, que no preguntaba, sino que, máquina fotográfica en mano, disparaba, como los soldados, al lugar que se le designaba.

Pasaba de la docena el número de complotados que se paseaban frente a Topaze portando paquetes envueltos en papel de diario: ¡eran rifles, carabinas y hasta ametralladoras!

Llegó la hora de la toma de La Moneda, y Aspée y yo nos instalamos en la calle Moneda esquina de Teatinos en espera de los acontecimientos. ¡Qué golpe periodístico íbamos a dar cuando, media hora después de instalado el nuevo gobierno, cientos de copias fotográficas salieran hacia Europa y el resto de América repletas de candentes episodios, en que la astucia predominaría sobre la fuerza!



Cuando Roberto Aspée y yo llegamos a tomar fotografías de la toma de La Moneda, estaba tan desolado todo aquello, que ni siquiera encontramos en su sitio la casa de Toesca.

El reloj de la Intendencia dio las 10 de la mañana, que era la hora crítica. Miré en torno mío, pero los conspiradores no entraban en acción. Pasaron los minutos y apareció, con el cuello del sobretodo levantado y la quijada decidida, un amigo mío, actor de cine hasta hoy en ejercicio (no confundirlo con el general Cañas Montalva, que durante la filmación de "Juro no volver a amar" se tomó La Moneda una docena de años antes). Qué foto me saldría con este fotogénico conspirador en el momento en que, pistola en mano, le dijera al poder constituido en el momento de dejar de serlo:

— ¡Arriba las manos!

Pero... parece que hubo rocha. El oficial de guardia, que era uno de los complotados, había desaparecido sin dar la señal convenida...; dieron las 10 y media y nada. Los allí reunidos empezamos a hablar de películas y nos trezamos en una discusión acerca de si Clara Bow tenía más sex-appeal que Gloria Swanson. A las 12 nos dio un hambre atroz.

— ¿Vamos a comernos un sándwich? —les propuse a mis acompañantes.

—Vamos...

Y así, con un emparedado de jamón en una mano y una vaina en la otra, llegó la hora de irnos a almorzar.

El golpe fotográfico más monumental de la época había fracasado, y uno de los revolucionarios dejó en mi oficina una carabina recortada que aún conservo como recuerdo de la revolución felizmente abortada.

Apéndice 2

Sentencia de la Corte de Apelaciones que ordena devolver a Coke el N° 285 de Topaze²⁷

Santiago, veintitrés de febrero de mil novecientos treinta y ocho.

VISTOS:

Reproduciendo la parte expositiva y los siete primeros considerandos de la sentencia de primera instancia con las modificaciones siguientes: aceptando el considerando 3° hasta donde dice "y en cuanto ala segunda observación"; aceptando la primera parte del considerando 6° hasta donde dice "pero por mucha que sea la amplitud"...; iniciando el considerando 7° en la siguiente forma: "Que (sin tomar en cuenta la caricatura titulada "Se chupó" de la página central de la revista N° 285) no se ve propósito injurioso en las demás caricaturas...; y teniendo —además— presente:

1°. Que en este proceso cabría considerar como sometidas a fallo las siguientes cuestiones: a) ¿las caricaturas denunciadas y acusadas como injuriosas (en caso de que constituyan delitos) importan delitos de injuria o de desacato?;

b) ¿se trataría de injurias manifiestas o de injurias encubiertas?;

c) ¿si los delitos son de injurias, cabe en ellos la frustración y la tentativa, o sólo se puede contemplar y penar el delito consumado?;

d) ¿el requisamiento del N° 285 de la revista Topaze en que se halla la caricatura titulada "Se chupó", ha producido el efecto de que los delitos que se dan como derivados de algunas caricaturas de esa revista, figuren en la categoría de delitos imposibles por in-idoneidad de objetivo que consideran algunos tratadistas?;

2°. Que por sobre todas esas cuestiones figura, como previa, la de apreciarla existencia de las injurias en la forma que indica el considerando 4° de la sentencia apelada, analizando la intención que constituye el dolo específico inherente a esta clase de delitos. Ese examen corresponde hacerlo en todo caso, ya sea que se trate de injurias propiamente tales, ya sea que los delitos caigan dentro de órbita del desacato, pues —en casos como el de que este proceso trata- la injuria es base del desacato, y si aquélla no existe, no podrá tener vida el segundo;

²⁷ Ricardo Donoso, *La Sátira Política en Chile* (Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1950), p. 189-93.

3°. Que en la apreciación del "*animus injuriandi*" es indispensable no perder de vista algo a que siempre han estado atentos los Jueces; "Para apreciar cuándo constituyen injuria las palabras proferidas o las acciones ejecutadas contra o con relación a alguna persona por estimar que importan deshonra, descrédito o menosprecio de ella, hay que tomar en cuenta no sólo la significación gramatical de las primeras, sino el propósito del que las pronuncia o del que ejecuta la acción, la ocasión en que lo hace, la forma que emplea y hasta los antecedentes y circunstancias del hecho que se persigue como infringido". A esto puede agregarse lo que este Tribunal de segunda instancia acepta ampliamente: el fundamento con que se inicia el considerando 6° de la sentencia apelada, en el cual se anota la situación especial que existe para juzgar acerca de la intención delictuosa cuando se trata de injurias que se suponen causadas en una revista festiva;

4°. Que los autos dan mérito, sin lugar a dudas, (documentos de fs. 41 y fs.42 y declaraciones de fs. 40 y 43) para estimar que la caricatura "Se chupó", que se halla en la página central de la revista N° 285, explota picarescamente una situación producida con motivo del discurso que SE el Presidente de la República pronunció en la Escuela de Aviación, el día treinta de septiembre último, y la respuesta que en el diario de esta ciudad, La Opinión, de cinco de enero recién pasado, dio a aquel discurso el ex-Presidente don Carlos Ibáñez del Campo, que se consideró, aludido y ofendido por ciertos pasajes del discurso antes mencionado;

5°. Que es de pública notoriedad que, antes del catorce de enero último (fecha de la revista requisada) dichos discursos y respuesta habían sido observados en diversos tonos por la prensa de gobierno y por la de oposición, haciéndose, por esta; última, comentarios que en ningún caso quedarían por debajo de los que puedan hacerse por cualquiera que vea y que comente la caricatura "Se chupó";

6°. Que al juzgar la intención de esa caricatura, es digna de ser tomada en cuenta la siguiente circunstancia: frente a SE el Presidente de la República (en asuntos políticos que, según criterios de muchos, no deshonran) se hace aparecer — aceptamos que en lucha o contienda política— la figura de una persona que antes ocupó el mismo Alto Cargo. Tal situación hace pensar que la dignidad de nuestro Primer Mandatario no cabe considerarla humillada, denigrada o abatida como si se

la hiciese alternar con otras personas y en condiciones que pudiesen ser motivo de afrenta;

7°. Que, de acuerdo con lo que se ha venido expresando, la caricatura por la cuál condena el fallo de primera instancia, no hace sino aludir a los hechos que ya eran del dominio público y que habían sido comentados sin protestas. La revista presenta esos hechos en forma picaresca, como ya se ha dicho, tal vez irrespetuosa, pero que no envuelve más gravedad ni manifiesta intención diversa a la que puede atribuirse a otras de las caricaturas que fueron también materia de la acusación y por las cuales absuelve el expresado fallo, como, por ejemplo, las tituladas "1924-1938" y "El jinete" que corren insertas en la revista N° 284;

8°-Que nada autoriza para pensar que, con las caricaturas que contiene la revista N° 284, que salió a la publicidad el día siete de enero, y con las de la revista requisada cuya publicidad se evitó el catorce de ese mismo mes, se haya producido o intentado producir una alteración del orden público, alcance que a los delitos de injuria y de desacato a SE el Presidente de la República les atribuye el N° 1° del artículo 2° de la Ley N° 6.026, sobre Seguridad Interior del Estado;

9°. Que, llegando a la conclusión de que no existe delito, ni de desacato ni de injuria, en los hechos denunciados en este proceso, se hace innecesario pronunciarse sobre las demás cuestiones mencionadas en el considerando 1° de este fallo.

De acuerdo, también, con lo que disponen los artículos 21 letra j de la Ley antes citada y 484 del Código de Procedimiento Penal, se revoca la mencionada sentencia de fecha siete de enero del presente año, a fs. 48, en la parte en que condena a Jorge Délano Frederick como autor del delito de desacato en grado de tentativa, mediante la caricatura titulada "Se chupó", y se declara que se absuelve, también, al mencionado Délano, de la acusación referente a ese delito.

Se confirma, en lo demás apelado, y se aprueba en la parte consultada, el mismo fallo.

Acordada contra el voto del Ministro Sr. González, quien estuvo por confirmar en todas sus partes la sentencia apelada, en virtud de sus propios fundamentos, pero eliminando en el 6° la frase final que comienza con las expresiones "intención que si

no fuera ostensible en el dibujo —y lo es mucho- se exteriorizaría y comprobaría”. etc., y teniendo, además, presente:

1°. Que, entre las distintas cuestiones planteadas por la defensa del reo, hay que considerar con mayor amplitud las señaladas con las letras b, c, y d del fundamento 1° del fallo de mayoría, y entre ellas la relativa a si el dibujo que ha merecido la condenación del Juez a que importa injuria encubierta o manifiesta, y por tanto, desacato por la calidad del ofendido, en este caso la persona del Presidente de la República, y a este respecto las razones contenidas en el mencionado fundamento 6°. de la sentencia de primera instancia, demuestran que la injuria cometida es manifiesta, desde que la alusión hecha en el dibujo no suscita duda alguna acerca de que el león humillado por la bota del domador representa la persona del Primer Mandatario de la Nación, y es entonces inconducente entrar a apreciar la interpretación que por vía de defensa ha esgrimido el inculpado, puesto que la explicación dada por él, además de no resultar del todo satisfactoria, a la luz de los antecedentes del proceso o de hechos de pública notoriedad, sólo habría podido ser tomada en cuenta en el caso de una injuria encubierta, cometida en una figura o dibujo que hubiera despertado duda sobre la alusión que se proponía el autor;

2°. Que, aun debe agregarse que en la hipótesis de tratarse de una injuria o desacato encubiertos, que liberan de sanción penal cuando el acusado da una explicación satisfactoria, es de observar que la dada por el inculpado no reúne esa condición porque en realidad no produce el efecto de destruir la idea de que la alusión puede comprender también a la persona del Presidente de la República, o lo que es lo mismo, no llena el fin que persigue la Ley, que no puede ser otro que el que desaparezca totalmente por medio de la explicación la posibilidad de una interpretación de desprecio por la persona del ofendido en el dibujo destinado a la publicidad;

3°. Que, en cuanto a la segunda de las cuestiones propuestas, o sea, que en los delitos de injuria, y, por tanto el de desacato, no pueden, por su naturaleza, ser cometidos en el grado de tentativa y de delito frustrado, cabe observar, además de lo expuesto en el considerando 13° de la sentencia en alzada, que si bien es verdad que en la mayoría de los casos tales delitos entre otros, no admiten esa graduación y la correspondiente sanción, por la imposibilidad de determinar la intención o dolo

específico del autor en las etapas de su ejecución, esta verdad no es absoluta, porque los actos externos puestos en práctica para la consumación del delito, son de tanta importancia y significación en otros casos, que bastan para demostrar aquella intención, como ha ocurrido en el que ha sido materia de la condena del inculpado;

4°. Que, finalmente, la falta de publicidad y circulación del N° 285 de la revista en virtud del requisamiento, sólo ha producido el efecto de impedir la consumación del delito, pero de ello no se infiere que, sin esa circunstancia, no hubiere podido cometerse y, por lo mismo, cae por su base la tesis del delito imposible por idoneidad del objetivo, alegada por la defensa del acusado.

Redacción, del fallo de mayoría, del Sr. Ministro don Manuel I. Rivas. Anótese, publíquese y devuélvase.-

MANUEL RIVAS, ANTOLÍN ANGUITA, DANIEL GONZÁLEZ, A. BALMACEDA,
Secretario.

Recibí del Secretario todos los ejemplares de la revista Topaze requisados en este proceso y que son los correspondientes a la edición N° 285, de 14 de enero del presente.

Santiago, 23 de febrero de 1938.

Délano

Certifico que el presente testimonio está conforme con sus originales que he tenido a la vista y que corre en los autos Infracción Ley 6026 contra Director revista Topaze. Santiago, a tres de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho.-

CARLOS EGAÑA PINTO, Archivero Judicial

Apéndice 3

Carta del presidente Alessandri en la que asume la responsabilidad por la incineración de Topaze²⁸.

Santiago, marzo 10 de 1938.

Señor juez del Segundo Juzgado del Crimen de Santiago.

Ha llegado a mi conocimiento que US ha despachado orden de detención contra el Prefecto y Subprefecto de Investigaciones y algunos otros altos jefes de esos servicios en el proceso que se sigue por requisamiento y destrucción de una edición de Topaze, en la que se injuriaba gravemente al Presidente de la República.

No escapará a US la inmensa trascendencia que tiene tomar una medida tan grave respecto a jefes de una repartición pública que han trabajado con empeño, esfuerzo y patriotismo por defender el orden público y resguardar la propiedad de los ciudadanos, amenazada constantemente por la acción de los delincuentes.

Los funcionarios contra quienes se dicta tal orden no tienen ninguna responsabilidad, en el acto que se les imputa, por cuanto el intendente de la provincia, obedeciendo una orden expresa de mi parte, ordenó a su vez al Prefecto de Investigaciones de Santiago y al personal que intervino el requisamiento y destrucción del periódico indicado.

Durante los cinco años corridos de mi Administración he tenido permanentemente que estar haciendo esfuerzos sobrehumanos para mantener el orden público y garantizar a los ciudadanos la libertad de trabajo y la seguridad de sus derechos, al amparo de ese orden.

Es de todos conocida la existencia de complots, en cuya repetición se insiste, de momento a momento, sin que los interesados en destruir el orden público se desalienten por sus fracasos.

El medio más eficaz para alcanzar estos propósitos delictuosos se busca en el desprestigio de la autoridad para formar ambiente favorable a la conspiración y a la alteración del orden y tranquilidad del país.

²⁸ Ricardo Donoso, Alessandri, agitador y demoleador. Cincuenta años de historia política de Chile (México: F.C.E. 1954), T. II, p. 229

Frecuentemente los autores de estos delitos han alcanzado la impunidad, lo que produce una patriótica inquietud en los que a toda costa se esfuerzan por mantener el régimen democrático, cuando observan la tendencia a erigir dicha impunidad en sistema, a pesar de los medios legales dictados para sancionar tales infracciones.

Estas circunstancias fueron las que me impulsaron a impedir la circulación de un periódico encaminado a buscar esos fines. En consecuencia, asumo toda la responsabilidad que deriva de mis actos y, al hacerlo, obro de acuerdo con el deber que tengo, ante todo y por sobre todo, de mantener el orden público y defender la integridad de las instituciones fundamentales del país.

Dios gve. a US, Arturo Alessandri

Apéndice 4

Fallo del ministro de la Corte de Apelaciones en el que se considera que la actuación del presidente Alessandri tiene sólo alcances administrativos y por lo tanto establece la falta de jurisdicción de los tribunales ordinarios para juzgar al Presidente de la República y al intendente de Santiago²⁹.

Santiago, marzo 10 de 1938.

Santiago, 17 de marzo de 1938.

VISTOS Y TENIENDO PRESENTE:

1°. Que el Intendente de Santiago, don Julio Bustamante, haciéndose parte en este proceso, solicita se deje sin efecto la resolución de fojas 178 que ordena pasar los antecedentes al Honorable Senado, a fin de que dicho cuerpo legislativo haga la declaración acerca de si procede o no formar causa al expresado funcionario, y al mismo tiempo promueve cuestión de competencia y de falta de toda jurisdicción de este tribunal para seguir conociendo de esta causa;

2°. Que las peticiones aludidas se fundamentan sustancialmente en dos órdenes de consideraciones, a saber:

²⁹ Ricardo Donoso, Alessandri, agitador y demoleedor. Cincuenta años de historia política de Chile (México: F.C.E., 1954), T.11, p. 541-4.

a) Que la orden impartida por el Intendente de Santiago al Prefecto de Investigaciones, de proceder a requisar y destruir la edición N° 285 de la revista Topaze, la expidió aquél en virtud de otra que en igual sentido recibiera del Presidente de la República; y

b) Que los abusos de poder o la extralimitación de atribuciones que pueda cometer el Presidente de la República en el desempeño de sus funciones, sólo autorizarían una acusación de la Cámara de Diputados ante el Senado, en conformidad a la letra a) del artículo 39 de la Constitución Política;

3°. Que, reclamada la competencia de este Tribunal y en general de la justicia ordinaria para conocer de este juicio, por las razones que se dejan expuestas, y siendo ésta una cuestión de resolución previa por su naturaleza, incumbe a este Tribunal abordarla en todos sus aspectos y, para ello, corresponde examinar los fundamentos invocados, en presencia de las disposiciones constitucionales y legales que rigen sobre la materia o, en otros términos, determinar la índole o fisonomía jurídica que inviste la orden dada por el Presidente de la República al Intendente de Santiago, cuyo cumplimiento ha motivado la formación de este proceso, orden cuya existencia se halla legalmente acreditada en los autos con la comunicación de fojas 151, informe de fojas 170 y declaración del Prefecto de Investigaciones de fojas 160;

4°. Que la Constitución Política del Estado, en sus artículos 60 y 71, prescribe que un ciudadano con el título de Presidente de la República administrará el Estado y es el jefe supremo de la nación, y a él está confiada la administración y gobierno del Estado; y su autoridad se extiende a todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior, y la seguridad exterior de la República, de acuerdo con la Constitución y las leyes;

5°. Que en la comunicación de fojas 151 el Presidente de la República expresa que, al ordenar al Intendente de la Provincia procediera al requisamiento y destrucción de una edición de la revista Topaze, obró de acuerdo con el deber que tiene, ante todo y por sobre todo, de mantener el orden público y defender la integridad de las instituciones fundamentales del país;

6°. Que la orden en examen, emanada del Jefe Supremo del Estado en su carácter de tal -cuyos móviles no es dable al Ministro sumariante calificar-, importa por

aquella sola circunstancia un acto de su administración, de aquellos cuyo juzgamiento, en casos de extralimitación de funciones o de abuso de poder, escapa a la jurisdicción de los tribunales ordinarios de justicia mientras no se hayan llenado las exigencias previstas en los artículos 39 y 42 de la Constitución Política de la República;

7°. Que, en efecto, la primera de las disposiciones constitucionales citadas enumera, entre las facultades exclusivas de la Cámara de Diputados la de declarar si ha o no lugar las acusaciones que, diez a lo menos, de sus miembros formularen contra el Presidente de la República por actos de su administración que hayan comprometido gravemente el honor o la seguridad del Estado, o infringido abiertamente la Constitución o las leyes; y la segunda señala como atribución, también exclusiva del Senado, la de conocer de las acusaciones que la Cámara de Diputados entable con arreglo al artículo 39; agregando que aquél procederá como jurado, limitándose a declarar si el acusado es o no culpable del delito o abuso de poder que se le imputa, y que el funcionario declarado culpable será juzgado con arreglo a las leyes, por el tribunal ordinario correspondiente;

8°. Que en armonía con estos preceptos constitucionales, de que se ha hecho mención, la ley de organización y atribuciones de los Tribunales de Justicia, de 15 de octubre de 1875, en el número 1° de su artículo 5°, excluye del conocimiento de los tribunales ordinarios las acusaciones que se entablen con arreglo a los artículos 38 y 83 de la Constitución Política de 1833, que se hallaba en vigencia a fecha de la dictación del mencionado cuerpo de leyes y que corresponden a los artículos 39 y 42 de la actual;

9°. Que, por consiguiente, mientras el Senado no haya acogido la acusación que con el quórum que exige nuestra Carta Fundamental pueda entablar la Cámara de Diputados, y declarado culpable al Presidente de la República por delito o abuso de poder derivado de la orden cuyo cumplimiento ha dado lugar a la instrucción del sumario, los Tribunales de Justicia, por falta de autorización para proceder, carecen de jurisdicción para conocer de esta causa; y

10°. Que por las razones legales dadas anteriormente y hasta tanto no se haya cumplido con el requisito previo para proceder, de que trata el artículo N° 8 del artículo 461 del Código de Procedimiento Penal, el Tribunal no puede adoptar

ninguna medida que afecte al Intendente de Santiago o a las demás personas que i aparecen, o pueden aparecer en el proceso, como que han tenido participación len los hechos ejecutados con motivo de la orden impartida por el Presidente de la República a dicho funcionario; y, consecencialmente, deben dejarse sin efecto 'tanto la petición de desafuero recabada a fojas 178 como los autos encargatorios de reos dictados en la causa.

Por estos fundamentos, preceptos legales y constitucionales, citados, y visto además lo dispuesto en los artículos 4° de la Constitución Política de la República, 1, 192 y 236 de, la Ley Orgánica de Tribunales, se declara:

Primero: Que ha lugar a la reposición solicitada por el Intendente de Santiago, en su presentación de fojas 182 y, en consecuencia, se deja sin efecto la petición de desafuero de fojas 178; y,

Segundo: Que este Tribunal, por faltarle la autorización para proceder, carece de jurisdicción para continuar en el conocimiento de esta causa.

Y atendido lo expuesto en la consideración 10° del presente fallo, y como consecuencia de la declaración del mismo, déjense sin efecto las resoluciones encargatorias de reos de fojas 98, 106 vuelta y 148.

Devuélvase el dinero consignado a la orden del Tribunal para garantizar la libertad de las personas a quienes se refieren las resoluciones que se indican precedentemente, según consta de la boleta de la Caja Nacional de Ahorros N° 3.697, de fecha 15 del actual que rola a fojas 172.

MOISÉS BERNALES Z. R. Salas Rodríguez, Secretario.